

LA DIONISIADA

ADVERTENCIA DEL AUTOR

TODOS los personajes de esta novela son imaginarios. La obra toda es una ficción. Solamente el **Rubén Darío** que aquí aparece se ajusta a una de las diversas y contrarias leyendas acerca de su juventud. Los demás personajes **pudieron ser** en la realidad. Cualquiera semejanza con individuos reales es enteramente accidental. Es de advertir también que sólo a grandes rasgos se ajusta esta **novela** a la geografía y a la historia. Con ligeros cambios podría haberse colocado cualquier acción de las que aquí se desarrollan en casi cualquier país de Hispanoamérica.



Salomón de la Selva (en el centro), acompañado de intelectuales mexicanos, entre ellos Alfonso Junco y José Vasconcelos, durante su recepción de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua como Miembro Honorario.

PRIMERA PARTE

Nacimiento y crianza de Dionisio

CAPÍTULO I

1.

A la entrada de la ciudad, sobre el Camino Real que conducía al Realejo, estaba la garita de la Aduana. Allí se cobraba el peaje a las carretas que venían de las comarcas, casi siempre con leña, algunas veces con loza de barro colorado traída desde El Sauce, y, en sus tiempos, con maíz, con frijoles, con quesos segovianos envueltos en boñiga, con cuanto el campo generoso daba para el regalo pueblerino. En la Aduana se inspeccionaba la mercancía que llegaba a León, y los productos de estanco —tabaco en fragantes manojos, azúcar castaña y olorosa, alcohol en garrafones, de las haciendas circunvecinas— se enviaban bajo sello al Depósito, al otro lado del poblado, de donde, a medida que lo exigía el consumo permitido, los retiraban los estanqueros que pagaban el precio fijado por la municipalidad. Este precio incluía los impuestos locales y lo correspondiente a los propietarios.

El Depósito era una estructura colonial como de sesenta varas por lado, formada por gruesos paredones de adobe, con horcones de caoba y con techumbre a dos aguas de recias vigas, alfajías y soleras de cedro real que sostenían un lecho de caña brava. Sobre la caña estaban tendidos con amarre de calicanto los rimeros de tejas.

Daba entrada a esta casona de bodega con patio central, un ancho zaguán por el que podía pasar desahogadamente una carreta de varias yuntas cargada hasta el cope-te. Excepto ese zaguán los cuatro costados del Depósito no tenían entrada ni salida exterior sino sólo altos ventanales con rejas y puerta de madera. Todo en derredor era plaza de tierra apisonada; y contra los muros escuetos y achatados del edificio, amparados por el alero del techo, se amontonaban las casuchas miserables, hechas de tablas de pedacería, de “los pobres”.

Los pobres eran una clase, una casta, una institución. De día, entre semana, recorrían la ciudad, de casa en casa, prestando pequeños servicios: desyerbando un jardín, desmontando allá el empedrado de la calle crecido de verdor en los intersticios de las lajas donde el polvo del viento y el cagajón de los caballos habían formado limo fértil; barrían los frentes de las casas —todas de un solo piso— con escobas montadas en largas varas, para quitar las telarañas que formaban estrellas negras sobre el en-calado azul, rosado o amarillo de las paredes; o, cuchillo en mano en los tejados, sanaban goteras y arrancaban las matas de pitahaya, los coludos y otras plantas de especies similares que a veces formaban pequeños bosques donde se criaban, como de generación espontánea, pardos perros zomposos y finas lagartijas de maravilloso color de esmeralda y ojos como chispas.

A los pobres se les pagaba lo que se les quería pagar. No era infrecuente que se les dijera, “Bueno, gracias, Fulano. Vení el sábado por tu limosna”. Las más veces, sin embargo, se les daba algunas ropas viejas, o algo de comer que ellos se sentaban al borde de las aceras a acabar o que metían, para compartir más tarde con los suyos,

en las mugrientas alforjas dobles de cabuya que siempre llevaban sobre el hombro.

El sábado era por antonomasia el día de los pobres. Iban por todas partes en interminable procesión, cojos y mancos, ciegos y llagados, potrosos, güegüechones, con elefantiasis, o con las piernas consumidas andando como fantoches azotados por un viento que sólo a ellos azotaba; pero los más eran simplemente pobres: hombres y mujeres de rostros mayatos y ropa andrajosa y mugrienta, quien con su perro, quien con algún muchacho o muchacha joven de lazarillo, todos con voces gangosas pidiendo el centavito por el amor de Dios, prometiendo bendiciones.

Rara era la puerta donde el centavito les faltara. Algunos, de ser pordioseros muchos años y por su carácter afable, eran familiares de ciertas casas. Habían visto con ojos curiosos casarse a los señores, bautizarse los hijos y éstos crecer y, a su vez, llegar a casarse también. En tales ocasiones los pobres se presentaban en las fiestas, eran reconocidos, se les permitía hacer reminiscencias y poner una lágrima en la alegría del momento.

—Bien me acuerdo cuando nació el niño— solía decir el mendigo— y el señor su padre, que Dios tenga en gloria, no cabía de alegría. “Ve, Benitó, me dijo a mí, y como si lo estuviera oyendo, tomá estos riales para que te comprés unos calzones”. ¡El contento que ahora tendría el finado, de ver al niño hecho un hombre propio, y ya casándose!

Entonces se ablandaban los corazones y para el pobre había atenciones especiales, en la cocina.

—Veintiséis años, ni un día más ni un día menos, tengo de cocinar en esta casa —decía la cocinera,— y

desde que primer vine conozco al Benitó. Ya entonces era viejo, igual que agora. ¡Debe de tener pauto con el diablo!

—Andá, babosa, —respondía el pordiosero. La del pauto sos vos. Ya de entonces eras de barriga al año, y todavía andás panzona. Yo debo de tener cuarenta años por lo menos de conocer esta casa, y nadie más que yo jamás ha desyerbado ese jardín.

—¡Comé, comé, Judío Errante! —replicaba jovial la cocinera—. Zampate esa ala de chompipe y no seás deslenguado. Esta barriga no es de pecado sino que con la vejez se me alargó la tripa y me hace bulto.

La servidumbre más joven se solazaba oyendo el diálogo. En los pobres había esa fascinadora aura de misterio de los seres que no se bañan, que llevan de polvo la pelambre, que tienen los pies, descalzos, como hechos de patas de árbol, con terrosas grietas vegetales; el misterio de las bocas pedigüeñas; el misterio de la miseria hecha profesión.

También se enternecían los espíritus cuando, en los velorios, los pobres favorecidos de la casa se llegaban, lacrimosos y callados, a echarse de rodillas en derredor del muerto, dando testimonio de la caridad que había ejercido en vida. Cuando se querían ponderar las virtudes de algún difunto, se decía que no habían cabido en la casa los pobres que acudieron a llorarlo cuando estaba tendido; y cuando se quería significar la extrema dureza de corazón de alguien pasado a mejor vida, se aseveraba simplemente que “cuando murió no hubo pobre que le rezara”.

Los pobres salían con el sol y al anochecer desaparecían en sus covachas de contra los muros del Depósito.

A nadie le interesó jamás saber cómo vivían allí. En la ciudad eran calendarios vivos y no perdían fiesta de iglesia. Oían misa diaria; oían misa tras misa, hasta que los sacristanes apagaban la última vela en los altares y quedaban las iglesias desiertas bajo las miradas de cristal de las imágenes, fijas como miradas de locos. Entonces los pobres decían sus rezos especiales, de rodillas con los brazos en cruz, el cuerpo echado atrás, los ojos rígidos como los de los santos —íntimas oraciones sin voz, rápido el movimiento de los labios, con el perro echado al lado mordiendo para comerse las pulgas, o rascándose con las patas, o, cansado al fin de todo y el alma en paz, bostezando y dormitando. Nadie vio jamás a un pobre confesarse ni comulgar, ¿pero quién no miró, en aquellos tiempos, manos de pobre sobando las llagas del Señor Atado a la Columna hasta empapárselas de santidad y luego pasarse los dedos impregnados de virtud sobre el estómago o el pecho, o frotarse las piernas hinchadas, o las sienes sin duda adoloridas? Uno decía, “La fe lo sanará”, y lo envidiaba.

Si algún mendigo moría, sus conocencias lo exponían en la plazuela detrás del Depósito y se sentaban allí espantándole las moscas y ahuyentando a los cerdos y a los zopilotes. No faltaba quien diera aviso al sacristán de San Sebastián para que mandara las andas de la caridad y se lo llevaran, bajo una manta, sucia de largo uso, a enterrar sin la decente misericordia de un cajón. En la ciudad, llegado el sábado, si en alguna casa se notaba su ausencia, tal vez se decía: “No vino el Benitó. Estará enfermo”. Si la gente era piadosa, se añadía: “¡Jesús le valga!”. Cuando la ausencia se prolongaba varios sábados, sólo se comentaba: “Se lo deben de haber llevado en las andas. Ya dejó de padecer. ¡Que Dios lo tenga en la gloria!”.

Esas son cosas de hace mucho tiempo. Hay la tradición de que cuando el Depósito voló se quemaron muchos pobres. Los que sobrevivieron al siniestro se dispersaron. De entonces data un nuevo tipo de pobres en León, más orgullosos, menos rezadores, poco serviciales. Los viejos de León lo dicen: “Ya ni los pobres son lo que eran”, que es el colmo, sin duda, de las vicisitudes que el tiempo trae. El incendio del Depósito también marca un cambio de época. En León se dice, para significar que algo es muy viejo, o ha estado en desuso largo tiempo: “Eso es de antes que se quemara el Depósito”. Y todos están acordes en que con ese suceso se inició el empeoramiento del mundo.

2.

La cosa comenzó cuando el Coronel Carlos Manuel Bonilla Bravo se proclamó General y, habiéndole reconocido el grado todo León, dijo que el pueblo lo había exaltado a Presidente de la República.

Hasta entonces Nicaragua había sido Estado, y el Jefe del Estado se había llamado Intendente. Parecía hermoso el título. El Intendente siempre había sido leonés, pero con esas volteretas que da la política, que asombran y desconciertan a las gentes sencillas y que los sabedores dicen que ha de explicar la Historia, sin que la Historia jamás explique nada, el Estado llegó a tener un Intendente granadino quien, naturalmente, trasladó la capital a Granada.

En León quedó solo el Coronel Carlos Manuel Bonilla Bravo con una mísera escolta descalza que no bastaba para rendir los honores del Santo Entierro el viernes

de la Semana Santa. Ese año se derramaron lágrimas en León, de ver deslucida su fiesta principal, pues ya se había dicho en toda la América del Centro que Corpus en Guatemala y Semana Santa en León no podían superarse en el mundo. Quienes habían ido a Roma y contaban lo que era una misa pontifical en San Pedro, decían que aquello era mejor; pero nadie les creía. “Nos quieren hacer agua la boca”, debían los buenos leoneses; “otras cosas habrá, no cabe duda, puesto que allí está el Papa; pero como la Semana Santa en León, jamás ni nunca”.

Ahora, sin las Autoridades del Supremo Gobierno que concurriesen a las procesiones vistiendo levitón, sin los oficiales militares con sus galones amarillos y sus espadas relucientes, sin siquiera un batallón de soldados de uniforme ni una banda de música marcial que acompañase al Santo Entierro tocando marchas fúnebres, yendo detrás del sepulcro dorado entre éste y la imagen de la Dolorosa llevada en alto, rodeada de niñitas asustadas, vestidas de ángeles con blancas alas, la Semana Santa perdió su prestigio. La pena de León se hizo vergüenza primero; luego estalló en ira. De todo lo cual se valió el Coronel Carlos Manuel Bonilla Bravo.

Las versiones son muchas. Unos dicen que salvadoreños, como en tiempos de Malespín, otros que hondureños, como cuando Vázquez, llegaron sigilosamente a León. El punto fue siempre tema de infinitas discusiones que se personalizaban y no se resolvían nada:

—¡No había yo de conocer de dónde eran esas mulas! Salvadoreñas puras. Mulas cuzcatlecas, que conozco la raza como mis manos —alegaban unos.

—Qué salvadoreñas iban a ser— argüían otros; —como si yo no conociera a las mulas hondureñas que ni

que las hubiera parido. Hondureñas eran, y las monturas también, ¡monturas cholultecas de cuero de jabalí!

Todos estaban acordes, empero, en que quienes montaban las discutidas bestias habían venido en tratos con el Coronel Carlos Manuel Bonilla Bravo, y que, como para eso de la fiesta de Pentecostés, cuando predicó el Padre Casco vívidamente relatando el descendimiento de las lenguas de fuego como si fuese un augurio de la catástrofe, el Coronel se proclamó General y esperó ver qué haría el gobierno de Granada. El gobierno granadino no hizo nada. Por allá por Corpus, cuando hubo otra señal de mal augurio, porque llovió y se estropearon los altares que había en cada esquina del Parque frente a Catedral, el ya entonces General Bonilla Bravo se declaró Presidente y decretó el desconocimiento del “gobierno espurio” y la conversión del Estado en República. La palabra “conversión”, impresa en mayúsculas en su proclama, gustó mucho. Le dio al movimiento un sabor de religión y tácitamente tachó de herejes a los granadinos. Bueno, así se pensaba, porque “la conversión” sólo podía ser “de los herejes”, como decía el rezo y como hasta el más lerdo entendía.

En León cundió el entusiasmo. Decían todos que el General Presidente era muy hombre, muy güebón, y que ahora sí que recobraría León su dignidad legítima. Los más ilustrados explicaban que hasta entonces sólo cónsules extranjeros habían llegado a Nicaragua; pero que ahora vendrían ministros diplomáticos. Embajadores claro que no, sólo que Nicaragua tuviera rey, pero ministros sí. Los reyes mandarían legaciones. Los ingleses traerían libras esterlinas. Eran muy ricos los ingleses, y las libras esterlinas eran de oro puro: las aventaba uno para arriba, así, con el pulgar del puño hecho resorte debajo del dedo índice, y cuando caían brincaban y sonaban con un tilín

inconfundible: ése era el modo de saber si no eran falsas. Nicaragua se enriquecería.

Ni hubo mañana que no corrieran secretos de boca en boca, de carretas pesadas y chirrionas, con las que apenas podían los pausados bueyes, que habían llegado la noche anterior pasando, sin que se las registraran en la garita de la Aduana, derechito al Depósito.

En cien zaguanes, a la hora de recibir el huate fresco para los caballos de la casa, se detenían a los pobres que volvían de las primeras misas y se les agasajaba con tortilla y queso, o con tortilla y frijoles refritos de los del desayuno del patrón, o con una jícara de pinol con dulce de raspadura, para preguntarles si habían visto entrar cañones, rifles, barriles de pólvora, cajas de balas, al Depósito.

Los pobres contestaban lo que creían que agradaría oír:

—Unos cañonzotes —decían— que, miren, se les podía meter un gato en la boca. ¡Zape! ¡Susto que se llevaría el gato a la hora de disparar! ¡Je, je, je!

—¿Rifles? ¡Ay, mi alma, qué rifles, con bayonetas y todo, nuevecitos!

Los señores de la ciudad celebraban reuniones de notables por las noches, en la casa del Cabildo, en el Salón de los Retratos donde había una mesa cubierta de un largo paño verde con borde de cintillo de oro, y sobre la mesa un gran tintero y unas plumas, verdaderas plumas, de águila decían que eran, y un vaso lleno de una arenilla negra, muy fina, que servía para secar la tinta cuando se levantaban actas.

Lo que los señores discutían no se oía desde allá afuera, en la acera del Parque donde se amontonaban los mirones; sólo se les veía ponerse de pie y gesticular, a veces levantando los brazos y los rostros como exhortando al cielo, a veces estirando un brazo horizontalmente, con la mano en puño y el índice extendido, como señalando algo tremendo.

De día iban los señores calle arriba y calle abajo, muy misteriosos, con sus bastones de pomo de oro, fruncidos los ceños fieramente, deteniéndose en las puertas de los talleres —la zapatería de aquí, la sastrería de allá, la carpintería de a la vuelta,— esperando que con su presencia salieran los maestros de los talleres y dejaran de chiflar los artesanos oficiales y aprendices —que siempre chiflaban trabajando— para decirles que, “muchachos, por lo visto, la Patria pronto llamará a los más hombres para enseñarles a los bandidos granadinos lo que es León”.

Los artesanos escupían, se aclaraban las gargantas y decían a grandes gritos entusiastas: “¡Viva León, chocho!” o “¡Viva León, jodido!”. “¡Viva el Presidente General Carlos Manuel Bonilla Bravo!”.

Las sirvientas volvían del mandado mañanero al mercado y rendían cuentas a sus señoras mezclando el medio de esto y los dos centavos de aquello con relatos de cortado aliento de que “Ya los hombres están que no se aguantan para irse a la guerra”.

—Toño el hojalatero dice que él se va de a caballo, y que me quiere llevar en la grupa.....

—¡Bonito papel ibas a hacer! —decía la señora— ¿Y yo, me voy a quedar sin criada?

—No, señora. Es lo que decía el Toño.

Y en otra casa:

—El albañil que les está enjalbegando a las niñas Cordero está haciendo una chanchada, que como se va a la guerra no le importa que quede mal.

—Este no es tiempo —explicaba la señora— de hacer obras.

—Y el hornador del pan de los Debayle dice que él es francés, pero que está con León y se va a morir por León, y que el emperador de los franceses se llamaba Napoleón y que por algo sería...

Las señoras prudentes volvían a mandar a la plaza a comprar en cantidad, con lo que todo escaseó y subió de precio y ya no hubo menos duda de que iba a haber guerra. “¿Que los precios suben?, pues la zopilotea baja” —se decía,— ¡A cuántos no se van a comer los zopilotes! Ahí está el tuerto Basurto que no me dejará mentir: cuando la otra guerra, le mataron al caballo, y él cayó de espaldas, dándose tamaño golpe en la nuca que quedó sin sentido, y cuando volvió en sí era que un zopilote le había arrancado el ojo de un solo picotazo. De ahí que es tuerto...

Todo León se burlaba del tuerto Basurto:

—¡Y díay, tuertó!, ¿ya diste con el diputado que se te comió el ojo?

Como los diputados se vestían de negro al reunirse el Congreso del Estado, diputados les decían a los zopilotes en León.

—¡Diputado tu madre! —respondía el tuerto, siguiendo el insulto de una risa; y siempre había alguien que decía:

—Dejen al tuerto en paz, no lo toreen.

Pero ahora el tuerto también ardía en furor bélico:

—¡Me van a pagar el ojo los granadinos! Ustedes para disparar tienen que cerrar un ojo. ¡Vamos a ver quién mata más!

—Con tal de que no te caigás del caballo otra vez, tuertó —le decía alguien. Y él:

—Ahora voy de infantería. Ya tengo el nombramiento de sargento.

3.

El General Presidente ordenó reclutamiento. El bando recorrió la ciudad con clarín y tambor y un pelotón de soldados que comandaba el tuerto Basurto. Detrás del bando iba una chiquillería echando vivas. Pero a las gentes del campo, que iban a ser los reclutados —porque a los artesanos de la ciudad se les esperaba voluntarios llegada la hora— la noticia los cogió de sorpresa y sin preparación de los ánimos.

Día tras día los sirvientes contaron de grupos reclutados, traídos de las chacras de por Santa Rosa, de por Guadalupe, de Lechecuagos, del Valle de las Zapatas, de Chacra Seca, hasta de por Chichigalpa, de dondequiera que había quienes labraban sus pequeñas tierras propias. Los mozos de las haciendas estaban exentos de servicio, a menos que su patrón o mayordomo los comandara.

A los fuereños que habían venido incautamente, trayendo leña en sus carretas, les daban de alta sin dejarlos regresarse, y las carretas las decomisaban y almacenaban en el Depósito, con carga y todo.

Detrás de los que habían sido reclutados en sus chozas mientras dormían, o en los milpares mientras estaban deshijando, que era por el tiempo del deshije, venían los perros flacos y asustadizo y las mujeres sudorosas que traían a los hijos sobre el lomo, envueltas en rebozos viejos; mujeres patonas, sufridas y dobladas, de un andar a cortos brincos iguales y una manera de aventar los talones que les alzaba el ruedo de las faldas.

Llegaban tristes todos, aceptando aquello como se acepta la enfermedad cuando hay epidemia. Había guerra, pensaban, como había peste. Y si a uno lo reclutaban, pues era como si a uno le pegaran la calentura con la basca. Pero se encandilaban de alegría los hombres en cuanto en el Depósito, convertido en cuartel, les servían guaro.

Las indias campesinas no bebían. Hacían fuegos en los patios de la casona de bodega y cocinaban para sus hombres lo que traían apretado contra el pecho debajo de los rebozos: asaban plátanos, cocían frijoles en ollas que les daban prestadas los pobres, tostaban tortillones de maíz y los días siguientes sólo Dios sabe cómo se agenciaban para surtirse de víveres.

Los veteranos de pasadas luchas monopolizaban el servicio de centinelas y se gozaban con sus fritos.

Por momentos se esperaba saber que el granadino había mandado tropas a someter a León. ¡Ya vería lo que le esperaba!

Así pasaron los días y las semanas. Arreciaron las lluvias y entonces se pensó que el ataque del enemigo sería por el veranillo de San Juan. Pasó San Juan y los preparativos se intensificaron.

El Presidente General Carlos Manuel Bonilla Bravo, viendo la escasez de leña que había en la ciudad, vendió cara la que se había decomisado y almacenado en el Depósito.

Las lluvias comenzaron de nuevo y recomenzó la espera.

—Ahora será hasta que deje de llover. Mejor, así da tiempo para enseñarles a estos indios jodidos a marcar el paso tan siquiera,— explicaba el tuerto Basurto, sargento Basurto ahora, más listo con su ojo único que otros lo fueran con tres si tuvieran tres ojos.

—Indios pelmas, —decía altaneramente el sargento Basurto, el tuerto Basurto que había sido antes, —indios pelmas, ¡sólo borrachos quieren estar!

Era del ojo izquierdo que era tuerto el sargento Basurto, y había adquirido la maña de caminar recto pero con la cabeza ladeada un poquito del lado derecho como para que el ojo bueno le quedara en línea con el centro del cuerpo, de modo que una vertical tirada cruzándole el ombligo, le tocaría también el ojo sano. Esta maña suya hacía creer a los reclutas que marchaban detrás de él que el sargento se medio volteaba para verlos, con lo que se esmeraban por marchar bien.

—Por algo, —decía el tuerto Basurto, —enseña la Iglesia que Dios sólo un ojo tiene. El Ojo de Dios, grandote y en un triángulo. Cuando se tiene un solo ojo, se piensa mejor. ¡A ver quién tiene a su pelotón mejor que el mío! Y eso que los pelmas hijos de la gran tal por cual sólo borrachos quieren estar. ¡Pero dejen no más que se acaben las lluvias, y ya verán lo que es cajeta los cuales por tales pelmas!



De día era la algazara del entrenamiento de los reclutas en la plazoleta frente al Depósito. De noche todo se mantenía en calma excepto por los gritos de los centinelas.

La gente de la ciudad estaba ansiosa de que la guerra comenzara, para que acabara. Una vez comenzada, pronto acabaría todo. Los granadinos no le podrían aguantar a León ni la arrancada. “¡Qué nos van a aguantar!” decía el tuerto Basurto, sargento Basurto ahora.

—La cosa es que empiece— alegaba el tuerto con ardor. —Que empiece, y ya verán que esto no dura pero nada. Verás cómo los hago entrar, a éstos tales por cuales pelmas. Al que me dé un paso atrás, ¿para qué llevo la pistola? Le reviento la tapa de los sesos, y a ver quien no entra. Y entrándole pero bien entrando, ya está. ¡Qué nos van a aguantar! ¡Pero que empiece! Y quién sabe cuándo va a empezar, con los caminos que deben de estar más resbalosos que ni se les puede llamar caminos. Así no hay granadinos ni nada que venga, y los pelmas éstos, que sólo bolos quieren estar...

—Oyí, tuerto —le dijo uno —ni te hagás tan valiente, que se sabe por cierto que los granadinos reclutaron en Nandaime, ¿y qué decís de los nandaimos vos, pelean o no pelean? ¿Te creés que te van a tener miedo con tus pelmas? Y dicen también que se tiene sabido que los granadinos reclutaron en Masaya. ¿Qué te parece, tuertó? ¿Sabés lo que es un masaya machete en mano? ¿Qué decís de los masayas vos? ¿Vuelan pija o no?

—A mí no me espantan con petates —respondió el tuerto. —Todo es que se comience, lo que digo, y qué nandaime ni qué masayas ni qué machetes. La cosa es

que comience, pero quién sabe cuándo se va a comenzar. ¡Verán si a los pelmas jodidos no los hago entrar; y ya está! Pero cuándo se comienza, ésa es la cosa.

De repente, una noche, una noche clara, despejada, fresca por los días de lluvia que la habían precedido, se oyó un estallido tremendo, y otro, y otro. Se alzaron llamas gigantescas, anchas de abajo, angostándose y retorciéndose a medida que subían, a veces desprendiéndose enteramente y elevándose y desapareciendo en el humo que otras llamas iluminaban. Y corrió la voz, alarmando a la ciudad:

—¡Han volado el Depósito! ¡Está ardiendo!

4.

Las campanas tocaron a rebato y todo León se desbordó hacia el lugar del incendio.

Se había extendido por todo el enorme caserón del Depósito que se veía ahora como una chata mole negra, como un inmenso pebetero coronado de llamas desmesuradamente grandes que salían de los techos, como un pebetero inmenso orlado de llamas pequeñas, puntas de llamas lamedoras, que se asomaban por los ventanales altos y se escondían y se volvían a asomar, como duendes rojos juguetones. Como duendes negros, gigantescos, se alzaban, retorcidas, las nubes de humo en fantástica danza con las llamas. No se podía contener el incendio. Era incontenible. Ni el General Presidente Carlos Manuel Bonilla Bravo, que montado a caballo y acompañado de sus más allegados iba de un lado a otro como buscando por donde atacar a ese enemigo inesperado, no supo qué hacer sino quedarse mudo —Nerón al revés— mirando la

zarabanda de las enormes llamaradas contra el cielo despejado y sin luna.

Por el portón único del Depósito, apiñándose y dificultándose el paso unos a otros, salían a tropezones los reclutas y sus mujeres, halando sus bueyes. Los perros ladraban y ladraban.

Un indio salió con su carreta, y la carreta cargada de leña y la leña encendida. Iba trotando el indio, chuzo en mano, al lado de los bueyes, chuzándolos, a todo correr, y mientras más aprisa corría más aprisa se levantaba la llamarada de la leña encendida. Pero él no le hacía caso.

—¡Debe de estar loco! —dijeron los mirones.

—¡Qué va loco! Es que no ha visto que se le va quemando la leña.

—Tal vez cree que le aguante a llegar al río. Allí la va a apagar —dijo el sargento Basurto—. No es tan baboso el pelma.

Nadie pensó en atajar a los desertores cuando se les vio tomar camino de sus casas. Los pobres también huían. Las casuchas contra los muros del Depósito ardían poniéndole a la mole cerco de fuego al pie, e iluminándola. Las rejas de madera de los altos ventanales habían caído sobre las casuchas pegándoles fuego.

Todo León, estupefacto, miraba y miraba el incendio. Los tonos rojos y los tonos negros de la llamarada y la humareda, enlazadas, se reflejaban en los rostros de los mirones. Las gentes se gritaban para hacerse oír, ensordecidos con el fragor y el crujir del fuego, con el crepitar y tronar del fuego, y sentían el calor ardiente sobre el rostro, y la gran media rueda de mirones se ensanchaba más

y más, apartándose de la fogata inmensa a medida que caían cenizas y chispas con el viento que soplaba hacia ese lado.

El clamor de los campanarios se oía apagado aquí. En los patios de jardín de las casas más cercanas, despertaron los pájaros, engañados por el mentido amanecer, y su revoloteo era torpe y asombroso.

5.

—¿Qué pasa, por fin? —preguntó Claudina con su dulce voz debilitada por la enfermedad.

—Nada y todo —le respondió su marido, inclinándose sobre ella para acariciarle la frente y darle seguridad. —Dicen que ha volado el Depósito y se está consumiendo. Desde la calle se ven las grandes llamas y se oye el fuego como chasquidos de látigo. ¡En la puerta del horno se le quemó el pan al General! Quiere decir que no habrá guerra.

—¡El Señor Dios de los Ejércitos sea alabado y bendecido! —dijo la enferma.

—No habrá guerra —siguió diciendo su marido— y en cuanto estés mejor nos podremos ir al mar para que convalezcas.

La enferma apretó cuanto pudo la mano de su esposo que tenía entre las suyas.

—No te hagas ilusiones, Gonzalo —dijo tristemente.— Yo ya no tengo curación.

Gonzalo se hizo el que no había oído, o el que no le daba importancia a lo que oía.

—Mandé a llamar al doctor —dijo— pero a lo mejor él también se ha ido a hacer bola.

—No me importa —replicó Claudina.— Ya debiera dejarme morir en paz.

—¡Caramba! —exclamó Gonzalo— Hablas como si quisieras morirme —y suavizando la voz, enterneciéndola infinitamente añadió: ¿No es que me quieres dejar, mi vida?

—¡Gonzalo, abrázame! —suplicó Claudina.

Y al oído de Gonzalo la enferma murmuró:

—¡Dejarte! Si eso es lo único que me asusta y me duele. Y luego:

—¡Si tan siquiera te hubiera podido dejar un hijo! Pero no pude, ¿verdad?

Dominando su emoción Gonzalo le respondió:

—¡Sonseras! Ya verás que te vas a poner buena, y, Dios mediante, me darás la charpa de chavalos. Pero yo te quiero a vos, vosita sos mi vida...

—¡Oye! —dijo ella—. Están doblando. Es que debe haber muertos en el fuego.

Empujando la puerta que estaba entrecerrada una sirvienta entró al aposento:

—Don Gonzalo, aquí está el doctor Briones.

—Que pase, que pase.

—¿Y por aquí, qué nuevas tenemos? —preguntó al entrar el médico—. ¿La enfermita no se ha alterado con la bullanga, verdad?

—Yo no, doctor —dijo Claudina.

—Ahora me parece tonto —dijo su marido— pero yo quería ir a ver cómo andaba la bolina, y no me atrevía a dejarla sola. Por eso lo mandé a llamar. ¡Pero siéntese, doctor, y dispéñeme! ¿A que no sabe que ya estaba creyendo que usted andaría por allí, y que no iba a venir?

—Así son todos mis clientes —dijo en tono de hombre sufrido el doctor, un cincuentón de amable rostro entre patillas canas—. Todos creen que sólo a ellos tengo que cuidar. Pues vean, yo también me levanté sobresaltado. Iba a ir a ver, pero mientras me vestía me dije, “A lo mejor me necesitan y sólo que me quede en mi casa me podrán encontrar”. Dejé dicho que venía aquí.

—Pues se lo agradezco infinito, doctor. Véame a la señora y dígame si la puedo dejar un ratito.

—Para irte allá —dijo el doctor con una sonrisa.

—¡Qué! —respondió Gonzalo—. ¿Me debiera dar vergüenza?

—No, hombre, no. Al contrario. Te puedes ir. Eso sí, vuelve pronto y nos cuentas todo.

—Ya tengo ensillado mi caballo, —dijo Gonzalo. —Voy y vengo como centella.

6.

Claudina era joven, muy joven todavía. Cuando personas como el doctor Briones hablaban de ella, decían que, heredera de regular fortuna, se había casado con Gonzalo Quirós, su igual en posición social, aunque mucho menos rico. Contaban que Gonzalo había sido su novio

secreto cuando a ella la mandaron a estudiar a Italia, en un convento, después de que él se había ido a El Salvador donde el gobierno había fundado una escuela de agricultura. La escuela había fracasado. Los maestros, que eran belgas, no entendieron ni el carácter de los salvadoreños ni el del suelo del trópico, y después de varios pleitos con las autoridades y entre sí, se volvieron a Europa. Gonzalo entonces se puso a estudiar leyes y cuando volvió a Nicaragua ya era abogado.

Eso le sirvió para salvar una pequeña parte de su hacienda. Su padre se había enjaranado con el prestamista Somarriba, a quien decían “Burro’e plata” por lo torpe que se hacía y por lo rico que era. Al regresar de El Salvador, Gonzalo tuvo que litigar con furia para evitar que el Burro se quedara con todas las propiedades de su padre. La finca no la pudo salvar, ni las varias casas en León excepto sólo ésa en la que, al tiempo de este relato, vivía con su esposa inválida.

A Claudina la habían dedicado para monja. Ese había sido el deseo devoto de sus padres. Su único hermano, mayor que ella, se había ordenado sacerdote. Era el padre Apolinar Pablo, educado también en Italia, canónigo del Pío Latino en Roma y, ahora, rector del Seminario de León. Claudina se había prendado de Gonzalo antes de que pudiera nacer en ella la vocación religiosa, y ésta nunca nació. Cuando volvió de Italia trajo de regalo para la Catedral de León una estatua de tamaño natural de la Virgen de la Medalla Milagrosa. Gonzalo, el día de la consagración de la imagen, compuso una cuarteta que se hizo famosa:

*La Virgen trae a la Virgen
y la una y la otra es divina.*

*Si el cielo tiene a María,
la tierra tiene a Claudina.*

—Eso es blasfemia —dijo Claudina, toda sonrojada cuando la supo de labios de su hermano.

—Y mala gramática —añadió el Padre Apolinar Pablo, que bien conocía la inclinación de Claudina por Gonzalo y a quien la cuarteta le había caído en gracia.

No muy alta, esbelta como un lirio, de largo cuello y ovalado rostro, de largos brazos finos, de largas manos de delicados dedos, Claudina, en realidad, podía haber servido de modelo para la estatua de la Virgen. Pero mientras la imagen era rubia, con cabellera suelta y ojos azules de dulcísimo mirar, Claudina se hacía copete y moño, el peinado de la época, con la larga cabellera negrísima, y sus ojos, con que hasta en la misma misa buscaba de soslayo la mirada de Gonzalo para luego volverlos al altar en plegaria de todo su ser, eran dos almendras negras y apasionadas bajo largas pestañas que dejaban caer una sombra oscura sobre sus ojeras.

En contraste con ella Gonzalo era rosado de tez, de pelo claro que había sido dorado en su infancia, de ojos entre azules y verdes con una corona de lucecitas de oro alrededor de las pupilas. También era fornido. De haber vivido en época o país de los deportes, hubiera sido aficionado al fútbol o al polo. Montado, era un centauro.

Llevaban ahora seis años de casados, de manera que ella tenía sólo veintisiete, él sólo treinta y uno, pero ambos aparentaban mucho menos. Ella, en realidad, tendida en su gran cama de matrimonio, parecía, con la palidez de su rostro y de sus manos, apenas púber. Él, con su magnífica salud y arrogancia, podía pasar por no mayor de veinticuatro, pero ni siquiera treinta.

Llevarían tres años de casados cuando, viéndose estériles, acudieron a los médicos después de infinidad de novenas y mandas. El cuarto año lo pasaron en Europa. De allá volvieron, animosa ella, ponderado él. En París le habían dicho la verdad, que él ocultó. Claudina no tenía remedio. Llevaba un tumor que iría creciendo, lentamente tal vez, como hasta entonces; con súbita rapidez quizás; un tumor precoz que le impedía ser madre y, a la postre, le quitaría la vida.

—Los médicos —le dijo Gonzalo en París —no saben nada.

—Esos exámenes que me han hecho —le confesó Claudina apenadísima —me parecen pecado. Llévame a Lourdes. ¡Verás el milagro que nos hace la Virgen!

Fueron a Lourdes. Claudina comenzó a sentirse perfectamente bien. Se le quitaron los mareos y la sensación de debilidad continua. En el viaje de regreso a Nicaragua aumentó de peso.

—Los médicos no saben nada —decía Claudina a sus amigas —repetiendo las palabras de Gonzalo con algo de su acento—, pero la Virgen me hizo el gran milagro...

Tiempo más tarde le volvieron los mareos, más fuertes que nunca. Le vinieron náuseas mañaneras, y se le creció el vientre. Claudina sufría pero estaba loca de contenta, creyéndose embarazada. Gonzalo tomó en su confianza al Padre Apolinar Pablo y entre los dos la convencieron de que se dejara examinar de un médico. El doctor Alejo Briones, buen viejo concienzudo, se hizo íntimo del joven matrimonio. A pesar de la mucha fineza que puso al decirle la verdad, el desengaño que sufrió Claudina le partió el corazón.

—Usted no sabe, doctor, las ilusiones que tenía de ser madre —explicó sencillamente.

Llegó a debilitarse tanto que no pudo dejar la cama. El doctor opinó que operarla era sólo hacerla sufrir más.

—Hay médicos que para todo operan —le dijo a Gonzalo. Pero en este caso sería inútil. Si cortamos el cáncer, la matamos. Y aunque no la matemos, el maldito tumor volvería a crecer, quién sabe por dónde. Démonos por dichosos de que tan siquiera no es doloroso, como en otros casos. Pero cualquier día nos da un susto, cuando ahogue el intestino. Entonces, tal vez, operándola a tiempo, le podemos prolongar la vida.

La crisis que el doctor había previsto se había presentado por los días cuando se pronunció General el Coronel Bonilla Bravo. La operación había apartado al tumor del intestino. La enferma tenía nueva dádiva de vida.

—¡Que tan siquiera pasara sus últimos días con tranquilidad! —decía y anhelaba Gonzalo, temiendo las dificultades de una guerra civil.

Comprendiendo que la voladura del Depósito significaba que el complot del General había fracasado, Gonzalo se puso contento.

—¡En la puerta del horno se le quemó el pan! —repite una y otra vez al galope de su caballo de cascos herrados que en la noche sacaban chispas de las piedras de la calle.

7.

Cuando Gonzalo llegó frente al incendio, el gentío era enorme y estaba sacudido del horror.

—¡Se están achicharrando!

—¡Ardiendo vivos!

—¿Qué pasa? —preguntó Gonzalo.

—Unos infelices pelmas —le dijo el tuerto Basurto—. Estarían borrachos en el segundo patio, y no pueden salir. ¡Se están achicharrando!

—¿Cómo? —insistió Gonzalo.

—Mire allá, don Gonzalito. Por través del portón. ¡Allí va un pelma!

El Depósito era un horno. Las llamaradas salían por encima de la techumbre y sacaban largas lenguas por el portón del edificio. A ratos, por instantes, se aclaraba el portón y se podía ver entonces cómo, en el patio iluminado como de día, corrían como locas unas formas humanas.

En un instante Gonzalo comprendió la situación. Se abrió paso entre la multitud, acarició el cuello de su caballo, y espoleándolo, se lanzó como un rayo al interior del edificio ardiente.

Una exclamación salió de todas las bocas, que luego hallaron voz.

—¡Está demente!

—¿Quién es?

—Don Gonzalo Quirós.

—¡Virgen Santísima, se le habrá muerto la niña Claudinita y se quiere suicidar!

—¡Qué bárbaro!

—¡Güebos de hombre!

No salían las gentes de su asombro cuando Gonzalo regresaba, a gran carrera, cargando un bulto con la mano derecha.

—¡Ya sacó a uno!

Dejando caer al rescatado Gonzalo hizo girar a su caballo sobre las patas traseras, le dominó el corcoveo, se lanzó de nuevo dentro del Depósito y volvió con otro bulto, y así tres veces más, mientras las mujeres y muchos hombres se arrodillaban y entonaban el **Trisagio**.

El último bulto rescatado, era toda llama. Sintiendo sobre sus flancos el fuego, el caballo se encabritó y tiró a Gonzalo. Las gentes corrieron a auxiliarlo. Gonzalo se levantó.

—Si no es nada —dijo—. ¡Alabado sea Dios, ya creo que no queda nadie adentro!

Libre de su carga la dócil cabalgadura había sido fácil de atajar. Halándola de las riendas se la trajeron a Gonzalo.

—¡Buen caballo! —dijo. —No lo cambio por oro.

—Parecés mantudo —le dijo el Padre Apolinar Pablo, acercándosele—. ¡Si te vieras la cara!

Gonzalo se pasó las manos por el rostro y se las miró untadas de negrohumo.

—No le digás nada a la Claudi —dijo, dirigiéndose al Padre Apolinar Pablo.

Pero el sacerdote ya no lo oyó. Lo habían tirado de la sotana.

—¡Se está muriendo, padre!

—¡Déle la absolución!

Era la mujer última en ser salvada del incendio. Las ropas se le habían acabado en harapos. Las carnes de las piernas desnudas las tenía negras y llagadas. Con los ojos miraba desorbitadamente. El sacerdote se arrodilló a rezar. Los curiosos no apartaban la vista del montón informe. De pronto una mujer gritó:

—¡Si está pariendo!

Se incorporó el Padre Apolinar Pablo. —“¡Busquen una partera!”, —ordenó, y continuó rezando de pie.

Ya entonces se había acercado al grupo de mirones Gonzalo, en su caballo.

—En mi casa está el doctor Briones —dijo—. ¡Voy por él! —y a raudo galope partió como alma en pena.

Se le olvidó la facha que llevaba, pensando sólo en la urgencia de médico. Así entró al aposento de su esposa.

Claudina lo miró espantada.

—No pasa nada, mi vida. ¡Mirá, que no me pasa nada! —dijo Gonzalo. —Corra doctor, por la vida suya, que está dando a luz una quemada.

—¡No me dejés, no me dejés a mí! —gritó desesperadamente Claudina.

—¡No, no, si no te deajo! ¡Si no te deajo mi alma! — le dijo Gonzalo. Por fortuna el médico comprendió y se dio prisa.

8.

Gonzalo fue al lavabo, echó agua del hermoso pichel de porcelana en la palangana grande, adornada con

figuras, rosadas y celestes, de cupidos y flores, y se lavó cara y manos. Mientras se secaba notó que le ardía la pierna derecha. Vio entonces que se le habían quemado los calzones y que estaba sollamado. Le dio risa.

—¿Sabes? —dijo, acercándose a su esposa—. Estoy un poquito quemadito. Sólo un poquito.

—Dios mío —dijo ella— ¿qué hiciste? Si no me lo cuentas me voy a volver loca.

—Mirá, si no fue nada. Se estaban quemando adentro, atrapados en el patio, unos del pueblo. ¡Pobrecitos! Le piqué a mi caballo y me metí a sacarlos.

—¡Oh!

—No fue nada en lo mínimo, sólo que la última, que era una mujer, ya tenía la ropa ardiente. Esa me quemó, mirá aquí, ¿vés? No es nada, nadita.

—¡Ha! —dijo ella.

—Y luego, mi vida, que la pobre mujer como que estaba encinta, ¿sabes?, y allí mismo donde quedó tendida... Me vine corriendo por el doctor.

—¿Dando a luz?

—¡Uhjú!

—¡Dichosa ella!

—Sí, hay gente dichosa, ¿verdad? —dijo Gonzalo con un dejo de tristeza.

—¡Yo quisiera haber visto! —exclamó Claudina.

—¡Quién sabe! A mí me horrorizó. La pobre estaba toda achicharrada. Se le veían las llagas en la carne viva, con ribetes negros de carbón.

—¡Ay, Dios!

—Ahora que te pase el susto. ¡Soy una bestia, asustándote!

—Ya me pasó. Mirá, si estoy bien. ¿Crees que la criatura viva?

—¿Por qué no?

—¿Y la madre?

—¿Por qué no?

—¿Y será varoncito, crees, o mujercita?

—¿Cómo voy a saber eso, mi amor? Allí estaba Apolinar Pablo, ¿sabes?, y le oí decir que trajeran una partera. Yo pensé en el doctor.

—¡Angelito de Dios!

—¡Qué angelito voy a ser! —exclamó Gonzalo, todavía con el remordimiento de haber asustado a Claudina.

—¡Bruttino! —le dijo ella, sonriendo—. No me refiero a ti sino al *bambino* —y Gonzalo también se rio.

—Gonzalo —dijo Claudina.

—¡Mi amor!

—Tengo una idea.

—¿Qué?

—¡Prométeme que sí!

—¡Lo que tú quieras! Ve, sin pedírmelo, te juro que no me vuelvo a meter en otras llamas.

—¡Es otra cosa!

—¡Lo que quieras!

—¡Bésame, Gonzalo!

Y luego:

—Yo creo que así lo quiere Dios. Pero, claro, todo depende. ¡Gonzalo, si esa pobre mujer se muere, adoptemos ese niño! ¡Yo quiero ser su madre!

—¡Claudina, Claudi!

—Yo quiero ser su madre —volvió a decir la enferma, con desmayada voz—. Dios te lo dio, para que me lo dieras.

—Sí, claro. Lo adoptaremos. Si tú quieres, lo que tú quieras.

—¡Gonzalo! Me duele mucho...

—¿Qué, dónde?

—Gonzalo, como si fuera yo, como si yo... Todo aquí me duele —y Claudina se pasó las manos sobre el vientre, y se mordió el labio inferior, y dio como un grito.

—¡Claudi, no, no, no! —gimió Gonzalo.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Ya —dijo, —¿ves?, ya me pasó. ¡Oh, Gonzalo, ya también yo di a luz!

—¡Estás muy pálida! —dijo Gonzalo alarmado.

—Pues sí —dijo ella—. Pues sí. ¿Dónde está mi niño?

—No seas loquita, mi amor. ¡Ponte seria, Claudi!

—Gonzalo, ¡me lo prometiste! Si no quieres que me muera triste, andá a ver qué es, si me lo podés traer. Andá, por mi amorcito...

Gonzalo fue al zaguán para montar, pero vio que el caballo estaba chamuscado de las ancas y piernas y olía a pelo quemado. “Yo también me sollamé, viejo”, le dijo al animal, y tras de desensillararlo salió a pie.

El resplandor del incendio iluminaba parte del cielo y en la ciudad hacía verse pálidas las luces de los faroles. En media calle dio con el doctor y un grupo de acompañantes.

—¿Bueno? —dijo Gonzalo.

—Aquí está —dijo el doctor—. Me temo que sea sietemesino, pero parece que está bien.

—¿Varoncito?

—Ahjá.

¿Y la madre?

—Ya está con Dios. A éste es al que salvaste.

—¿Démelo, doctor!

—¡Cómo! ¿Qué? —exclamó el doctor asombrado.

—¡Para ella, doctor! ¡Me mandó a traérselo!

—Ve —dijo el doctor— no es mala idea. Pero hay que buscarle chichigua.

Y así diciendo llegaron a la puerta de la casa, cuando al entrar, como si lo hubiesen enseñado, el recién nacido gritó.

Claudina lo oyó, y se incorporó y alargó los brazos.

—Todavía no, todavía no —dijo al doctor—. ¡Que me preparen agua hervida! ¡Que me traigan sábanas limpias! ¡Que me hagan unas vendas!

—Y a mí agua también —dijo el Padre Apolinar Pablo. —Una tacita de agua... ¡Hay que bautizar a esta alma! A ver, ¿quién tiene un almanaque? Búsquenme qué santo es hoy.

—¿Santo? —dijo Gonzalo—. Ahí está el calendario. Octubre nueve, San Dionisio Areopagita.

—Cárgalo, Gonzalo —dijo el Padre Apolinar Pablo. Y luego, cuando Gonzalo tuvo en sus manos a la menuda miseria de humanidad: *In nomine Patris...*

—¡Dionisito! —dijo Claudina—. Nicho, Nichito.

Su voz era muy débil, pero nadie se fijó en ella mientras el doctor le echaba al recién nacido jugo de limón en los ojos y le curaba el ombligo y lo envolvía tras de haberlo limpiado con un trapo húmedo.

El pequeño Dionisio volvió a llorar.

—¡Dénmelo! —gritó Claudina casi llorando ella también. Gonzalo se lo llevó y lo colocó a su lado. Luego, espantado, gritó:

—¡Doctor, doctor, mírela usted!

Claudina se había quedado rígida. Tenía los ojos entornados. Apenas sí movía los labios, amoratados.

Tras de breve examen el doctor meneó la cabeza desoladamente.

—¡Este es el fin! —dijo.



Gonzalo hizo un movimiento como para quitarle la criatura.

—No, Gonzalo —dijo el Padre Apolinar Pablo—. ¿No ves que puede darse cuenta? ¡Mírala, hombre, qué dichosa está!

Claudina evidentemente agonizaba. Se había puesto como de cera. La nariz se le afinó y sombreó ligeramente, color de lima, pero en sus labios jugaba una débil sonrisa.

—Ha sido la hemorragia —dijo el doctor—. Está empapada. Tarde o temprano tenía que suceder.

—¡Vamos, Gonzalo! —dijo el Padre Apolinar Pablo.

—¡No llores! ¡Ayúdame a rezar!

Y otra vez, como el dios griego cuyo nombre llevaba gracias al primer Obispo de Atenas, Dionisio había vuelto a nacer, y a quedar huérfano.



CAPÍTULO II

1.

NO HUBO guerra. El General Manuel Bonilla Bravo emigró y no volvió jamás a Nicaragua. Sus más adictos lo esperaron meses y años, hasta que se enfrió la lealtad que le tenían. Entre los más tibios llegó a decirse que la voladura del Depósito fue maquinación suya, para esconder innoble acción: robarse el dinero que había colectado para comprar armas.

—¡Qué cañones ni qué fusiles! —exclamaban los exaltados. El acero no se esfuma con el fuego. El muy taimado lo que trajo fue armas de palo, y ésas sí que se hicieron humo.

—Él mismo no ha dejado ni ceniza ni carbón...

Mientras tanto, el Intendente granadino se proclamó Presidente de la República, y nadie le disputó el título. Ya que se acercaba nuevamente la Semana Santa, anunció que la pasaría en León. León recobró, en parte, ese año, su antigua dignidad. Al Presidente se le recibió con frialdad deliberada, pero en una reunión del Sábado de Gloria, en el salón del Cabildo, después de los hermosos repiques de campanas y las salvas de artillería, el granadino dijo:

—A mujer hermosa no se le gana el corazón de una mirada, ni a ciudad heroica de una visita. Yo confío en que, andando el tiempo, León me llegará a querer.

León, emperó, no se resignó a dejar de ser la capital hasta que también Granada, su enemiga, perdió esa prerrogativa. La capital de la República se estableció definitivamente en Managua, antigua villa entre Granada y León, sobre el lago Xolotlán. A Managua acudieron entonces vecinos de las viejas ciudades rivales, estableciéndose amistosamente en amplios solares, aumentándole la población y dándole importancia. Eran los más progresistas de espíritu en el país, los menos apegados a las tradiciones, ávidos de novedad, los más resueltos. Las familias rancias asumieron con orgullo un dejo de melancolía, sin moverse de León; y en las tertulias leonesas se hizo inagotable tema de conversación la perversidad de las costumbres de Managua.

—Tan beata que era la Chonita Figueroa, ¿se acuerdan ustedes? Vestida de percal, con las naguas, hasta el tobillo, y siempre con su mantilla cubriéndose la cara. Pues sepan, que desde que se fueron a Managua, porque a su papá le dieron güeso en el gobierno, se le han subido los tufos alzándole las faldas.

Era don Pascasio Jirón el de la noticia. Había estado en Managua en asuntos de negocios, y a su regreso se le había llenado la casa de curiosos.

—Usted exagera, sin duda alguna, —exclamó, deseando saber más, y cosas peores, don Cayetano Sotomayor, el miope cuarentón dueño de la tienda **El Progreso**. —Muy presente tengo a la Chonita, tan devota de Nuestra Señora de las Mercedes. ¡Las veces que entraba a mi tienda, siempre diciendo que no más para ver, y así era, en efectivo, con su ramillete de flores en la mano. “¿Te las dio un enamorado?” le preguntaba yo en broma, y ella se

ponía roja como una brasa. “Son de mi jardín, decía, y se las llevo a la Virgen”.

—Así habrá sido aquí en León —replicó don Pascasio. —Pero en Managua, casi la desconocí. ¡Qué flores ni qué Virgen! Lo que no deja de la mano es el abanico, como si la calle fuera sala.

—¡No diga usted! ¿Y por acaso, tendrá novio?

—Yo tenía quehaceres y no iba a andar investigando. Sí les puedo decir que ya no se tapa con mantilla. ¡Usa sombrero!

—¿Y lo que decía de las faldas, don Pascasio?

—Hombre, que se le ven todos los botines y hasta como una pulgada de pantorrilla... ¡Ustedes dirán!

De la casa de don Pascasio Jirón salieron las gentes a cuchichear. De boca a oídos iba el chisme, cambiándose y revolviéndose, hasta que se llegó a asegurar que la Chonita se había vuelto “una perdida”. Haciendo revolución completa, la calumnia a las dos o tres semanas volvió a la casa de don Pascasio, que la había inventado.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. Ya yo algo de eso barruntaba. Cuando la vi, sin embargo, qué me lo iba a imaginar...

2.

Lo que se refería a cuestiones sexuales era, naturalmente, lo más comentado, lo más exagerado, lo más vomitado y vuelto a lamer; pero se murmuraba también de las reputaciones varoniles atribuyéndose a los que habían abandonado a León para buscarse mejor suerte en

Managua, móviles deshonestos de lucro, robos y la venta de sus conciencias.

—¿Creen ustedes que fue la pena de declararse en quiebra lo que hizo irse a Managua a don Chico Suárez?

—Es lo que se dice.

—¡Lo que se dice! Pues del dicho al hecho hay mucho trecho. ¡Qué pena ni qué canilla de muerto! Él estaba seguro en la voladura del Depósito, con recibos de haber depositado cien barriles de alcohol, y sólo eran unos diez, y claro, los otros noventa los había mandado de contrabando a Honduras. Así hizo su plata. Dejó fregados a sus acreedores, y allí me lo tienen establecido en Managua.

—Eso también dicen de don Chucho Estrada.

—Y de quién es la purísima verdad es de don Leoncito Salinas, con el tabaco. Como me lo contaron lo cuento. En vez de tabaco, que había comprado fiado sin levantar, depositó puro zacate.

Y otra vez:

—¿Quién no tenía por hombre honrado a don Chaca Téllez? —dijo uno, estirándose en una banca de la Plaza de la Independencia, hacia el atardecer, bajo los doseles de crecido almendro entre cuyas hojas verdes había siempre hojas rojas que se confundían con el fruto maduro.

El grupo que le rodeaba se apretó. La tertulia comenzaba sabrosa.

—Pues yo pondría esta mano en el fuego por don Chaca —se atrevió alguien a decir.

—¡Ay, amigo! —exclamó el de la pregunta. —Por el don Chaca que conocimos, sí. Joyero como él no lo

volveremos a ver en nuestros días. ¡Dios quiera que vengan días mejores!

—A don Chaca —dijo su defensor— se le podía llevar un manojito de pepitas de oro, sin pesar, y decirle: “Quiero que me haga un anillo liso con este oro”, y tomaba la medida y hacía el anillo, y el oro que sobraba lo devolvía enterito sin que faltara ni esto. —Y con las palabras el individuo se tronaba la uña del meñique contra la del pulgar.

—¿Y qué tal era haciendo prendedores, con figuras y todo? A mí una vez me hizo un prendedor que era un gallo, que se le veían las plumas y los espolones, y con unas piedrecitas como rubíes en los ojos.

—A eso me refiero, precisamente —dijo el que primero había recordado al orfebre. —Pues sabrán que le hizo una medalla al Presidente, con el escudo. Los volcanes eran esmeraldas, el sol un rubí, el mar era de oro. Yo creo que ni en Europa podrían hacer nada parecido ni tan siquiera.

—Pues apostaría —replicó el defensor del ausente— a que devolvió todo el oro sobrante y todos los pedacitos de piedra preciosa, hasta el polvillo.

—Ahí está la cosa —afirmó el denigrador que iniciara la tertulia. —No era cuestión de devolver nada. Era un regalo de don Chaca.

—¡Ah!

—Y un regalo, ¿por qué? Me preguntarán ustedes.

—Sí, ¿por qué?

—Un regalo para que le dieran la administración de rentas, ¡y se la han dado! Está que revienta de rico. Como

que se roba la mitad de las entradas. Y eso no lo digo yo, sino que me lo han contado. Yo siempre creí que don Chaca era hombre cabal. Pero así se ha vuelto el mundo, y el demonio a quienes más tienta es a los mejores. A los malos por instinto, ya los tiene seguros. A los buenos es a quienes no deja en paz. Ni a sol ni a sombra, día y noche, dale que dale con la tentación, hasta que caen. Pues lo que es Managua es un despeñadero del infierno, ¡como lo oyen!

La Plaza de la Independencia quedaba frente a Catedral por un costado, frente al edificio del Cabildo por otro. El Cuartel le flanqueaba un tercer lado, y el cuarto se lo dividían la Jefatura de Policía, que ocupaba media cuadra, y un salón de refrescos.

Entre la Catedral y la Plaza, más generalmente llamada El Parque, a pesar de sus escasas cien varas por lado, corría la Calle del Panteón que venía del norte y se extendía unas doce cuadras al sur, tendiéndose en un puente colonial de anchos arcos macizos sobre la hondonada de Río Chiquito hasta llegar a la iglesia de Guadalupe, en la altura al otro lado del riachuelo.

Detrás de esta iglesia se extendía el cementerio, de manera que por la Calle del Panteón pasaban los más de los entierros. Frente al Parque se pronunciaban los discursos y se despedía el duelo, excepto que se tratara de muy principal persona, porque entonces había oratoria fúnebre también en el Puente y junto a la fosa.

De todos modos, en día de entierro las tertulias eran más numerosas y concurridas en El Parque. Nada daba tan grande ocasión de hablar del prójimo como un fallecimiento. Todo lo bueno acerca del difunto, mentira o verdad, era tema del velorio; todo lo malo, cierto o falso,

de las tertulias posteriores. Y del muerto del día se pasaba a muertos pasados, hasta que las campanas daban el toque del *Ángelus* y el ángel que anunció a María imponía silencio a las malas lenguas...

—Te estás volviendo un misántropo —le dijo el Padre Apolinar Pablo a su cuñado. —Este encierro te va a hacer mal. Deberías ir tan siquiera al Parque, a dar tu vueltecita.

—¡Al Parque! —le replicó Gonzalo Quirós. —El día que llueva fuego, allí es donde va a llover más recio.

—Es verdad —asintió el sacerdote. —Ya León no es lo que era. La pobreza acarrea amargura de ánimo, y de ahí nos viene el mal. Nos estamos volviendo resentidos.

Conversaban en el corredor de la casa de Gonzalo, a las muchas semanas de la muerte de Claudina.

Un sol de oro hirviente caía sobre el jardín casero, rompiéndose en colores en el chorro de la fuente y volviéndose lluvia de diamantes sobre las grandes hojas de la hiedra que casi cubría el montón de piedras negras que se alzaba en el centro de una pila en medio del patio. En el fondo, un ciprés de esbelto tronco se elevaba como si se empinara para mirar por encima de los tejados. A pesar de la brillantez de la luz del sol, el ciprés aprisionaba en sus ramajes sombras que refrescaban la mirada. A un lado del patio se había tupido una mata de jazmines del Cabo, sus frágiles ramas doblegadas por el peso de infinidad de menudas hojas que comenzaban a mostrar los delicados capullos ligeramente coloreados de la preciosa flor. Rosales, jacintos, geranios, lirios rojos, hojas de color, todo en profusión tropical, daban su belleza casi con barbarie.

—¿De modo que crees que esta desmoralización es cuestión económica? —preguntó Gonzalo.

—No me cabe duda —respondió el sacerdote.

—Curiosa teoría para un padre —dijo Gonzalo.

—Al contrario —repuso el de sotana, avivándosele la voz con el doble gusto de iniciar un tema de su agrado y de ver en Gonzalo la disposición de salir de su melancolía. —¡Al contrario! Nuestros países de América están en crisis, una crisis como la que Europa sufrió al pasar de la Edad Media a la Moderna. Ya tienen a Nicaragua hecha república, sin que a ti se te escape el porqué. A la hora menos pensada los Estados Unidos y la Gran Bretaña ajustan sus diferencias, se ponen de acuerdo, y tendremos el Canal entre los dos océanos. El mundo entero se volcará sobre estas tierras. Una población cosmopolita nos ahogará en oleajes de nuevas gentes, nuevas costumbres, nuevos modos de luchar por la vida. Mientras tanto, el cambio se siente venir, como se siente, por la humedad del aire, que ya viene la lluvia. Y como cuando va a haber temporal las hormigas echan alas, dejan su costumbre de andar en el suelo y revolotean como locas, así está toda nuestra gente. En previsión de escasez para los que han de venir, los precios suben, la carestía se fabrica artificialmente. El que vende arroz aumenta sus precios porque el que vende azúcar ha aumentado los suyos, y éstas son dos razones suficientes para que el curtidor de cueros haga otro tanto, y las razones entonces son tres para que el boticario no se quede atrás. En cambio, los salarios no suben; las ventas merman. A pesar de los altos precios, nadie gana nada, y ahí nos tienen a todos innecesariamente pobres.

—¡Pobres! —repitió casi suspirando Gonzalo, vuelto a su tristeza.

—Sí, pobres, y por pobres enfermos del ánimo, —afirmó el Padre Apolinar Pablo—. ¡Ah!, es que el hombre tiene en la conciencia que Dios rige al mundo, y cuando el mundo se pone mal, culpa a Dios en sus adentros, casi sin darse cuenta de ello, en vez de culparse a sí mismo. Así comienza su maldad.

—Bueno, Apolinar, ¿y cómo te explicas todo eso?

El clérigo se puso a liar un cigarrillo. Cogió de una faltriquera el pedacito de papel amarillo, de otro bolsillo de la sotana sacó un pequeño costal de cuero, del que vertió oloroso tabaco en el papel, y con delicados dedos, que le recordaban a Gonzalo los de Claudina, dedos largos y finos, hizo el pitillo. Deliberadamente le imprimió la uña del pulgar en uno y otro extremo, para sujetar el rollo, y entonces alzó la voz y llamó a la criada:

—¡Arcadia! ¡Arcadiaaaa! Tráeme una brasita del fuego.

Mientras llegaba la lumbre el Padre Apolinar Pablo volvió los ojos de la cumbre al pie del ciprés, los pasó por los arcos-iris que hacía el sol en la fuente, los detuvo en fin en una florecilla; se levantó y se bajó al patio a cogerlo, quedándose mirándola, dándole vuelta en los dedos.

La Arcadia llegó teniendo una cuchara de metal por el extremo del mango. En la concavidad traía una pequeña brasa que se había cubierto de ceniza. El sacerdote la sopló, la vio encenderse, y prendió el cigarrillo. La sirvienta se retiró haciendo una reverencia. El clérigo sorbió el cigarrillo aspirando hondamente, luego respiró y sopló sobre la flor un largo chorro de humo.

—Hay cosas —dijo al fin— difíciles de tan sencillas que son. Lo más difícil de todo, de aplicar como conducta

de vida, quizá sea lo más fácil de entender con la mollera. Digo, que los extremos son malos. Para los trágicos griegos, maestros de moral por excelencia, el mal comenzaba con el exceso de riqueza. De ahí no han pasado muchos moralistas. La riqueza excesiva engendra poder y el poder orgullo, la creencia de que todo nos está permitido. El orgullo se vuelve de ese modo un reto a la ley de Dios, y de ahí es sólo un paso a la comisión del primer crimen. Un crimen engendra a otro, y ya entonces no hay escapatoria. Se va rodando hasta el abismo. Pero la excesiva pobreza conduce al mismo fin, y esto es descubrimiento de la Iglesia. Pero mira, Dios no nos pide imposibles, de modo que naturalmente se agotan las fuentes de la piedad, de la misericordia, del amor al prójimo, hasta el amor de los padres a los hijos, cuando la pobreza es tal que no hay manera de poder ayudar a nuestros semejantes. Parece lógico entonces, o más bien, natural, que el egoísmo prevalezca, y prevalece. Lo que hay en Nicaragua es pobreza.

Gonzalo había comenzado a animarse de nuevo.

—¿Y San Francisco de Asís? —preguntó vivamente.
—¿Y San Juan de Dios? ¿Y San Vicente de Paúl? ¿Y todos los que dieron sus riquezas y se hicieron pobres de solemnidad?

—Los santos —sonrió el Padre— son las excepciones que prueban la regla de la Naturaleza. Los santos son los milagros hechos hombres.

—¡Ah! —exclamó Gonzalo.

—Mira —dijo el padre Apolinar Pablo— ¿cómo te explicas que quienquiera que haya sido el marido de la infeliz madre de Nichito, no hubiera venido a reclamar a su hijo?

—Habrás sido de los que se quemaron —dijo Gonzalo.

—Quizá sí quizá no —repuso el sacerdote—. Para mis adentros, creo que la pobreza de esa gente les pone romo el sentimiento, se los embota. **Amor al cor gentil sempre ripara, y sólo al cor gentil.** ¡Este es el punto! ¡Debieras leer poesía italiana!

—¿Y cómo estará el Nichito? —preguntó Gonzalo.

—Te quería hablar de eso —dijo el Padre—. El martes entramos de vacaciones en el Seminario. ¿Por qué no vamos a Hualica a darnos una vuelta? Esto es —añadió con una gran sonrisa— si de veras me puedes conseguir un caballo manso.

—Me gustaría ir ya, ahorita, estar allí —dijo Gonzalo.

—Bueno —dijo el Padre, —a mí también me gustaría montar. Pegaso. ¡Hombre, tienes un carácter, que, te lo digo con franqueza, me preocupas! De repente, lo que montas va a ser un caballo de palo, como Don Quijote.

—¿Rocinante?

—No. Clavileño. ¡Caramba, ni **El Quijote** conoces!

Gonzalo se echó a reír. Era la primera vez que reía desde la muerte de Claudina.

—Está bien —dijo burlonamente. —Te voy a conseguir lo más manso que hay en caballos; pero si quieres, te llevo en carreta.

Desde donde estaban, en mecedoras vienasas, de asiento y espaldas de junco, vieron caer la tarde, como una sombra espesa, súbita, sobre el jardín. Los alcaravanes,

que se habían mantenido todo el día discretamente en acecho de insectos entre las plantas que podían cubrirlos, se hicieron obtrusivos ahora con alaridos y gritos casi humanos.

La Arcadia vino con una lámpara de kerosén en cada mano, dando luz. Sonaron las campanas. Los amigos se pusieron de pie y, persignándose, el Padre comenzó a rezar.

4.

El camino a Hualica era en subida. Ladeaba los montes que formaban el hueco del valle de León; luego que se les trasponía se bajaba a otro valle, y se volvía a subir un poco. Hualica quedaba al pie del volcán de Telica. El camino estaba cortado sobre el puro suelo, y donde quiera que la lluvia se estancaba, se hacía un hoyancón al paso de las carretas. A trechos había que bordear pantanos de agua salitrosa, donde no crecían más que jícaros, árboles de mediana altura, de retorcidas ramas, con hojas tupidas en forma de cruz, cuyo fruto es una especie de calabaza de cáscara muy dura. Vaciándoles la pulpa semillosa a estas frutas, se obtenían vasos para tomar líquidos; jícaras los vasos largos, huacales los redondos.

Los indígenas sabían tallar la superficie de las jícaras, a veces con verdaderos primores arabescos. El pinol y el tiste especialmente debían tomarse en una de esas copas, o no sabían bien. El tiste era una bebida a base de maíz, tostado primero y luego molido en fino pinol, al que se añadía cacao crudo, también reducido a polvo. De la masa de estas dos sustancias, mezcladas en agua, se hacían bollos que, batidos con molinillo en la jícara y



endulzados con azúcar, a veces sazonados con canela, daban una espumosa y exquisita bebida.

Las semillas del jícara tienen forma de pequeños corazoncitos. A estas semillas se les levaba la pulpa y se les ponía a secar al sol y luego se les molía. Con este polvo de semilla de jícara se hacía, con azúcar y leche o con azúcar y agua, una bebida deliciosa y muy nutritiva, con ciertas propiedades curativas. El pinol y el tiste, sin embargo, eran más populares y se consideraban básicas en la alimentación del pueblo. De ahí el sobrenombre de “pinoleros” que se les da a los nicaragüenses en Centroamérica.

—La gente está tan pobre en León —dijo el Padre Apolinar Pablo, todavía embargado por el tema de su conversación con Gonzalo días antes —que ya no bebe tiste. A veces ni al pinol con sal se llega, y ni ha aumentado la población ni la producción de nada ha disminuido. Ya nadie compra nada.

En los jícaros abundaban las parásitas. Diversas especies de orquídeas, florecidas en época de lluvia, ahora secas, colgaban como harapos ennegrecido que el viento hubiera dejado entre la ramazón.

Más allá del jicaral, la maleza cubría enteramente el campo: cuernillos, con diminutas espinas como cornamenta de toro; mozote, también espinoso, de florecillas amarillas; infinidad de plantas que, en cuanto cede lugar la selva, se apoderan del suelo y echan en él extensas raíces, y alzan tallos duros, difíciles de romper. “Hierba mala”, le dicen, por su terquedad. En vano se queman los campos para acabar con ella; en vano se revuelve el suelo con el arado, y se siembra el maíz. En cuanto comienzan

las lluvias, la hierba mala ahoga a la milpa y se enseñorea sola en su infinita variedad.

—¡Pobre gente —exclamó el Padre Apolinar Pablo —teniendo que luchar contra este monte!

—Yo he tenido la idea —dijo Gonzalo— de que de algo ha de servir esta hierba. Algo se le puede sacar que sería riqueza para el país. Porque lo malo que nos acontece es que nos aferramos a lo viejo, a lo conocido. De sembrar maíz no queremos pasar. No somos gente que haya dominado el medio. Si tenemos cacao, es porque lo tuvieron los indios antes de la llegada de los españoles, lo mismo que el maíz. Si hay azúcar, es porque la trajo el conquistador, como hace poco trajeron los ingleses el café. Pero tomar nosotros lo que nuestro suelo da buena mente en abundancia, y buscarle utilidad, eso, que necesita imaginación, nos hace falta.

—¿Y para qué te imaginas que podría servir la mala hierba? —preguntó el sacerdote.

—No sé —dijo Gonzalo. —Hay que investigar y averiguarlo. Es lo que se debiera hacer, buscarle a todo su conveniencia, su aprovechamiento. Entonces no habría la miseria que te preocupa. ¡Pero nada, todos somos mala hierba también, que ahogamos la fertilidad del suelo!

—¡Upa! —dijo el Padre. —¡Eso me gusta oírte decir! Pues, hombre, a nosotros también hay que buscarnos para qué servimos; de algo hemos de servir también nosotros, ¿no crees?

5.

Contra el cielo de un azul pálido se perfilaba frente a ellos el volcán Telica, cada vez más claro y menos alto.



Gonzalo y el Padre Apolinar Pablo habían salido muy temprano de mañana, y ahora ya arreciaba el sol. Pero a poco fueron viendo señales de humanidad, aquí cercas de piñuela encerrando campos todavía sin cultivo; más adelante campos ya listos para la siembra; luego gente doblada sobre la gleba, desmontando donde ya había sembrado.

El camino se hizo más ancho. A su vera crecían ahora hermosas ceibas chilamates de extendidas ramas y grata sombra. En un abrir y cerrar de ojos llegaron a las afueras del pueblo...

Era Hualica una sola calle larga que bordeaban chozas de caña con techos de palma a uno y a otro lado, cada choza señora de un solar de tierra maciza donde se hacían las labores de la casa. En algunos patios de éstos había pozos, de alto brocal, con malacate al lado para halar el cubo del agua. En todos había chiquero para los cerdos de engorde, en todos las gallinas escarbaban, seguidas de pollitos, hallando aventuras a cada instante. Los gallos hacían el amor entre las pollas con ufanía incansable. En la mayoría de los patios había también, al fondo, su hortaliza, resguardada de las aves de corral por cercas improvisadas, y su arboleda de frutales, el naranjo dulce, el naranjo agrio, el limonero, el palo de mango, el de achiote, el de níspero, inmenso, el de cañafístola, también grande, y en algunos árboles se enroscaban las enredaderas de paste. Donde se hundía el suelo y se formaba charco, crecían en manojos las cepas de plátanos y guineo, de hojas grandes hechas tiras. Ni faltaban las flores, la reseda de delicados brotes blancos de exquisito olor, la amapola nicaragüense de cuatro pétalos enroscados, color de oro, que crece en árbol alto y, como florece por Semana Santa, sirve de adorno el jueves al Señor en el suelo; el jilinjoché de roja

lluvia de pistilos, el huele-de-noche pálido y visto de día, como tocado de luna y de sonsera.

Hacia el centro de la calle se elevaba, con una sola torre, la iglesia de adobe enjalbegado, pintada de azul de Prusia, con bordes claros en las puertas, y junto al templo la casa cural, sobre una especie de montículo, de manera que, para entrar en ella, había que subir una media docena de gradas. Frente a la iglesia había una ancha plazoleta de tierra apisonada, que servía de mercado o en determinados días, y del otro lado de esta explanada quedaban la Comandancia y el Juzgado, en una sola casa, también de adobe y tejas, frente a la cual, en postes enterrados, siempre había amarrada alguna bestia: la vaca ajena que se metió a una milpa o el burro extraviado que destruyó un plantío, esperando al dueño que los reclamara y pagara los daños.

Era hacia el mediodía. El aire estaba lleno de una sonoridad especial, el bullicio de millones de moscos gozosos de sol, gritos finos de insectos, cantos de saltamontes y chicharras, un zumbar fragoso y alegre, distinto del ruido de la noche montaraz hecho de murmullos, de secretos, de voces de perfidia, de odio, de ferocidad, de espanto.

Por todas partes en sombra había perros echados durmiendo la siesta.

De la plazoleta se levantaba el relente, un vaho que brillaba con iridiscencias vagas, el calor de la tierra trémulo de luz.

A lo lejos se opacaba la atmósfera, sin formar nube. En el cielo parecía allá poder tentarse con las manos, si se subiera uno a las ramas altas de los genízaros o de los nísperos en la lejanía. Sobre el azul grisáceo ponían su



perenne nota negra los zopilotes, en constante revuelo, y su punto y raya los gavilanes en rápido volar para caer sobre una presa en tierra.

Mirando a lo lejos se advertía que el suelo se ahuecaba. Era la cuenca del río de Hualica. Agradaba la frescura verdosa de sus márgenes bordeadas de sauces llorones.

Los caballeros se dirigieron derechamente a la casa cural donde una anciana, la madre del cura justamente, los recibió con frotamiento de sus flacas manos que no se atrevía a extender para estrechar las de los visitantes.

6.

—¿Y el Padre Fabio, ña Jacinta? —preguntó el Padre Apolinar Pablo.

—¿Qué no lo sabe su reverencia? —respondió la anciana. —Hoy martes que es día de San Antonio le toca hacer el recorrido de la comarca. Agora hasta en la tardecita que güelba, con tal de que no se haya topado con algún moribundo que me lo retenga hasta la noche. ¡Jesús! Aquí en Hualica no hay horas fijas para morir.

—Ni en ninguna parte, señora, sino cuando Dios quiere.

—Pero entren, entren —dijo la mujer conduciendo puertas adentro, a las visitas.

La sala de la casa cural, para los que venían de estar en el sol, pareció oscura. En un rincón había una mesa, cubierta de largo mantel bordado, pegada a la pared, y en la pared colgaban estampas religiosas en marcos de hojalata, y un Santo Cristo de bulto. Sobre la mesa había algunos

volúmenes, evidentemente de liturgia, y unos cascos de botellas con flores. A uno y a otro lado ardían lamparitas de aceite de tímidas lucecillas balbuceantes, tenaces en su balbuceo, que parecían almas gemelas del alma de la anciana.

—Siéntense, siéntense —dijo la señora Jacinta, haciendo ademán para acercar los taburetes.

Gonzalo se apresuró a tomarlos y a colocarlos cerca de la puerta, como buscando luz.

—¿Y la Petra? —preguntó el Padre Apolinar Pablo.
—¿Y el Nichito?

—La Petra anda en el río con las otras, lavando —respondió la anciana —y se llevó al pegoste, que como es un hartón y a cada rato quiere la teta, pues no hay modo de dejarlo ¿su reverencia sabe?

—¿Con que es un hartón, eh? Entonces está bien —dijo el Padre Apolinar Pablo.

¡No digo! —exclamó doña Jacinta. —Es un toro de fuerte, y no por lo que mama tampoco, porque el propio crío de la Petra, ay lo verán, es desmedradito y lloroncito. El Nichito no llora, sino que grita, pidiendo de comer, y en mamando se queda eruta que eruta, tan contento, haciendo gugú, y diay se duerme. Para mí, su reverencia, que él se jala la crema y no le deja al otro más que el suero.

—Será —dijo Gonzalo— que no le conviene a la Petra criar a dos a la vez. Tal vez no tenga leche para los dos.

—No es eso —repuso la anciana. —¡Qué va! La Petra podría criar a seis, ¡no digo! Si le vieran las puntas de las chichas, negras como el carbón y suavecitas, señal

de que es lechera. ¡Y los pozoles que se zampa! No. A ésa le abunda la leche. Es cosa del natural de las criaturas. Y ahí verán otra peculiaridad, que al propio de la Petra, que es el Nicolasito, no hay bicho que no lo pique. Así son, tamaños, los piquetes y las ronchas, que está hecho un sunicuijo la pobre alma, mientras que el Nichito, ni jején ni zancudo le zumba, menos lo toca, ni mosca se le para, ni nigua se le pega, ni garrapata, ni patacón, ni jelepate, ni tan siquiera un piojo.

—Tendrá magia —dijo sonriendo el Padre Apolinar Pablo.

—Pues eso digo yo —dijo doña Jacinta. —Y ay les diré lo que le pasó el otro día, que la Petra estaba teniendo una ropa al sol para despercudirla, en el potrero, y en el entretanto se había bajado al Nichito del cuadril y lo había puesto sobre una laja que estaba en sombra, y que en eso que el toro rejón de ñor Pancho, el padre de la Petra, ¿sabe usted?, se le suelta y ay viene el endiablado corriendo y bufando, y de repente, dice la Petra, porque ella fue quien lo vido, ya parecía que aquel torazo iba a pisar a la criatura, y ni les cuento, porque para qué, cómo lo hubiera destripado, cuando súbito se contiene y lo huele y lo lame, y el Nichito que se ríe, y el toro que se echa a su lado mansito como un ángel, de modo que ñor Pancho le pasó la sogá por los cuernos y el animal se dejó llevar como un cordero.

—¡Ay! —añadió la anciana —¡cómo se me va la lengua! A su reverencia le suplico que no le digan ni una palabra a la Petra, porque del susto quedó como alocada y sólo decía: “Jesús mío bendito, ¿qué me va a decir el Padre Apolinar Pablo si lo llega a saber? y ay tienen, que ya lo saben por mi boca pecadora. Las Ánimas Benditas

son testigos, su reverencia, de que no lo hice adrede sino de contingencia.

—No, claro que no —dijo el Padre Apolinar Pablo confortando a la vieja que con su mucho hablar se había excitado.

Afuera, como haciéndole bordón a la charla de la anciana, un ronrón negro y brillante, péndulo en el aire, sonaba las alas de un ruido de cuerda de contrabajo en nota sostenida. De cuando en cuando el animalejo se daba un topón fuerte contra uno de los horcones que sostenían al alero de la casa, y caía de lomo al suelo agitando las patas en el aire. Gonzalo lo miraba luchar por enderezarse, y lo seguía con la vista cuando se alzaba y volvía a su revuelo y a darse otro topón. “¿Para qué servirán los ronrones?” se preguntaba Gonzalo.

—Tengo chicha de maíz —dijo doña Jacinta— si su reverencia gusta, o si el señor. Y de que está buena, está buena —añadió —y qué no les cuento sino que al Nichito, para ver qué cara hacía, la Petra le da a probar la chicha. ¡No digo que le gustó! Sus buenos tragos dio, y como si fuera un borrachito hecho y derecho se echa a reír solo, embolado, y se revolcó hasta que se quedó dormido, vomitado y roncando.

—Pues vamos a probar esa chicha —dijo alegremente el Padre Apolinar Pablo —a ver si nos hace el mismo efecto, especialmente a éste.

7.

Los perros llegaron primero, y por más que los espantaba de lejos doña Jacinta no dejaban de oler a los

visitantes, meneando la cola y mirándolos con esos ojos de perro campesino cuajados de alma, suplicantes y como si ya fueran a llorar.

La anciana se levantó y tomó una escoba de largo palo de detrás de la puerta. Los perros, con el rabo entre las piernas, agachándose, con temor de que les cayera el golpe, se escurrieron.

—No les pegue —dijo el Padre Apolinar Pablo.

La vieja se contuvo.

—Si era sólo para espantarlos —dijo. —Son unos condenados. Me llenan la casa de pulgas. Pero de noche valen la pena, ¿sabe usted? Duerme uno tranquilo sabiendo que allí están, y ya no digamos lo educados que son para cuidarme el gallinero. Por aquí, ni zorro ni gavilán que asome, porque los huelen de lejos y los pelean.

Mientras hablaba doña Jacinta regresaron los perros, brincando alegremente en derredor de la Petra que venía cargando a las dos criaturas a horcajadas, una en cada cuadril, y, al mismo tiempo, balanceando sobre la cabeza un gran motete de ropa todavía húmedo.

—¡Uy! —dijo la Petra— Apárteme estos perros que me van a tumbar.

Los perros volvían los ojos hacia el padre Apolinar Pablo y hacia Gonzalo, como diciendo: “Miren, sus mercedes, ésta es la Petra y éstas las criaturas que ustedes han venido a ver. Fíjense especialmente en el Nichito. ¿Verdad que es un niño lindo?”.

La vieja maneó la escoba y los perros otra vez huyeron. Tomó doña Jacinta a las criaturas, y la Petra, alzando los dos brazos, se desembarazó del montón de ropa.

“Motete para ser pesado”, dijo. “Si no es por la Micaila que me lo acomodó, no sé cómo me lo hubiera echado encima”.

—Haz la reverencia —le dijo la anciana. Aquí está el Padre Apolinar con el señor Gonzalo, el del Nichito.

¡Ah! —dijo la Petra.

Era una zamba espléndida, con cruza de blanco y de indio, de dieciocho o diecinueve años llenos de salud. El pelo de finos rizos espesos lo traía mojado, y gotas de agua, o de sudor, le bajaban brillantes por la nuca y le corrían por el cuello. Le cubría el busto una camisa azul, de manguillas que sólo le tapaban la curva de los hombros y las axilas, y de cuello cuadrado adornado de una tirta amarilla. La camisa no la llevaba la Petra metida bajo la pretina de la falda, sino que suelta, sin fajero ni otra prenda. La falda era roja, de muchos pliegues, y le bajaba hasta el suelo. Debajo de la falda la Petra debía llevar tres o cuatro fustanes, por el bulto que hacían, pero se le veía que era delgada de cintura y generosa de caderas. Bajo la camisa se le adivinaban los pechos de ancha base y elevados picos. En los brazos de la Petra, desnudos y tersos, la luz resbalaba sobre la negrura como sobre un espejo, produciendo reflejos. Era carona, de nariz chata, de ojos negrísimos, abiertos y francos, de gruesos labios oscuros por los que se veían, cuando ella sonreía, dientes parejos y grandes, de gran blancura. Olía a monte y a reseda, a río y a juventud, y a jabón del de lavar ropa, que era un olor de limpieza.

—¿Vienen a ver al niño? —preguntó la Petra sonriente. Pues ay lo tienen. —Y lo tomó de brazos de doña Jacinta y se lo sentó sobre el antebrazo que colocó en codo sobre el pecho.

El niño se agarró del cuello de la camisa de la Petra, y haló.

—¡Miren qué zanganillo que es! —dijo la Petra.

Contra la piel de la Petra, el Nichito se veía casi blanco, pero era moreno, con un toque oriental, amarillento, quizá verdoso. Estaba regordete. Las piernecitas se le hacían roscas. Andaba completamente desnudo, y se le veían, en la posición en que lo tenía la Petra, dos hoyuelos sobre las nalguitas. Le cubría la cabeza una pelambre lisa que le bajaba hasta apenas unos dos dedos de las cejas. Los ojos, rasgados y vivísimos, parecían pararse de punta, cuando se fijaba en algo, pues las comisuras de los párpados se alzaban de afuera y se ponía de una oblicualidad de forma fija, pero parecía que iba a ser chato. Tenía los labios finos y primorosamente labrados en perfecto arco de Cupido.

—El *Bambino* no podía estar mejor —dijo el Padre Apolinar Pablo.

—No —dijo Gonzalo—. Está muy bien —y en sus adentros se le agolpaban los pensamientos, los recuerdos, las ilusiones deshechas.

—¿Lo quieren cargar? —preguntó la Petra.

El Padre Apolinar Pablo volvió a ver a Gonzalo.

—No —dijo Gonzalo—. No puedo —y los ojos se le pusieron húmedos y ardidos.

—A ver yo —dijo el Padre Apolinar Pablo, y lo cargó.

Nichito no era hurraño. La cara del sacerdote pareció interesarle grandemente. Alzó la manita llena de

hoyuelos y le agarró la nariz. El Padre Apolinar Pablo se echó a reír.

—¡Mira, Gonzalo, mira qué pícaro es!

Gonzalo sonrió.

—Su reverencia perdonará a la Petra —dijo doña Jacinta— que tiene que ayudar a ponerles de comer. Ya ustedes deben estar que revientan de hambre, y ella, no digamos. ¡Es una hartona! Denle el Nicho para acostarlo.

El Padre Apolinar Pablo cedió al niño.

—Este es el hartón —dijo la Petra tomándolo y besándolo ruidosamente. —¿Quieren ver cómo lo acuesto?

La vieja siguió a la Petra, el Padre a la vieja y Gonzalo al Padre. Traspasaron la sala y salieron al corredor interior de la casa, bordado de tiestos con flores alrededor de los cuales zumbaban las avispa. Daba sombra una enredadera de madre selva trepada sobre una red de bejucos. La enredadera florecía hacia el exterior y con la atracción de sus flores mantenía fuera a los insectos.

A un extremo del corredor se abría una pieza de piso de ladrillo rojo. Allí no había más muebles que un cajón para ropa, forrado en cuero azul con clavos de cabeza plateada. Un petate enrollado estaba recostado contra una esquina, sería, sin duda, donde dormía la Petra. Otro petate, tendido en el suelo, manchado de orines y apestoso a amoníaco, fue en el que acostaron a las criaturas, sin almohadas ni nada. La Petra los cubrió con una frazadita de algodón, de color celeste con dibujos blancos de flores en todo el borde.

El Nicolasito, a quien nadie había hecho caso, y a quien doña Jacinta había tenido cargado todo el tiempo,

hizo pucheros en cuanto lo tendieron, hipó como para comenzar a llorar, pero no lloró. El Nichito, en cambio, una vez de espaldas, se puso a ejercitar brazos y piernas con alegre violencia, quitándose de encima la frazada. Frunció la cara un instante y se quedó quieto. La perinolilla se le puso erecta y soltó alto y de hermosa curva el chorro que cayó fuera del petate.

—Más mión qué es —dijo la Petra—. ¡Ay se está!

En acabando de orinar el Nichito volvió a su ejercicio y a cantar gugu. El Nicolasito se había puesto a chuparse los dedos, el índice y el del corazón, de una manita, y con la otra se cubría la boca.

—No tardan en quedarse dormidos —dijo la Petra— y entonces los vuelvo a cubrir.

8.

Del otro lado del corredor quedaba la cocina. Sobre un poyo de adobes los fuegos, cada uno con tres piedras, y sobre las piedras las cazuelas.

En el corredor tendieron la mesa y Gonzalo se apresuró a traer los taburetes.

La Petra tarareó una canción colocando los platos y cubiertos.

En la cocina iba y venía también una muchacha que los visitantes no habían visto antes, moza como de ocho a nueve años, descalza, de vestido corto de una pieza, con mangas hasta los codos, peinada de dos trenzas cortas.

—Ya debieras saber que si el arroz no se menea, se quema —le dijo la Petra a la cocinerilla. —A ver, dejá esa cazuela.

—Si no se ha quemado —respondió la niña—. Si apenas está de punto.

Doña Jacinta abrió un armario de puertas de cedazo que le servía para guardar vitualla, y del tramo bajo sacó una botella.

—Comédete —dijo a la Petra. Trae unos vasitos. Su reverencia y el señor dijo el Padre Apolinar —¿se dignarán tomar una copita?

—Se apetece —respondió el Padre.

—Es de contrabando, pero buen guaro —explicó la anciana—. Es cususa pura y está curada con hojas de higo.

—Excelente —repuso el Padre—. Me gusta que el Padre Fabio se trate bien.

—Se sirve cuando tiene que salir de noche a auxiliar a un agonizante —explicó doña Jacinta—. Aquí la gente sólo de noche se muere.

—Así pasa, —dijo el Padre— Bueno, ¡por su salud, ña Jacinta!

—Yo digo —siguió diciendo la anciana —que debe ser como he oído decir, que de día no ve la muerte porque es como las lechuzas, de vieja que está. ¿Otra copita, su reverencia?

—Es buen trago. Sí, otra.

La muchacha de la cocina salió ahora cargando una gran sopera que humeaba, y la puso sobre la mesa.

—Es de gallina —dijo.

Las copitas le habían aumentado el buen humor al Padre Apolinar Pablo.

—¿Con que, gallina, eh? Curas y zorros tenemos el mismo gusto.

—También hay costillas de chanco —dijo la muchacha— y carne asada.

—¿Con que también eso? ¿Y tú cómo te llamas? —le preguntó el Padre Apolinar Pablo.

—Jacinta, como mi agüelita, pero me dicen Chinta.

—Andá a traer el cucharón —ordenó la abuela cortando la conversación.

La chica se retiró.

—¿Para qué hacer misterio? —dijo la anciana—. La Chinta es hija del Padre Fabio, ¿sabe su reverencia? Pero todavía no se había ordenado sacerdote, como Dios se lo ha de tener en cuenta, sino que cuando los seminaristas fueron a Matagalpa acompañando al Señor Obispo, ¿usted se acuerda?, como las matagalpinas son tan así, y rosodotas que parecen rosas, no hay que quitárselos, mi hijo cayó en la tentación y por poco ni se ordena. Pero la mujer era de ésas, ¿sabe su reverencia?, y así fue mejor.

—Claro que fue mejor —dijo el Padre Apolinar Pablo.

—¿Tal vez su reverencia también tiene por ay alguna desgracia que le aconteció? —dijo la anciana.

—Tal vez —dijo el Padre Apolinar Pablo—. Pero yo no tuve la suerte de acompañar al Señor Obispo, si no, quién sabe.

—¡No vaya nunca por Matagalpa, su reverencia! Lo mejor siempre es juirle a la tentación —aconsejó la anciana.

—Sana doctrina —dijo el Padre—. Y este caldo es una maravilla.

Gonzalo apenas lo probó.

9.

Hacia el atardecer los visitantes se despidieron de Hualica, sin aguardar a que volviese el Padre Fabio.

Después de la opípara comida habían ido a pie a dar una vuelta por el río. Con los calores del mediodía había mucha gente bañándose en las pozas que sombreaban los sauces, los hombres por un lado, las mujeres por otro, la chiquillería de ambos sexos revueltos. Las mujeres se bañaban en camisón, los hombres y los menores desnudos.

—Si se quieren bañar —dijo la Chinta, que los había acompañado para enseñarles el camino— báñense ahora, porque más tarde da calentura.

—No —dijo el Padre Apolinar Pablo—. Nos bañamos temprano antes de salir de León.

—¿Hay río allá?

—Dos ríos, el Chiquito y el Pochote —respondió el Padre Apolinar Pablo —y el que bebe agua del Pochote se queda en León toda su vida o si se va tiene que volver.

La Chinta se quedó pensativa.

—¿Y el que bebe de esta agua? —preguntó.

—La orina —dijo el Padre.

Gonzalo se echó a reír, y viéndolo reírse se rio la Chinta, y se rio también el sacerdote.



Después del paseo los visitantes regresaron a la casa cural y dijeron sus adioses.

Los caballos comieron bien —les dijo la Petra—. Yo misma les eché el huate y les di de beber.

10.

Un largo trecho anduvieron los caballeros el camino de regreso, sin cruzarse palabra.

—Bueno, —dijo Gonzalo— ¿qué te parece? ¿Dejamos al Nichito con la Petra o lo traemos a León?

—Y a León, ¿para qué?

—Nada. Estaba pensando.

—Ya veo que no has dejado de pensar.

—La criatura me parece bien. ¿Y a ti? —dijo al rato Gonzalo.

—¡Hombre! ¿Me lo preguntas? —replicó el Padre Apolinar Pablo—. Ojalá hubiera estado el Padre Fabio para que lo conocieras. Pero ya viste a su madre y a su hija y a la Petra. ¿Dónde encontrar gente mejor? El niño es del campo y le conviene criarse en el campo. Te voy a decir una cosa, después de recibirme en Roma me ofrecieron que fuera a Filipinas. Me agradaba la idea de ser misionero, con la oportunidad de que me hicieran santo los salvajes, asándome vivo y dándose un banquete. Te aseguro que no hay sacerdote joven que no aspire al martirio. Que es como debe ser. Pero, yo pensé, por algo me hizo Dios nacer en Nicaragua, y en Nicaragua está mi ministerio. Cada quien en el lugar que le corresponde, para que haya

orden en el mundo; y a quienes Dios quiere mandar a otros lugares, no hay fuerza que los pueda atajar. Yo no sentía esa fuerza. Hice examen de conciencia, y me percaté de que no tenía más que la vanidad de querer ser santo, y por ese camino no se va a la santidad sino al infierno. Pues bien, Nichito es del pueblo y por esto está tan bien. De él no te debes preocupar. ¿Qué te pareció la Petra?

—Hermosa para ser negra, ¿verdad? —respondió Gonzalo.

—Buena muchacha —dijo el Padre Apolinar Pablo. Hasta que le salga otro hombre y le pegue otro hijo. Por dicha, el padre del Nicolasito la ha dejado en paz. Mejor dicho, ella lo mandó a paseo.

—No entiendo —dijo Gonzalo.

—Pues verás. Era arriero, y casado en el Ocotal, pero eso qué le importaba. Vino a Hualica, le gustó la Petra, y se la llevó. Después, la Petra supo que era casado y lo mandó a paseo. Ella volvió a Hualica y sus padres no la quisieron recibir. Entonces acudió a ña Jacinta, y con ña Jacinta se ha quedado.

—¿Y el hombre?

—Como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Sí, me pareció buena muchacha —dijo Gonzalo.

—¿Dónde hallarla mejor?

—Y me ha quitado una carga de encima —añadió Gonzalo—. Ahora puedo irme.

Cabalgando lado a lado, derecho hacia el occidente. Los rayos bajos del sol les daban de lleno en la cara, y por

eso iban cabizbajos. El Padre Apolinar Pablo le buscó y no le halló la cara a Gonzalo.

—¿Qué decís? —le dijo—. Irte, ¿adónde?

—Quería volver al Salvador. Quién sabe si de allí irme a Guatemala. En León me voy a volver neurasténico y entonces me lleva la trampa. No lo había querido decir porque no sabía cómo estaba el chacalín. Pero ahora, está bien. ¿Qué te parece?

—Pues así, de golpe y zopetón, no te podría responder con calma —dijo el Padre Apolinar Pablo—. Sabes que hay asuntos de herencia que arreglar, pero en fin, son sólo entre tú y yo, y no hay dos pareceres. La idea de tu viaje me gusta. Creo que necesitas un poco de expansión, y en León, claro está, es imposible.

—Se me ha vuelto una ciudad odiosa.

—Los biliosos todo lo ven amarillo. Quitate esa idea. Vete a dar tu vuelta. ¡Vete hasta Europa! ¿Por qué no? Has de volver.

—No. A Europa, no. No me gustó Europa. Claro, todo allá es mejor, pero no para mí. Allí siempre sería extranjero. Cuando estábamos allá nos entró una nostalgia padre. No me gustaría volver a sentirme así.

—Tal vez ahora que vayas solo, y puedas divertirte, te llegue a gustar.

—No. Eso no. Odiaría que me gustara.

—En Europa —dijo pausadamente el Padre Apolinar Pablo— hay mucho que aprender. Y mucho que traer a esta tierra. A mí sí me gustaría volver. Claro que no puedo. Aquí tengo mi trabajo, mi obra, y basta. Pero si yo

estuviera en tu lugar, idearía algo más qué hacer. Tal vez traerme una fábrica. Para hacer fósforos, por ejemplo. O para hacer clavos.

—A mi papá lo fascinó la idea de telares, como los de Inglaterra; pero yo no tengo humor para negocios —dijo Gonzalo. —Tal vez, más tarde. Ahora lo que quiero es respirar otro aire.

—Pero no malquerer a León. ¡Vamos! Yo quisiera que vieras cómo te quiere todo León a ti. Si la política te gustara, tendrías quienes te dieran hasta la vida.

—No, no. Eso no. ¡Política! Pura cuestión de zán-ganos.

—Claro, si los honrados les dejan libre el campo —dijo el Padre Apolinar Pablo.

—Yo sí —replicó Gonzalo—. Que se queden con la política. Mira. Te dejo poder y tú arreglas todos los asuntos que haya que arreglar, y por dicha el Nichito queda en casa del Padre Fabio. Te encargas de él, y si se enferma, le mandas al doctor Briones. ¡Lástima que no haya podido venir con nosotros!

—¡Lástima! Le hubiera encantado ver al chacalín.

—Buena gente el doctor Briones —dijo Gonzalo—. Si vieras lo agradecido que le estoy. Sólo que con esa costumbre de que cuando a un médico se le muere el enfermo se retira de la casa, cualquiera diría que hemos dejado de ser amigos, cuando no tengo un amigo mejor.

—Él lo sabe, y la costumbre no es mala —repuso el Padre Apolinar Pablo—. Cuando se ha muerto un enfermo, pues da pena estar volviendo a ver al médico la familia, con todos los recuerdos dolorosos que eso trae. No. Es

buena costumbre. Mira, es una costumbre civilizada. El doctor Briones es de los que tenemos en León que es de veras civilizado.

Habían pasado del jicaral. La tarde caía aprisa, alargando las sombras. Los ruidos campestres cobraban una sonoridad vastísima, de oro, como si toda voz fuese de campana. Una bandada de chocoyos pasó volando sobre ellos con algazara jubilosa. Eran tantos que formaban nube. El sol al declinar se revestía de esplendor. Por entre la niebla del cielo sus rayos formaban largas irradiaciones, como de una inmensa custodia. La bola del sol se tornó roja, se agrandó. El Padre Apolinar Pablo y Gonzalo la vieron bajar con movimiento detrás del horizonte. Siguiéron silenciosos. A su derecha la luna, que toda la tarde había visto mortecina, como pedacillo de gasa, comenzó a cobrar vida. A medida que oscurecía se ponía más brillante. Por encima de donde el sol se había hundido asomó, húmedo el lucero de la tarde. Parecía una lágrima. Y tímidas primero, luego más briosamente, aparecieron más y más estrellas. En frente de sus cabalgaduras se atravesó una liebre. A lo lejos oyeron disparar un rifle.

—Andan cazando —dijo Gonzalo—. Esta es buena hora para cazar conejos.

El Padre Apolinar Pablo había entrecerrado los ojos y recordaba de memoria pasajes favoritos del Breviario.

Iba en bestia mansa de sosegado paso.

SEGUNDA PARTE

Historia de Gonzalo Quirós

CAPÍTULO III

1.

CON la muerte de Claudina, su esposa, había hecho crisis en Gonzalo Quirós un estado de ánimo que tenía años de gestarse. Gonzalo analizaba él mismo su enfermedad. Es decir, revolvía en su mente infinidad de pensamientos, de recuerdos; y se atormentaba con ideas que surgían de su desconcierto y que en vez de resolverlo lo intensifican.

Se acordaba de cuando se enamoró de Claudina. Tendría él unos quince años. Era un muchachote fuerte, desaplicado en la escuela, único hijo en la casa, amigo de huir de clases y pasarse el día en el monte, o, jugando a descubridor o a pirata, recorrer descalzo, cargando los zapatos sobre el hombro, la corriente del Chiquito o del Pochote, los dos ríos de León, metiéndose a las huertas ribereñas a robar fruta, o escondiéndose entre la maleza para ver a las lavanderas hundidas hasta la cintura en el agua de las pozas, desnudas de busto, moviéndoseles los pechos fascinadoramente al alzar y bajar los brazos en su tarea.

Gonzalo andaba atrasado en su desarrollo sexual. Sus compañeros de vagancia sabían más que él y lo aturdían con cuentos exagerados y con la insistencia de que fuera donde la Fulana o donde la Zutana, y “se hiciera hombre”. Esto a Gonzalo le daba miedo, le daba vergüenza de que le diera miedo. Por eso era arrojado en todo lo demás.

No sabría decir qué día fue, pero debió de haber sido en un día del santo de Claudina, cuando hubo gran fiesta de mozalbetes y chiquillos en casa de ella. La sala lucía nuevas cortinas de punto, amarradas por la mitad con enormes listones celestes. En los corredores que rodeaban el jardín había palmas atadas a los pilares y las palmas se doblegaban de modo que, juntándoseles las puntas, formaban arcos. Sobre la pared, en el alto, colgaban guirnaldas de flores y hojas frescas. Gonzalo andaba estrenando vestido de casimir azul, camisa blanca con cuello tieso, y zapatos que le apretaban doliéndole en raya en la palma de los pies. Estaba incómodo. Quería irse. Y por supuesto que no podía. No podía, porque sería prueba de malacrianza y ya de entonces estaba educado a mostrarse cortés, a ser cortés, a soportar mucho en aras de no ofender a los demás.

Primero se jugó a las piñatas. Gonzalo se recostó contra un pilar del corredor a mirar a los pequeños. Turnándose los pies para tenerse parado, buscaba algún alivio. El dolor que sentía no era intenso pero lo torturaba. Era más bien como un gran calor. Los pies le ardían. Le quemaba una raya a lo largo del pie en que se sostenía. Sería, pensó, porque eran zapatos de charol. Por eso también aguantaba el suplicio: él había escogido ese cuero cuando el zapatero fue a tomarle las medidas y a enseñar las muestras del material. Su mamá le había sugerido cabritilla, su papá becerro, pero él había preferido charol, le había gustado la brillantez de la piel.

Cuando los más pequeños se pasó a los más grandecitos, en las piñatas, alguien dijo:

—A ver vos, Gonzalo. ¡Que te venden!

Claudina era quien vendaba y se le acercó.

—No, no —dijo Gonzalo—. Ese es juego de párvulos. Yo soy hombre.

La Claudina se quedó mirándolo, asombrada. Él la miró duramente. Ella dio la media vuelta apresurada y se retiró de su lado. Él la siguió con la mirada, el ceño frunciendo por la molestia de los pies, y con un azoro repentino.

Después se jugó a ponerle la cola al burro chingo. Las carcajadas no cesaban. Gonzalo no se movió de su puesto y no se rio. La Claudina, que en todas partes andaba, y de todas partes lo volvía a ver, adivinó que algo le dolía a Gonzalo y se enterneció.

—Gonzalo —le dijo,— ¿te duele un diente?

—No —dijo Gonzalo—. No me duele nada.

—¡Ah, pues yo creía! —dijo ella y se quedó pensando que sí le dolía algo y que lo ocultaba. Claro, como era hombre.

Por fin se llegó a la culminación de la fiesta antes de repartir las aguas de color endulzadas con zizipe y las golosinas: el bautizo de la muñeca de la festejada. Apolinar Pablo, que tenía una tendencia a la vez mística y alegre y una gran capacidad para jugar con los pequeños, se había vestido de cura convirtiendo en sotana unas largas enaguas de paño negro de su mamá. Su mamá se gozaba mirándolo. ¡Si es un San Luis Gonzaga mi hijo, mi hijo de mis entrañas!” se decía en sus adentros la señora.

Muy serio, Apolinar Pablo preguntó:

—¿Quién es la madre del niño?

—Yo —dijo angelicalmente Claudina.

—¿Y el papá?, —preguntó Apolinar Pablo.



—¿El papá? —replicó Claudina sorprendida—. ¿Se necesita papá?

—Claro que se necesita papá —dijo sentenciosamente el fingido sacerdote—. Todo niño necesita papá.

Los grandes rieron maliciosamente. Los chicos rieron de oír reír a los grandes. Por la mente de Gonzalo pasaron los cuentos de sus compañeros de vagancia, de cómo se hacen los niños. Ya sabía que las grandes barrigas de las embarazadas llevan el niño adentro. No era cosa que le agradara. Le daba miedo. ¿Apolinar Pablo, lo sabría también? ¿Y todos esos grandes que se reían, hallaban chistoso que se necesitara papá? ¿Y Claudina? ¿Lo sabría Claudina? ¡No, claro que no! ¡Qué barbaridad pensarlo! Y se puso a mirarla como queriendo defenderla; como a cosa suya a quien él tenía que defender.

—¿Y si no tiene papá? —preguntó Claudina.

—Entonces —repuso Apolinar Pablo, es un niño huérfano.

—¡Huérfano, no! —dijo, Claudina suplicante, y había inicio de llanto en su voz—. Huérfano no, eso es terrible.

—Entonces, ¿quién es el papá? —insistió Apolinar Pablo.

En su angustia Claudina volvió los ojos a su alrededor y los fijó en los de Gonzalo que tenía clavada en ella la mirada.

—Gonzalo es el papá —dijo Claudina, y se sonrojó de súbito.

Todos volvieron a ver a Gonzalo. Él también estaba rojo de vergüenza.

—¡Gonzalo es el papá! —gritó uno de los chicos, y los demás repitieron el grito y batieron palmas—. ¡Gonzalo es el papá! —y los grandes reían.

Desde entonces Gonzalo había cambiado. Claudina también.

“¡Qué linda que es Claudina!” pensaba Gonzalo. “¡Qué hombre que es Gonzalo!” pensaba Claudina.

Gonzalo escribía el nombre de Claudina en sus libros de escuela, lo encerraba en un corazón; o dibujaba primero el corazón y luego escribía el nombre de Claudina. Y Claudina, en la capilla de las monjas, a cuya escuela iba de semi-interna, mientras sonaba el órgano y el coro cantaba, se conmovía hasta las lágrimas rogándole a la Virgen que le quitara a Gonzalo el dolor que tenía y que —como era hombre— quería ocultar.

2.

A las cinco de la tarde salían las alumnas del convento. Vestían uniforme blanco, liso en todo el frente del corpiño, con pliegues en la falda para darle volumen. Llevaban altas botas negras de tacón bajo, medias negras, de cordoncillo. Del brazo les colgaban los velos. Las que llevaban libros, los apretaban contra el pecho.

Claudina no llevaba libros nunca. Iba siempre con los brazos caídos. Su pecho una curva suavísima, que se le antojaba a Gonzalo como música. Le pesaba a él ahora haber visto jamás los pechos grandes, oscuros, colgantes, de las lavanderas, que por estos pechitos apenas levantados de Claudina onceañera se moría.

Gonzalo se apostaba en el Parque, frente a Catedral, por donde pasaban las colegialas antes de dispersarse. Se apostaba allí, recostado contra un árbol de almendra, haciéndose el que no hacía nada, para verla pasar. Y Claudina se hacía la que no lo veía, pero lo veía, y veía que él la miraba, y le gustaba que la mirase, y se llenaba de miedo de que fuesen a adivinar que Gonzalo se apostaba todos los días para verla, y Gonzalo se llenaba de miedo también, hasta de que ella adivinara.

Por la noche, la tortura exquisita de estos corazones les hacía tibio el sueño. Pensando en Gonzalo le brotaban las lágrimas a Claudina, con que mojaba la almohada. Pensando en Claudina Gonzalo hacía infinidad de teorías en su mente, se avergonzaba de tener sexo, le daba asco y horror el sexo. A Claudina la quería sólo para adorarla. Cuando se casara con ella, cuando la tuviera desnuda, le besaría reverentemente los pequeños pechos, cerraría los ojos y pondría el oído sobre los pequeñitos pechos de ella, y les oiría la música que hacían, música de ángeles.

Gonzalo les tomó aversión a sus antiguos camaradas de vagancia. Con uno que insistió demasiado en que se fuese con ellos, se lió de puñetazos y le hizo sangrar las narices y la boca. Lo sexual, de que, a juicio de él, sus compañeros eran maestros y sacerdotes oficiantes, le lastimaba el amor que lo inundaba todo como con luz pálida, como con olor de incienso, como con música, y que lo envolvía con una calidez como la del mar cuando el cuerpo se ha refrescado con el viento y uno se hunde en el agua y la siente tibia, acariciante, tibia, cantarina, tibia de noche, en la playa de Poneloya, el balneario marino de León.

Gonzalo cobró forma de muchacho serio. Era un perfecto caballero. Los zapatos de charol por fin se

amoldaron a sus pies. Él los quería. Quería el traje que había llevado puesto cuando se enamoró de Claudina, e insistía en ponérselo en toda ocasión que se presentaba, y lo llevaba con orgullo. A su madre le gustaba la vanidad del hijo, la formalidad del hijo. “Es un príncipe”, decía.

De glotón que había sido, de tragalón, que no masticaba lo que comía y a quien había que decirle una y mil veces, “¡Hijo, si nadie te está arrebatando el bocado!” Gonzalo se volvió lento en el comer, mesurado en todo, en fin, como debían sin duda de ser los príncipes. Y en la escuela era puntual, primordial virtud, y parecía atareadísimo estudiando, cuando, ensimismado, clavados los ojos sobre el papel, agachada la cabeza a uno y a otro lado, despaciosamente, ensartaba unas cees mayúsculas de extravagante curvas y revuelos enredados, y las enlazaba con la G de su nombre.

—Sí, se decían sus maestros, como aplicado, de lo más aplicado que hay en el colegio. Ahora, en cuanto a inteligente, no lo es mucho. Como que era más inteligente antes, antes de ser aplicado, cuando era desaplicado y faltón a clases. Cosas del desarrollo.

Gonzalo iba aprisa haciéndose hombre. Se iba alargando. La ropa le venía corta. Los trajes nuevos que se hacía, ya tendrían a moda varonil. El nudo de la corbata, que jamás en su vida llegó a hacérselo bien (era que revelaba su carácter), empezaba a preocuparle con exageración. Pronto se echaría los calzones largos. Le comenzaba el bozo a ponerle en el labio una firme sombra rubia. Se le espesaban las patillas. Gonzalo sería un apuesto caballero.

Claudina, en cambio, no cambiaba. O como que sí, como que también ella se alargaba. Pero los pechos no



le crecían. Siempre, con los brazos caídos al volver del colegio, mostraban la misma curva suave, la misma curva tiene de su busto, con la misma música que sólo el corazón de Gonzalo oía.

3.

Gonzalo, viudo, recordaba la enfermedad de su madre, la gravedad larga, las palabras nuevas, como la vesícula biliar, que le habían asombrado y provocado espanto; los olores extraños, el olor a cloroformo sobre todo; el doctor y las consultas de doctores; la operación; el cubo que habían sacado lleno de algodones sanguinolentos; el cuidado de poner y leer el termómetro; el misterio de la fiebre que bajaba, que subía, que bajaba por fin, como si se hablara de un demonio que hubiera poseído a su madre largos días; y luego la convalecencia, el quejarse ella de que todo le sabía amargo, su palidez, de un amarillo achocolatado, la temporada de semanas en Poneloya para que la enferma recuperase con la virtud del aire marino vigorizante; y él, lejos todo el tiempo de Claudina, sin verla, pero con el mar, con el mar tibio, cantarino, tibio confidencial, eterno rumoroso, fuerte y tibio, rica el agua tibia, murmuradora, secreteadora, esencia de Claudina.

La señora, en vez de mejorar, recayó. Hubo que operarla otra vez. La nueva gravedad fue tremenda. A una y otra bocacalle de donde Gonzalo vivía pusieron trancas para que no pasara carreta ni caballo, y en la acera de la casa regaron aserrín todos los días, para que no hicieran ruido los transeúntes, pues el aposento de la enferma daba a la calle; y la enferma, después de la operación, no volvió en sí, entró en estado comatoso, y vino el viático: el Obispo trajo, bajo amplio palio morado con flecos y borlas de

oro, el Santo Sacramento, y Apolinar Pablo, vestido de acólito, hermoso como un San Luis Gonzaga, blandía la campanilla, y en las calles se formó el séquito mientras Gonzalo repartía las velas para acompañar con luces al Señor.

Recordando todo esto después de su visita a Hualica, pensaba Gonzalo que tal vez el otro acólito, mayor que Apolinar Pablo, fuerte e indiado, que llevaba el palio, sería el Padre Fabio. A lo mejor, el Padre Fabio.

La ceremonia de la extremaunción le había desgarrado el corazón a Gonzalo. Su madre agonizaba, agonizaba lenta y largamente. El Obispo hizo que le descubrieran los pies para ungirlos para la jornada eterna. Gonzalo recordaba los pies de su madre, enflaquecidos y amarillos, y el latín de los rezos, solemne en la voz de Monseñor y clamoroso, doliente, angustioso, profundo con la profundidad del dolor humano en el coro de las voces de quienes habían hecho la misericordia de acompañar a Dios Sacramentado en esa jornada de tristeza.

Gonzalo no se acordaba cómo había acabado el viático. Pensaba, y pensaba, y pensaba, y oía el tilín, tilín, tilín de la campanilla que meneaba Apolinar Pablo vestido de acólito, bello con su parecido a su hermana.

Apolinar Pablo contó en su casa la escena del viático. Le había dado un gran pesar Gonzalo. A Gonzalo, dijo, se le partía visiblemente el corazón, y no era para menos. Claudina se puso pálida, pero nadie lo notó. Apolinar Pablo tenía los ojos húmedos, y se veía más hermoso, más como San Luis Gonzaga que nunca. Su madre no tenía ojos más que para él; no reparó en la palidez de Claudina.



—Tenemos que ir al velorio —dijo la mamá de Apolinar Pablo—. Tú también, Claudi. Puedes ir de blanco. Yo tengo que ir de luto.

—¡De luto yo también! —suplicó Claudina.

Sin volverse a mirarla, la madre dijo:

—¡Ya quieres ser señorita! Bueno, pues ponte tu vestido negro.

Gonzalo recordaba que a él le habían ayudado a vestirse, y que estaba muy serio, con los ojos ardidados, recibiendo las visitas que venían al velorio. Su padre había llorado con él, y le había dicho:

—Ahora, hijo, hay que ser muy hombre. Los hombres no enseñan su dolor; se lo hunden adentro, como una espada, como una daga, en el corazón, y no lo enseñan.

Como una daga, como una espada, sentía Gonzalo su dolor. Como si le hubiesen enterrado un filo y se lo retorrieran adentro y como si detrás de la cabeza, en la nuca, en el cerebelo y en el corazón, le fuera quedando un vacío que sonaba como un caracol.

Así estaba Gonzalo, el caballerito perfecto, dando las gracias, recibiendo abrazos, oyendo huecas palabras de consuelo. Las que más agradecía eran las breves. La madre de Claudina entró acompañada del papá de Claudina, “Hijo mío”, le dijo a Gonzalo, y lo estrechó contra su pecho, “Dios quiera hacerte un santo. ¡Que el dolor te santifique! Ahora que tu mamita está en el Cielo, ella le pedirá a Dios que te haga un santo”. Gonzalo se dejó besar en la frente, porque era la mamá de Claudina. El papá de Claudina le dio la mano y lo miró un rato, y pensó: “¡Qué buen muchacho! ¡Cuánto debe estar sufriendo!”. Y luego

Apolinar Pablo le dio la mano, y las lágrimas se le salieron, y Gonzalo con eso se olvidó de la hombría que debía demostrar y se puso a llorar, y Claudina ya no se contuvo sino que se le cayó al cuello, llorando, y con sus labios le probó el llanto, y él probó el de ella, tibio, húmedo, tibio, salado, tibio, como el amor, como el mar y el amor.

4.

Fue cruel separar a esos dos, pero nadie tuvo la culpa. Nadie sabía lo que se amaban. Ni ellos mismos.

Claudina fue todas las noches al rosario, con su vestido negro, y hubiera querido guardar luto durante el día. Y en el colegio, en la capilla, se torturaba delante de la Virgen, ponía granos de arroz debajo de sus rodillas, para sufrir, creyendo que así compartía el dolor de él, y que el dolor de él se calmaría. De modo que, queriendo ver lo que quería ver, y ocultándoseles la realidad, las monjitas dieron en creer que Claudina se santificaba.

Eran francesas, españolas, inglesas; eran tiernas de corazón; enseñaban a bordar, a hacer dulces costosos, a ensayar los modales de la mesa, a bailar, sí a bailar, y a conversar sosa y decorosamente con frases hechas, y en francés.

—Est —ce que vous avez lu, morisieur, la cerniere oiuvre de Racine? Elle est sublime, ¿n'est—ce pas ?

—Moi, je préfere les sermons de Bossuet. La science divine est tant superieur a la humaine!

Claudina decía todas estas sonseras con el aire más melancólico del mundo. Bailaba con los giros más melancólicos del mundo. Todo lo hacía melancólicamente,



excepto rezar. Rezaba con el alma. Los ojos levantados, fijos en el rostro de la Virgen, y el rostro bañándosele en lágrimas, especialmente mientras sonaba el órgano, que Madre Catalina tocaba, o mientras cantaba el coro. Las monjitas no iban a dejar de ver esto, todo esto, y de atribuirlo, ¡oh inocencia!, a vocación de santidad.

Las monjitas conspiraron. Conspiraron para cerciorarse del milagro que se les ofrecía. “¡Si habrá querido Dios dar a esta humilde casa una santa!” decía Nuestra Madre, la Superiora, conmovida. Pero había que tener certeza. Sobre todo, no alarmar a la familia. No hacer escándalo.

Esperaron el día en que buenamente quiso ir al convento a saludarlas la mamá de Claudina. Ni fue larga la espera. La señora llegó casi como a pedido de Nuestra Madre, y ya eso era un buen signo. Todas las monjas admiraron el tino con que Nuestra Madre hizo las indagaciones.

—Ya la *pétite* Claudine, —dijo Nuestra Madre— está en la edad del desarrollo. Las niñas en ese trance necesitan mucha comprensión. Tal vez a Claudina le falta eso en casa, ¿no? ¿Tal vez la contrarían?

—¡Por supuesto que no! ¿Y cómo era Claudina en casa? Pues era, como siempre. ¿*Comme toujours, vraiment?* Bueno, no; se había puesto desganada, pero es que a sus años las niñas se ponen desganadas, y estaba anémica, siempre había sido anémica, muy delicada.

Nuestra Madre no quiso decir la fortitud con que soportaba estarse horas de rodillas sobre los duros granos de arroz crudo. ¡Tal vez llevaba cilicio debajo de la ropa!

Nuestra Madre, por fin, consiguió que Claudina pasara al internado. Providencialmente, pensaba la

religiosa, era tiempo de entrar en retiro. Sería el primer retiro formal para Claudina. “Nosotras la queremos más que a ninguna otra niña, ¿verdad, madre?”, dijo la Madre Superiora, y la mamá de Claudina salió contenta de la santa casa, contenta con su hija.

Las monjas convinieron entonces en probarle a Claudina la paciencia. Sin paciencia no hay santidad. Y tras de probarle la paciencia, probaron si el orgullo podía en ella, si poseía la humildad necesaria. Sin humildad no hay santidad. Terminado el retiro, vencidas todas las pruebas, Nuestra Madre escribió a la casa matriz de la orden, en Bordeaux, y de Bordeaux respondieron que debía hacerse todos los esfuerzos para enviar a tan extraordinaria criatura a la casa de la orden en Fiésole, en Italia, donde había muerto en olor de santidad una hermana anunciando en su agonía que a esa casa llegaría de lejanas tierras una santa.

Luego fue la consulta con el Señor Obispo, y se vio la prudencia de este varón cuando aconsejó que a Claudina no le dijeran nada. La santidad debía llegarle inconscientemente. Cuando uno se da cuenta de que está soñando, dijo el prelado, ya comienza a despertar. Cuando el santo se da cuenta de que se está haciendo santo, la santidad se pierde. No había que perturbar el alma de Claudina. Sus padres la enviarían a Fiésole, y allá sería lo que Dios en sus altos juicios quisiera.

Y así fue como enviaron a Claudina a Italia, adonde la precedió su hermano en quien era recia y jubilosa, la vocación del sacerdocio.

Cuando la madre de Claudina moría, cuando se confesaba para bien morir, le había dicho al confesor que

moría contenta, porque estaba segura de que el Señor le hacía la infinita gracia de llevarla a ella primero a la Gloria, para estar allí, aclimatada en el cielo, cuando sus hijos santos llegaran triunfalmente.

5.

En Roma Apolinar Pablo fue discípulo aplicado. Sin tufos de modestia se había graduado en cánones orgullosa y fácilmente. No había querido aspirar a una educación superior, de doctorado y entrenamiento en la Secretaría de la Santa Sede, ni con el halago de la esperanza de una mitra; ni había querido servicio en tierras de salvajes adoradores del demonio, no sintiéndose digno. Quería volver a Nicaragua. A León. Ser padre en León. Y el Obispo había escrito diciendo que si era verdad, como debía serlo, que Apolinar Pablo era tan buen latinista y tan señor de las letras, y tan excelente en las demás ciencias, lo quería para rector del Seminario. Casi temía su Señoría Ilustrísima que se lo fueran a quitar, y escribió elocuentemente ponderando la necesidad de clérigos ilustrados en tierras de América, para lo que era indispensable tener maestros ilustrados.

Cuando llegó Apolinar Pablo a León, el Obispo lo recibió lleno de cariño.

—Me dicen que era todo un Abelardo.

—Nada de eso, señor, se apresuró a responder Apolinar Pablo. Ni ha habido Eloísa en mi vida, ni he dejado de ser hombre completo.

El Obispo se rio a carcajadas.

—No es eso lo que quise decir —dijo vehemente-
mente—. Veo que has aprendido más de la cuenta. ¡A ver
lo que nos vas a enseñar!

Antes de regresar de Italia, Apolinar Pablo había ido
a Fiésole a despedirse de su hermana, y su hermana, in-
genuamente, máxime viendo que él ya era sacerdote, le
contó que cuando la noticia de la muerte de su mamá lo
que la había consolado era sufrir lo que había visto sufrir
a Gonzalo.

¿Gonzalo? Sí, Apolinar Pablo se acordaba de él, se
acordaba muy bien. Y hombre sensato que era se dio per-
fecta cuenta de que su linda hermana no tenía vocación
conventual ni cosa parecida, sino que estaba romántica-
mente enamorada y que el convento le sublimaba y man-
tenía el enamoramiento terrenal. Había que sacarla, vol-
verla al mundo.

Ya en León habló de esto con el Señor Obispo. El
Señor Obispo entendió claramente. Cartas fueron y cartas
vinieron, y cuando Claudina regresó a Nicaragua Gonzalo
también había regresado de El Salvador, con motivo de la
muerte de su padre.

6.

Claudina estaba en el retiro de las monjitas, que he-
mos dicho, cuando a Gonzalo lo llevó su papá a El Sal-
vador. El padre de Gonzalo era de la vieja aristocracia, la
hacendada. Poseía grandes fincas en el Ocotol, de ganado,
que le rendían queso, cueros, bueyes; por el lado de Chichi-
galpa sembraba caña de azúcar, y molía primitivamente,
pero la producción de dulce de atado, castaño y fragante,

le dejaba magníficas entradas; también destilaba alcohol; mientras que, por el lado de Nagarote, hacia Managua, había heredado tierras que daban sobre el lago, donde había intentado sembrar algodón, fracasado año con año. En el algodón tenía puesta una fe ciega el señor Quirós. Del algodón esperaba la resurrección del país.

Porque el país iba a la ruina, conforme el padre de Gonzalo lo veía. Frente a la clase terrateniente, patriarcal, consagrada a una economía de abundancia y autosuficiencia, había surgido una nueva clase, parásita, improductiva, que, sin embargo, iba monopolizando la riqueza; la clase comercial.

El hacendado hacía su viaje a Europa, dos o tres viajes en el curso de una vida, y traía artículos de lujo, las vidrieras de cristal tallado para los salones, los espejos de cuerpo entero con marcos dorados para colgar y poner sobre consolas vistosas de mesitas de mármol, los candelabros de bronce sobre pies de alabastro, los relojes bajo combas urnas de vidrio, con figuras de pastores o de caballeros franceses de la época de los Luises, las arañas de hermosos hilos de cristal con lágrimas colgantes en cuyos prismas se irisaba la luz, los lavabos de porcelana, las cortinas de tela de Damasco y de punto, las sobrecamas de brocado, las camas de latón con altos espaldares y artificios para colgar los mosquiteros, las sillas mecedoras de Viena con asiento y espaldar de tiras de junco bien tejidas, y las escupideras, de porcelana también, con adornos de rosados cupidillos y de rosas de colores suaves. Se iba a Europa después de los buenos años, a traer para amueblar la nueva casa del hijo o de la hija que se casaba, tarea de una vez y definitiva, para toda la vida y para que los hijos y los nietos hereden. En fin, se iba a Europa en especie de visita **ad límina**, como van los Obispos a Roma cada

siete años y vuelven con los retratos de Su Santidad y la bendición papal para las familias allegadas a la curia, y con alguna reliquia de santo para enriquecer el tesoro de catedral, y con los cortinones de iglesia para las fiestas mayores y los nuevos ropajes de seda y oro para los oficios. Así era. El viaje a Europa coronaba una carrera social, y servía para introducir el lujo en las casas y en el espíritu. Las grandes casas se engalanaban. Se celebraban con manteles largos la ida y el regreso, que no eran cuestión personal sino del vecindario, ya que quienes podían ir hacían encargos infinitos, y se mandaban las carretas al puerto del Realejo para acarrear los muchos bultos de los que regresaban, que no cobraban por el favor que hacían ni hubieron pensado cobrar, como no pensaban que debían pagar por las cartas de recomendación que llevaban a familias europeas que guardaban amistad de generación en generación con los descendientes de los que habían ido antes de Nicaragua a Europa. Y en Europa lo más visitado era Francia y en Francia, claro, París, pero también Italia y Roma, por ver al Papa.

Con el cultivo del café las cosas comenzaron a cambiar. Ya no se pensó en producir para las necesidades del país y en acumular bambas de plata, cambiarlas por billetes de banco exteriores, gastarían el dinero en Europa.

Los billetes de banco comenzaron a obtenerse por venta directa de productos.

Se producía principalmente para la exportación y esto traía divisas extranjeras al país, ciertamente, y enriquecía a unos cuantos, pero, el pueblo, se empobrecía al encarecerse todo. Y luego ya no fue ni Francia, ni Italia, el país ideal, sino que Inglaterra, pues el café se vendía en Londres.

Los cafetaleros convirtieron las altas Sierras de Managua en cafetales y se extendieron por las faldas del Mombacho, del lado de Granada, y por Matagalpa, en el interior. Con el auge del café, llegaron extranjeros con dinero a comprar tierras y hacer más y más plantaciones, y a vivir en ellas, no en las ciudades, y estos cheles —hombres rubios— iban a Europa año con año, como si no fuese cosa de importancia, y no llevaran recomendaciones ni traían encargos ni sus viajes tenían significación social. Con los extranjeros comenzó a derogarse la prestancia de los viajes. Los nacionales, imitándolos, abandonaban el maíz y los demás productos de consumo doméstico por productos de exportación, y hacían viajes de negocios trayendo de regreso mercancía —bogotanas y holanes, y lavabos baratones, y toda suerte de quincallería— con que surtían tiendas novedosas que en pocos años trastornaron las buenas costumbres, prefiriéndose las telas importadas a las tejidas en el país y cambiándose hasta la moda inmemorial de los vestidos populares.

Confundía el fenómeno. Por una parte, había una mayor ostentación, casi un derroche; por otra, un abaratamiento hasta del gusto; del gusto sobre todo. Se iba a Europa y se volvía, no en peregrinaje de cultura sino que por vil lucro. Había quienes hacían fortuna de sólo ir y venir, ir y venir.

Lo había visto bien el papá de Gonzalo, y en su mente lo había resuelto. Su hijo era muchacho formal y, Dios mediante, sería de quienes realizaran la regeneración de Nicaragua. No que Nicaragua jamás volviese a ser lo que había sido, no; eso no. Sino que podía todavía recobrar su ser, valerse a sí misma, no estar a merced de lo extranjero.

El papá de Gonzalo se lo explicó a su hijo:

—Si cultivamos algodón —le dijo— y lo aprovechamos aquí, ya está resuelto el problema en lo principal. Las máquinas ésas no son tan caras, ni yo tan pobre que no pueda importarme unas cuantas, las suficientes para comenzar. Aquí debemos labrar esas telas de la Inglaterra famosa, con algodón nuestro. ¡La vaina es hallar el modo de aclimatar la planta!

El entusiasmo del buen hombre prendió en el hijo. El hijo lo comprendió. En vez de que se hicieran ricos ésos que no hacen más que ir a Europa y volver, con cargamento para sus tiendas, y en vez de que se enriquecieran los extranjeros que iban llegando cada vez en mayor número al país, alemanes, franceses, y hasta chinos, con mercancías que vendían caro y que era de inferior calidad, en Nicaragua, se fabricaría con el algodón nicaragüense, en telares del país, las mantas y los driles, los percales y hasta las sedas con mezcla de algodón. En El Salvador el gobierno había comprendido la importancia de renovar la agricultura, de iniciar nuevas técnicas, de emprender nuevos cultivos, y con maestros belgas se había abierto una escuela. A esta escuela anunció el señor Quirós que llevaría a Gonzalo.

Gonzalo salió triste de León, pero a pocas leguas de andar le volvió la alegría. Iba bien montado y le gustaba que su padre viera qué buen jinete era. Al Realejito se llegaba en todo un día de camino, sesteando en Chinandega, famosa por sus naranjas. Iba adelante Gonzalo y su padre, cómodos en sus monturas de cuero que crujía. Detrás iban dos mulas cargadas de equipaje, y un propio de a caballo que las halaba. El sol, el polvo, el ejercicio contentaron a Gonzalo. Cuando por el anochecer llegaron al Realejito, ya tenía el mozalbete llena la cabeza de planes, de ideas,

de fantasías. Si entrecerraba los ojos, veía inmensos algodones; sonaban en sus oídos los ruidos de las máquinas que transformaban el algodón. Su padre le había dicho que de la semilla se hacía aceite, se hacía jabón, y en la imaginación de Gonzalo se alzaban fábricas y bodegas. Y los extranjeros se iban del país reconociendo que contra los leoneses no se puede...

7.

En el Realejito hubo que esperar a que la marea fuera favorable para zarpar en una velera a través del Golfo de Fonseca rumbo al puerto salvadoreño de La Unión.

La playa estaba bordeada de manglares, árboles de raíces que se elevaban como apiñamiento de grandes serpientes y se alargaban en ramas. Las mareas más altas llegaban hasta donde las ramas comenzaban. Con la marea baja, las raíces quedaban expuestas, desnudas, retorcidas, fantásticas a la luz del atardecer que las llenaba de sombras.

El Realejito quedaba sobre un estero. El estero tenía corriente como de río, la marea entraba y salía, subía y bajaba, y era un río salado que iba y venía.

Las garzas, volando con las patas estiradas echadas atrás, lanzaban allí al anochecer gritos de desolación.

Una luna redonda intensificó su brillo.

Nubes sobre nubes de jejenes, revoloteando y zumbando, obligaron a Gonzalo, que había estado recorriendo el lugar, a buscar refugio en la choza del resguardo.

—Dale gracias a Dios que no son zancudos —le dijo su papá—. Eso es lo malo del Tempisque, que nos

quedaría más cerca. El zancudero es feroz. Se lo comen a uno vivo. Dicen que tal vez a las nueve ya puede zarpar el velero. ¿Lo viste?

—¡Tan pequeñito, papá! Se llama **Céfiro**.

—Pequeñito pero bueno. Saliendo a las nueve y con viento, a las siete de la mañana estamos en La Unión. Es una ventaja que el viaje sea directo, sin escala en Amapala.

—Mes gustaría que hiciera escala en Amapala.

—Ya conocerás todo esto. Con el tiempo aquí ha de haber grandes puertos. Una vez que el algodón pegue, vendrán los barcos de vapor a estas aguas todas las semanas en vez de una vez cada tres meses. Esa es la grandeza de los Estados Unidos, que asombra a Europa. Sólo que nosotros no vamos a cometer el error de ellos, que siembran su algodón y lo cosechan y lo exportan a la Inglaterra donde lo manufacturan, y entonces lo tienen que volver a comprar hecho tela, como lo compramos nosotros, sólo que me figuro que a ellos se los venderán a menor precio porque hablan inglés. No, Gonzalo. Nosotros vamos a sembrar y cosechar algodón, y a fabricar las telas aquí, primero lo suficiente para el país, y lo que sobre para Centroamérica entera, de modo que con ese comercio el Realejo, Amapala, La Unión, serán puertos importantes, con muelles de acero, con grandes bodegas, con movimiento y Europa que nos deje en paz.

—Pero papá —comenzó a decir y no dijo más Gonzalo.

—¿Qué, Gonzalo?

—Yo no le puse mucha atención a la lección, pero entendí que en los Estados Unidos había esclavitud porque

hay algodón; que el algodón necesita esclavos; que hubo una guerra pero grande para libertar a los esclavos, pero que como siguen con el algodón, de nada sirvió esa guerra.

—Déjame explicarte. Por supuesto, se necesitan esclavos para el algodón si sólo hay algodón. Pero cuando hay algodón y fábricas, ¿me entiendes?, se equilibran las cosas.

—¿Cómo, papá?

—Sencillo. Vamos por partes para no enredarnos. El algodón necesita muchos trabajadores sólo unos pocos meses. Lo demás del año, no, igual que el azúcar y que el café. Entonces, ¿qué hacen esos trabajadores en los meses sin trabajo? Tienen que comer. Sólo siendo esclavos, sin que les paguen nada, y comiendo poco, puede el hacendado sacar ganancia manteniéndolos todo el año. Ese es el problema. Pero nosotros, fíjate, ocupamos a los trabajadores cuando lo necesite el algodón, y en vez de que no hagan nada el resto del tiempo, trabajan las fábricas. Trabajo todo el año, ganancias todo el año, y el que trabaje más y mejor, ese gana más y hasta se puede hacer rico.

—¿Como nosotros, papá?

—No somos ricos, hijo. ¡Qué va! En Nicaragua nadie es rico. Unos tienen algo, otros nada; pero todos pobres. Un país sin desarrollo todavía. Apenas el café, y ya se lo están cogiendo todos los extranjeros, y lo que podría aprovechar el país en ganancias, se va a Inglaterra con la importación de todo. ¿Qué nos queda?

Hablaban en semi oscuridad. El candil de grasa con mecha de pabilo humeante y de temblona llama amarillenta, colgando fuera de la pieza única del resguardo.

Alrededor del candil formaban gran pantalla los jejenes que revoloteaban como locos hasta que se quemaban. Debajo del candil, en el suelo, había un montecillo negro de insectos quemados. La penumbra daba seriedad inusitada a la conversación de Gonzalo con su padre. A ratos, mientras hablaban, negroides de espaldas desnudas, descalzos, con los calzones arremangados hasta la rodilla, entraban y salían llevando carga al velero.

—Va a ir bien cargado el **Céfiro** —dijo el papá de Gonzalo—. Así se navega mejor.

—¿Me iré a marear, papá?

—No, ¿por qué te ibas a marear? A veces el golfo se pone más bravo que si fuera medio mar, pero creo que ahora no. Vamos con buena luna. Será bonito. Es muy bonito el golfo. Vas a ver El Cosigüina. Vas a ver El Viejo. El Viejo es el más alto, pero El Cosigüina, cuando hizo erupción, echó sus cenizas hasta Colombia y hasta México. ¡Ese es volcán! En El Salvador vas a ver el Izalco, siempre en erupción, con el penacho rojo de noche, que le dicen el Faro de Centroamérica. Donde está Amapala, en la isla del Tigre, también hay un volcán; pero en Amapala no tocamos.

Por fin los llamaron. Ya se podían ir a bordo. La marea había subido lo bastante para que el velero flotara hasta un muellecillo de madera que era extensión de una especie de puente que se abría camino entre los mangles. Las raíces apenas se les veían ahora a estos árboles. El agua se abatía sin mucha fuerza entre el raigambre, y donde se quebraba lucía la fosforescencia. Gonzalo estaba aturrido. Tenía sueño.

El capitán gritó sus órdenes. Los viajeros se acomodaron escogiendo lugares. Había camarote, pero Gonzalo

se sintió mareado con sólo asomarse a verlo. Otros pasajeros, de inferior rango, se apiñaban, hombres y mujeres, sobre cubierta. Por todas partes había carga. Por el olor se reconocían los quesos, cueros, suela cortada. Gonzalo se recostó sobre su montura. Llevaban las monturas porque no sabían si ya en El Salvador las iban a hallar buenas. Caballos, tal vez. De todos modos, siendo buenos jinetes, sabían que raro es el caballo que resulta malo si el jinete es bueno. Pero con las monturas era otra cosa. La montura de Gonzalo olía a cuero fino y al sudor de su caballo. Era un olor grato. El velero tomó viento al instante y no se hizo difícil salir del estero. No se veían claras las márgenes; al soñoliento Gonzalo le parecían monstruos que hubieran llegado en manadas a beber del agua llena de luna. A ratos se veían brillar en tierra los ojos y se oían los ladridos de los coyotes. Cuando desembarcó en pleno golfo, el velero se sacudió y crujió cogiendo fuerte brisa, se ladeó, y voló con encabritada rapidez. El agua estaba picada.

—Mirá —le dijo su papá a Gonzalo.— Aquel es el Cosigüina.

La mole inmensa se alzaba, bañada en luz de luna, y parecía tener ribete de plata en el borde del ancho cráter. Al otro lado, con el cielo iluminado a su espalda, de manera que se veía imponente en su negrura, se alzaba El Viejo. Gonzalo vio alejarse la costa. Se dio cuenta de que había dejado Nicaragua. Comenzó a sentir tristeza, pero ésta corría pareja con el sueño. Ganó el sueño y Gonzalo se quedó profundamente dormido.

Su padre vio cómo se alzaba una nube por el lado de oriente. Los demás pasajeros cuchicheaban. Alguien aseguró que llovería, y señaló a la nube. La nube se creció

y oscureció a la luna; luego se la vio partirse en rayos que caían en el golfo. En la hoya del golfo el trueno hizo un gran eco tardío. Gonzalo, sin embargo, no sintió nada. Le pareció a su padre que se estremecía con el frescor húmedo del chubasco cercano, y, quitándose el saco, cubrió a su hijo. Antes de cubrirlo, sacó de una bolsa del saco un manojo de pequeños puros negros que se metió en un bolsillo del pantalón después de haberse llevado uno a la boca. Del pantalón sacó un pedernal y mecha. Golpeó bruscamente el pedernal contra un trozo de acero; la mecha, de trencilla amarilla de algodón flojo, tomó lumbre, y el papá de Gonzalo encendió el puro. Mientras tanto en la cubierta del velero había gran agitación. Los tripulantes, que serían seis u ocho, tendían encerados olorosos a brea sobre la carga que iba al descubierto. Los pasajeros se afanaban por meterse ellos también, hasta el cuello, debajo de los encerados, y a propósito de nada los hombres y las mujeres se reían.

El velero dio un viraje violento y las pasajeras lanzaron gritos.

—No es nada —dijo el marinero—. Vamos a enfrentarnos al chaparrón, para que no nos coja ni de lado ni por detrás. Así lo pasamos más aprisa.

Y tan aprisa lo pasaron, mejor dicho, tan aprisa los pasó el borrascón, que excepto por el aflojarse las velas y titubear un instante el velero, lo vencieron. El agua se agitó más un rato. El velero viró de nuevo a su primitiva orientación; apareció la luna, y el resto de la travesía fue sin incidentes. El papá de Gonzalo le tocó la cabeza al muchacho. Se había mojado sin despertar. Acabado su puro le dio los últimos chupetes con sólo los labios,

teniéndolo entre el pulgar y el dedo del corazón. Arrojó el cabo al mar, se tendió al lado de su hijo y dormitó.

Cuando padre e hijo despertaron ya había salido el sol. Una que otra nube untada de rosa resbalaba por el cielo. Las costas de Nicaragua ya no se veían. Gonzalo estornudó y se alegró de estornudar porque creyó que era buen augurio. En frente tenían la rada de La Unión.

8.

A **Gonzalo** le cayó en gracia el modo de hablar salvadoreño. No se cansaba de oír como silbaban las **eses**. Se percató de que los nicaragüenses las vuelven **jotas**. En la venta donde descansaron ese día, esperando la tardecita para emprender la larga jornada a San Miguel, y después de San Miguel a Zacatecoluca, y por último, de allí a San Salvador, la dueña le hacía bromas a Gonzalo.

—¿Verdad que en Nicaragua usstedesss dissen sssingular fójforo, plural fósjforo?

—No —respondió Gonzalo ingenuamente—. Decimos singular fójforo, plural fójforo —con lo que la mujer se desternilló de risa.

—Pinolerito más simpático —dijo la mujer.

Trajeron a enseñar las bestias. Gonzalo escogió para sí una yegua tordilla que parecía tener ánimo.

—Es briosa —le dijeron.

—Así me gujta —dijo Gonzalo— y los circunstancias, sin espíritu de ofender, al contrario, como muestra de cariño, coreaban:

—Briossas le gujta al pinolerito.

Le ensillaron la yegua a Gonzalo, y Gonzalo la montó. De veras que era brava.

—Es mañosa —dijo Gonzalo— pero aquí halló su hombre,— y la jineteó tan bien que en una sola vuelta a la manzana ya el animal era otro.

—Ussted ess de loss finoss para montar —dijo el dueño de la bestia—. Nadie la había montado assí. Hasta me pairesse que se ha puesto alegre la yegüita.

La dueña de la hostelería, queriendo poner su nota picaresca a los comentarios que se hacían, dijo:

—Bien dado está el cipote. Y ya como que va estando. Me gustaría verlo cuando monte otra cosa. Se me alegrarían los huesos viejos.

—¡Chitón, mujer! —le advirtió alguien— que ay viene su padre que es persona seria, y los dos están de luto. Al patojo se le murió la mamá.

La mujer estaba detrás de un mostrador que había sido barnizado en tiempos de Mariscastañas, y se ocupaba en sacarles brillo a las copitas en que servía aguardiente. Detrás de ella se alzaba un aparador con un espejo en el centro y botellas de toda clase en la estantería. Al pasar el padre de Gonzalo, la mujer le dijo, alzando la voz:

—¡Monta muy bien su niño!

—Regular, regular, dijo el padre de Gonzalo.

—Monta requetebién. Esa yegua, usted verá, es famosa. Ha botado a los más piripintados. Pero su niño parecía que se le hubiera clavado.

—Gonzalo monta desde muy pequeño, y le gustan los caballos.

—¡La preocupación que usted tendrá ahora —dijo la mujer— con la señora fallecida y el niño que el día menos pensado cambia de gusto y prefiere a las mujeres!

—No —dijo el papá de Gonzalo—. El muchacho es serio.

—Pues yo creía —dijo la mujer— que así de mal pensada me hizo Dios y el diablo me ha dado su ayudita, que tal vez lo traía porque ya había hecho dar el resbalón a alguna jalona. Porque así son los hombres, no me desmentirá usted, que en cuanto dejan de andar a gatas ya se echan sobre las mujeres.

Los circunstantes celebraron el chiste.

—¿Y las mujeres, Ana, cómo son? —preguntó uno...

—Tengan respeto —dijo la mujer—. El señor y yo conversábamos en privado.

—Nadie ha ofendido —dijo el papá de Gonzalo—. Pero Gonzalo es serio. Viene a estudiar. Lo voy a poner en la escuela de agricultura.

—¡Que Dios se lo conserve, señor! Pero ese San Salvador es cosa seria, sépalo y entiéndalo por si nadie se lo ha dicho. Allí al más inocente lo pervierten en un tris. ¡Chispas, qué señoritas! Dicen que sólo en Guatemala les ganan.

—A lo que yo entiendo —dijo alguien— no hay como las de Costa Rica. Las ticas se llevan la palma.

—Gonzalo es serio, y va a estudiar, reiteró el papá de Gonzalo—. Y en San Salvador como en todas partes hay sociedad decente.

—Pero también de la otra sociedad —insistió la mujer—. Yo, si tuviera un hijo, lo ponía en jaula, por aquello de las gatas. Pero él tiene ya a su madre en el Cielo y desde allí velará por él.

—Gracias —dijo el papá de Gonzalo— y se retiró pensativo.

No le había dado jamás atención a eso. Gonzalo, en efecto, ya comenzaba a ser hombrecito; ya era todo un hombrecito. ¿Cuándo iría a comenzar a pensar en las mujeres? ¿Cómo le iría? Esa preocupación de padre le sobrevino de súbito. Claro, no le iba a hacer caso a la mujer de la venta, en San Salvador había sociedad decente. Pero podía ser cierto que hubiese en demasía de las otras. El problema era grave. ¿Por qué no se le había ocurrido pensar en eso antes? Porque juzgaba a Gonzalo siempre un pequeño, se dijo. Y luego se desmintió a sí mismo. No. Recientemente lo había juzgado ya lo bastante grande para comprender asuntos de importancia, como el del algodón. Y Gonzalo había comprendido sin dificultad. A lo mejor... ¿Pero cómo podía ser? Sin embargo, ¿por qué la mujer ésa se había imaginado lo que dijo?

Gonzalo al presentarse interrumpió las cavilaciones de su papá.

—La yegua ésa es chúcara —dijo— pero más chúcaras las he domado.

Gonzalo traía subido el color, del ejercicio, y se veía tan muchachón, tan sano, tan despreocupado, que a su padre se le aclaró la mente.

—Hombré, Gonzalo —le dijo— decime. Dicen que las muchachas de San Salvador son muy coquetas. Cuidado te metés en líos.

—¿Yo? —dijo Gonzalo.

—A la hora menos pensada, precisamente por no pensarlo, los hombres se meten en líos.

—¡Bah! —dijo Gonzalo—. Yo no papá.

—Es que si te metés en lío, tal vez hasta tenés que casarte.

—¿Yo?

—Eso a cualquiera le ocurre, si no se cuida.

—A mí, no, papá. Te lo juro por Diosito lindo —y haciendo la señal de la cruz con la mano derecha, cruzando índice y pulgar, Gonzalo se besó los dedos.

“Esto ha sido mejor que el chubasco del golfo”, pensó el padre de Gonzalo. “¡Loado sea Dios misericordioso que me ha dado tal hijo! ¡Pero qué fácil es que nos entendamos, él y yo! Creo en su palabra. ¡Claro que ya sabe de líos de mujeres, pero también ya sabe que debe guardarse! ¡Dios me lo guarde así, de hombre!”.

9.

El largo viaje hasta San Salvador lo hicieron padre e hijo en magnífico humor. A San Miguel llegaron cansados y durmieron maravillosamente. El Zacatecoluca se encantaron del lugar. Se hartaron de mangos, que dan forma al pequeño pueblo. De allí hasta San Salvador, al tercer día, se admiraron de los extensos cafetales, y volvieron a majar

sus temas de economía porque cada vez que preguntaban de quién era esa finca les respondían con un nombre alemán. Los alemanes eran dueños de todo. ¡Y qué lástima que sólo café sembraran! El café como cultivo único era tan malo, decía el padre de Gonzalo, como el algodón en los Estados Unidos. Necesita forzosamente la esclavitud en una u otra forma. Una agricultura con conciencia debía variar los frutos. Que siempre haya tierras en sembradío, tierras en cosecha, trabajo para todos, nunca gente atribulada buscando qué hacer para comer.

—Mirá —dijo el padre de Gonzalo—. Esta gente se me hace más tristona que la de Nicaragua. Como más flaca y mayata. Como que comen peor.

En un lugar de sesteo se juntaron con unos indios.

—No semos de aquí —dijo el que era más comunicativo—. Semos de por el rumbo de Sonsonate.

—¡Pero Sonsonate queda lejos!

—A pie lo hemos andado —respondió el indio.

—¿Y por qué? ¿Que no tienen tierras allá?

—Teníamos, pero nos la quitaron. A todos nos quitaron las tierritas. Van a sembrar café.

—¿Quién va a sembrar café?

—Los señores cheles que tienen la concesión del supremo gobierno.

—¿Y ustedes?

—Buscando el trabajito, patrón. Por allá no hay trabajo entodavía. Hasta que crezcan los palitos, en siete años, dicen.



—¿Y sus gentes? Vos, tu mujer, ¿dónde está?

Entró de criada en San Salvador. Se hubiera rendido si me sigue.

—¿No tenías hijos?

—Sí, dos patojos, respondió el indio. Se quedaron con la agüela y el agüelo, que no les han quitado la tierra entodavía, porque como que no sirve.

—Aquí la cosa sí que es grave —dijo el padre de Gonzalo—. Aquí ya el cambio destruyó a la familia. No hay derecho para deshacer las heredades. ¡Y para extranjeros! ¡Qué bruta es esta gente! Si creen que quitándoles sus tierras a los indios, es sólo al indio a quien perjudican, qué equivocados andan. Sobre las tierras del indio esos intrusos se van a crear un poderío. Ya verán estos dirigentes que tan mal dirigen, cómo pasarán a segunda fila, y a tercera, y a no dirigir nada, que lo que están haciéndoles a los indios, a ellos se los harán, que así es la justicia de Dios.

10.

El papá de Gonzalo había estado antes en El Salvador, hacía años, cuando de joven se había metido en política y había tenido que emigrar. Los amigos que había hecho entonces eran ahora los que mandaban, y quería evitar el tener que exponerles sus ideas. En San Salvador había varias casas de ricos donde gustosamente lo hubieran agasajado, pero prefirió ir a hotel, al **León de Oro**, y Gonzalo se encantó de hospedarse allí.

Qué hermosa la cantina, con mostrador maqueado, reluciente, y espejos en marcos dorados, y sobre el

espejo del centro una cabeza de león con la melena de oro y los ojos que parecían vivos. Y en los estantes, detrás del mostrador, botellas hermosas, con etiquetas cubiertas de medallas. En el centro del mostrador se alzaba una fuente niquelada, de agua helada. La fuente se mantenía sudorosa. Gonzalo la tocó y estaba fría.

—¿Quiere agua el señorito? —le preguntó el mozo, que era gallego.

—Bueno —dijo Gonzalo.

Jamás en su vida había probado agua tan fría. A los pocos tragos le dolió el gaznate.

—¡Chocho! —dijo— qué agua para ejtar helada.

Las mesas hacían juego con el escaparate y con el mostrador, y las sillas en redor de las mesas eran de hierro. El piso era de mosaico. Cuando las movía, las sillas raspaban y a Gonzalo se le ponían los dientes de punta. Alegaban el lugar unas palmas enanas que crecían en macetas y que hacían guarda a las puertas de la cantina.

En el corredor había un escritorio, y encima del escritorio había un letrero que decía “Oficina del Gran Hotel León de Oro”. A un lado del escritorio colgaba, en la pared, un calendario. Era el calendario más grande que Gonzalo jamás había visto. Los números se veían desde lejos. Por encima de la libreta de los números el calendario tenía una tricromía que representaba “El Gran Canal de Venecia”, con una góndola en que iba un hombre pintorescamente ataviado inclinándose sobre una larga vara que se hundía en el agua del canal. Gonzalo se quedó viendo el cuadro, y el recuerdo de Apolinar Pablo, que estaba en Italia, le trajo el recuerdo de Claudina.

—Papá —dijo Gonzalo— ¿Apolinar Pablo andará en ésas?

—¿Esas qué?

—Mire usted. Esas lanchas delgaditas y señaló el calendario.

—No —le dijo su papá—. Esa es Venecia. Apolinar Pablo está en Roma. Y a la Claudinita la van a mandar también, oí decir.

—¿La van a mandar?

—Pero a ella a Fiésole, cerca de Florencia.

—¿Y cuándo vuelve?

—Serán años.

—¿Y a mí, por qué no me mandaste a Italia, papá?

—No somos tan ricos. Mantener a Apolinar Pablo y a Claudina allá, debe costar un chiquipil de reales. Pero, en fin, ellos son ricos. Es decir, para Nicaragua.

—Nosotros ¿de veras no?

—No como ellos. Cuando ya seas hombre, vamos a ir a Europa juntos.

—¿A Italia también?

—Tal vez también a Italia, por ver al Papa. Pero en Inglaterra es donde hacen esas máquinas para despepitar el algodón, y los telares que quiero.

La casa del hotel era grande, de cuatro corredores, y el patio, en vez de ser de tierra como los de León, estaba enladrillado, y no tenía árboles grandes, ni flores sembradas en el suelo sino en macetas hechas de mitades de

barril, pintadas, y algunas de barro colorado. Las piezas del hotel para los huéspedes daban a la calle, las de primera, y también al corredor. Las otras piezas, más baratas, daban al corredor solamente. Por el lado de éstas últimas estaba el comedor, una serie de mesas con manteles azules. Por ese lado se iba al traspatio, adonde daba la cocina y por donde estaban las caballerizas. El traspatio abría a otra calle y estaba empedrado.

En el patio de jardín había una pila de agua. En su embaldosado se paseaba un pavo real. Era el primer pavo real que Gonzalo veía, y le parecía estar viendo un cuento de hadas.

La noticia de Claudina le había dado dolor, un dolor tan escondido que apenas se daba cuenta de lo que sentía. Es decir, despierto no lo sintió. Pero esa noche soñó con ella, que se la llevaban en una góndola y que la guiaba un pavo real y que él, a caballo, se había echado al mar y el mar se había vuelto una manada de yeguas bravas de crines como espumas de ola, de ancas y cuellos como tubos que se enarcan y corren a la playa.

El padre de Gonzalo había tomado un cuarto de primera que tenía dos tijeras de lona, una a cada lado. Por el centro de esa habitación, de la puerta de la calle a la del corredor, se tendía una hamaca de cabuya, con los mecates amarrados a argollas colgadas de ganchos de hierro clavados en las soleras que servía de umbrales. Del lado en que estaba la una cama, había un lavabo enchinado sobre una mesa de tabla de mármol. De una y de otra orilla de la mesa colgaban toallas. Del lado donde estaba la otra cama había un mueble con gavetas. Detrás de las puertas que abrían al corredor colgaban capoteras. Frente a la puerta de la calle había una mampara, de tres alas, con figuras

de garzas, colocada de modo que se podía tener la puerta abierta sin que lo vieran a uno desde afuera. El dueño del hotel era español, como el cantinero.

—Es la mayor pieza que tenemos —dijo el hotelero—. Nada falta, nada sobra, estaréis como con Dios, que decía Santa Teresa. Por aquí da el sol por la mañana; las tardes podréis sentaros en la acera en mecedoras y mirar al Parque. Al mozuelo le gustará, ¿eh?, ver a las mozas que por las tardes se pasean en el Parque. Si ha de escoger, que la escoja rica. Las hay que son guapas y ricas, y con la figura que tiene éste, se lo van a disputar. ¡Coño que si no! ¿Piensa quedar por mes?

—Mi hijo no piensa en esas sonseras todavía —dijo el padre de Gonzalo—. Viene a estudiar, a la escuela de agricultura. Lo traigo yo y no puedo quedarme largo tiempo.

—¿A la Granja Modelo? ¡Vamos! Pero venir de tan lejos para eso, ¡coño!

—¡Cómo!

—Que eso no marcha, ¡qué va! Que no marchará nunca. Hubieran traído maestros valencianos a enseñaros en América a hacer unas huertas como aquellas, en vez de estos belgas que no saben na, y cuando digo na, quiero decir na, ¡coño! Aquí vienen, con cada cara de jumento, y con el habla que ni Cristo padre les entiende, a beber como animales y a quejarse de la calor. ¿Todo por qué? Os lo diré, aunque sean en contra de la autoridaz. Han engañado al gobierno. ¡Eso! Los del banco los han traído, pagando los gastos el gobierno, se entiende, para que se cercioren de qué tierras son buenas para nuevos cultivos que el banco quiere implantar. No se asombre ustez. Esos

belgas no saben na de na sino sólo de henequén, y no saben enseñar na, y qué escuela de agricultura ni la madre que me parió.

—¿No saben de algodón?

—¿Algodón? ¡Coño! ¡Qué van a saber de algodón! ¿Qué se da el algodón en Bélgica?

—Tampoco se da el henequén —replicó el padre de Gonzalo, enfadado.

—Me ganó ustez —dijo el español poniéndose humilde de tan fiero que había estado, hablando contra los belgas—. Me ganó ustez, rediez. ¡Mire que ustez es listo, ganarme a mí! Tenemos timbre eléctrico —añadió el hotelero, cambiando de conversación—; funciona con batería, y si algo necesitan, tocan; estoy para servirles. No hacéis más que empujar este botón, y allá suena, y un servidor a sus órdenes para lo que se les ofrezca, una copita, un refresco, una toalla limpia, vamos, lo que se les ofrezca.

Un mozo, indio, entró con las maletas que habían venido de La Unión en mula y por arriero.

—Y las sacudí, patrón. Estaban curtidas de polvo. ¿Es verdad que vienen de Nicaragua? Allá se murió mi tata —dijo el mozo.

—¡Ah! —dijo Gonzalo.

—Fue con la espidisión de Malespín —siguió diciendo el mozo—. Iba de cabo. Ya había hecho dos regulaciones en Honduras, y agora iba a la tercera a Nicaragua. Ay lo mataron, cuando el asalto de León.

—Nosotros venimos de León —dijo Gonzalo.

—Pues casi somos paisanos, como quien dice —dijo el mozo— siendo que allá sembró mi tata los güesos y allá se lo jartaron los gusanos. Yo estoy al servicio de ustedes. Si se van a quedar en San Salvador, tal vez me quieran que seya su criado. Fuera de mi copita de ocasión y que me guste la guitarra, soy formal. Y como les venía diciendo, somos paisanos, como quien dice.

—Bueno, paisano, —dijo el padre de Gonzalo bonachonamente—. Si te necesitamos, te llamaremos.

—Me llamo Juan, pero me dicen Juancho —dijo el criado—. No soy sordo y no tienen que desgañitarse gritando para llamarme. De noche dormiré en el corredor, junto a la puerta. ¿Ya saben dónde queda el Número Siete?

—¿El Número Siete?

—Así le dicen al escusado en este hotel —explicó el mozo— porque es el cuarto número siete. Si tienen hora fija, yo se los guardo. Aunque ahora hay pocos pasajeros. Cuando se llena el hotel, no se dan abasto. Y lo mismo con la bacinilla, aquí estoy para botarla, aunque no me parece que ustedes estén diabéticos. Aquí estuvo un señor que vino desde Santa Ana, a ver a los doctores. Estaba diabético y a cada rato, el pobre, tenía que hacer la necesidad menor, y de noche yo le botaba la bacinilla hasta cuatro veces.

—¿En qué cama dormía? —preguntó el padre de Gonzalo alarmado.

—No se preocupe, patrón —respondió el mozo—. Tenía cuarto de segunda. En estas tijeras sólo han dormido sanos. Inspecciones usted los forros y verá que están

nuevecitos. El baño está pegado al escusado, y ésa es la gran vaina, que el que se mete a hacer sus necesidades le pone la aldaba a la puerta y ni al baño se puede entrar, y el que se mete al baño hace lo propio y nadie puede usar el escusado. Por eso lo mejor es que me den sus horas y yo se los reservo.

—Ahora vamos a descansar y desempacar un poco —dijo el papá de Gonzalo—. Dejemos el baño para mañana, al toque de las seis. Y si conocés un buen barbero, que me venga a afeitar a las siete. También, si conocés a una lavandera, tenemos ropa que darle.

Cuando el Juancho se fue, el papá de Gonzalo le dijo a su hijo.

—Me preocupa eso que dice el español. ¡Quién sabe si tenga razón! A lo mejor son sólo habladas. Vinieron los españoles y nos conquistaron, nos dieron la sangre, la religión y el idioma, y todo lo demás. No hallarás hacienda que no date de los españoles. Ellos lo hicieron todo, las iglesias, las casas, todo. Ellos trazaron las calles, abrieron los pozos, nada hay que no hicieran. Pero después ya no saben hacer nada. Vienen de hoteleros, vienen a poner tiendas, vienen a vender casimires. Ya no saben más. Ahora son otros los que traen empuje de hacedores, y los españoles no hacen más que hablar ociosamente con palabras groseras. Todo lo vuelven “coño”, para todo “se cagan en Dios”, y nada hay bueno para ellos fuera de España, ni en el país ni en los extranjeros que vienen. Tal vez sean sólo habladas del español, pero me preocupa que hubiéramos hecho el viaje de balde. Mañana veremos.

11.

Los nicaragüenses estaban sudorosos y empolvados. La primera parte del viaje desde Zacatecoluca había sido grata. Habían salido tempranito y el camino era cuesta arriba, de modo que a medida que subían sentían el creciente frescor de la altura a pesar del sol. Por la tarde habían tenido que bajar hasta el valle hondo de San Salvador, que es un horno. Por la frecuencia de los temblores le dicen el valle de las Hamacas. Su gran ventaja es que allí los temblores no son fuertes. Con eso y todo, advirtió el señor Quirós, las casas no eran bastas de muros como las de León, ni había grandes templos. En vez de las paredes de a metro y más de ancho, de adobes grandes, de barro revuelto con las largas fibras del zacate de conejo, que se estilaban en León, las casas de San Salvador, como ésta del hotel, eran de paredes delgadas, de muchos horcones y armazón de caña brava rellena de barro mezclado con el zacate, la clase de construcción que llamaban **taquezal**. Las soleras y vigas de los techos también eran más livianas que en León, y las tejas más delgadas. Y sucedió que mientras Gonzalo y su padre desempacaban, tembló. Se oyó crujir el techo, y una lámpara colgante se meció. “¡Temblor, temblor!” gritaron las gentes, y hubo una sola carrera al patio y a la calle. Gonzalo y su padre corrieron a la calle.

—Al patio, no —dijo el padre de Gonzalo—. No sabemos si habrá habido un pozo, ni por dónde. Si un pozo viejo se abre en un temblor, es lo peor.

La calle se llenó de gentío. No fue un temblor largo, ni fuerte. Tras del primer susto, la gente se volvió parlanchina. En el aire cálido, espeso, húmedo del trópico las

voces resonaban. Como no volvió a temblar, las gentes se dispersaron.

—Es la llena de la luna —se oía decir—. No es nada. Es la llena de la luna. No tiene importancia. Es la llena de la luna.

—Venid a ver a los belgas —dijo el hotelero a los nicaragüenses—. Bebiendo estaban y el temblorcillo les ha blanqueado la sangre. ¡Qué van a saber éstos de agricultura, me cag...!

La conversación en el comedor del hotel fue animadísima y terrorífica. Versaba sobre temblores.

—Temblor, lo que se dice temblor —dijo el hotelero que se había sentado a la mesa de Gonzalo, considerando a su padre su huésped principal y haciéndole ese honor— temblor de veras, vamos, terremoto ¡coño! El de Guatemala. Hubierais visto el cielo encapotado, como si fuese la hora de la muerte de Cristo, con unos nubarrones que se tocaban con la mano, de tan bajos y espesos, negros, lo que se dice negros. La tierra se movía para todos lados, como ebria, dando tumbos y tumbos. Las lámparas cobraban tal impulso que chocaban contra el cielo raso y se hacían añicos. Las campanas sonaban solas en las torres, hasta que las torres se caían levantando nubes de polvo. Las calles se abrían y se volvían a cerrar, tragando gente que ha de vomitar la tierra el Día del Juicio. Y unos corrían, otros se echaban al suelo en cruz clamando al Cielo. Aquello era una tormenta de la tierra, que levantaba oleajes en la tierra como la tormenta levanta los oleajes en el mar.

—¿Cuánto tiempo duró? —preguntó el padre de Gonzalo.

—Pues, veréis, fueron varios temblores. Comenzó con retumbos, los truenos debajo de la tierra que espantaban a los animales. Un retumbar como si estuvieseis dentro de un cuarto, en casa, y por la calle pasaran carretas pesadas que hicieran un gran fragor sordo. Sólo que este ruido venía de bajo de la tierra. Como si las carretas que os digo pasaran debajo de la tierra. Así comenzó. El cielo estaba nublado que parecía que iba a llover, y llovió, a cántaros, la madre de las lluvias, pero después del temblor. No se había apagado el eco hondo de los retumbos cuando la primera sacudida. Fue una sacudición fuerte, como si os hubiesen tomado de todo el cuerpo y sacudido. Duraría menos de un minuto, ¡quíá!, menos de medio minuto. Luego otra sacudida, más fuerte todavía, como si os empujaran en alto por debajo de los pies. Y luego temblor tras temblor, unos de un lado y otros de otro, tropezándose, digo yo, debajo de la tierra, como en franca riña; como si un temblor dijese a los otros, ¡Ea!, ¡ea!, desalojar el campo, que es mío, y los demás respondieran, **Tu madre que es tuyo, que es de quien tenga más cojones** y los temblores se pusieran a medirse el tamaño de los cojones. Así fue ese temblor, padre de todos los temblores.

—¿Qué son cojones? —preguntó Gonzalo, que nunca había oído la palabra.

—¿Cojones? —respondió el hotelero—. Cojones son los huevos, ¡hombre! Éstos y se llevó la mano entre las piernas.

Gonzalo se sonrojó.

—¿Que en Nicaragua no habláis castellano? —preguntó el hotelero.

—No —dijo el padre de Gonzalo—. No hablamos castellano. Hablamos nicaragüense.

El hotelero se turbó.

—Ya está grandecito —dijo, señalando a Gonzalo—. No vale nada que oiga palabras de mayores.

—No —dijo el padre de Gonzalo,— no vale nada.

12.

El hotelero español había tenido razón. Los belgas no prestaban garantía. Habían timado al gobierno, quizá en convivencia con el banco, que era de alemanes, y le tenían puesta una demanda que estaba a cargo del cónsul alemán, porque los belgas no tenían cónsul propio. El gobierno procuraba que el asunto no tuviera trascendencia, que no se incitase al pueblo, porque podía pasar, decían, lo que había pasado en Nicaragua o peor.

—Ustez tiene eso bien presente —le dijo el hotelero al padre de Gonzalo—. Usté conoce el incidente mejor que nosotros.

El papá de Gonzalo lo recordaba bien. Un alemán, dijo se había establecido en León y su país lo hizo cónsul **ad honores**, lo que le había dado posición que de otro modo no tendría, pues se veía vulgar y borracho. Contaba con dinero, eso sí, y compraba cueros cuando estaban baratos, para exportarlos. También vendía letras de banco. Pero, como era cónsul, en todas las fiestas andaba dándose ínfulas. Se casó con una leonesa, y tuvo de ella una hija única. Se volvió viejo en León y hasta lo tenían por leonés, lo que probaba, dijo el señor Quirós, que a los cheles no se les puede dar confianza, sean de donde fueren. Y la hija se le casó con un leonés, buen muchacho, por cierto, pero que no se iba a dejar mandar de su mujer, que, como

el alemán la había criado, era altanera. A los días de casados sobrevinieron esos pleitos entre marido y esposa que indican que la luna de miel ha terminado, y la mujer, en vez de someterse como Dios manda para que definitivamente mande el marido y se viva en paz, dejó su casa y se fue a la de su padre, y el padre, el cónsul alemán ése, estaba borracho y juró que iba a matar al yerno.

Al yerno del alemán se lo dijeron: “Oí, que dice tu suegro que te va a matar”.

Así pasó el tiempo, no muy largo, y la hija del alemán ya suspiraba por su marido y le mandaba razoncitas, y el marido, terco, sólo le mandaba a decir que por su voluntad y sobre sus propios pies se había ido, que por su voluntad y sobre sus propios pies volviera y él vería si la perdonaba o no.

Hasta que un día, en medio Parque, iba el alemán con la hija, y ¡plum!, que topan con el marido, y el marido cogió a su mujer del brazo y le dijo: “¿Qué anda usted haciendo en la calle sin mi permiso?”, así, muy imperioso, y “¡Véngase a su casa!”.

El alemán llevaba bastón y le descargó al yerno un bastonazo, y el yerno le quitó el bastón al alemán y le dio una paliza, y aventó el bastón y se llevó a su mujer que iba llorando pero sin hacer resistencia.

Eso lo vieron todos. Fue el plato del día, naturalmente, por un tiempo, y luego se olvidó. Nadie se imaginó lo que iba a suceder, que ya había pasado más de medio año cuando, ¡ay va!, la reclamación oficial alemana a Nicaragua, que humillara la bandera y pagara treinta mil pesos, puras bambas de aquellas de a cinco por libra esterlina, o que Alemania le hacía la guerra a Nicaragua.

Centroamérica, ¿qué podía hacer? Revolución por aquí, revolución por allá, y Alemania con buques de guerra y soldados que llevaban cascos de hierro. Nicaragua apeló a los Estados Unidos, y como si le hablara a un sordo. Mandaron un cónsul, y el cónsul se hizo el coyolpipe del alemán. Nada, que Nicaragua tuvo que arriar la bandera que es la bandera azul y blanco de toda Centroamérica, e izar la bandera alemana, la bandera nicaragüense tocando el himno alemán que se tuvieron que aprender los músicos ex profeso, porque antes nadie lo había ni tan siquiera oído, y después fue la entrega de los reales, bamba sobre bamba, en caso de a mil, treinta sacos, con lo que ni a la policía se le pudo pagar durante mucho tiempo.

El padre de Gonzalo recordaba perfectamente el incidente y lo contaba bien. Comprendía que el gobierno salvadoreño no quisiera que las cosas pasaran a más. Los belgas chantajeaban y no había quien les pusiera bozal.

—¡Coño! —dijo el hotelero español— renegáis de la madre patria, os desligasteis de ella, pero España no haría eso.

—No, España no haría eso —dijo el padre de Gonzalo— y le simpatizó al español hotelero mal hablado.

—Y así quiere Cuba hacerse independiente —dijo el español—. Aquí debieran venir los cubanos, como he venido yo, que allá quienes se van a coger todo son los americanos. La culpa es de la propia España, ¡me cago en Dios! ¿A quiénes manda a Cuba sino a cabrones? Y trabas por aquí, y trabas por allá. Os imagináis que son los cubanos quienes quieren la independencia, pues sí, son los cubanos los que quieren la independencia, pues sí son los cubanos; pero más que los cubanos ¡coño! Son los peninsulares establecidos en Cuba, y sus

hijos. Y desde la Tampa de la Florida, los americanos, agazapados, esperando que españoles contra españoles se despedacen en Cuba, para ir ellos a recoger el botín. Mientras que en España, ¡maldita la suerte! Ni los republicanos entienden de la misa la media. Yo soy republicano, y sé lo que me digo.

A Gonzalo lo deslumbró San Salvador. El Juancho, por un lado, y el español hotelero por otro, hicieron cundir la noticia de su arribo, ponderando sus cualidades. Lo hacían inmensamente rico, y con su manera caballerosa y su vestir Gonzalo había confirmado esa creencia. Los amigos de su padre lo agasajaron, lo llevaron a sus casas, le presentaron a sus hijos, y Gonzalo montó los mejores caballos de San Salvador y ganó la estimación de todos con su gallardía.

La idea de volver a Nicaragua, volver a León, y no hallar a Claudina desesperaba a Gonzalo.

—Papá —dijo a su padre— me quisiera quedar en San Salvador. Si no me puede mandar a Europa, ¡déjeme aquí!

Y más tarde.

—Papá, aquí es buena la escuela de leyes. ¿Qué le parece si me hago abogado? Me hago abogado y le llevo sus asuntos, y cuando haya una buena cosecha me manda a Europa para ver eso del algodón. Podría ir a los Estados Unidos para estudiar la cuestión de la siembra, y después a Europa para la maquinaria.

—Podía hacer el sacrificio de mandarte a Europa —dijo el padre de Gonzalo— pero estás demasiado joven para eso todavía. En Nicaragua tengo que dedicarle todo

mi tiempo a las haciendas. Sí. Estaría tan solo como aquí, y más triste.

—Más triste no, papá —replicó Gonzalo que juzgó oír reproche en la voz de su padre—. Más triste, no. Pero aquí estudiaría más. Los hijos del Señor Ramírez, Julio y Fernando, están estudiando para abogados, y ellos quieren que me quede con ellos, en su casa. También dicen —añadió— que en Guatemala ya se estudia medicina. Pero Guatemala queda más lejos. De aquí a Nicaragua, es fácil. No es más que un paso. Viviendo con los Ramírez estudiaríamos los tres. Fernando va a comenzar este año. ¡Tengo que apuntarme porque hay que presentar exámenes de ingreso!

—Bueno —dijo el padre de Gonzalo—. Te dejo en casa de mi amigo Ramírez, es decir, si veo que no vas a causar molestia. ¡A ver qué tal estudias! Si pasas esos exámenes, te quedas definitivamente a estudiar. Si no, te vuelves a mi lado y te haces hombre de campo como yo, y como tus abuelos y como tus bisabuelos y tatarabuelos que vinieron de España.

Gonzalo se puso muy contento.

—Papá —dijo— ¿usted cree que esos tatarabuelos eran como el deslenguado éste del hotel? ¿Comeríamos coño y me cago en Dios mañana, tarde y noche? ¿Sabe cómo le dicen? Don Mecago, y lo acortan a Don Meca.

—Aquellos españoles eran diferentes —le respondió su padre—. Eran caballeros. Aquí, a América, si vino baja ralea fue para ser baja ralea, no gente de calidad. No lo digo por este señor del hotel, que es como es, pero buena gente. Es buena persona, y te voy a recomendar con él. Quiero que tengas crédito con él. Quiere a Centroamérica.

CAPÍTULO IV

1.

Gonzalo se quedó con los Ramírez, ocupando con Fernando la pieza que antes ocupaban Fernando y Julio. Julio, en calidad de mayor, llegó a tener pieza propia, con puerta a la calle y llavín particular. La de Fernando y Gonzalo era pieza interior, y cuando se les daba permiso de llegar tarde podían llevarse la llave grande del zaguán.

Don Fernando Ramírez era de la vieja aristocracia, de la que el papá de Gonzalo advertía que iba desapareciendo para dejarles el campo a los mercaderes y prestamistas. Hombre ponderado, muy caballero, apreciaba al papá de Gonzalo desde cuando el destierro de éste. Ramírez era un viejo de los de aquella época que no habían claudicado metiéndose con el nuevo gobierno que estaba entregando el país a los cheles. Conservaba su independencia y su dignidad. No así su hacienda. Año con año sus propiedades le dejaban cada vez menos. No se avenía a dejarles a los aparceros de sus tierras menos de lo que les habían dejado sus padres. No era de los que echaban a sus antiguos mozos de finca a morirse de hambre, y después los admitía a trabajar por la miseria del puñado de maíz y la pizca de sal. Su propiedad, **La Palestina**, sobre la laguna de Ilopango, no había dejado de producir como siempre antes; si se quiere, ahora producía más; pero lo que producía no rendía como antes. ¿Qué le daban por

una yunta de bueyes de tres años, por ejemplo? Los mismos doce pesos que cuando vivía su padre, pero los pesos habían cambiado. Ya no eran los soles peruanos, ya no las bambas mexicanas; eran unos pesos que no valían ni la mitad de aquellos. Y así todo.

La esposa de don Fernando se llamaba Fernanda. Eran don Nando y doña Nanda para todo el mundo, papá Nando y Mamá Nanda para sus hijos, y Tío Nando y Tía Nanda para las sobrinas, hijas de una hermana de la señora. Estas eran tres. Se llamaban Carmen, Concha y Camila, y se apellidaban Escorcía. Carmen era la mayor y tendría unos catorce años. Concha había venido al mundo mucho después y no tendría nueve años todavía. Camila andaría en siete.

Escorcía, papá de las tres niñas, era abogado, y de los listos. Estaba con el gobierno. Era presidente de la Suprema Corte. Pero no por eso, en realidad, se hacía rico. Ganaba un sueldo y lo gastaba todo. Andaba siempre enjaranado, tomando prestado para pagar deudas viejas, cada nueva deuda mayor que la suma de las demás. Por su posición en el gobierno nadie le negaba crédito. Pero don Nando Ramírez decía:

—Magistrado y con deudas, súbdito del diablo. A la hora que el diablo quiera le da con la cola a la Justicia. ¡No lo quiera Dios, pero así es!

Doña Nanda culpaba a su propia hermana.

—La Carmen —decía doña Nanda— no tiene idea del dinero. Desde pequeña le gustó el lujo, y ya a la Carmencita la está echando a perder, enseñándole a lujosa y a tener vanidades. No hay en todo San Salvador quien estrene más ni quien ande más anillos y collares que la Carmencita.

—Eso no es nada —decía don Nando—. Lo que lo Carmencita gasta no es nada. Está linda la mocosa y claro que a su padre le gusta lucirla. Es el señor licenciado don Pío Escorcía, magistrado de la Suprema Corte, el que anda torcido. Que sea miembro del Club Social, bueno, para que tenga adonde llevar a su mujer y a su hija a bailes. Yo también soy miembro. Que sea miembro del Casino, para que tenga donde ir a soltar la lengua un rato y oír a los demás hablar, bueno. Yo también soy miembro del Casino. Allí se junta uno con los amigos y se echa sus copitas. Bueno. Pero en el Casino se juega, y se juega recio, y ahí sí que no está bueno que el señor magistrado se siente a jugar con los más ricos que él, porque de repente, el diablo menea la cola y tu cuñado se queda debiendo lo que tiene. ¿Y entonces? Entonces el diablo da con la cola otra vez, y le pega a la justicia en la propia cara y le arranca la venda. Eso es lo que no está bueno.

2.

Doña Nanda le había hecho desaire a su hermana, y don Nando al Presidente de la Suprema Corte. Las familias se habían distanciado. A Julio, el mayor de los dos jóvenes Ramírez, su tía le había dicho que mejor era que no visitara tanto la casa, pues lo iban a reñir sus papas. Julio, por los días de la llegada de Gonzalo a San Salvador, andaba con eso como con dolor del alma, porque Julio estaba enamorado de su prima Carmen.

La ocasión se presentó de contarle su caso a Gonzalo.

—Mañana domingo, vamos a misa temprano —le dijo Julio— una misa corta que se la traga el Padre Félix en un dos por tres. Es la misa de los pobres, que hasta eso

les recortan, en El Calvario. Pero como ante Dios vale lo mismo que una misa larga, que es exactamente cero, no nos importa. Después damos una vuelta, si te parece, y vamos a la Catedral a pasearnos.

—¿A qué? —preguntó Gonzalo.

—Esa es la moda. Como ya hemos oído misa, pues recorreremos la catedral de arriba abajo. Lo han prohibido, claro; pero de nada sirve la prohibición. Uno se hace que cambia de lugar. Con no hacerlo con mucho alarde, no importa. La cosa es poder ver a todas las muchachas. A ver si te gustan más que las de tu tierra. ¡Y te voy a enseñar a mi pelona!

—¿Pelona? —dijo Gonzalo.

—Es mi prima. Mi prima Carmen. Vas a ver qué tronco de hembra. ¿Y tú, dejaste novia?

—No sé —dijo Gonzalo.

—¿Cómo que no sabes?

—Pues novia, que me le hubiera declarado y me hubiera dado el sí, no. Pero que la quiero, sí, y que no le caigo mal, sí también.

—¿Nunca le dijiste nada?

—No.

—¿Ni al despedirte?

—No.

—¿Ni se besaron?

—No.

—Pues no habrá sido mayor cosa —afirmó Julio—. En cambio, lo mío y de Carmen es pasión.

—¿Pasión?

—Devoradora. Si esto sigue, me voy a matar.

—¿Si qué sigue?

—Puedes ir dándote cuenta. A mi mamá no le gusta la Carmen, ni la mamá de Carmen, que es su propia hermana. Y a mi papá no le gusta el papá de la Carmen. Y la víctima soy yo. Me corrieron de la casa de mi tía, sin insultarme, pero es lo mismo. Si no veo a la Carmen, me voy a matar.

—Pero la puedes ver cuando vuelve del colegio.

—Ya no va. Ya es señorita. Claro que la puedo ver, pasando por la casa. Pero entonces se dan cuenta, y es peor. Tenemos una pasión secreta.

—Así era lo mío en León. Nadie supo nada.

—¿Y cómo hacían para verse?

—Ya te dije. Yo iba al Parque, y la veía pasar. Ni siquiera me atreví a darle la mano para que bajara la acera cuando cruzaba la calle.

—¿No la tocaste nunca?

—Nunca.

—¿Y cómo sabías que la amabas?

—Lo sabía.

—Pues no era pasión. No has sentido la pasión todavía. Yo, si no la toco, si no la beso, si no la estrujo, si no la siento jadeante en mis brazos, casi desmayada, no puedo vivir.

—¿Pero tu prima es señorita! —exclamó Gonzalo.

—Por supuesto que es señorita. No te estoy hablando de una cualquiera. Pero cuando se ama, cuando se ama con pasión, el denominador común de la humanidad sale triunfando, como dice José Asunción Silva.

—¿Silva?

—El poeta colombiano. ¿No has leído sus versos?

Gonzalo meneó la cabeza para decir que no. Julio Citó:

*Juan Lanas, el mozo de esquina,
es exactamente igual
al emperador de la China:
Los dos son el mismo animal.*

—No hay que ser romántico —añadió sentenciosamente Julio—. No hay que suspirar por la luna como un Pierrot estrafalario. Hay que ser positivista. El amor es el triunfo de la carne. Es cosa de hombre y hembra. Mi hermano, ahí vas a ver, es lo más diferente de lo que soy. También es que está joven. Tú también estás joven. Pero eres fuerte, eres carne de hombre, y no me puedo imaginar que suspire por la luna o por una patoja como la luna. Mi hermano, sí. Es sentimental y romántico. En resumen, un baboso. Vas a ver qué flacuruchas te va a presentar. Mientras más flacas, más de su gusto. A mí, no. Me gustan con carne.

—Entonces, ¿tienes varias?

—He tenido. Ahora Carmen es resumen y síntesis de todas. Es Eva y es Venus. Es la hembra potente y la estupenda diosa. ¿Conoces la Venus de Médicis? ¿No? Te la voy a enseñar. Está en un libro que trajo mi papá cuando fue a Roma. Mi mamá dice que el libro es inmoral, y lo

guarda bajo llave. Pero te lo voy a enseñar. La Venus de Médicis está en el Vaticano, entre los tesoros del Papa.

Pasaron muchos días antes de que Julio lograra, en un descuido de su madre, hurtarle las llaves y robarle el libro a que se refería. Pero al día siguiente de la conversación que hemos abreviado, Gonzalo se entregó a la dirección de Julio y conoció a Carmen.

3.

Estaba en misa, arrodillada. De cuando en cuando, medio volviendo el cuerpo y agachando el hombro, alargaba hacia atrás la mano derecha o la izquierda para cubrirse con el borde la falda las pantorrillas, pero al instante de retirar la mano se la pasaba por el dorso, alisándose la ropa hasta detrás de la rodilla y la falda se volvía a recoger y le dejaba visible las pantorrillas otra vez. Así, estando de hinojos, se le podía advertir la morbidez de la carne debajo de las medias. De lado, la Carmencita era toda ella apetitosa. Fina la cintura, liso el vientre, altos los pechos. Colgábale el brazo, del hombro al codo, perpendicularmente; y ella lo estrechaba sobre su talle; el antebrazo, formando ángulo agudo, también ceñido contra su cuerpo, parecía apretar el soberano pecho, y entre pecho y pecho, juntaba las manitas regordetas, de dedos que nadaban en sensualidad. Si acaso, se la podía tachar de corta nuca, de corta de cuello. Con la cabeza baja, en simulación coqueta de devoción, no se le veía bien la cara, pero sí la riqueza de su cabellera castaña bajo la mantilla blanca. “No es pelona como la llama Julio”, pensó Gonzalo. De las manos le colgaban un rosario de madreperla, como un adorno; del cuello una medalla de oro con borde de pequeños

brillantes; llevaba dos grandes pulseras de oro en el brazo que veía Gonzalo.

—Mirá ésa es la Carmen —dijo Julio.

Sonaba la campanilla de la comunión y Carmen pretendía estar abstraída en su santo sacrificio. Con ligeros toquecitos cumplió el rito penitencial de golpearse el pecho. Cuando el instante sagrado terminó y se sintió en toda la iglesia el alivio de la tensión con movimiento de cuerpos acomodándose y con pequeñas toses. Carmen, como segura de hallar lo que buscaba, que era Julio volvió de lleno el rostro a un lado y vio a Julio, ciertamente, pero a quien sonrió fue a Gonzalo.

Desde que supo que había venido un joven muy apuesto y muy rico de Nicaragua, y que se quedaría en San Salvador, alojado en la casa de su tío Nando, Carmen andaba con un hormigueo de curiosidad que hasta la hacía rascarse la base de los pechos. Julio le había mandado en las cartitas diarias que le escribía una descripción fantástica de su huésped, toda hipérbole. “Es, había escrito Julio, como el **Adán** de Miguel Ángel”.

A Carmen le había enseñado su primo, a escondidas, el libro prohibido, y ella se había impresionado con el **Adán** de la Capilla Sixtina. Alucinándola el desnudo masculino. Se había quedado prendada del **Adán** aún después de habersele borrado de la mente el fuerte trazo de la obra de arte. Esperando conocer a Gonzalo, Carmen se esforzaba por recordar el grabado y sólo conseguía acordarse de que tenía un brazo como extendido, con el dedo índice señalando quién sabe qué, y que su desnudez era portentosa. Se acordaba también de que el **Adán** tenía vuelta la cabeza hacia un lado. Y más no recordaba.

“Julio”, pensaba Carmen, “ha visto a este Gonzalo desnudo, y lo ha comparado con el **Adán**. Yo lo quisiera ver desnudo también.

Carmen sólo a su papá había visto desnudo, fuera de niños tiernos, y su papá la había impresionado ingratamente. Había entrado ella al aposento de sus padres, y de pronto vio a su papá que estaba sentado al borde de la cama en el momento de ponerse la camiseta, con los brazos alzados y la camiseta tapándole la cara, de modo que él no la vio a ella, pero ella sí advirtió que él tenía una gran barriga que le caía sobre el regazo y que sus piernas eran asquerosamente flacas.

A Julio, poniéndole las manos sobre las piernas con estudiado descuido, lo había palpado y le había parecido bien. Pero alguien que fuese como el **Adán** de Miguel Ángel no se lo había soñado ella, hasta ahora. Y cuando vio que Julio estaba acompañado y miró a Gonzalo, sonrió coquetamente.

“Sí”, pensó, “tiene la donosura, la resolución, del Adán”.

Y volviendo a humillar los ojos, cerrándolos con la cabeza baja como en oración, se dijo: “El Adán tiene que ser mío. Se me tiene que declarar. Me tiene que besar. Tiene que ser mío”, y ni por un instante pensó en Julio.

A Gonzalo le impresionó la Carmencita. Lo que Julio le había contado le había dado mala idea de ella. Se la imaginaba impúdica, como aquellas en que habían ensayado su bestialidad sus amigos de León, que a él le daban miedo. La Carmencita le pareció recatada y pura. El fervor que la Carmencita parecía poner en su actitud de rezo, era lustral para la idea que él se había formado de ella, y ahora la idealizó.

Ciertamente, Claudina, cuando lo volvía a ver en misa, era con apenas una leve sonrisa; una sonrisa que era sonrisa y plegaria, caricia y plegaria, a veces plegaria solamente. La sonrisa de la Carmencita era invitación. Gonzalo razonaba en sus adentros que la Carmencita le sonreía así porque no estaba enamorada de él, ni él de ella. No podía sonreírle como le sonreía Claudina. La sonrisa de la Carmencita era de amistad, no de amor. A Julio, sin duda, le sonreiría como Claudina a él. O tal vez no. A Julio no le hubiera gustado Claudina. La hubiera hallado sin carne, la hubiera hallado flacucha como luna. Sí, Claudina era como la luna, como la luna nueva que es sólo una pluma de plata en la oscuridad de la noche. La Carmencita, en cambio, era evidente, parecía un amanecer, empuje de sol, calidez de sol que levanta la niebla que se ha amontonado durante la noche, sonoridad de sol que despierta al mundo y disuelve los sueños. Para mirar a Claudina, o de mirar a Claudina, Gonzalo había solido entrecerrar los ojos. Claudina era siempre inicio de ensoñación. En Poneloya, recordándola, en el agua tibia del mar en calma, los ojos se le entrecerraban. La Carmencita, al contrario, como que obligaba a que se la mirase con los ojos bien abiertos. Cerró los ojos Gonzalo para ver si así esta deslumbradora criatura se le volvía, como Claudina, ilusión, y los volvió a abrir rápidamente, asustado, pues aun con los ojos cerrados la siguió viendo, le vio claramente los pechos enmarcados en el ángulo de los brazos, y oyó como que hacían música de trompetas de bronce, música de clarines, música estrepitosa.

Terminada la misa, con la bendición, Julio no esperó las oraciones adicionales que comenzaban a hacerse comunes por esa época.

4.

Gonzalo, recordando en su viudez la primera vez que había visto a la Carmencita, se asombraba de lo ingenuo que había sido. Fuera de Catedral había seguido el paso de ella, acompañando a Julio, dando tres o cuatro vueltas por el Parque, que también en San Salvador había una plaza sembrada de árboles frente a la Catedral. Julio le mostraba otras muchachas.

—Esa es la Liluca. Se llama Alicia, y es hembra también. A ti, como eres rico, no te importará, pero su papá nada en plata. Se ha metido con los alemanes y le han dado dinero para que siembre café, que ellos le compran. ¡Verás qué lujo el de su casa! Y beben vermut. Son modernistas. ¿Verdad que es hembra? Y la que va con ella es la Leonor. Imagínate que cuando sus papás fueron a Europa, la llevaron, y todo el año que se estuvieron allí la tuvieron en una escuela, y eso es su defecto, que sólo francés le gusta hablar. Es pedantísima, pero con la linda boca que tiene se le hace callar a besos. Las dos han sido mis novias.

A Gonzalo no le gustaba que Julio hablara así, pero le picaba la curiosidad oírlo. Julio se embriagaba con su propia voz.

—Adelantémonos —le dijo a Gonzalo— que quiero que veas a la Pilar, que es la hija del Presidente, y la cara que carga no es de diosa que digamos, ¡pero el cuerpo! Y además, es la hija del Presidente, con que queda dicho todo. La está enamorando un alemán, ya lo vas a ver. Pero es un lelo. Si te gusta, se la quitas. Es lo más fácil del mundo.

Gonzalo puso cara de asombro. ¿Pero qué iba él a quitarle a nadie la novia, máxime si era fea de cara y no tenía otra gracia que un cuerpo galano y ser hija del Presidente? Pero Julio mal interpretó lo que pensaba Gonzalo.

—Sí, hombre —le dijo—. Al alemán le quitas la Pilar a la hora que quieras. ¡Si son unos babosos! En el banco todo el santo día, y luego a beber cerveza, y cuando llegan a sus casas ya van bolos y a dormir. De ese modo, todo alemán es un cabrón, porque se casan y no cumplen y las mujeres les ponen cuernos.

—Pero no si se casan con las de la buena sociedad —dijo entre afirmando e interrogando Gonzalo.

—¡Cómo que no! Mientras más buena la sociedad, más corrompida, si es que es corrupción y no progreso —dijo Julio—. A mis padres, por supuesto, les parece que ya estamos en Sodoma y Gomorra, pero es que mis viejos son de la escuela retardataria.

“Yo también”, le iba a contestar Gonzalo, pero sólo dijo:

—Mi papá también.

—En mis viejos —dijo Julio— la cosa es sincera. Tu papá también debe ser sincero. Pero, todo éstos, que se las dan de *nolle me tangere* con el diablo, no son más que hipócritas. ¿No has leído “Las mentiras convencionales” de Max Nordau?

—No —dijo Gonzalo.

—Tal vez no ha llegado el gran libro a Nicaragua —explicó Julio—. Te lo voy a prestar. A mi juicio, la cuestión es sencilla. Sigue siendo cierto lo que Hobbes

dijo, de **homo homini lupus**, y, similarmente, que todo hombre es un Adán para toda Eva. Vivimos siendo expulsados del Paraíso, porque seguimos siendo golosos de la fruta prohibida, que sería una manera poética de expresar una verdad positivista. ¿En Nicaragua, qué piensan del positivismo?

Gonzalo no había oído, antes de hablar con Julio, ese término, ni entendía las otras citas que Julio hacía, aunque comprendía lo que en suma era la filosofía de su amigo.

—No lo conocemos —dijo Gonzalo—. Todavía no.

—Aquí —dijo Julio— los de vanguardia somos positivistas. Donde dicen que hay un verdadero culto de Comte, es en México. Por eso tiene que llegar a ser un gran país. La tierra de Porfirio Díaz me fascina. Y en Guatemala ya también ha prendido la cosa. Allá tampoco admiten la educación que imparten los curas, que sólo latín viejo enseñan, y el catecismo, para poblar de sombras el cerebro. En Guatemala la educación se ha puesto bajo la égida de Minerva, se levantan en todas las poblaciones templos de Minerva, y los escolapios van a rememorar ritos griegos.

A Gonzalo lo mareaban los discursos de Julio. Se acordaba Gonzalo de la clase de Mitología Griega y Romana que había recibido del Padre Casco en el Seminario de León, y la risa que a todos les había producido la descripción que el maestro había hecho de Minerva y de la égida. “La égida era la piel sin curtir ni pelar de una cabra, en la que estaba envuelta la cabeza medio descompuesta de la Medusa, de modo que apestaba a mil diablos; y los griegos creían que cuando Júpiter sacudía la égida, se producía la Tempestad”, había dicho el Padre Casco. Y que en Guatemala se pusiera la educación bajo la égida de

Minerva, le parecía absurdo a Gonzalo. Pero se abstuvo de hacer comentarios. Julio siguió informándole:

—No te dejes influir por mi mamá contra la Carmen. Tarde o temprano, te la pondrá de ejemplo de la clase de muchacha que las buenas muchachas no deben ser. Ni te dejes llevar por Fernando, que sólo a flacuchas les hace la corte. A mí, en mi casa, ya no me dejan ni respirar a gusto. Si no es que has venido tú, quién sabe hasta cuándo me dan cuarto solo y a la calle. Pero con eso de que me han corrido de la casa de Carmen, me está llevando la trampa.

Y después de un rato:

—Gonzalo, te voy a pedir un favor que sólo al mejor de los amigos se le puede pedir. Significa mi salvación. Yo sin ver a la Carmen me muero. Te juro que es pasión lo que me inflama. ¡Sálvame!

—¿Cómo? —preguntó Gonzalo.

—Mira. Te haces el que estás enamorado de la Carmen, y yo que te sigo la corriente. Me encubres, ¿comprendes?, para evitarles a mis padres un disgusto, ¿ves? Y cuando la Carmen venga, a donde yo le diga, para verse conmigo, que crean que es cosa tuya, ¿comprendes? Porque a ti, ¿qué te importa? No tienes ni novia que te lo reclame, ni mamá que te friegue la vida contrariándote. Hasta creo que a mi mamá le gustará, porque al fin y al cabo, la Carmen es su sobrina, y lo único que le repugna de la Carmen es que dice que no es para esposa de un hombre pobre, porque gusta de mucho dinero. Tú eres rico, ¿y qué reparo puede poner? Me haces ese cambalache, y tú escoge a la que más te guste de todo San Salvador, que yo te arreglo que te dé el sí.



Julio tuvo ocasión, pasando al lado de la Carmencita, de darle un papelito doblado. Del Parque los amigos habían caminado a su casa. Julio inmediatamente se metió en su cuarto a escribirle a su adorada otra cartita, en que le explicaba la estratagema que acababa de inventar.

5.

Gonzalo se encontró con Fernando en el corredor.

—¡A que Julio te estuvo enseñando todas sus hembras! —le dijo Fernando—. Se cree gallo fino y que San Salvador es su gallinero. Yo creo que está loco, ¿sabes?

A Gonzalo no se le había ocurrido semejante cosa. ¿Loco?

—Es que es modernista —dijo Gonzalo— y está enamorado.

—Es que está loco —dice Fernando—. Tiene un grupito de amigos que todos están de andar, como él. Los positivistas. Ya te los va a presentar. Leen unos libros raros, de Max Nordau y de Nietzsche. ¿Ya te los espetó?

—Nordau, sí —dijo Gonzalo—. El otro no.

—Pues te lo va a espetar.

—Es que está enamorado —insistió Gonzalo.

—¿Enamorado?, fijate tú; ¿y sabes lo que hace con cuanto dinero le cae?

Gonzalo meneó la cabeza negativamente.

—Se lo gasta en puras p... Como lo estás oyendo. ¡Su gran pasión, su gran pasión, y no le da asco meterse con ésas!

Gonzalo le preguntó a Fernando:

—¿Y a ti te dan asco?

—Sí.

—A mí también —dijo Gonzalo—. Es decir, propiamente no sé, porque nunca estuve con ésas. Me daba asco ir. Yo nunca he ido. Me da miedo. Y le he jurado a mi padre no meterme en líos. Mi papá me dijo que cuando uno menos piensa, se mete en líos con ésas y se tiene que casar.

—Tanto como eso, no —dijo Fernando—. ¿Por qué se va a casar uno con una de ésas? Lo del asco, sí, y lo del miedo. Yo fui una vez. Estaba más tomado que quién sabe qué, y dijeron que fuéramos, y me dio vergüenza decir que no, y fuimos. Me dieron asco. Se me pegó una queapestaba a guaro. Tal vez yo tambiénapestaba a guaro. Pero entonces, que me hubiera tenido asco ella también. Yapestaba a puro, porque fumaba puro. Me dio un asco bárbaro. Yo veía a los otros que se daban besos. ¡Qué estómago! ¡Y qué te digo que sentí cuando laapestosa se desnudaba en pelota y se echa sobre una tijera y quería que me acostara! Con lo que había bebido y todo, vomité.

—Yo también hubiera vomitado —dijo Gonzalo sintiendo náuseas de sólo oír el relato—. Yo estaba enamorado en León —añadió— y por nada de este mundo me hubiera metido con una p...

—¿Tienes pelo de ella? —preguntó Fernando.

—No —dijo Gonzalo.

—Yo sí tengo pelo de mi pelona, dijo Fernando. Es un ricito atado con una cintita azul, pero es mi ángel de la guarda.

6.

La **misa** de Catedral había terminado a las once. Era ya la una y la sirviente vino al cuarto de Fernando y Gonzalo a avisarles que la comida estaba puesta. La familia se reunía a comer todos los días, y los domingos la mesa se ponía más tarde, y había solemnidad.

El caldo se tomó casi en silencio, cuidándose los muchachos de no hacer el menor ruido al sorberla. Después del caldo vino la carne asada. A doña Nanda le gustaba con aceite de oliva, y ella primero, luego los demás, regaron el aceite sobre los grandes trozos de la carne jugosa y sobre el arroz que le hacía compañía.

Para don Nando habían cortado chilitos congos, que él tomaba ávidamente, como si no picaran. Gonzalo, la vez que los había probado, se había quemado la boca y había producido conmoción. No había sido en domingo, y como cosa especial le dieron una copa de vino para que le pasara el ardor. Los domingos había vino para todos. Cuando le llenaron la copa a Gonzalo, don Nando le dijo cariñosamente:

—¿Quieres unos chilitos, ya que tienes vino?

Todos rieron, y Gonzalo se puso colorado. Pero no se sintió fuera de lugar. Al contrario, le gustaba esta familia. Le gustaba don Nando, que siempre hallaba un chiste que hacer, y le gustaba doña Nanda que era tan seria y tan amable a la vez, y le gustaban los muchachos, Julio con su locura, su “pasión”, su derroche con las malas mujeres, su saber raro y estrambótico, y Fernando con su idealismo tan parejo con el suyo propio.

—Ahora —dijo Julio— lo que le pica a Gonzalo es otra cosa. ¡Ya vio a la prima Carmen!

Doña Nanda volvió a ver a Gonzalo. Don Nando también.

—Como Gonzalo es rico —siguió diciendo Julio— es el mejor partido para la prima.

—Yo no soy rico —balbuceó Gonzalo, colorado más que nunca.

—No es necesario ser rico ni nada —dijo don Nando. —Yo digo lo que dice el dicho, “Velo y mortaja del cielo baja”. Pero apenas en primer año de escuela de derecho, no se puede pensar en esas cosas todavía. Quien quisiera que fuera sentando cabeza es el señorito don Julio. Ya Gonzalo debe saber de quién se ha prendado mi príncipe heredero, y puesto que Julio ha descubierto a Gonzalo, es justo que Gonzalo lo descubra a él.

—No sé —dijo Gonzalo, y le pesó mentir, ¿pero qué otra cosa podía hacer?

Después de la comida, Julio le dijo a Gonzalo:

—¡Ya está echado el anzuelo! A la noche hay retreta, y claro, tú, con luto, no puedes ir. Voy a decir que te acompañaré a dar una vuelta por otro lado. Ya verás como la Carmen viene adonde le he dicho, por la parroquia vieja. ¡Ya está hecho! Y mientras ella y yo hablamos, tú vigilas que no venga nadie. Cuando tengas tu pelona, yo haré lo mismo por ti.

La suerte no quiso favorecer a Julio. Doña Nanda intervino.

—Como Gonzalo no va a la retreta —dijo la señora— quisiera que me acompañara a hacer una visita. Están de luto adonde vamos, y está bien que él vaya.

Cuando Julio supo esta determinación, se puso fuera de sí. Gonzalo se asustó de verlo tan alterado. Recordó lo que Fernando le había dicho. Julio, en efecto, parecía loco. Puso una cara de loco. Le brillaron los ojos con un fuego de extravío.

Al día siguiente, en la universidad, Julio buscó a Gonzalo.

—Ando de goma —le dijo—. Por dicha que en la casa ni siquiera me han visto, ni quiero que me vea el hipocritón de Fernandito, para que no vaya con cuentos. ¡Hazme el favor, hermano! Cuando llegues a la casa, díles que me viste en la clase y que te dije que me iba a ir a comer no te acuerdas con qué profesor. Te dirán varios nombres pero te haces el lelo, que se te olvidó qué nombre era. Les dices que era un apodo, ¿ves? Así se tragan el anzuelo. A la casa no puedo ir así. Se me echa de ver tremendamente y quiero evitarles el disgusto. ¡Hubieras visto qué borrachera! Fue épica.

—Entonces —dijo Gonzalo— ¿no fuiste a la cita que le diste?

—¡Claro que fui! Y claro que llegó. Y me preguntó por ti, y le dije, y ella se tuvo que ir enseguidita. Ni tocarla pude, ni darle un beso. ¡Yo estoy maldito! Para no matarme me fui de parranda, a emborracharme y a todo lo demás.

—¿Con p...? —preguntó Gonzalo.

—Sí —le dijo Julio—. Con p... ¿Y qué tiene eso? ¿Acaso no soy hombre? ¿Qué novedad hay en eso? ¿Desde cuándo no ha existido la prostitución? Para los hombres y las hembras, claro está, no para esos babosos huevos a medio empollar como mi hermanito.

7.

Gonzalo se alarmó de oír a Julio tan exaltado. En realidad, parecía demente.

“¡Caramba, pensó Gonzalo, qué tremenda cosa es la pasión!”. ¿Con que la pasión ponía así? Pero era necesario tener el carácter hecho para eso. Él no tenía naturaleza para la pasión. La Carmencita le provocaba en cierto modo, es cierto, pero no para ponerlo como se ponía Julio. Sería que no había besado, no la había estrujado, como decía Julio que él lo había hecho. Tal vez sería asco. De todos modos, Gonzalo no creía que a él le agarrase la pasión así. Y recordando a la Carmencita cerró los ojos y la vio arrodillada y le miró las pantorrillas, y miró la exhuberancia de los pechos, y sintió como una música de trompeta. Abrió los ojos corriendo. Iba camino de la casa, sin esperar a Fernando. Sintió espeso el resuello, fuerte la respiración. Había sido un instante que había cerrado los ojos y le pareció toda una vida. Con los ojos abiertos volvió a sentir seguridad. Apresuró el paso.

Al doblar una esquina le haló el brazo una muchacha descalza, sirviente por todas las trazas.

—Es para usted, don Gonzalito —dijo la rapaza y le entregó un pequeño sobre lila, sin nombre.

La muchacha desapareció antes de que Gonzalo, que tenía revueltos los pensamientos, pudiera bosticar palabra. Abrió el sobre, y antes de sacar el pliego que había dentro, lo olió. Olfía bien. Era un olor nuevo para él. Por fin leyó. Con letra grande decía la misiva:

“Gonzalo: Fui a la cita que me dio Julio porque me dijo que ibas a ir tú. Fui con todas las ilusiones de mi

alma, y se me marchitaron. Sólo tú las puedes revivir”. Y por toda firma había una C.

Ya estaban a la mesa cuando llegó Gonzalo. Mintió por Julio lo mejor que pudo. La cartita la llevaba en la bolsa interior de la americana. La sentía sobre el pecho como una brasa. Hizo por comer, y no se cuidó de sorber el caldo sin hacer ruido. El ruido que hizo nadie lo notó, pero en sus oídos sonó a trueno de relámpago.

Terminada la sopa, don Nando inició la conversación:

—Julio bromeaba ayer, ¿verdad, don Gonzalo?, cuando dijo que usted se había prendado de la Carmencita...

—Claro —respondió Fernando al ver que Gonzalo se turbaba—. Gonzalo ha venido a estudiar, y, además, tiene el corazón en Nicaragua.

—Estará en Italia ahora —dijo Gonzalo.

—¡Ah!, ¿con que en Italia? —dijo don Nando.

—Está allá —dijo Gonzalo— en el colegio de las monjas, en Fiésole, cerca de Florencia.

—Es lo que debíamos de tener aquí —interrumpió doña Nanda—. Un buen colegio de monjas que enseñen a ser buenas mujeres. ¿Tu papá sabe que tienes esa novia?

—No —dijo Gonzalo, sonrojándose— Nadie sabe y a ustedes no debiera disgustarlos tampoco.

—Nada de eso —dijo don Nando—. Nos alegramos mucho. Claro, la Carmencita es buena muchacha. Va a ser buena esposa. Pero estoy seguro de que la novia de Gonzalo es mejor, ¿verdad?

—De otro modo —dijo Gonzalo—. Es diferente.

—Por supuesto que diferente —dijo doña Nanda—. Las monjas no iban a tolerar ese lujo asiático —y doña Nanda recalcó el adjetivo dándole un sin fin de significados. —La Carmencita —siguió diciendo doña Nanda— hasta usa perfume como mujer de mundo.

La cartita no sólo le abrasaba el pecho a Gonzalo, sino que el olor de que estaba impregnada le pareció a Gonzalo que se le salía de la bolsa y se derramaba por todo el mundo. No podría guardar el secreto, la vergüenza. ¡Qué horrible!

—Recordándole a la novia le han quitado el hambre a Gonzalo —dijo don Nando—. ¡A ver, come, hombre! En un abrir y cerrar de ojos ya estás hecho abogado y el adorado tormento ha vuelto de Italia. Ahora, por ella y por tu padre que es el mejor hombre del mundo, debes dedicarte al estudio. ¿Cómo van esas clases?

—Gonzalo es muy buen estudiante —dijo Fernando.

—Y Fernando también —dijo Gonzalo.

La conversación giró sobre la falta de libros, sobre los profesores y sus características, que don Nando y doña Nanda oían a los jóvenes contar agradados de mirar dentro de ese mundo misterioso para ellos.

8.

Gonzalo destruyó la cartita de Carmen. La quemó sintiendo una emoción como la que los clérigos medievales deben de haber sentido sin duda al quemar a una bruja

joven, a una hereje hermosa, a una bella endemoniada. La quemó creyendo que la quemaba a ella. Pero así y todo, al ver que el papel carbonizado y arrugado todavía mostraba la escritura, la leyó otra vez, aunque se la sabía de memoria. Entonces sopló y el papel carbonizado se hizo polvo.

El jueves había retreta también, y Julio había proyectado de nuevo la estrategia del domingo anterior.

—Esta vez, sí, Gonzalo. Esta vez va a la retreta, y en una vuelta se escapa y viene a la parroquia vieja y siquiera lo que dura una pieza de música será mía.

“¿Cómo explicarle a Julio?” pensó Gonzalo. ¿Cómo decirle lo de la cartita? En fin, ¿cómo negarse a ir?

—Señora, ¿no quiere que la acompañe a la noche? ¡Por favor, déjeme que la acompañe!

Julio se puso iracundo cuando supo que tampoco esta vez podía Gonzalo acompañarlo.

—¡Esta casa es un infierno! —dijo— ¡Esta gente está maldita! ¡Yo soy un maldito!

Tampoco acudió a la cita la Carmencita, y Julio no llegó a la casa en toda la noche, ni al día siguiente a la universidad. La tormenta, largo tiempo anunciada, se desató de lleno.

A Julio se lo llevó la policía y la policía no dio aviso porque de la comisaría habían tenido que llevarse al joven al hospital de madrugada. Parecía estar intoxicado con algo más que aguardiente. Y peor aún, tenía una sucia enfermedad venérea que comenzaba a presentársele.

Don Nando se hizo acompañar de Gonzalo y de Fernando al hospital. Julio estaba hundido en vergüenza.

—Yo ya no sirvo para nada, papá —dijo Julio llorando.

—Vamos, vamos —dijo don Nando—. No digo que esto sea nada. Esto es grave, muy grave. Pero tiene que pasar, y que jamás nunca se repita; y ustedes, caballeros, véanse en este espejo. Ajora, lo importante, Julio, es que tu mamá no se entere. Los cuatro tenemos que fraguar un engaño piadoso. Hay que decirle que algo que comiste te envenenó ligeramente y que te encontraron desmayado. Y para la curación de eso, usted se va a la hacienda, don Julio, aunque tenga que perder el año. ¿Me ha entendido? Pues, andando.

9.

Con Julio fuera del paso, la vida de Gonzalo volvió a su calma normal. Su padre le había escrito una larga carta. Esta vez el algodón pegaría y daría una buena cosecha que se iba a vender bien, porque había noticias de que las cosechas de Norteamérica habían sido malas y el precio de la mota había subido. Con eso, Dios mediante, podría mandar a Gonzalo a Europa. De paso le contaba que él había ido con la familia a acompañar a la Claudinita hasta el Realejo. Que se había ido con una de las madres del convento, en un vapor de la Mala Real. Que era ya una santita. Que con él había estado muy fina, y que al despedirse lo había abrazado mucho y había llorado, y que le había dicho, “Cuando le escriba, me saluda a Gonzalo” y que él le había dicho a ella, “Rezá por él, para que le vaya bien”, y que ella había dicho, “Todos los días rezaré por él”.

A Gonzalo le volvió el amor por Claudina. Le volvió, porque se le había esfumado. Se apretaba Gonzalo

la carta de su padre contra el pecho. De pronto, le vino un pensamiento. La bolsa ¿guardaría todavía el olor de la Carmencita? Se quitó el saco y olió. Sí, todavía olía. Y entonces le entraron unas angustias tremendas. Él había pecado mientras Claudina iba por mar. Él había pecado contra ella. Pensó en irse a confesar. Necesitaba confesarse. Hizo examen de conciencia, y no halló cómo formular su pecado. Decidió entonces enseñarle a Fernando la carta de su padre.

—Eres suertero —le dijo Fernando—. ¡Claro que te quiere! Tienes una suerte como nadie en el mundo.

—¡Pero he pecado contra ella!

—¿Pecado? ¿Cómo?

—No sé —dijo Gonzalo conteniéndose a tiempo, acordándose en ese instante de que la carta de la Carmencita era cuestión que nadie sabía—. Voy a ir al Calvario, dijo Gonzalo. El viaje a Europa es largo, teniendo que cruzar todo el océano. Ya debe haber salido de Panamá. Voy a rezar por ella.

—Este Gonzalo —le dijo esa tarde Fernando a su mamá—. Lo inteligente que es y lo bueno que es. Y lo enamorado que está. Debe de ser divina. Se ha ido a rezar por ella al Calvario, que como debe estar en alta mar él anda preocupado. Debe de ser de lo que se llama un ángel, porque las de aquí ni la atención le han llamado.

Conversando de esto estaban madre e hijo, en mecedoras a la puerta de la casa, mezclándose sus pensamientos con el olor de la tierra mojada, de haberse regado la calle para refrescarla, cuando llegó don Nando con una cara de entierro.

—¡Bien vengas mal, si vienes solo! —dijo—. Ya lo que me temía sucedió. Ya el diablo dio recio con la cola.

—¿Julio? —exclamó doña Nanda súbitamente alarmada.

—¡Qué Julio! —respondió don Nando—. Es tu cuñado. Ya sucedió lo que he venido vaticinando.

—¿Pero qué pasó?

—Menos mal de lo que podía haber sido. Menos mal. Tan menos mal que, bueno, casi no es nada.

—¿Pero qué?

—Que debe diez mil pesos, una fortuna, y claro, no puede pagar. Lo tienen cogido del gazzate. Se arma el escándalo, y chumbulún se cae de la Suprema Corte. Pero a Dios gracias es sólo eso. No ha sido nada peor. Una deuda de juego, pase. No ha cometido nada que lo deshonne, no ha vendido la justicia. Yo le he juzgado mal, porque es mejor de lo que me imaginaba.

—¡Diez mil pesos! —exclamó doña Nanda.

—Es mucho, ¿verdad? Pero también es poco. No hay que pagar la deuda de un solo viaje. Menos mal que allí paró, porque pudo haber seguido. Tiene meses el señor licenciado don Pío Escorcia de estar perdiendo, y sólo a diez mil pesos llega la pérdida. Podía haber seguido, ¿y entonces?

—Cuando no se puede pagar —dijo doña Nanda— lo mismo es un centavo que mil. ¿Cómo va a pagar Pío? ¡Qué desgraciada que es mi hermana!

—Vamos, vamos —dijo don Nando— Ya está arreglado todo.

—¿Arreglado?

—Soy el fiador. ¡Qué! ¿Pues quién iba a serlo? Y no por él, conste, no por él; por tu hermana y sus hijas, que después de todo son tu sangre y la sangre es la sangre. Yo me he estado esperando lo peor, y creo que hemos andado con suerte. Porque una deuda de juego, se paga y ya está. Pero una fechoría contra la justicia, y mis hijos estudiando para abogados, eso hubiera sido horrible. ¡Y la mancha para las niñitas, con su padre infamado! No. Lo mejor de lo peor ha sucedido, y ya eso está. El primer pago es dentro de treinta días, de tres mil pesos. Es el más fuerte, los otros son menores y los plazos convenientemente largos.

—¿Y de dónde vas a sacar tres mil pesos ahora?

—¿Dónde está Gonzalo? —preguntó don Nando, notando por primera vez su ausencia—. Voy a girar contra su padre —explicó.

—¿Contra el padre de Gonzalo? —preguntó doña Nanda—. ¡Fernando! ¿Qué estás diciendo?

—Ya él sabe —dijo don Nando—. ya habíamos platicado de esto, y él mismo se ofreció. ¡Qué hombre! ¡Y qué hijo! ¡Ay! —exclamó don Nando— yo hasta me había hecho la ilusión de que el Gonzalo estaría enamorado de la Carmencita. ¡Qué buen partido hubiera sido para ella!

—Pues Dios sabe mejor que tú lo que hace —dijo doña Nanda—. Gonzalo tiene una novia que es un ángel. ¡Iba Dios a depararle semejante diabla!

10.

Pero jugaba la suerte con la casa de don Nando como juega el gato con el ratón. Julio volvió. Volvió pálido,

enflaquecido, a pesar de haber estado en el campo donde doña Nanda lo hacía engordándose. Volvió raro. Más raro que nunca. Como había perdido el año, no regresó a la universidad. Se pasaba el día leyendo y fumando. Salía de noche. Ya debía afeitarse diario, y no lo hacía. Se dejó crecer una barba que le subrayaba lo raro del aspecto. Y no conversaba. Cuando le dirigían la palabra contestaba con enfado. Sólo Gonzalo le era grato en su casa.

—¡Me estoy volviendo loco! —le dijo Julio.

—¿Por qué no la ves?

—Porque no la veo. Ahora es mi mamá la que manda en casa de ella, y las ha puesto a hacer penitencia. Nada de salir. Un año de encierro, hasta que se pague la maldita deuda. Y saben que es el dinero de tu papá, de modo que más que nunca me podías ayudar, pero imposible. ¿Por qué las castigan a ellas por lo que hizo el padre? ¡Si no la veo, me vuelvo loco!

—Pero tu enfermedad —le dijo Gonzalo—. Dicen que eso no se cura nunca. Que si uno se cuida, se está quieta, pero que en cuanto se bebe o cualquier cosa, ahí está de vuelta. Y que es imposible casarse, porque si se tienen hijos, nacen ciegos.

—¡Qué enfermedad ni qué nada! Cuentos de camino para asustar a los lelos. ¡No te dejes asustar! El Sándalo de Midy es soberano, y ya estoy bien, ¿me ves?, ya estoy bien, perfectamente bien.

Pero no estaba bien Julio. A los meses de haber regresado de la hacienda, cuando Gonzalo y Fernando se pasaban la noche en vela estudiando para los exámenes, sintieron una vez que Julio regresaba de la calle y que tropezaba en su cuarto.

—Borracho —dijo Fernando.

—Debe de haber tomado —dijo Gonzalo.

Y en efecto Julio había llegado ebrio. Ya no le importaba nada, y había estado pasándole a la Carmencita por la calle, y ella se había asomado al balcón y él se había acercado a hablarle. Allí había desbordado Julio su pasión, en palabras que se le agolpaban para salir.

—Pues lo siento mucho —le dijo la coqueta— pero yo ya no te quiero. Es decir, te quiero como siempre te he querido, que es como a un hermano. Pero nada de eso de Adán y Eva, ¿me entiendes? ¿Qué te crees tú?

Y con esa razón lo había dejado plantado. Julio se había ido a emborrachar. Borracho y todo, no había querido ir a casa de mala vida. Había regresado a su casa con una botella de aguardiente, y ya tendido en la cama había seguido tomando hasta quedarse dormido.

A la mañana siguiente, cuando Gonzalo y Fernando salieron para la universidad, ojerosos del desvelo y del estudio, con las cabezas empapadas para despabilarse, se asomaron al cuarto de Julio. Todavía roncaba. Se había quitado los zapatos y el saco, pero no los pantalones. La botella había rodado por el suelo y se había derramado, y evaporado, dejando el apestor del aguardiente. Cuando regresaron, agitados por el examen que habían sustentado, pálidos del desvelo y del sacudimiento nervioso del examen, ya Julio se había levantado. Gonzalo fue a verlo.

—¿Ydiay? —dijo Gonzalo.

—¿Ydiay? —dijo Julio.

—¡Creo que pasamos Derecho Natural! —le dijo Gonzalo—. Pero yo estaba temblando. Me hicieron



preguntas, y las contesté como soñando. Dice Fernando que les daba gusto a los examinadores preguntarme porque contestaba bien, pero te digo que tenía el Credo en la boca y el alma en un hilo. Y después de a mí, examinaron a Fernando, que contestó muy bien. Todos dicen que nos van a dar sobresalientes. No nos quisimos quedar a ver el resultado del jurado porque había más que se examinaban y ya nosotros habíamos pasado esas horcas caudinas. Pero a ti, ¿qué te pasa, Julio? —dijo Gonzalo— advirtiendo el decaimiento del joven.

—¡No lo puedo soportar! —dijo Julio.

—¡Bah! —dijo Gonzalo— un año se pasa como nada, y ya va tiempo por delante.

—¡La vi!

—¿Y entonces?

—¡No me quiere! Me despreció.

—Sabrá que te fuiste de parranda y estará celosa. ¡Eso no es nada!

—¡Quién sabe lo que sepa! Pero me alegro de no haberla besado. Tú tenías razón, Gonzalo, y para mí ya se acabó la vida.

—¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo?

—La enfermedad, me volvió. Amanecí con ella. Y te juro que no fui a donde ninguna mujer. Me vino sola, porque estuve bebiendo.

—Te lo dije yo.

—¿Y ahora, qué hago? ¡Sálvame, Gonzalo! ¿Ahora qué hago?



Y Julio parecía una piltrafa, flaco y pálido, cadavérico, y sin ánimo que le diera lustre de vida al rostro, ni fuerza de vida a la mirada.

A Fernando se le agrió, con lo de Julio, la alegría de haber pasado el primer examen. A don Nando también. Gonzalo le contó a don Nando la recaída de Julio, tenía que contársela, porque era cosa grave, y don Nando se encolerizó.

—¡No lo quiero ver! —dijo don Nando—. ¡Que compre las medicinas que necesita y se vaya a la hacienda, ya, ya, ya, y que no lo vuelva a ver! ¡Tener yo un hijo podrido! —y don Nando se echó a llorar.

Gonzalo no supo cómo pasó los demás exámenes, el de esa tarde, y los de los siguientes días. Viendo a don Nando llorar, Gonzalo se acordó de cómo había llorado su padre cuando la muerte de su mamá, y comprendió que había dolores nobles, dolores que agobian a las almas puras, sin mancharlas, y dolores que llenan de vergüenza.

11.

Gonzalo acompañó a don Nando y a Fernando, en esas vacaciones, a Guatemala, adonde don Nando fue a vender un ganado. Don Nando no quiso ir a la hacienda a dirigir la colecta de los animales, encomendando eso a Fernando, porque en la hacienda Julio iba de mal en peor. Se había vuelto un salvaje. Se mantenía borracho. Tumbaba las palmas de coyol y hacía y bebía chicha y el aguardiente de caña, se emborrachaba diario. Daba lástima. El mal venéreo se le agravaba.

—¡Hipócrita! —le decía a su hermano, y no dejaba que se le acercara, con lo que hería a Fernando hasta las lágrimas.

—Déjame —le decía a Gonzalo—. Déjame en mi infierno. Yo siempre supe que yo era un maldito. El jodido de Calvino tenía razón. Yo nací predestinado a condenarme. ¿Comprendes? No es mi culpa. Yo nací predestinado.

Primero fue la tarea de recolectar el ganado que andaba suelto, hasta tenerlo en los corrales, y luego, de corral en corral, la tarea de herrarlos, y de escoger las quinientas reses que debían formar la partida de ese año. En San Salvador, Gonzalo sólo había montado para pasear por las tardes en las calles. En finos caballos peruanos, se había acostumbrado a la suavidad de los pasos cultos. En **La Palestina** se encantó montando yeguas chúcaras, de descendencia árabe, y exponiendo hasta la vida a veces, lazando ganado cimarrón, arreándolo, atajándole las estampidas. La herrada le gustó también, por lo que tenía de peligroso, sin parar mientes en la crueldad que entrañaba. Era de un espíritu de deportista completo.

Julio, por venganza, se ausentó a poco de haber llegado su hermano, y los mozos contaron que se había aque-
renciado con una indígena y se había ido a vivir con ella.

Gonzalo se prendó de la laguna. En un hondo y ancho cráter de volcán, Ilopango lucía como una joya. Los colores del cielo le esmaltaban la lisa superficie. Si un vientecillo bajaba hasta su profundidad y estremecía el agua, la laguna parecía piel viva y como que sintiera el roce del viento. En los amaneceres, con el aire friolento de la mañana, la laguna sabía a tibieza de regazo de mujer. Cuando anochecía, la laguna se llenaba de misterio.

—No tiene fondo —dijo Fernando— va hasta el centro de la tierra.

Gonzalo intentó zambullirse hasta donde más pudo, y por fin aseveró que, en efecto, la laguna no tenía fondo. Sudoroso de andar tras el ganado, Gonzalo y Fernando gozaban bañándose. Sentían una sana voluptuosidad viril. En la laguna estaban cuando de improviso recibieron la noticia de que doña Nanda había llegado, con las primas de Fernando.

Cuando salían de la laguna, la Carmencita los espió. Ella conocía el camino al cráter y al oír que habían ido a nadar, se escurrió allí, y desde atrás de un amate de múltiples troncos retorcidos, vio salir a Gonzalo, desnudo, chorreando agua, tiritando después del agua tibia, al sentir el vientecillo refrescado de la tarde. Y sin que la notaran, y sin acordarse de que el amate es árbol de hechicería demoníaca y atrae una suerte fatal, la Carmencita regresó contenta. Había visto a Adán. Adán debía de ser suyo. Debía declarársele, y tomarlo en sus brazos.

La desgracia se cansaba ya de jugar con la casa de don Nando. Ahora iba a asestarle el golpe decisivo. Ya estaban listos los animales para la partida. Ya el mandador había escogido a los vaqueros que debían arrear el ganado. Saldrían en la madrugada. Y ya sólo faltaba despedirse de doña Nanda y de las muchachas, a quienes no había que desmañanar, cuando el Julio bajó de su querencia, al saber que la Carmencita había llegado.

Venía borracho. Era evidente que venía borracho. Y traía cutacha. Andaba sin cotona, con sólo unos calzones amarrados con mecate de cabuya. Venía calzado, pero con los zapatos sin atar, y sin cordones para atarlos. El pelo hirsuto, el requemado torso enflaquecido, el

rostro descompuesto, con la barba crecida y la mirada febril. Venía sin decir palabra, pero como rezongando algo entre dientes. Venía loco.

La madre se le colgó al cuello, y él de un empujón la hizo rodar.

Fernando trató de atajarlo, pero tuvo que huirle para escapar que lo hiriera con la cutacha.

La Carmencita se echó en brazos de Gonzalo para que la escudara.

—Apártate, Gonzalo —dijo Julio, pudiendo apenas hablar de seca que llevaba la boca. Se sacó la lengua con esfuerzo para humedecerse los labios pero sólo probó sequedad contra sequedad.

—¡Apártate, que la voy a matar! ¡Que la tengo que matar!

Gonzalo se colocó de manera que la Carmencita quedara resguardada por su cuerpo, y con un brazo extendido trataba de contener a Julio, pero la Carmencita, abrazada a él, le estorbaba. Julio se le acercó, con los ojos fijos, fieros, ojos de loco; los músculos de sus brazos estirado, trémulos; con la cutacha en alto.

—¡Apártate, Gonzalo! —dijo una vez más, y Gonzalo apenas tuvo tiempo de hacerse a un lado, cayendo al suelo, para evitar el cutachazo.

Julio no volvió a alzar el arma. La dejó caer. Y se fue corriendo. Se fue corriendo y dejó a su madre llorando y a la Carmencita temblando terriblemente, con ataque nervioso, y a las otras dos chiquillas estupefactas, y a Fernando que no sabía qué hacer.

Gonzalo se levantó del suelo. Había sentido una cosa rara. Se acordó de lo que le había dicho su padre, de lo que sucedía de meterse en líos con mujeres. Eso es lo que le había pasado a Julio. Se había metido en líos con la Carmencita, y con las otras, y esto era el resultado. ¡Qué terrible! Él, Gonzalo, no se metería con las otras, no; nunca. Pero, ¿y con la Carmencita?

La tragedia que había vivido no había sido obstáculo para que la sintiera deseable, infinitamente deseable, temblorosa y suave, abrazada a él, comunicándole la vibración de sus nervios sacudidos. La carne, de que hablaba Julio, ¡la carne! Con razón se decía, “el mundo, el demonio y la carne, los tres enemigos del alma”. Gonzalo reconoció a la Carmencita como el enemigo. Las otras, ésas, las que habían enfermado a Julio, no. Jamás de los jamases. ¡Pero la Carmencita! Su padre se lo había dicho, se mete uno en líos, que hasta tiene que casarse. Pues bien, se casaría con la Carmencita. ¿Y qué?

¿Y Claudina?, se preguntó. ¿Y Claudina, que ya estaría, que ya seguramente estaba, en el convento de Fiésolle, rezando por él?

De lúcido que lo había visto todo, en el instante de levantarse y ayudar a la Carmencita a ponerse de pie, y de sentir en sus manos los pechos de ella, llenos y suavísimos, todo se le volvió confuso otra vez.

Fernando atendió a su madre primero. Ahora se acercó a Gonzalo y le dijo, que no sabía qué decirle.

—¡Perdónalo, Gonzalo!

—Si no ha sido nada —dijo Gonzalo—. No ha sido pero nada. ¡El pobre, como está enfermo!

Doña Nanda entonces soltó un grito, en medio de su llanto.

—Lo mejor —dijo Gonzalo—. es que vuelvan a San Salvador. Nosotros ya estamos listos para salir, y salimos antes de amanecer, ¿verdad, Fernando?

—Sí —dijo Fernando—. Pero ya es tarde. Que salgamos de madrugada. Es lo mejor. ¿En qué vinieron, en carreta o en caballo?

—A caballo —dijo doña Nanda—. Pero yo no puedo más. Mejor volvemos en carreta. ¡Yo, que lo esperaba encontrar ya mejorado y engordando!

12.

Se dispuso que esa noche dormirían todos en la misma pieza. Era un cuarto grande, con dos puertas. Fernando dormiría junto a la una y Gonzalo junto a la otra, para que si el Julio volvía, por la noche, y trataba de meterse, ellos guardarán las entradas. Había sólo dos tijeras, y una fue para doña Nanda, la otra para las dos chiquillas. Para la Carmencita tendieron unos petates en el suelo, petate sobre petate para que sirvieran de colchón.

—¿Y las otras tijeras de la hacienda? —preguntó doña Nanda.— ¿Y los catres?

—Se los llevó el niño Julio —explicó el mandador—. Pero si quiere una tijera de las de mi pobre choza...

—No —dijo la Carmencita—. Yo en estos petates duermo requetebién. Pero en tijera ajena, ¡no, no, no!

Frunció la nariz como para decir que le daría asco, y doña Nanda comprendió.

—Nada le hace que duerma en los petates —dijo doña Nanda. Pero miraba a la Carmencita con ojos escudriñadores, pensando: ¿Por qué la querría matar Julio? ¿Qué habrá habido entre estos dos? ¿Qué sería la enfermedad de Julio? ¿Le habría afectado saber que su padre se había echado a cuestras la culpa del padre de la Carmencita, y querría vengarse?

—Bueno —dijo en voz alta... no le hace que la Carmencita duerma en los petates. Es mejor.

Ya entrada la noche, con sueño el Gonzalo y el Fernando, decidieron trancar las puertas por dentro, y se acostaron cada uno en un petate. Las dos chiquillas, soñolientas también, pronto quedaron dormidas.

—Voy a apagar —dijo doña Nanda—. Acuéstate, Carmencita. Quítate sólo los zapatos.

—Buenas noches, tía Nanda —dijo la Carmencita—. Buenas noches todos.

Doña Nanda apagó el candil. Sintió que la Carmencita se quitaba los botines y los ponía a un lado, luego que se volvía sobre los petates y los hacía crujir sordamente, suavemente, al acomodarse en esa cama. La respiración de las chiquillas se oía bien en medio de aquel silencio. Los demás no dormían y respiraban sin que se notara su resuello. De afuera venían, amortiguados los ruidos del campo, ladridos de perros, gritos de pájaro nocturno, y un gran rumor. Todos oyeron cuando doña Nanda se puso a llorar otra vez.

Gonzalo se sentía molido de cansancio, y ya dormitaba, horas después, cuando sintió que con un pie lo tocaban en una pierna. Súbitamente quedó perfectamente despierto. Era el pie con media de la Carmencita. Luego la

siguió a ella. A ella. A ella que se había deslizado hasta su lado en la oscuridad. Doña Nanda dormía, calmada con el llanto, con su ronquido suave. Fernando dormía, con una respiración agitada. Tal vez estaría soñando. Las pequeñas dormían sin que ahora se les oyera. Y la Carmencita se había deslizado y estaba al lado de Gonzalo, el pelo de ella sobre el rostro de él, y ahora la boca de ella, húmeda y tibia, sobre su boca, y la mano de ella, tibia y suave resbalándose sobre su cuerpo, tocándolo, tocándolo, apretándolo, y la boca de ella clavada en su boca, y la tibieza de ella, y la suavidad de ella, y la carne de ella, ¡la carne!, y la mano de ella agarrándolo, apretándolo, sobándolo, hasta que Gonzalo sintió que se le paralizaban las caderas y el cuerpo todo, y que le dolía, y que la muerte le venía, y que la muerte era una delicia, con la mojada boca de ella sobre su boca, ahogándolo, y la mano de ella quieta ahora sobre él, y los labios de ella enfriándose ahora sobre sus labios, y ella que se deslizaba otra vez a los petates, y se acomodaba en los petates y los hacía crujir con un crujido suave.

Gonzalo se volvió hacia el lado de la Carmencita, y quiso pensar y no pensó nada, y se quedó dormido.

13.

Después de la recolecta y herrada del ganado, antes de salir para arrearlo hasta lejanas tierras, la costumbre eterna había sido hacer alguna celebración. Los mozos improvisaban un tablado en que bailar, las muchachas lucían flores en el pelo, de lejos llegaban los punteadores de guitarra y los piteros, y había música, y chicha, y amor a la luz de candiles humeantes y a la sombra de los platanos. Pero en **La Palestina**, con la indisposición de don Nando

para ir él en persona, no se hicieron esta vez arreglos para ningún jolgorio. Así sucedía cuando la familia estaba de luto, o había algún pesar, cual era el caso. Doña Nanda había pensado que algo habría, siquiera una comilona de carne-en-vaho, y eso la había instado a presentarse en la hacienda. También la Carmencita había dicho:

—¡Pobres, que se van como motos, sin que nadie los despida!

—Pues vámonos —había dicho doña Nanda.

En Julio la llegada de su madre había producido una impresión de insulto. Lo venían a insultar. Lo trataban se dijo, como si ya hubiera muerto, como si estuvieran guardando luto por él, haciendo la colecta de reses y la herrada sin festejo, y ahora, para colmo, traían a la Carmen, venía ella, para mirar qué deshombra le había acontecido.

Primero había tenido arrepentimiento el Julio. Había llegado a la hacienda arrepentido. ¡Todo le había salido mal! Ni Nordau, ni Nietzsche ni Comte, ni nadie le había previsto esto. Los lelos tenían razón. Lo mejor era ser un lelo, no tener voluntad, ser hombre y sin embargo hacer vida de mojjigato, tener todos los apetitos carnales y abstenerse de brindarles satisfacción. No, pensaba; no los lelos. ¡Al gran carajo con los lelos! El destino existía. Una fuerza administraba al mundo que ciegamente distribuía triunfos y derrotas, como la fuerza que hacía girar y detenerse, ciegamente, a la rueda de la ruleta, en el rojo o en el negro, en este número o en aquel. O quizá, después de todo, había una Divinidad cruel, un Dios horrendo, que creaba seres para torturarlos toda la eternidad. Y confundiendo sus ideas, en su trastorno, Julio acusó de vesanía al Cristo y escupió el Crucifijo que había en la hacienda, a la entrada de la casa campestre, debajo de un toldillo en

forma de techo, sobre una base que tenía las fechas de las veces que había llegado misión de frailes para los caseríos y bautizos, y que las mujeres se encargaban de mantener adornado de flores todo el año sin que faltara un día.

Acosado por sus ideas, avergonzado cuando no estaba colérico, Julio no halló más refugio que en la bebida. Y la bebida le embotó el sentido moral enteramente. Quería mujer, y bien sabía que era perverso haberla, por el contagio de su enfermedad. Pero quería mujer, ¿y a él, qué? Lo habían enfermado a él ¿no? ¿O es que alguien creía que él se había enfermado solo? Quería mujer y la tendría. Borracho estaba cuando halló a la Consuelo, crianza de una de las mujeres de la hacienda.

La Consuelo era una muchachota apetitosa. Le brillaban de lisos, los cachetes, le brillaban, de tan blancos, los dientes, le abultaban debajo del huipil los pechos de buena moza. Se había ido con un tal Timoteo peleador a un corte de café, y al Timoteo lo habían macheteado defendiéndola de otro hombre que se la había querido disputar. Al muerto y al matador se los llevaron en carreta hasta Sonsonate, y ella había vuelto a **La Palestina**, casi doncella todavía, roto el himen, sin duda, pero no preñada.

“¡Qué carajo, se dijo Julio, la Consuelo ha rodado mundo! Hasta ha habido muertos y presos por ella. Si se ha ido a Sonsonate, no digo yo lo que le hubieran hecho. Una como ella fue la que me enfermó”. Y en voz alta le dijo:

—¡Consueló, seguime!

—Sí, patrón —le respondió la india.

Y se la había llevado, y vivía con ella en choza aparte, y se había llevado los catres y tijeras de la hacienda, y

había regalado muebles a los mozos, y la única manera de atajarse la borrachera, cuando llegaba a atajársela, era acostándose con la Consuelo hasta quedar dormido, porque si no se dormía seguía bebiendo.

De la Consuelo no se enteró doña Nanda. Sólo supo que Julio vivía con una india.

14.

Cuando doña Nanda regresó a San Salvador, ya don Nando había salido para Santa Ana, donde debía juntarse con la remesa de reses. Don Nando no sabía nada de la locura de su hijo, y nadie lo preparó. La suerte le dejó caer de golpe sin que él sintiera cuando le cayó. Ya estaba en Guatemala, en Zacapa, y ya había realizado su ganado, cuando le llegaron cartas llevadas de golpe por un propio, de que Julio se había suicidado, colgándose del amate de abajo en la laguna por donde los jóvenes se bañaban.

Gonzalo hubiera querido regresar directamente a León, pero su papá le había escrito que había tenido otro mal año, y que debía quedarse en San Salvador y estudiar lo más posible. Eran órdenes. Y aunque pensaba Gonzalo que lo mejor era dejar San Salvador, no quería irse; hubiera querido irse, pero no quería. Pasó el segundo año sin el brillo del primero, pero lo pasó. Y la vida siguió su ritmo. A la Carmencita la veía los domingos en la misa de diez en Catedral.

15.

De regreso del viaje a Guatemala, viaje trunco porque habían pensado visitar la Capital y sólo hasta Zacapa

habían llegado, y Zacapa no era nada de ver, mercado ganadero, nada más. Don Nando, mandó por la Consuelo. Quería que la examinara un médico, porque creía que debía estar enferma. Pero no. La Consuelo estaba sana. Lo que sí estaba era embarazada.

—Tal vez no sea de Julio —dijo doña Nanda al saberlo.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella, resignándose.

—A la verdad no sé. No veo claro, —respondió don Nando.— ¡La cantidad de hijos de señor que hay regados en todo el país! Pero no sé. No creo que esté bien. La sangre de uno es la sangre de uno, y éste es mi primer nieto, lo que me queda de ese hijo descarriado que no sé cómo se me descarrió. Si hubiera sabido lo que estaba pasando ¡lo caso! Como lo oyes, lo caso.

—No. Eso no, Nando. ¡Casar un hijo tuyo y mío con una india!

—¿Y qué? ¿Por qué no? Alguna vez ha de llegar la civilización a este país, para que sea como los países civilizados. Ya ves, la naturaleza no entiende de distingos, y lo mismo nacen cuando se juntan los aristócratas como cuando se juntan los plebeyos y como cuando aristócratas y plebeyos hacen lo que hizo mi hijo. ¿Y la iglesia, qué dice? ¿Es que hay una religión para unos y otra para los demás, o es la misma? Este país necesita moralidad. Moralidad que sea moralidad. Y ya que Dios ha querido comenzar conmigo, que comience. Si he sabido esto, lo caso.

Don Nando llevó a la Consuelo a su casa. Le dio el cuarto de Julio y la cama de Julio. En su dolor se revestía de dignidad y la iba a llamar para las comidas y la sentaba

a su vera, en el lugar de Julio, con lo que mortificaba a la campesina que hubiera estado más a gusto, si de halagarla se trataba, en la cocina, comiendo con la cazuela sobre el regazo, puesta encima de una hoja de plátano, usando el pedazo de tortilla como cuchara. Pero don Nando quería darle rango. La quería tratar como nuera. Y no consiguió sino que una mañana se hallara el cuarto abierto por la calle, y la Consuelo fugada de aquel suplicio.

El mandador de **La Palestina** le avisó a don Nando cuando la Consuelo dio a luz, y le envió a decir también que no se le ofrecía nada, que estaba contenta, y que ya desde antes de nacerle el crío se había arrejuntado con un tal Gabriel, que era buen hombre y que sería el padre del crío, y que él, el mandador, creyendo que obraba conforme serían los deseos de don Nando y del difunto, le había regalado al mentado Gabriel dos potrancas muy bonitas y una vaca muy lechera, con su ternero, y una chancha que estaba para parir.

CAPÍTULO V

1.

En Hualica la Petra le había recordado poderosamente la Consuelo a Gonzalo y Gonzalo reconstruía su primer asombro de la costumbre indígena que había dado padre al hijo de Julio sin alarde y como la cosa más natural del mundo. Así la Petra se encontraría otro hombre con quien formaría otro hogar y el Nichito y el Nicolasito tendrían tata. ¡Qué sencillo! ¿Y por qué no debía de ser sencillo? Don Nando, con su apego a la sangre, su devoción a la sangre, capaz de sacrificarse y sacrificar el porvenir de sus hijos para salvar al padre de las sobrinas de su esposa, era noble. Don Nando, recordaba Gonzalo, era la nobleza personificada. Pero aquel Gabriel de la Consuelo, ¿no era noble también?

“¡Qué va!” se dijo Gonzalo. “La nobleza exige tener cierta conciencia de la acción que la amerita, y exige cierta calidad de sacrificio. En el caso de estas gentes no hay egoísmos que vencer; sólo hay inconciencia”.

¡Pero, exclamaba dentro de sí mismo, qué cínico me he vuelto! ¿A ver? Al Nichito ése, ¿no estuve a punto de adoptarlo como hijo propio? Si la Claudina hubiera vivido, ¿no lo hubiera adoptado? Sí, se decía Gonzalo, pero, ¿por qué? Y se respondía: “Por darle gusto a la Claudina, por satisfacer a la Claudina que tenía, ¡la pobre! una santa ansia loca de ser madre. Entonces, en el fondo, por un



egoísmo, ¿eh?; no venciendo el egoísmo sino satisfaciéndolo. ¿Y don Nando? ¿En el fondo, no era egoísmo el suyo también? ¿No era vanidad? ¿No era por el qué dirán? Altruismo hubiera sido que sacara a don Pío, de las dificultades en que se había metido, por caridad para con don Pío, sin provecho alguno para sí mismo. Pero no. La generosidad de don Nando fue un sacrificio sólo en aras de la estimación que le tenía a su sangre hasta en línea colateral. Lo verdaderamente generoso, lo verdaderamente noble, altruista, admirable, fue esa actitud del Gabriel haciéndose de un hijo que no era suyo, convirtiéndose en su padre. “Me gustaría”, pensó Gonzalo, “volver a ver a la Consuelo, y al Gabriel, y al cipote hijo de Julio. ¡Qué buena gente, caray, pero qué buena!”.

Gabriel, recordaba Gonzalo, se había hecho de su finquita. A duro trabajo y con la especial estimación que le tenía el mandador de **La Palestina**, reunió sus realitos, después de haberse arrejuntado con la Consuelo, y un buen día, lleno de humildad pero de alegría al mismo tiempo, se presentó ante don Nando en San Salvador, a proponerse la compra de un pedacito de tierra, de tierra no muy buena, y en remotidad, eso más, lejos de toma de agua.

—¿No te gusta por otro rumbo? —le preguntó don Nando.— Por donde decís vas a tener que trabajar doble para sacarle vida.

—Es que no creo que me alcance la platita —respondió el Gabriel— y en cuanto al trabajo, ya el niño me ayuda. En un parpadeo se hace un hombre, y seremos dos.

—¿Qué —preguntó admirado don Nando— ya trabaja el patojo?

—Bueno, lo llevo al campo conmigo, señor. No me siento solo. Ya eso es ayudar, ¿verdad? Y así trabajo el doble.

Don Nando sacó el plano de la finca, trazado en pergamino, con los diversos potreros y corrales y ojos de agua y los linderos marcados con una tinta negra que se había enverdecido con el tiempo.

—Mirá —le dijo a Gabriel— la mitad de esta propiedad hubiera sido de mi hijo. Le corresponde al cipote. ¿Se la querés manejar?

Conforme don Nando lo había contado conmovidamente, el Gabriel se rascó la cabeza, y luego él con un pie descalzo se rascó el otro pie descalzo, y dijo:

—Patrón, nosotros somos pobres. Claro que queremos tener una tierra propia. Pero somos pobres. Para mí, yo digo que la hacienda es suya, y después de usted del niño Fernando. Pero nosotros, pobres. Claro que con una tierrita propia estaremos más a gusto. Y yo no tengo más que para comprar una tierrita.

Don Nando había insistido en que se hospedara el Gabriel en el **León de Oro**. Don Meca le había dado un buen cuarto y lo había acompañado a la mesa. De haberlo tratado, Don Meca también tenía una opinión definida acerca del campista.

—El Gabriel —dijo es un hombre. Lo que digo, un hombre. Que si estos pueblos de América se han de salvar, don Nando es por estos hombres. ¡Vaya, que trabajan! Que son trabajadores, coño. Que a su manera que es la única que conocen, trabajan bien. Ya verá Dios cómo les depara un mejor conocimiento, y harán de estas tierras lo que los valencianos han hecho de aquellas huertas que

aventajan al cielo. Lo que me temo es que antes de eso, don Nando, la tierra la hayan entregado los señoritos a los extranjeros, y aquí se vuelva a la esclavitud del indio.

Don Nando asintió con la cabeza.

—Sabe usted, don Nando —dijo don Meca— ¿sabe usted? Usted es de sangre hispana, clavado y reclavado. No hay más que verlo para decir, “Este señor es de la sangre más noble que Dios puso en la tierra”. No lo digo por adulación, que yo no adulo a nadie, coño, pero a usted le chorrea la nobleza por los poros hasta cuando suda. ¿Pero sabe usted? Sus abuelos o tatarabuelos, vinieron pobres de Castilla o de León o de Aragón, que por todos esos lados hay Ramírez, y vinieron a conquistar, con la armadura de acero en que se deben de haber asao, ¡me cago en Dios!, y después de conquistar, se pusieron a trabajar, pecho a pecho con la tierra, a labrarla como hombres. Eran trabajadores, ¡eso! Trabajadores y no señoritos. Si no está mal que yo lo diga el Gabriel tiene razón. Buen instinto tiene que le dicta esas cosas, y el chiquillo del niño Julio va a aprender a trabajar, que es mejor que aprender en los libros, y lo digo sin querer ofender ni a su niño Fernando ni a este mozalbete de Nicaragua, que lo que digo de usted lo digo de su padre y algo he aprendido para saber juzgar a los hombres con los años que tengo de rodar mundo.

Gonzalo, después de la muerte de Claudina, y que después de la visita a Hualica, se acordó de don Meca y le entraron ganas de volver a verlo. Fernando, en las primeras cartas que le escribió cuando Gonzalo llegó a León, le había contado con qué fineza había ido don Meca a dar a don Nando el pésame por la muerte del padre de Gonzalo, y cómo había ido a la misa de **réquiem** vistiendo un traje negro que había sacado quién sabe de dónde.

“Buen hombre el don Meca” se dijo Gonzalo, recordándolo. “¡Quién supiera su historia! Alguna historia debe tener. Ese traje negro que nunca jamás se había puesto antes, podría contar toda una novela, la historia de un buen hombre. La gente es buena”, se dijo Gonzalo. “En realidad, no existen gentes malas. Haciendo a un lado los accidentes, en lo substancial las gentes son buenas. ¡Qué importa que don Meca sea mal hablado, si tiene un buen corazón, y sano juicio!”.

Y don Nando. Y el propio don Pío Escorcía. ¡Pobre don Pío! Había dado palabra de no volver a jugar más en el Casino, y la había cumplido; pero se había hecho el hazmerreír de todo San Salvador jugando con los arrieros, por centavos, y cuando había feria, jugando con la gente del pueblo al cuchumbo, con que se avergonzaban doña Carmen y la Carmencita. “Doña Carmen”, se decía Gonzalo en sus recuerdos “era sencillamente tonta. Una buena señora tonta. Sin moralidad, pero tonta”. ¡Pero la Carmencita! La Carmencita era mala, pensaba Gonzalo. “¿Mala? Vamos, ¿por qué mala?” se preguntaba.

Él, Gonzalo, sabía que Julio se había suicidado por ella. Que la había querido matar. Terrible la Carmencita, y sin corazón. No había sentido cuando la muerte de Julio, cuando el suicidio de Julio, más que alivio de tener ese problema perfectamente resuelto.

¿Y por qué? ¿Por qué no iba la Carmencita a sentir tranquilidad de que Julio ya no fuese problema para ella? pensaba Gonzalo defendiéndola en su juicio interno. Julio se había enamorado de todo lo que le picaba la sensualidad, las mujeres perdidas, la bebida. ¿Qué culpa tenía la Carmencita? Al contrario, el Julio era quien le había hecho daño, quien la había pervertido. No sólo las del cuerpo son

enfermedades, se dijo Gonzalo, sintiéndose sabio de haber tenido tal pensamiento, sino también las del alma, las del corazón. Julio era quien había contagiado de sensualidad a la Carmencita. Julio mismo, cuando Gonzalo todavía ni siquiera había visto a la Carmencita, en aquellos primeros días de vivir en San Salvador, le había contado que no podía vivir sin verla, sin besarla, sin tocarla, sin estrujarla. Él la había enseñado a todo eso.

Pero, ¿los demás novios no eran así también con sus novias? ¿No había sido Julio novio de cuántas más, y sin embargo ninguna había en San Salvador, ni tal vez en todo el mundo, más voluptuosa que la Carmencita? No. Si de enfermedad se trata, concluyó Gonzalo, la Carmencita la traía en el cuerpo. Y su contagio era infalible. ¡La Carmencita!

2.

Tristísimo, recordaba Gonzalo, fue aquel regreso de Zacapa. De ida, para cruzar el río de la Paz, habían echado alegremente el ganado al agua y con gritos y brazos alzados, montados desnudos en sus caballos, lo habían arreado, para que, contra la corriente, en vez de dejarse llevar, mandaran los animales de ojos azorados que al alcanzar al fin la otra orilla salían del río con torpeza. Fernando y él habían expuesto la vida. Cualquiera de aquellos toros que hubiera perdido el valor a medio raudal, pudo haberse echado encima de ellos, y tal vez los demás se hubieran soltado en estampida, y las aguas enturbiadas los hubiesen ahogado. ¡Pero qué va! Fernando y él iban alegres, lanzando gritos para que el ganado se estuviera alerta. En cambio, de vuelta a Zacapa, y a la hora de desvestirse en la orilla y de poner la ropa y las monturas y las maletas en

una balsa de cepas de plátano, y de echarse a nadar empujando las balsas y al mismo tiempo halando a los caballos por la brida, ni Gonzalo ni Fernando habían sentido ganas de gritar, menos don Nando, que cruzó el río montado en pelo, ni los baquianos que de por sí eran callados. Ni al llegar al otro lado, al secarse y ensillar, se habían mirado Fernando y Gonzalo las caras para reírse, gozosos de su buena salud, de su juventud, del ejercicio. No. Se habían vestido silenciosamente, como en un nuevo rito de entierro, y Fernando había llorado recordando a su hermano, y, quizá, la alegría de su hermano alguna vez en ese mismo paraje.

—Lástima que no hayamos ido a la ciudad de Guatemala —dijo Fernando— respondiéndose. Yo quería que fuéramos a ver esa escuela de medicina que dicen que tienen allí, adonde van a estudiar hasta de Chiapas. Y me gustaría que hubieras visto a las chapinas, a ver si te gustan más que las de San Salvador. ¿O todavía le eres fiel a la Claudina?

¿Por qué me lo preguntas? —dijo Gonzalo alarmado.

—Es que, como ni te escribes con ella, ni nada, y de León te dicen que se va a hacer monja, pues hombre, es natural que si otra te gusta, pues que te guste. ¿Pero quién?

—Todavía no —respondió Gonzalo.

Mentía. La Carmencita no se le había quitado de la mente un instante después de aquello en el petate. Camino a Guatemala la cabeza se le resolvía en preocupación infinita. Primero era el problema de Julio. ¿Cómo podía él, Gonzalo, pretender a la Carmencita después de la escena



que Julio había hecho? ¡Era imposible! Julio se pondría mejor, y volvería a San Salvador, a reclamar lo suyo. Por supuesto que no podría casarse Julio. Sin curarse, no se podría casar. Pero quién sabe —¡Cuántos así no se habían casado! El problema, en realidad, era de la Carmencita, si ella lo aceptaba. Pero era claro que no lo quería ya. El propio Julio se lo había contado, que ya la Carmencita no lo quería. Y Gonzalo sabía que la Carmencita se había prendado de él. ¿Y él, Gonzalo?

Gonzalo no sabía qué pensar. Era horrible enamorarse de la Carmencita, pasando sobre los derechos de Julio. Por lo menos debía cambiar de casa, y eso era imposible. No podía avisarle a su papá, ni decirle por qué. No. En la Carmencita no debía pensar más. Le había jurado a su padre no liarse con mujeres. Y sin embargo, en el camino a Zacapa no hizo más que pensar en ella. Y en los lugares duros en que había dormido se había tapado hasta la cara con la sábana, para mejor concentrar su pensamiento, y recordar su olor, por reconstruirlo en el sensorio, lamentando la torpeza del olfato, incapaz de crear en el recuerdo, y con su mano había fingido la mano de ella cuando se deslizó sobre él.

Después fue peor, cuando supo el suicidio de Julio. Entonces eran la Carmencita y Julio a quienes él evocaba, la cara de loco de Julio, y la Carmencita que se había refugiado abrazándolo a él, cómo se habían caído, él y ella, al querer esquivar el cutachazo de Julio, y cómo Julio se había ido.

No. En la Carmencita no debía pensar jamás, porque entre ella y él se interponía Julio eternamente. Pero, arrojando tal resolución, volvía su fantasía a esforzarse por evocar, a la hora de ir durmiéndose, el olor de ella; y hasta

lo mareaba el recuerdo de su suavidad, de sus caricias, de su boca húmeda y cálida y después húmeda y fría.

3.

Cuando llegaron a San Salvador ya hacía tiempo que habían acabado los nueve días del rosario por el alma de Julio. Doña Nanda, en medio de sus lágrimas, contó que había venido todo el mundo, que todo el mundo se había portado muy finamente, y que no sabía si don Nando debía ir a corresponder los pésames o no. Si Julio hubiese muerto de muerte natural, de cualquier modo excepto por su propia mano, la estimación social hubiera sido un lenitivo, y don Nando y Fernando hubieran ido, agradecidos, a hacer visitas cortas para corresponder. Pero en este caso, eso era demasiado doloroso.

—El señor obispo —dijo doña Nanda— vino en persona a darme el pésame. Dice que fue un caso perfectamente claro de locura. Un acceso de locura. Si no, ¿por qué iba a querer matar a la Carmencita? ¡La pobre!

—Yo le había notado a Julio que estaba trastornado, hacía tiempo —dijo Fernando. ¿Verdad, Gonzalo, que te lo había dicho? Tenía unas ideas, papá, de puro loco.

—¡Dios lo haya perdonado! —dijo don Nando—. ¡Mi pobre hijo!

—El señor obispo dice que sí —dijo doña Nanda con un suspiro—. Dice que no es como cuando un hombre se desespera a conciencia, reniega de Dios y se quita la vida que es don de Dios. Y que si queremos traer el cuerpo y enterrarlo en campo santo, que él da la licencia, o que si queremos él puede mandar un sacerdote para que bendiga donde está enterrado.

—Eso es lo mejor —dijo don Nando.

Don Pío con doña Carmen y sus tres hijas llegaron, al saber que don Nando había regresado. Don Nando abrazó muy sinceramente a su concuño. Carmencita estaba de negro, como su mamá; las otras dos chicas, de blanco. Gonzalo examinó a la Carmencita con tal fijeza que, ya viudo, en su casa de León, acordándose de esto, se maravilló que no hubiesen descubierto lo que había entre ellos. La Carmencita abrazó a su tío, luego a Fernando, y Fernando se puso lacrimoso. Después la Carmencita saludó a Gonzalo, tendiéndole la mano. En la cara de la Carmencita había una palidez extraña, pero ninguna señal de pesar, ningún indicio de dolor, al contrario, una tranquilidad pasmosa, casi hasta una satisfacción.

En el curso de la conversación doña Carmen dijo, refiriéndose a Gonzalo.

—¡Pobre! Ya que podía quitarse el luto que trajo, pun, que le cae otro.

—Gonzalo no necesita cargar luto —dijo Fernando fieramente.

—¿Por qué no? —dijo Gonzalo. —Yo.

“Este Gonzalo”, pensó Fernando, arrepentido de haber dudado un instante de su amigo. “¡Si todavía cree en la monjita! Ha de ser maravilloso amar de ese modo”, y ansiaba volver a ver a su pelona, sintió una gran necesidad de verla, le vinieron ganas de que ella también se fuera a un convento, para amarla como Gonzalo amaba a su Claudina. Para desahogarse, Fernando inició nueva conversación.

Gonzalo y yo —dijo— nos vamos a dedicar sólo al estudio. Él no lo necesita como yo, por lo inteligente que

es, pero como estudiamos juntos, él le dará tan recio como yo y aprenderá más. Así es que el luto no nos importa.

—Ni a mí —dijo la Carmencita.

—A ustedes les toca sólo seis meses —dijo doña Nanda.

—Un año —dijo la Carmencita— ¿Qué es un año? —y miró cara a cara a Gonzalo quien entendió perfectamente que le decía “No es por el muerto, es por ti, por acompañarte”.

—¡Chopo, un año! —dijo Conchita, la hermana que le seguía a Carmen—. ¿Y el baile del año nuevo, Carmenchita, al que decías que ya Gonzalo podía ir?

—A mí, en realidad, no me gustan los bailes —dijo la Carmencita, disimulando—. Una va, porque va. Pero gustarme, no.

—No te vas a querer meter a monja —le dijo doña Nanda.

—Como la novia de Gonzalo —añadió Fernando.

Gonzalo se puso colorado. Fernando dijo:

—Me debiera poner freno en la lengua. No lo hice de propósito, Gonzalo.

Pero Gonzalo se había enrojecido por lo que la Carmencita pudiera pensar, y dándose cuenta de que ello era así, se avergonzaba aún más.

—Tanto como decir que era mi novia, no sé —balbuceó Gonzalo, abochornado—. Éramos chiquillos. Nunca nos dijimos nada.

La Carmencita suspiró.

—Si el hombre a quien yo amara me pidiera que me hiciera monja, yo me haría monja —dijo, y Gonzalo comprendió que le decía a él: “Yo seré lo que tú quieras”.

—¡Majaderías que están diciendo ustedes! —dijo doña Nanda—. ¿Qué saben de amor ni de nada? —y luego: Gonzalo es como de la familia. Y será cómo el quiera, pero no hay obligación, hijo, de que cargues el luto todo el tiempo. Y tampoco se vayan a zampar a estudiar y nada más. La juventud necesita distraerse. Déjennos el luto a los viejos.

—En mi casa —sugirió la Carmencita— podemos jugar a la lotería. Ahí están los cartones y todo, y en el comedor hace fresco.

Noches después doña Nanda dijo:

—Aquí mando yo y ordeno. ¡A cerrar esos libros! Voy a casa de mi hermana y ustedes se vienen conmigo.

—¿Pero, qué vamos a hacer allí, mamita? —dijo Fernando.

—¿Cómo que qué van a hacer? A distraerse un poco. A jugar a la lotería.

4.

Era la segunda vez que Gonzalo veía a la Carmen después del regreso de Zacapa. A la luz de los quinqués le parecía de cera, con un traje negro que le llegaba hasta la nuca. Era un traje de mangas de campana, la moda de entonces, y a ratos se le descubrían los brazos hasta el codo. Parecía de cera, de tan blancos, con el velo oscuro y fino como una sombra. El reflejo de la luz sobre sus manos las

transparentaban como si fueran de alabastro. Debajo de los ojos tenía ojeras de un tinte que le parecieron a Gonzalo como de arena de playa, como la parte con sombra de una playa asoleada. Los ojos de la Carmencita eran de un castaño como de miel. Hasta ahora no le había visto bien los ojos. ¡Eran de miel!

Las sirvientes trajeron dos lámparas y las pusieron sobre la mesa del comedor, que estaba en uno de los corredores de la casa. La Conchita trajo los cartones y los repartió. Luego produjo la bolsa con las fichas de números, y otra bolsa con granos de maíz para ir apuntando. Cada quien hizo su montoncito de semillas frente a su cartón.

—¡Yo canto los números! —dicho la Conchita.

De un lado de la mesa se sentó Fernando, con la Camilita, la menor, la cumiche de las Escorcias, por quien sentía especial cariño. Gonzalo tuvo que sentarse al lado de la Carmencita. La Conchita ocupó la cabecera de la mesa. La voz de la Conchita era una campana de alegría cantando los números: “¡Los dos patos!” “¡La edad de Cristo!” “¡El chocho!” En el jardín había huele-de-noche y Gonzalo percibía el olor de la Carmencita que tanto se había esforzado en recrear en la imaginación. Ahora lo reconocía perfectamente y lo aspiraba y lo quería atrapar y no dejar de olerlo.

Una forma, pensaba, la percibimos y no se nos olvida; podemos volverla a crear; o una música, la oye uno y ya está, la puede chiflar, o sin chiflarla repasarla en la mente; y lo mismo un color; pero los olores no, y sin embargo, a veces, lo más importante es el olor.

Parecía que tenía Gonzalo puesta toda la atención en su cartón y en los números que la Conchita

iba cantando, pero no era así. Tenía la mente dándole mil vueltas. ¿Cómo era el olor de la Claudina?, se preguntó, y se contestó, a sí mismo: Nada, que no lo recuerdo, que le era imposible recordarlo.

Juntaba lo más que podía las cejas, arrugando el ceño, y apretaba las alas de la nariz y respiraba hondo el olor de la Carmencita, queriendo aprehenderlo en la memoria. No, no podía. Con los sabores, sí. Cuando está uno con hambre todo es recordar la carne asada a lo que fuere, y hasta se le hace agua a uno la boca. Más todavía, antes de echarse uno el bocado ya el paladar sabe a qué va a saber. ¡Y qué raro, a veces, cuando uno se equivoca, y cree que es plátano frito amasado lo que va a probar y el paladar se prepara para eso, lo comienza a probar antes de tenerlo, y lo extraño que resulta es cuando, en vez de plátano, es masa de maíz que se ha dorado con la manteca y parece plátano; qué sensación tan curiosa de torpeza y confusión la del paladar engañado! Pero con los olores, no. Y sin embargo, cuando volvemos a oler el mismo olor, lo reconocemos. Y el olor de la Carmencita le representaba todo lo de la noche aquella en **La Palestina**; y Gonzalo se estremecía. Gonzalo suspiró.

—¡Lotería! —gritó la Camilita—. ¡Lotería!

A Gonzalo, en su casa en León, le pareció que había estado soñando.

Gonzalo estaba, de vuelta de Hualica, en el corredor, hacia el fin de la primera noche, con el Padre Apolinar Pablo, su cuñado. El olor de huele-de-noche le recordó aquella primera noche en casa de la Carmencita, y el juego de la lotería, y la voz de la Conchita cantando los números, y la Carmencita a su lado.

—En San Salvador —le dijo el Padre Apolinar Pablo— te vas a distraer. Eso que dices que es neurastenia se te puede agravar. ¡Claro que los nervios se enferman! La gente dice, **no es nada, sólo son nervios**, como si los nervios no fueran como las venas y como los músculos, o como el hígado, y las demás vísceras. Y es pecado enfermarse por gusto. Hasta los trapenses, que han hecho voto de silencio, tienen jardines donde solazarse, pájaros cuyo canto escuchan y el dedo del sol que va en el curso del día pintándolo todo de colores. Ya que no quieres volver a Europa, me parece una buena idea que vayas a San Salvador. Y ya te lo he dicho, aquí todo queda a mi cargo y periódicamente te mando lo que pidas; o puedes girar.

5.

Cuando el Padre Apolinar Pablo se hubo ido, Gonzalo, que lo había acompañado a la puerta, volvió al corredor. El huele-de-noche olía a ráfagas, igual a como había oído aquella vez en San Salvador. Y la voz de la Camilita la oía ahora Gonzalo con claridad asombrosa: ¡Lotería! ¡Lotería!

La Camilita ya debe estar grande, pensó. ¿Cómo estará la Carmen? No debe de haberse casado. Me lo hubieran comunicado. Me lo hubiera escrito Fernando, se dijo Gonzalo, que le escribía dos o tres veces por año. Aunque el Fernando a veces exasperaba; no escribía más que tres o cuatro líneas, enviando saludos y diciendo que todos estaban bien, que lo recordaban.

Fernando se había casado. Tenía tres hijos. Había querido que Gonzalo llevara a uno de ellos a la pila, y Gonzalo se había prometido ese gusto, por fin, pero fue

cuando tuvo que llevar a Claudina a Europa. Había enviado poder para que lo representara don Nando. Fernando era su compadre. Dándole el pésame por la muerte de Claudina, Fernando le había escrito que Gonzalito ya estaba como para que lo confirmaran y que ojalá Gonzalo pudiera para entonces ir a El Salvador. Y que todos estaban bien. Sin detalles, sin conversación, sin pormenores, sin noticias. Era seguro que la Carmencita no se había casado.

Después de aquella primera noche de lotería en casa de don Pío Escorcía se habían vuelto más animadas las veladas. Mientras los mayores se quedaban en la sala, con la puerta de la calle entrecerrada, los jóvenes se pasaban las horas en el corredor, sobre la mesa de comer, con los cartones, llegando hasta a apasionarse por ese juego. Además de Fernando y Gonzalo, dieron en llegar amiguitas y amiguitos de las Escorcía. La Liluca con su lujo, la Leonor con su francés, asombrada de que Gonzalo sólo español hablase, la Pilar, hija del Presidente, con su mal cutis, como terroso y grasiento, y su espléndido cuerpo que de nada le valía, cuyo enamorado alemán se le había ido y no hallaba quién le hiciera el amor; chiquillas de la edad de la Conchita en quienes comenzaba el desarrollo y a quienes el corpiño les quedaba apretado y las faldillas demasiado cortas, y amigos de Fernando y de Gonzalo, universitarios, quienes a veces, antes de comenzar el juego, formaban tertulia. De una manera o de otra, Gonzalo siempre quedaba al lado de la Carmencita, y el olor de la Carmencita le proporcionaba secretas orgías de voluptuosidad.

Pasaron los meses. El señor Quirós papá de Gonzalo, le escribió a don Nando agradeciéndole haber cancelado tan a tiempo las letras que había girado, que el papá

de Gonzalo había cubierto inmediatamente, explicándole que otra vez el algodón le había salido mal. Se había dado bien hasta florecer, pero se había llenado de bichos de tal modo que hubo necesidad de quemar los campos sin cosechar ni un copo. Lo que más le dolía —decía— era que había prometido a su hijo mandarlo a Europa. Rogaba que alentase a Gonzalo a terminar su carrera en San Salvador. Pedía informes de la familia y preguntaba nuevamente si, después de la terrible tragedia, cuyo dolor compartía con su muy buen amigo, Gonzalo no le servía de estorbo. Que con toda franqueza se lo dijese, y que Gonzalo estaba ya en edad en que podía tomar un cuarto en el **León de Oro**. Al hotelero español también le escribió el padre de Gonzalo, y el excelente hispano contestó que a él le encantaría atender a Gonzalo, pero que en casa del señor Ramírez llenaba un hueco, y “su partida abriría más una herida que todos queremos que se llegue a cerrar algún día”.

La carta de don Meca al padre de Gonzalo era larguísima, con disquisiciones filosóficas y políticas. A El Salvador le había caído maldición y ya no se podía salvar. Las plagas de **Egipto** nada habían sido en comparación con la plaga de alemanes y otros cheles que se estaban apoderando del país. Ahora, decía, ya han construido un muelle en Acajutla, en que han invertido una regular suma que recobrarán cada dos años, pues a cambio de ese armatoste que no es más que una bodega de zancos, se cobra un impuesto de muellaje, y los únicos que lo pagan son los del país que exportan cafecito, y los consumidores de los artículos de importación, porque los alemanes se pagan a sí mismos. “Los mismos cheles —contaba don Meca— han organizado una compañía de luz eléctrica, con un contrato con la municipalidad para el alumbrado público; esto ha servido para casi triplicar

los impuestos municipales”. El **León de Oro** había tenido que aumentar sus tarifas para poder mantener el mismo servicio que antes...

Acerca de Gonzalo se explayaba el buen hombre. “Su hijo de usted —le decía al padre de Gonzalo— sigue una línea recta de conducta que le merece la estimación general. Aunque esté malo decirlo, el luto le ha servido de mucho, porque le ha mantenido lejos de los jolgoritos donde se hacen las malas amistades”. Gonzalo era la perfección de perfecciones, y aunque a su padre le pareció todo eso exagerado, le alegró que el buenazo del hotelero tuviese esa opinión.

A Gonzalo, mientras tanto, comenzaba a angustiarse la idea de que su padre lo mandara a Europa. Si tan siquiera fuera a Italia, se decía; pero no, a Inglaterra, y procuraba ocultarse a sí mismo la verdad: que no quería alejarse de la Carmencita. Se le quitó un gran peso de encima cuando don Nando le dio las noticias de su padre. Casi alegremente dijo:

—Se ha aferrado mi papá en el algodón. Allí está enterrando todo su capital y todas sus energías. Allí va a acabar. Pero si le gusta, que haga su gusto. Yo de veras quiero terminar mi carrera. Ahora, que no sé en qué vaya a servirle a mi padre.

Luego, remordiéndole la conciencia, añadió:

—¡Que pudiera tan siquiera venir a verme! Tengo grandes ganas de verlo.

—En las vacaciones puedes ir a Nicaragua —le dijo don Nando.

—Fernando y yo hemos dispuesto, —dijo Gonzalo,— ocuparnos de colectar el ganado de **La Palestina** y llevarlo a Guatemala.

“Este Gonzalo”, pensó Fernando, “¡qué joya es!”.

6.

Cuando Gonzalo había conocido a la Carmencita le había parecido una rosa, una dalia, una flor de esplendor. Ahora se le había vuelto como especie de orquídea. ¡Tan pálida! ¡Tan callada! Con sus ojos de pura miel, de ojeras como playas marinas sombreadas en los atardeceres. Tan dulce de voz, tan sumisa. La veía sólo las noches cuando jugaban lotería. Casi no se hablaban. Es decir, no se decían palabras. Se sentaban juntos. Cuando había muchos jugadores él sentía la pierna de ella contra su pierna y se encendía en pasión. Llegaba un momento en que ya no podía aguantar más, y separaba su pierna, pero ella entonces empujaba la suya contra él, lo dominaba, lo subyugaba. Una vez se atrevió la Carmencita a bajar el brazo debajo de la mesa y lo tocó. Gonzalo cerró los ojos y no vio la sonrisa iluminándole el rostro a la tentadora audaz.

Una noche, con la excitación del juego, una de las pequeñas derribó sobre la mesa la lámpara, rompiéndole el tubo del depósito del kerosén. El kerosén se extendió, encendido. Hubo gran alboroto. La mesa se quemó un poco antes de que pudieran echarle frazadas encima para dominar las llamas, y durante dos o tres noches no se volvió a jugar lotería, hasta que los lentos carpinteros terminaron una nueva tabla para la mesa. Ahora, antes de comenzar el juego, doña Nanda predicaba que se debían comportar bien para evitar otro accidente.

Entonces fue cuando observó doña Nanda que mientras los demás se sentaban dondequiera, Gonzalo y la Carmencita siempre se sentaban juntos. En sus adentros rezó porque fuera cierto. En sus adentros se arrepintió de haber juzgado mal a la Carmencita. Lo atribuyó todo a la moedad de su sobrina. Ahora que ya estaba haciéndose mujer, qué buena que es, se decía doña Nanda, y reconocía que su marido, que siempre la había defendido, había tenido la razón.

Otra noche, al fin de la estación lluviosa, que los centroamericanos llamamos invierno, estaban jugando, y ya para terminar el juego, porque se estaba haciendo tarde, se dio un temblor más fuerte que los ordinarios del Valle de las Hamacas. Fue un sacudimiento oscilatorio, pero largo y de honda intensidad. Hacia el lado de la calle, en la casa de don Pío Escorcía, cayeron unas tejas, desprendidas del techo en resbalón. La familia, por dicha, había corrido al patio.

—¡Al pie de los árboles, al pie de los árboles! —gritaba doña Nanda señalando el lugar más seguro.

Don Nando y don Pío se cercioraron de que todos estaban salvos y cuidaban a la chiquillería.

Fernando se puso intranquilísimo. Su novia, que era pobre, vivía en una casa que no prestaba garantías. Tenía una pared francamente rajada. Se había rajado de un temblor fuerte hacía dos o tres años, y en vez de componerla debidamente, el casero, porque era casa de alquiler, sólo la había enjalbegado de nuevo. Hacía poco, con un temblorcito cualquiera, el enjalbegado se había venido abajo, dejando la rajadura descubierta. El casero dijo que hasta que las lluvias acabaran podía encargarse de hacer

la compostura. Fernando se había encargado de argumentar con el tacaño propietario.

Pero es cuando se están acabando las lluvias, que tiembla más recio. ¿Qué quiere usted, que se caiga la casa antes de componerla?

El casero había sonreído.

—¿Qué va! —dijo—. Esa casita ha aguantado más temblores que ni qué. Y no se ha caído.

Ahora, con este temblorón, Fernando se acercó a Gonzalo.

—Estoy con el Credo en la boca —le dijo— ¿Qué le habrá pasado a mi negra?

Gonzalo entendió. Ya habían conversado de eso.

—¿No le parece —le dijo Gonzalo a don Nando— que vaya Fernando a ver cómo quedó la casa?

—Tú vienes conmigo —dijo Fernando.

—No —replicó Gonzalo—. Mejor es que me quede, por si vuelve a temblar y se ofrece algo.

—No creo que vuelva a temblar —dijo don Nando—. Con ese sacudión ya se asentaron los volcanes.

Pero Gonzalo temía que volviera a temblar y no quería dejar a la Carmencita.

A corto rato de haberse ido Fernando, tras de haberlo bendecido su madre, sobrevino otro temblor, más fuerte y más largo que el primero. Acababan de llegar de la Presidencia por la Pilar. La Liluca se puso miedosa.

—¿Se han olvidado de mí! —dijo—. ¡No han venido por mí! ¡Oh, *mon Dieu!*

—Ya vendrán, —dijo Gonzalo para calmarla—. No te apures que ya vendrán. Pero la Liluca estaba atacada de terror. Brincaba de espanto.

—¡Llévame a mi casa, Gonzalo, por el amor de Dios! —gritó desesperadamente.

—Ya dejó de temblar —dijo la Carmencita, perfectamente tranquila—. Mamá, ¿no le parece que Gonzalo y yo llevemos a la Liluca a su casa? ¿Nos deja?

Se fueron corriendo, andando por la mitad de la calle para evitar tejas que se desprendieran de los aleros. Observaron algunas casas ladeadas. Algunas gentes, viéndolos correr, les preguntaron qué había pasado. Eran conocidos, la Leonor y sus papás.

—No es nada, —dijo la Carmencita—. Es que vamos **chez** Liluca a dejarla.

No entraron a casa de la Liluca, Gonzalo y la Carmencita. Se regresaron inmediatamente. En la confusión de recibir a su hija que venía llorosa, la mamá de la Liluca ni siquiera los había invitado a pasar adelante.

—Tu papá se va a volver loco —dijo la mamá de la Liluca—. Anda buscándote.

Volvían Gonzalo y la Carmencita cuando un tercer temblor los cogió en plena calle. La Carmencita se apretó contra Gonzalo abrazándolo. La calle se movía mareante. Se movía y se movía. Pero la Carmencita no dejaba de besar a Gonzalo en el oído.

—Mi amor —le decía—. Amor mío, alma de mi alma, toda mi vida, más que mi vida. Gonzalo mío, luz de mi día, estrella de mi noche. ¡Quiéreme, Gonzalo,

ámame! Yo soy tuya, ¿entiendes?, tuya. Yo soy sólo tuya.
¡Tómame!

Todavía cuando dejó de temblar sentía Gonzalo el movimiento de la tierra.

—Corramos —le dijo Gonzalo— y la tomó de la mano y echó a correr.

Llegaron jadeantes a la casa. Allí explicaron.

—Nos agarró en la calle, cuando volvíamos. La mamá de la Liluca dijo que su papá había venido por ella.

—Sí, vino y se fue.

—¿Y Fernando? —preguntó Gonzalo.

—No ha vuelto —dijo don Pío.

Gonzalo estaba feliz. Estaba dichoso. Le palpitaba el delirante corazón. Ahora sí que todo está en claro. La Carmencita lo amaba. Al mismo tiempo preocupado. Era por Fernando. Por la novia de Fernando. ¡Si la casa se le hubiese caído! Pensó. ¡Si en este instante en que él, Gonzalo, estaban tan lleno de júbilo imperioso, el pobre Fernando estuviese apartando escombros para desenterrar a su novia! No. No iba a ser Dios tan malo. ¡A lo mejor el Fernando estuviese apartando escombros para desenterrar a su novia! de la oreja. Gonzalo se volvió, a mirar a la Carmencita. La miró fijamente y le sonrió, y la Carmencita alzó ligeramente las cejas y con los labios le envió un suspiro de beso.

Como pasara largo rato sin volver a temblar, regresaron todos al interior de la casa.

—¡Vengan a ver! —dijo doña Carmen desde su aposento—. La cama bailó. Era una cama de altos postes de

caoba, con cabezal de una sola pieza de la misma madera maqueada.

La Carmencita entró a su propio cuarto, con una vela encendida. Gonzalo la siguió. No lo advirtió nadie. Pero ya allí ambos tuvieron temor.

—Mi cama también bailó —grito la Carmencita, para que todos oyeran y ayudada de Gonzalo se puso a enderezarla.

—Tu tocador también bailó —dijo doña Nanda llegando a ver—. Empújalo de ese lado, Gonzalo.

Gonzalo estaba tranquilo. Empujó el tocador de la Carmencita.

—Ésta —dijo— como que se ha ladeado. Véala usted, doña Nanda.

—No —dijo la Carmencita—. Así es. Es que se hace panza. No la hicieron aplomo, pero está bien.

Vení a ver el cuarto de nosotros —dijo la Conchita halando a Gonzalo de la mano—. Vas a ver cómo bailó mi cama.

Gonzalo se dejó llevar.

—A ver —dijo— compongamos esto— y después de componer las dos camitas, de alegre que estaba tomó a la Conchita en alto y la dejó caer en el catre. Luego la levantó y la puso derecha en media recámara.

—¡A mí también! —dijo la Camilita alzando los bracitos.

—No, a ti que te levante Fernando —dijo Gonzalo— porque a Fernando es al que más quieres.

—Yo al que más quiero es a vos, ¿verdad, Gonzalo?
—dijo la Conchita.

—Sí —dijo Gonzalo.

Cantó un gallo, y empezó a clarear el nuevo día.

8.

Pasados los exámenes, orales como se acostumbraba entonces, con asistencia de público, generalmente parientes de los estudiantes y estudiantes que iban a ver qué preguntas “salían”, seguros de que no volverían a salir y que de ese modo ya no tenían que preocuparse de esos temas, Gonzalo y Fernando se fueron a **La Palestina** a dirigir la colecta del ganado, la herrada, y la selección de los animales que iban a vender. El Gabriel les ayudó quien más. A veces, cuando no era otra cosa que ir de inspección, el Gabriel llevaba al Fernandino en su caballo, para que fuera aprendiendo, decía, pero en realidad por puro amor de padre.

—Le pusieron Fernando por el Patrón —explicó Gabriel sencillamente.

Una vez recogida la remesa de ganado de ese año, celebraron en la casita de Gabriel. La había hecho de troncos de árbol sembrados uno contra otro, con luego ramas delgadas horizontalmente colocadas por fuera, amarradas con bejuco, y los intersticios del maderamen los había llenado de barro. El techo era de palma montado sobre una armazón de vigas. El piso era de tierra pisoneada.

—Estas casas sí que no se caen —dijo Gabriel.

—No —dijo Gonzalo— qué se van a caer.

La Consuelo había cocido unos pollos tiernos, con tomates silvestres y otras verduras. De una gran olla humeante que daba un buen olor vegetal, se sirvieron tamales envueltos en hojas de plátano. El Fernandino, en las piernas de Gabriel, tomó su caldo y chupó su hueso. Se parecía mucho a Julio, sólo que era oscuro y el pelo medio rubio le crecía más bajo la frente. Acordándose de la Consuelo, Gonzalo, en su casa de León, se maravilla de su bondad de mujer. Y de la bondad de Gabriel.

Rumbo a Guatemala, despacio para que el ganado enflacara lo menos posible, por Asunción Mita, después de haber pasado el río, se juntó con ellos don Nando. Ese año vendieron el ganado muy bien. Por otra parte, ese año el pagaré de don Pío era menor que el primero, de modo que don Nando hizo regular ganancia.

—Voy a comprar unas acciones en la compañía de luz —les dijo a los muchachos—. A lo mejor es buen negocio. Conste que lo hago en contra de la opinión de don Meca.

—¿A don Meca no le parece, papá? —preguntó Fernando.

—No le parece, —replicó don Nando—. El negocio tiene buena cara, pero don Meca dice que él ha cogido experiencia de eso. Que es una trampa. Que ya él ha visto muchas veces ese timo. Dice que hacen cuentas bonitas de los gastos de inversión y que venden acciones para cubrirlos, y que luego que el negocio comienza, la maquinaria sube de precio y vale más de lo calculado, y que para eso emiten acciones preferidas que se toman ellos; y luego que la instalación lo mismo; y después, que en vez de ganancia hay pérdidas, hasta que los accionistas, viendo que no sacan nada, o teniendo algunas dificultades particulares,

venden sus acciones a menos del valor original y entonces los cheles las compran por trasmano, y cuando ya son de ellos, entonces como por magia el negocio se pone bueno, porque han utilizado a los accionistas para presionar al gobierno a que permita elevar la tarifa del servicio. Eso dice don Meca, y dice que los cheles se valen de la compañía para hacer ese fraude.

—¿Pues, y entonces, para qué se va a meter usted? —preguntó Gonzalo.

—Es que han nombrado a Pío presidente de la directiva —dijo don Nando— y ya Pío y yo hemos hablado de esto. Y esta vez, les ganamos a los cheles. Lo que quisiera es que don Meca también entrara y que los tres les ganáramos; porque ese don Meca es listo y las trampas las coge al vuelo.

—¿Cómo, papá? —preguntó Fernando.

—Pues que comiencen a vender los cheles sus acciones, para abaratarlas —dijo don Nando—. Ya tenemos arreglado que las compre Pío. Los cheles se creen que es un pendejo mi cuñado, y que las va a comprar de paleo, para guardárselas a ellos. Nosotros, don Meca y yo, nos aguantamos, sin vender, y compramos las de los que tengan miedo. Todo está en que Pío les haga creer a los cheles que también nosotros compramos para ellos, con tal de ganar una pequeña comisión. Y a Pío le devuelvo sus pagarés a cambio de las acciones, y cuando ya tengamos la mayoría de las acciones, nos hacemos dueños de la compañía, ¡y afuera cheles! Eso sí, tenemos que andar listos. Y que el gobierno no nos haga una chanchada. Porque si él se pone de parte de los cheles, nos puede fregar.

—¿Cómo, papá? —preguntó otra vez Fernando.

—Pues rebaja la tarifa, deja sin multa a los que no paguen, retrasa el pago de las mensualidades de la municipalidad. Eso es lo que puede hacer, y quién sabe cuánto más. Al Presidente hasta le han hecho creer que le van a casar a la Pilarcita con uno de ellos, que es el que anda viendo el equipo en el exterior.

—Todo el mundo dice que ya la Pilar rompió con el alemán —dijo Fernando— o que él se fue y la dejó plantada; no hay más que ver que ella anda como buscando pareja, pero ni quien se le acerque a decirle qué bonitos ojos tienes, paloma del alba.

—Treta de los cheles —dijo don Nando—. Por lo menos, así dice don Meca. Con eso de querer casar a su hija, creen que va a hacerles el lado el Presidente. Ya verán cuando venga el alemán y comience otra vez.

—Pero papá —dijo Fernando, y se calló.

—¿Pero qué? —dijo don Nando.

—Si usted supiera. Dicen que el alemán ése es más aburrido que mandado a hacer. Pues la Pilar, apenas se le fue, como que anda buscando un novio de deveras.

—¿Cómo de deveras?

—Pues que le endulce el oído, ¿verdad Gonzalo? —dijo Fernando maliciosamente.

—¿Gonzalo qué sabe de esas cosas! —exclamó don Nando.

—No por experiencia, —dijo Fernando— pero sabe lo que es el amor. La Pilar quisiera hallarse un Gonzalo. ¡Papá! ¿Por qué no enamora Gonzalo a la Pilar?

—¿Por qué no la enamoras tú o la santa de tu agüela? —replicó Gonzalo en tono de ofendido.

—Es que yo tengo novia —dijo Fernando, sonriéndole.

—¿Con que esas tenemos? —dijo don Nando.

—¿No le habían contado, papá?

—Algo me habían dicho; pero tú, hasta ahora, no me habías dicho nada.

—Gonzalo es quien no tiene compromiso, y qué le importa. Enamora a la Pilar y quién sabe si hasta le llega a gustar de veras. El cuerpo lo tiene regio, no se le puede quitar.

—¡Dios me guarde! —dijo Gonzalo.

Y don Nando se echó a reír y la jornada de Zacapa a la ciudad de Guatemala la hicieron alegremente. En todo ese camino había animación.

Estaban tendiendo una línea férrea, preparando primero la cama de la vía, emparejándola con pisonés, y usando teodolitos y cordeles. En algunos trechos, concluida esa obra, estaban poniendo durmientes, y en partes echando los rieles y clavándolos. Los capataces eran gringos. Los peones indios. Los capataces vestían calzones de montar, calzaban botas altas, llevaban cascos *sarakoff*, de viseras de faro verde para amainar el relumbre del sol. Los peones andaban descalzos, con sombreros de palma, con pantalones de lana, porque eran de altura, y camisas ya en los puros harapos. Los capataces hacían chascar los látigos, y los peones casi no se atrevían ni a quitarse el sudor de la frente con la mano.

A veces el camino se apartaba de la vía en construcción, otras la seguía paralelamente.

—En Nicaragua también están construyendo un ferrocarril —dijo don Nando—. Los cheles nos van a dejar estos países que no los vamos a conocer. Y en Nicaragua van a llevar vapores para los lagos. Pero fíjense qué vivos son los cheles. Antes de construir nada, antes de dar una palada, pero ni siquiera sugerir que van a hacer una vía férrea, compran por un cacao las mejores haciendas por donde después pasa el ferrocarril, y claro, con el ferrocarril sube el valor de las propiedades y toda la ganancia es para ellos.

—¿Por qué el gobierno los deja entrar, papá? —preguntó Fernando.

—¡Quién sabe! —dijo don Nando—. Será que pasa lo que en Costa Rica, que si un gobierno se les opone, los cheles les dan armas a sus enemigos, y ahí tienen una revolución y un gobierno nuevo que manejan los cheles.

—¡Yo los mataría a todos, y a los del país por traidores! —dijo Fernando.

—¿Y eso, de qué serviría? —dijo don Nando— Más aprisa nos cogen todo, con las reclamaciones, como en Honduras, que en un pleito de borrachos mataron a un inglés, y lo caro que le costó a Honduras. Y siempre hay más cheles que vengan. Se va uno y vienen tres. En Cuba, dice don Meca, no están esperando sino que salgan los españoles para echarse sobre la isla y cogérsela enterita.

—En Guatemala —dijo Gonzalo— está José Martí, y está el señor Izaguirre, que es el director del Instituto. Martí es un escritor y también maestro, cubanos los dos, y desterrados de Cuba porque quieren la independendencia. Yo leí un folleto de Martí, y qué bien escribe el hombre. Me gustaría verlo y tal vez, si no está muy ocupado, que

nos contara algo de estas cosas. Nosotros sólo a don Meca hemos oído sobre Cuba.

Pero cuando llegaron a Guatemala encontraron que Izaguirre se había ido a Nicaragua, a Granada, a encargarse allí de un colegio, y Martí había regresado a México, con su esposa, que era cubana, y que todo el mundo sabía que la María García Granados, que era la niña más linda de Guatemala y que se había enamorado de Martí, se había muerto de tristeza, cuando Martí volvió casado de un viaje que hizo a México.

—Hubieran visto ustedes qué entierro el que se le hizo —les contaron en Guatemala—. Nunca se volvería a ver un entierro así. Iba el Presidente con todos los del gobierno, iba el cuerpo diplomático, todos de grandes levitones negros, iba el arzobispo con los obispos arrastrando capas caudales, y todo el mundo. ¡Fue solemnísimos!

—¿Y José Martí? —preguntó Gonzalo.

—Le ha de pesar toda su vida —le dijeron—. Hizo unos versos que andan impresos. Son bonitos, pero presumidos. Bien que le ha de pesar, porque la con que se casó no vale lo que valía la que murió de amor.

A Gonzalo le dieron los versos. Sí, eran bonitos. Presumidos no, al contrario, muy sentidos. Bueno, y si él se casaba con la Carmen y llegaba a Nicaragua casado, y si la Claudina volvía sin haberse hecho monja, y si la Claudina se moría... A Gonzalo le interesaba sobremanera la suerte de la García Granados.

—¿Pero de veras fueron novios? —preguntó.

—Noviazgo formal no tuvieron —le dijeron—. Pero él sabía que ella lo quería. Se enamoró de él oyéndole un

discurso, porque tenía pico de oro el cubano. Era flaco, no alto pero parecía alto, cabezón, de frente ancha, con ojos muy brillantes y buena voz de hombre. ¡Qué discurso el que echó! De ahí quedó prendada la María García Granados, y él lo supo, y como era presumido, no hizo por desilusionarla desde el principio, hasta que ya fue tarde y no había remedio. Pero también dicen que trató de romper el compromiso con la que se casó, pero era cubana como él, y no pudo romperlo; tuvo que cumplirlo; y le debe de estar pesando hasta en el alma. Dicen que también él se puso que se moría.

9.

Guatemala asombró a Fernando y a Gonzalo. Sus calles rectas y anchas y cubiertas de lisas lajas talladas sobre las que se deslizaban los carruajes; el lujo de las mujeres; el teatro, al que fueron, con compañía de comedias con que rieron a más no poder, y la universidad de San Carlos, y las iglesias, y la Catedral —“Más grande y más hermosa que la de León”, tuvo que admitir Gonzalo,— todo los llenó de admiración. ¡Y qué frío!

Cuando llegaron, aunque no llovía tuvieron que ponerse sus ponchos de hule para no helarse. De noche, ya en la cama, se restregaban los pies y se los pasaban sobre las piernas para calentárselos. Al día siguiente de llegados se compraron ropa de lana, y durante el día se sentían abrigados, pero en cuanto anochecía tiritaban. Gonzalo y Fernando se compraron, además, ropa inglesa de montar, y en unos caballos magníficos, que amistades de don Nando les prestaron, fueron al Hipódromo y no hubo quien no admirase a Gonzalo.

—“Este Gonzalo” se decía Fernando, envanecido de su amigo, como que hubiera nacido príncipe. No parece del país, parece importado. Con una palabrita que le diga a la Pilar, ya está que se fregaron los cheles; una palabrita no más, o que le haga una señita con el dedo chiquito. ¿Y a él qué le importa? La Pilar no se le va a morir como ésa de José Martí el cubano. ¡Qué se va a morir la Pilar, si es más que un cañón! A lo mejor, lo del cubano fue una cosa así, para salvar a Guatemala, y como se tuvo que casar con otra, y como se murió la babosa, ahí está que están haciendo ferrocarriles y hasta club propio tienen los cheles...

El mercado de Guatemala era inmenso. Era una manzana de cuatro manzanas de las ordinarias, y desbordaba por todas las calles que allí desembocaban. Vendían preciosidades de telas de colores que hacían los indios, como tejidas de arco iris, preciosidades de aperos para los caballos y las mulas, preciosidades de todo. Y cuánta fruta y cuánta verdura, cuántas flores, y pájaros, y copal. Las tiendas de mercería extranjera en la calle principal era como un sueño del Paraíso, especialmente las joyerías. Ni Gonzalo ni Fernando jamás habían visto tantos brillantes y rubíes y esmeraldas y perlas y zafiros, y ópalos, y amatistas, en collares y prendedores y brazaletes y pendientes, engarzados en oro; ni jamás habían visto tantos relojes, ni tanto brillo áureo.

—Les voy a comprar a la Carmen y a la Concha unos aretitos —dijo Gonzalo.

—Hombre, sí —dijo Fernando— y yo le voy a comprar a la Camilita, y a mi mamá. ¿Qué le compro a mi mamá? Una medalla, no te parece, de oro. Mira, ésa con la cabeza del Santo Cristo de Esquipulas.

—A la Carmen mejor le compro también esa cadeni-
ta con la cruz ¿no te parece? —dijo Gonzalo.

Ansiaba poder comprarle un anillo. Había un anillo
con un ópalo en que los rojos y azules ardían como si fue-
ran a salirse en llamaradas de la piedra; cercaba al ópalo
un cingulo de brillantitos diminutos.

—¡Qué precioso ese anillo! —exclamó Gonzalo—
esperanzado en que tal vez Fernando le sugiriera que lo
comprase. Pero a Fernando no le pasó esa idea ni por
mientes.

—Lindo el ópalo —dijo Fernando—. Sólo que es
de mala suerte. Es piedra fatal, piedra maldita. Las perlas
traen lágrimas. Dar perlas es de mal agüero. Pero los ópa-
los son peores. Traen la muerte.

—¿Dónde leíste eso? —le preguntó Gonzalo, toda-
vía enamorado del anillo.

—En el almanaque de Bristol, antes de que vinieras
al Salvador —dijo Fernando.

—¿Al Salvador? —dijo Gonzalo—. ¡Si estamos en
Guatemala!

Ambos rieron, y rio el hombre de la tienda, que era
francés.

—Ustedes debiegan leeg —les dijo, con la pronun-
ciación gangosa de los franceses— el almanaque.

En el mercado compraron regalos para el Gabriel y
la Consuelo. A escondidas, Fernando volvió a la joyería,
y compró una cadeniita con un corazoncito de oro, que se
abría para guardar pelo. Casi se encuentra con Gonzalo

quien también volvió a la tienda y compró un anillo de oro liso. Don Nando, por su lado, compró una infinidad de recuerdos para su familia, sus amistades, su servidumbre.

Gonzalo, en su casa de León, recordando, ya viudo, toda esa época, se preguntaba qué habría hecho la Carmen-cita con aquel anillo. “¿Si todavía lo guardaba?” pensó. Pero no, se dijo, qué va. Ella no. La Claudina si lo hubiera guardado siempre. La hubiera enterrado con él, como con su anillo de compromiso y su anillo de casamiento. Y bien, ya que tenía determinado irse a El Salvador, pensó Gonzalo, las joyas de la Claudina sería mejor dárselas a la Virgen, a la Virgen de las Mercedes, patrona de León, que tenía, en su templo, precioso camarín y rico guardarropa y un joyel de reina. Guardar las joyas de Claudina, no tenía objeto, y venderlas para que otra mujer las usara, le parecía impúdico. Serían para la Virgen.

—Piénsalo bien —le dijo el Padre Apolinar Pablo.— Puede que te vuelvas a casar y como Gonzalo hiciera un gesto como de asco, y dijera “Yo no le daría a otra lo de Claudi”, el Padre se apresuró añadir: “Puede que tengas una hija y a una hija sí le podrías dar esas joyas”.

—No —dijo Gonzalo—. Son para la Virgen. Para que le hagan una corona.

En su conciencia Gonzalo sentía ocultamente que su esposa muerta lo celaba, lo acusaba, y la determinación de darle a la Virgen las joyas era un rito para aplacar el ánimo resentida.

10.

Se acordó Gonzalo del regreso a San Salvador después de aquel viaje a Guatemala.

—¿Qué me trajiste? ¿Qué me trajiste? —le dijo la Camilita, brincando de alegría, apenas hubo él desmontado.

—Tu Fernando es quien te trajo —dijo Gonzalo—. ¡Vas a ver qué bonito! Yo le traje a mi Conchi. A ver mi Conchi, venga para acá. Déjeme buscar. ¡Caray, si lo habré perdido! —exclamó para alargar la expectación y encarecer la sorpresa—. Hombre, Fernando, ¿te acuerdas, aquello que compré para mi Conchi? Pues como que lo he perdido.

La Conchita puso una cara triste.

—Ah, no —dijo Gonzalo—. Aquí está. A ver. Adivina lo que es.

—No sé.

—¡Adivina!

La Conchi había visto la cadenita que Fernando le había dado a la Camilita, y dijo:

—Una cadenita.

—Pues no; unos aretitos. Mira qué chulos. Para esas orejitas que son más lindas que dos rositas. ¡Hasta en verso sale!

Y agradecida la Conchita, que ya estaba desarrollándose, abrazó a Gonzalo y apretó contra él sus pechitos duros, duros.

—Mi Gonzalo —le dijo.

—¿Y tú? —le dijo Gonzalo a Carmen— ¿No me preguntas qué te traje?

—Un corazón —le dijo la Carmen.

—Diste en el clavo —dijo Fernando alegremente.
— ¡Dáselo, Gonzalo!

Doña Nanda sonrió.

—A ver —dijo doña Nanda.

Y Gonzalo, haciendo un gran esfuerzo por conservar la sangre fría, abrió el paquetito en que estaba seguro de haber puesto unos aretes, y se quedó perplejo cuando vio la cadenita con el corazón que Fernando había sustituido.

—¡Fernando! —dijo Gonzalo.

Fernando se echó a reír.

—Sí —dijo Fernando—. Gonzalo le compró unos aretitos, pero yo adiviné que el corazón y la cadena le gustarían más a la Carmencha, y como yo no le traía nada, pues fui a la tienda y cambié el regalo.

La Conchita no se le despegaba a Gonzalo. Se había puesto los aretitos, se había mirado en los espejos, y había vuelto a abrazarlo.

—Me veo linda —le dijo—. ¿Verdad que me veo linda?

Acordándose, Gonzalo se dijo: “Sí, era linda la patoja. Ya debe de estar grande, toda una señorita; debe de estar muy linda. ¿Y la Carmen, cómo estará?”. Cerró los ojos Gonzalo y recordó aquellos ojos de miel, con las ojeras maravillosas que eran playas de mar sombreadas, playas de mar al atardecer...

Por fin la Conchi se acordó de ir a enseñar su regalo al vecindario, y un momento quedaron solos Gonzalo y Carmen.

—No te vayas a disgustar con Fernando —le dijo ella—. Me gusta mucho el corazón; pero el tuyo es el que quiero.

—No estoy disgustado. Es que no me hubiera atrevido. Pero me alegro de que Fernando haya hecho eso. Salió muy bien. Mi corazón es tuyo, tú lo sabes. Y te traje otra cosita.

—¡Dámela!

—Este anillo.

—Pónmelo.

Y, mientras Gonzalo se lo ponía:

—Ya soy tu esposa.

Doña Nanda había llevado a Fernando al corredor. Allí le dijo:

—¿Por qué hiciste eso? ¿Crees que Gonzalo?

—Ni pizca, mamá. Gonzalo sólo en su monja piensa. Se va a quedar solterón. Es que yo tengo otro plan.

—¿Otro plan?

—De política. ¡Ya verá usted!

Y Fernando salió de casa, a ver a su pelona y a poner su plan de política en práctica.

—¿Dónde estará la Pilar? —le preguntó Fernando a su novia—. Soy embajador secreto de Gonzalo para darle un regalo.

—¿De Gonzalo a la Pilar?

—Como lo estás oyendo. Pero es lo más secreto del mundo. Júrame que no le dirás palabra a nadie.

—No lo creo.

—Pues mira. Él los compró, en Guatemala, fíjate en la cajita. Te juro por Dios y por lo más sagrado que él los compró. Y ahora se los tengo que llevar a la Pilar. ¡Eso es ser amigo!

La Pilar andaba en el Parque. Esa noche de retreta. Fernando no podía ir allí, pero su novia sí.

—Andá, y le decís que es muy importante, y te la traés en menos que canta un gallo.

El Parque estaba animado. La banda tocaba un pasodoble. Había hecho un calor insoportable todo el día, pero con el anochecer había refrescado, y el Parque estaba lleno. El alemán había vuelto y se paseaba al lado de la Pilar que iba muy garbosa con su hermoso cuerpo y creída de que, en el Parque, de noche, no se le notaba el cutis que por más que se empolvaba no dejaba de estar.

—Oyí, Pilar. Te tengo que decir un gran secreto —le dijo la novia de Fernando.

—¿Ahjá?

—¡Que no oiga nadie! Ya mi Fernando regresó de Guatemala.

—¡Dichosa vos! Ya también volvió mi sombra.

—Y con Fernando regresó el Gonzalo. Y Fernando tiene una cosa muy importante que decirte.

—¿A mí?

—A vos misma. Y no puede venir a la retreta, por el luto. Zafate de ese sonso y venía a mi casa.

—¿Pero qué puede ser?

—¿Qué te dice el corazón? ¿No te dice Gonzalo?

—¿A mí? ¡Qué va!

Y ya frente a Fernando, a la Pilar le palpitaba el corazón volcánicamente. Los apretados pechos de la mestiza parecían que iban a reventar.

—Es secreto —dijo Fernando—. Que como tu papá es el Presidente, pues él no se atreve, y cree que tú creerías que era por interés; pero quiere que sepás que se acordó de vos, y como ya supone que no tenés compromiso, quiere que aceptés este recuerdo como prenda de cariño.

—¿Estás seguro de que es para mí?

—Para ti. ¿Para quién iba a ser?

—¡No lo hubiera ni soñado!

—Él los compró, él mismísimo. Pero guárdale el secreto. Nada más que si es que estás comprometida...

—¿Comprometida? ¿Yo? ¡Con ese zoquete chele! ¡Sí es un bauzán más engreído y más baboso! ¡Pero quién me lo hubiera dicho! Hasta ganas de llorar tengo. ¡Yo tan fea y tan dichosa!

—¿Y a nadie le había hecho caso el Gonzalo, verdad? —dijo la novia de Fernando.

—A nadie —dijo Fernando—. Pero así es. Si te crees fea, pues la suerte de la fea la bonita la desea; pero no eres fea y no te fíes en ese refrán.

—Es que si se lo pido a la Virgen, ni ella me lo hubiera concedido, —dijo cándidamente la Pilar— y ahora sin pedírselo me lo concede.

—Pero le guardas el secreto —reiteró Fernando.

—Sí —dijo la Pilar.

Y cuando volvió al Parque no le hizo más que desaires al alemán.

—En resumidas cuentas —le dijo claramente— que usted es un pesado, y que me deje, y que me cae mal, ¿entiende?

—No entiendo —dijo estólidamente el alemán.

—Pues que se vaya con su lata a otra parte. Yo estoy enamorada de otro hombre, ¿entiendes?

—¿Pues ese hombre, está enamorado de usted? —insistió, terco, el alemán.

—Sí —le respondió orgullosamente la Pilar—. Es un joven guapísimo y de mi raza, y tiene más vida en un dedo que usted en todo su cuerpo de pelele.

—No entiendo pelele —dijo el alemán.

Con eso colmó el fastidio de la Pilar.

—Pues vaya y pregúnteselo a su abuela.

—Pero no tengo abuela —dijo el alemán—. Eso es chistoso, porque se ha muerto hace muchos años. Ya te he dicho que mi abuela se ha muerto.

—Bueno —dijo la Pilar— que usted me aburre. Que no lo quiero ver ni pintado. Que usted es un zopenco.

—Zopenco tampoco entiendo —dijo el alemán.

—Bueno. ¿Pues ve usted aquel perro? —dijo la Pilar—. Pues ese chucho es mejor que usted.

—¡Oh, no! —protestó el alemán—. Un perro no puede ser mejor que yo.

—Pues yo digo que sí.

—Pero te equivocas, Pilar.

—No me equivoco, y no me tutee usted.

—¿Entonces, no somos novios?

—¡Hasta que por fin! Sí, eso.

—¡No comprendo! —dijo el alemán—. Tal vez mañana sea diferente, ¿verdad?

—Ni mañana ni nunca.

—Veremos.

Los promotores de la empresa eléctrica comprendieron, cuando él les contó esa escena, que habían hecho mal en enviar al novio de la Pilar fuera del país. Claro, se decían, en el ínterin la chica se ha enamorado de otro. Eso ponía el negocio en mal pie. Ya no podían contar incondicionalmente con el señor Presidente. Había que asegurar, por lo menos, al Presidente de la compañía, el magistrado Escorcía. Don Pío tenía una hija, ¿no? Sí, y muy guapa. ¿Con novio? No. Pues entonces, ¿qué más pedir? El ex-novio de la Pilar recibió instrucciones de enamorar a la Carmencita.

11.

Los domingos por la tarde solían los socios del club acompañar a sus familias al **Five o'clock Tea** que comenzaba a las cuatro y en el que no se servía té sino licores para los caballeros, vermut para las señoras y refrescos de color para las señoritas. A veces había un enamorado que mandaba destapar champaña. Causaba mucho qué decir.

Significaba muchas cosas: que el enamorado era rico y de buen tono, y que había sido aceptado; que era un botarate; o que eran hercúleos los esfuerzos que hacía para que se le aceptara.

—Panchito Guardia —se decía— anda loco. Ni modo que la Clementina le dé el sí, y eso que sus papás de ella le hacen el lado al Pancho.

—¿Cómo lo sabés?

—Te lo estoy contando, porque no fuiste al Club el domingo. Imagínate que el Pancho, que debiera mandarse a hacer camisas, porque las que usa entre semana ya necesitan que les volteen los puños, mandó a descorchar champaña.

—¿De veras?

—Y por no quedarse atrás Julián Gurola mandó que destaparan otras dos botellas para su mesa, que está de enamorado hasta el tope, y como tiene plata hasta para quemar, a él no le importa lo que gasta. ¡Pero sólo dos botellas fueron las de él, mientras que el Pancho mandó destapar cuatro!

—¡Qué bárbaro!

—Parecía batalla. ¡Pun! ¡Pun! ¡Pun! ¡Pun! Estuvo alegre.

—¡Partida de babosos que son ustedes! Hasta con el ruido de destapar botellas se emborrachan.

—No sé. Le da tono al club. Aunque uno no beba más que compuesto, alegre ver que hay alegría.

Aquel domingo después de regresar don Nando de Guatemala, el Herr Matthews y el Herr Harmann y el Herr

Müller insistieron con don Pío en que llevara la familia al club. Don Nando, consultado por su cuncuño, aprobó ese retorno a la sociedad. Doña Carmen ordenó a la Carmencita que se vistiera de blanco y no permitió contradicción. Fernando salió a ver a su novia. Gonzalo, que insistía en el luto riguroso, fue a casa de don Pío a verlos salir. Le alegró que la Carmencita se pusiera la cadenita con el corazoncito guardapelo. Iba ella con un traje espumoso, de falda de muchos vuelos y corpiño con encajes, y una cinta negra, de cuatro dedos de ancho, en la cintura, con el lazo a la espalda. En contraste con la verdadera blancura de la ropa, su rostro y manos parecían de marfil, tenían la palidez del buen marfil.

—No vamos más que un ratito —dijo don Pío—. Tú también podrías venir.

—Yo no, gracias —dijo Gonzalo—. Si no se van a dilatar, me quedo a esperarlos, si usted me presta su **Derecho romano** para darle una repasada.

—Sí, hombre, sí. ¿Qué estás estudiando?

—Divorcio.

—¡Las necesidades de la escuela! Si nosotros no tenemos divorcio, ni lo tendremos jamás.

—Pero lo exigen como materia de último año.

—Ya sé, ya sé. Pues quédate en casa y que la Conchi te sirva un fresco cuando lo quieras.

A pesar de que era contra su voluntad, de que asumía un tono de forzada, y, sobre todo, de que Gonzalo no iba, la Carmencita estaba animada. Más animada que Gonzalo la había visto desde hacía mucho tiempo. Se miró muchas veces el lazo del cinturón, y ya que iban a salir se frotó las

mejillas con las manos y se volvió a empolvar, todo en la sala ante la luna grande de cristal en marco dorado que, inclinada reflejaba el cuerpo entero. Gonzalo la miraba. Ella ni una vez volvió a mirarlo a él, aunque él se moría por decirle con los ojos qué linda estaba.

12.

Era verdad que Gonzalo quería estudiar un rato. La cuestión del divorcio es, se dijo, sin duda innecesaria; don Pío tenía razón. Pero le fascinaba el tema. Aparte del argumento religioso de que, por ley de Dios, el sacramento del matrimonio, hace una unión indivisible excepto por la muerte, el divorcio tenía, debía tener, sus razones aceptables. Claro, sólo los protestantes se divorcian pensó Gonzalo; los católicos dejarían de ser católicos si se divorciaran; sin embargo, en ciertos casos, la Iglesia tolera alguna forma de divorcio; por tanto, no es cuestión de dogma como la Santísima Trinidad, y la Iglesia podría llegar a permitir el divorcio más libremente. Por ejemplo, en el caso de los Mútziz, y se refería Gonzalo a un matrimonio desdichado en el que ambos cónyuges se habían casado aprisa, por despecho, amando a otras personas. No era culpa de la Iglesia que marido y mujer hubieran cometido esa tontería pero la Iglesia, madre amantísima, debía de considerar, ella que es infalible, la falibilidad y flaqueza de sus hijos. ¡Ahí estaba el punto: para sostener de veras la indisolubilidad matrimonial, había que declarar infalibles a los que se casan; como eso es absurdo, es forzoso reconocer que muchas veces se casan quienes no debieran casarse, y entonces no hay más que aceptar el divorcio, a menos que tenga alguna virtud el hacer marido y mujer vida de perros y gatos en el hogar.

Bueno, ¿y él? Supongamos que se casara con la Carmencita, ¿sería feliz?, se preguntó. ¿Podría él hacerla feliz a ella? ¿Ella a él? Y pugnaban en sus adentros el deseo que sentía por la Carmen y las dudas que lo torturaban. ¿Sería cierto que Julio la besaba, la estrujaba? Si no era cierto, ¿quién le había enseñado? ¿No había sido ella quien se le había insinuado a él? Aquella cartita olorosa; aquella noche en el petate en **La Palestina**, aquella otra noche, la del temblor...

Eso resulta, se dijo Gonzalo, de ponerse a pensar. Y ni siquiera abrió el libro que don Pío dejó en sus manos.

La Conchita lo arrancó de su enfermiza meditación amorosa.

—Mi Gonzalo —dijo.

—Sí, mi Conchi.

—¿Te sirvo ya el fresco?

—¿De qué es?

—De tamarindo.

—¿Y me lo vas a hacer tú, o la criada?

—¿Te lo hago yo, mi Gonzalo? ¿Me dejas que te lo haga yo?

—Si me lo endulzas bien.

—¿Cómo?

—Dándole una probadita, para que lo endulcen tus labios.

Y cuando la Conchita volvió con el vaso alto, que agarraba con una mano mientras con la otra sujetaba el

platito en que algo del refresco se derramaba, Gonzalo le preguntó:

—¿Me lo endulzaste bien?

Y ella:

—Sí. Mirá, otra vez te lo endulzo —y sorbió del vaso.

Gonzalo sentía sed y bebió largo.

—¿Estaba dulce? —le preguntó la Conchita.

—Como una miel.

—¡Mentira!

—Conchi, no se dice mentira.

—Es que así son los hombres. ¡Ya los voy a ir conociendo! —Y con el índice de su mano derecha señalaba a Gonzalo y meneaba la cabecita reconviniéndolo.

—¿A qué hombres?

—Primero a Julio, y ahora a vos... Ya voy sabiendo cómo son mentirosos.

—¿A Julio?

—¡Uhhú! Así le decía a la Carmencha. ¡**Dame la miel de tus labios!** Y la besaba, y mentira que hubiera miel.

—¿Cómo sabés eso?

—Porque yo besé a la Carmencha, y no tenía miel.

—Digo, ¿cómo sabés que Julio besaba a la Carmen?

—Yo los vi. La porción de veces. ¿Ya ves que son unos mentirosos los hombres?

—Sí, Conchi. Unos embusteros. Nunca les hagás caso.

—Yo no —dijo la Conchi—. Sólo a vos, pero no seás embustero, mi Gonzalo. Y si me querés besar, bésame, pero no me digás embustes, ni me levantés el vestido.

—¡No, Conchi! No digas eso. No debes decir eso, ¿comprendes? A nadie, pero a nadie.

—Sólo a vos te lo he dicho —respondió la niña haciendo pucheros de ver a Gonzalo enojado.

—No, Conchi. No llores. Si no es nada, ¿ves?, no es nada. Sólo que no lo debes decir.

—Ya no querés llamarme mi Conchi.

—Sí. Si te digo mi Conchi. Siempre mi Conchi, muy pura y muy buena y muy linda.

—¿Te corto una flor, mi Gonzalo?

—Sí, córtame una flor.

Y la Conchi se fue corriendo al jardín a cumplir con ese rito de reconciliación con su Gonzalo. Y Gonzalo se quedó tristísimo, abismado. Era como si, desde tiempo atrás, hubiese estado con una daga de punta sobre su corazón —¡la sospecha es un puñal!— y que la Conchi le reveló de las relaciones de la Carmen con Julio le hubiese empujado el acero hiriéndole de muerte.

Mientras tanto, en el club, la reaparición de la Carmencita había sido una novedad.

13.

—**Cada** vez más preciosa su capullo, —le decían los hombres casados a don Pío, piropeando a la Carmencita.

—¡No, qué va! —respondía don Pío.

Los Escorcía se sentaron en la mesa de los cheles, de quienes eran invitados. Los **herren** se deshacían en atenciones. Al presentarse el alemán que la Pilar había desdeñado, le hicieron campo de modo que quedara junto a la Carmencita. El chele mandó destapar champaña.

—La champaña es lo que los franceses tienen bueno —dijo uno de los **herren**, y los otros se lo celebraron con gracia.

En otra mesa estaba la Pilar con una familia amiga.

—Se creará ese bauzán que me está dando celos —se dijo Pilar—. ¿Y se creará que la Carmenchita le va a hacer caso?

Pero después de la segunda copa de champaña, o la tercera, la Carmencita pareció a todo el mundo que sí le estaba haciendo caso al alemán, y el desagrado de la Pilar se hizo notable en el círculo que la rodeaba. Fuera de sí, la Pilar hizo una cosa insólita. Mandó servir champaña en su mesa, ya que nadie le rendía a ella ese homenaje.

El pequeño rato que don Pío se había prometido estar en el club se extendió horas. A las seis en punto la orquesta —piano, violín, flauta y violón— comenzó con un vals. El alemán de la Pilar sacó a la Carmencita y la hizo girar y girar, mareándola. Los colores se le subieron a ella y le sobrevino un reír nervioso, una risita en series, que alegraron a su pareja.

El club daba al Parque. Era un edificio de dos pisos, con el segundo piso abierto hacia la calle, con pequeñas columnas que formaban balcones. Allí estaban las mesas. Hacia adentro, en un ancho corredor alto, abierto a un jardín lleno de palmeras importadas, se bailaba. En el jardín había muros de enredaderas que dividían los “secreteros”; en cada secretera un banco y una mesita.

—¡Vamos al jardín! —le dijo imperiosamente la Carmencita al alemán—. Te voy a contar muchas cosas. Estoy como comenzando a sentirme borrachita.

—¡Si no ha tomado nada! —dijo el alemán.

—Pero me da vuelta todo. Agárrame que me puedo caer.

El alemán la tomó por la cintura y la ayudó a bajar la escalera al jardín, y la condujo a un secretero.

Lo cual bastó para que el chismerío comenzara.

Cuando por fin doña Carmen, advirtiendo la ausencia de su hija, mandó a don Pío a buscarla, la Carmencita estaba llorando sobre el hombro del alemán. La champaña se le había subido tremendamente.

14.

Gonzalo se cansó de esperar en casa de don Pío, y se echó a caminar y a caminar fuera del centro, por la barriada de Mexicanos. Llegó ya noche a casa. Le costó trabajo conciliar el sueño. Al día siguiente advirtió cierta seriedad, o más bien tirantez, en la familia de don Nando, a la hora de la comida del mediodía. Lo achacó a su propia conducta. Quiso iniciar conversación, y fracasó. Toda

la mañana no había salido de su cuarto. Ni siquiera había querido el desayuno que le llevó la pequeña hija de la cocinera. Después de la comida se retiró otra vez. Fernando tenía ahora la pieza de la calle que había sido de Julio, y Gonzalo la que había compartido con Fernando. Fernando lo siguió.

—Llegaste tarde anoche —le dijo Fernando.

—¿Me sentiste llegar? —preguntó Gonzalo— creo que llegué de madrugada. Traté de entrar haciendo el menor ruido posible, pero esa llave del zaguán rechina mucho.

—Yo acababa de llegar —dijo Fernando—. ¿No ves cómo tengo este ojo?

Gonzalo le miró el rostro a su amigo por primera vez ese día. Ni en la mesa ni después había mirado a nadie cara a cara.

—¿Qué te pasó, Fernando?

—Me di de trompadas.

—¿Con quién? ¿Por qué?

—¿No sabés nada?

—No, ¿de qué?

—Pues hombre, ya me venía para la casa, pero sentí sed y al pasar por la esquina del Parque me paré a tomar un refresco, y Pedrito del Águila que se me acerca y me dice. **Oye, ¿qué es cierto que tu tío halló a tu prima Carmen con el alemán que le hacía la corte a la Pilarita?** Y yo le dije, **¿Qué infamia decís?** y él me dijo que lo acababa de oír en el Club y que en el Club estaban desguzando a la Carmen, y yo le dije que si era caballero que no

volviese a repetir eso, y él me dijo que no fuera pendejo, que a quien debía regañar era a la Carmen para que no se exhibiera en público, y con eso le zampé un gordemis y le rompí la nariz, pero él también me dio de golpes, hasta que nos separaron.

Gonzalo se puso pálido.

—Sólo te quería decir —dijo Fernando— que tú no te vayas a meter en esto, porque entonces hacen la cosa peor. ¿Comprendes?

—¿Pero qué fue lo que hizo Carmen?

—Ya mi mamá lo averiguó. Que se fue al club con sus padres y los alemanes destaparon champaña, ¡los chanchos!, y a la Carmen se le subió, y el alemán que estaba enamorado de la Pilar le hizo el amor, para picar a la Pilar, y la muy tonta de la Carmen bailó con él y se sintió mareada y dejó que él la llevara a un secretero del jardín, y allí se puso a llorar en el hombro del gusano ése. Eso fue todo, pero como con cualquier cosa arman escándalo, ahí nos tienes que somos el platillo del día. Pero una cosa hemos ganado. ¡Ya la Pilar se sacudió de encima al alemán hijo de su bendita madre!

—¿Y eso, qué? —preguntó Gonzalo.

—Hombre, el negocio de la luz eléctrica.

Gonzalo tenía el corazón lacerado. ¡Pobre Fernando!, se dijo. Por supuesto que cree que todo fue cosa de que se le hubiera subido el champaña a la Carmen. Pero, ¿y si ahora le ha gustado el alemán? ¿Si le ha gustado el alemán como le gusté yo cuando todavía era novia de Julio? ¡Oh, no! Y cerraba los ojos y se sentía como si estuviera al borde de un precipicio. Y se aconsejaba y daba valor: ¡No

vayas a volverte loco como Julio, se decía, ni cometas una majadería! De buena te has salvado. Sólo te falta darte a emborrachar y meterte con las putas, para acabar podrido y suicida. ¡Bonita cosa! Y tu padre que te cree serio. Y todo el mundo que te cree un hombre. ¡Qué hombre ni qué nada! Eres un pelele, un muñeco, un pendejo, ensombrecido en el alma porque una putilla se ha burlado de ti... ¿Pero qué hago, qué hago si ella es mi alma?

Tu alma, se respondía; no me hagas reír. Di mejor tu cuerpo. Di mejor tu carne. Ella es la carne. Ella es suma del mundo, del demonio y la carne. Si te pierdes, es porque te quieres perder. No culpes a nadie, ni vayas a querer matarla como Julio. Si quieres matar, mátate tú. ¡No! Si no quiero matarme. ¿Entonces? ¿No sería lo mejor que te regresaras a León? Sí, en cuanto me reciba.

Y Gonzalo se puso a estudiar con todas sus fuerzas, a estudiar como si de eso dependiera la salvación de su alma, se enfrascó en el estudio. Fernando era quien trataba con el mundo. En la mesa de los Ramírez, pasadas algunas semanas, volvió la alegría.

—Don Meca —dijo don Nando— ya está con nosotros. Nunca hubiera creído que tuviera el capital que ha puesto. Y el Presidente está de nuestra parte. Ahora lo necesario es quitarle a Pío la idea de que ese chele de veras se va a casar con la Carmencha, porque eso no lo debemos tolerar.

—No es Pío, —dijo doña Nanda— es la tonta de mi hermana. Porque tampoco la Carmencha lo quiere. La Carmen es la que está ilusionada.

—Pues quién sabe cómo ande eso de la Carmencha —dijo Fernando— yo la veo enamorada hasta el tope,

más pálida y ojerosa y poniéndose flaca, como se puso la Tula Midence, ¿se acuerdan? cuando estaba jalando, y todo fue que se casara para que pareciera que volvía a la vida. ¡Nunca creí que la Carmencha se enamorara de ese modo!

—¡Disparates! —dijo brevemente doña Nanda.

—¿Disparates, mamá? Pues vea, yo le pregunté qué le pasaba, que si era el amor, ¿y sabe lo que me dijo?, que la devoraba una pasión.

—Disparates, —volvió a decir terminantemente doña Nanda—. A lo mejor lo que le pasa a la pobre Carmencha es que no ha visto a Gonzalo, ¿eh, joven?

—¿A mí?, —dijo Gonzalo—. ¿A mí señora, por qué? Y se puso colorado.

—Por nada, hijo, por nada —le respondió doña Nanda—. Un deseo mío, eso es todo. Pero qué se va a hacer. Al corazón no lo manda nadie.

—No me le meta esas cosas en la cabeza a Gonzalo —dijo Fernando—. Lo que la gente dice —añadió en tono de malicia— es que está enamorado de la Pilar.

—¿De quién?, dijo Gonzalo.

—Ya ven cómo es la gente —dijo Fernando con picardía—. Hasta a la Carmencha se lo han dicho. Y es para hacerle creer a todo el mundo que la Pilar se ha llevado a uno mejor que el alemán; porque, claro, si Gonzalo quisiera, yo apuesto a que le quita la Carmencha al alemán.

—Yo no le quito nada a nadie —dijo Gonzalo.

—¿Por qué no? —dijo doña Nanda.

—Yo sé por qué —dijo don Nando.

—No. No sabe, señor —dijo Gonzalo—. Es que yo no me voy a casar nunca.

Y Gonzalo también adelgazaba. Todos lo atribuían a lo estudioso que era.

CAPÍTULO VI

1.

La Universidad databa de la Colonia. Con la expulsión de los jesuitas había venido a menos. Los dominicos, sin embargo, mantuvieron largos años cátedras de latín, de lógica, de teología basada en Santo Tomás de Aquino, y de derecho canónico. Con la Independencia y las turbulencias que sobrevinieron, y con la pobreza resultante de quedar aislado el país, los dominicos cerraron sus casas de la América Central, al igual que los mercedarios, los franciscanos, los recoletos, los agustinos y demás órdenes en las que la mayoría de los frailes eran españoles. Andando el tiempo, cuando El Salvador, rota la Unión Centroamericana, se constituyó en república, libre, soberana e independiente, la Universidad se volvió a abrir bajo auspicios laicos.

Por la época cuando Gonzalo Quirós se matriculó para estudiar abogacía, no se enseñaba más que esa carrera y la anexa de notariado público. En lo material formaban la Universidad cinco o seis salas de un viejo edificio, parte de antiguo convento, que daba a un jardín abierto a la calle. El jardín se mantenía en una incultura fecunda. Era un monte, guarida de lagartijas y criadero de zancudos, magnífico a veces con exhuberancia de altos girasoles. Los zancudos buscaban la sombra de las aulas y zumbaban en

los oídos de los estudiantes, fastidiándolos. Se daba esa excusa para la costumbre de fumar en clase.

El personaje más importante de la Universidad, el que de veras la encarnaba, era el bedel. Se había hecho viejo en ese puesto. Amarillo de cara, rugoso como un pergamino, canoso de pelo, perfectamente rasurado siempre, andaba hecho un arco, doblegado, y hacía sonar a su paso un rimero de llaves que colgaban de un aro de alambre. Se mantenía atento a abrir el aula en cuanto llegaba el profesor a quien correspondía, y hasta que el profesor llegaba, que era siempre tardíamente, los alumnos se paseaban en el largo corredor frente al jardín, o formaban grupos discutidores y anarquizantes. El bedel era el símbolo y la voluntad de orden. Cuidada también de la biblioteca universitaria, que se contenía entera en un armario de tres puertas donde también se guardaban los libros de actas y de exámenes.

La enseñanza universitaria era a base de discusión libre, reminiscente de las disputaciones medievales. Los profesores, abogados viejos, litigantes de nota, de honradez reconocida, no percibían sueldo por enseñar. Medio cínicos, medio ingenuos, enseñaban por especie de vanidad, enviciados de cátedra. Conocían de memoria su pequeño texto de **Derecho natural** de Heinecio; sabían algo de Bentham; la **Instituta** de la Selva, que era fama que se estudiaba hasta en la universidad norteamericana de Harvard, les había ayudado mucho a comprender y poder explicar el Derecho civil; citaban con frecuencia a don Andrés Bello; habían leído a Montesquieu; eran doctos en Rousseau y en Voltaire; profundizaban en la Constitución de los Estados Unidos examinada a la luz de los comentarios del **Federalista**; a veces hacían el elogio de Marshall;

sobre todo eran sabios en historia romana más o menos románticamente elucidada y en historia de la Revolución Francesa contada con nada más que romanticismo. Víctor Hugo y Lamartine eran para ellos la última palabra en literatura. Leían francés. Chapuceaban latín. Eran representativos de la vieja generación.

Pero se formaba una generación nueva que juraba “por Comte y por Littré” y que solía hablar de la Sociología como los alquimistas hablarían de la piedra filosofal. Algunos se atrevían a mencionar la Economía política. Cuando Gonzalo Quirós llegó a El Salvador, los estudiantes de los últimos años se habían organizado en una especie de club revolucionario y se llamaban positivistas. Era el grupo en que descollaba Julio Ramírez.

Omitiendo lo suyo con la Carmencita, Gonzalo había contado al Padre Apolinar Pablo la tragedia de Julio.

—Fue resaca del liberalismo irreligioso —dijo el sacerdote. Así como hay corrientes en el mar, en las que los mejores nadadores se ahogan, así en el océano del pensamiento humano hay fatales remolinos desde el comienzo del mundo. Para no ir más lejos, al **Eclesiastés**, por ejemplo, o al **Libro de Job**, ¿quién podría decir el número de víctimas de las aporías de Zenón! O el mayor número todavía de todas las herejías que ha tenido que vencer el Cristianismo desde Arrio y Arminio.

Como era su costumbre cuando cogía largo aliento, el Padre Apolinar Pablo lio su cigarrillo, pidió una brasa de la cocina, se puso a fumar con una fruición intelectual.

—Te voy a dar una explicación científica —dijo— que tú comprenderás. Al buen médico no le basta saber

que cierta droga sería soberana para el estómago o para el hígado del paciente, sino que atiende también al efecto que tendrá en alguna otra víscera como el corazón, y si es efecto malo, se abstiene de recetarla. Si no lo hiciera sería un mal médico, ¿verdad?

—Ya lo creo —respondió Gonzalo—. Es lo que pasa con los médicos. La mayoría son así.

—Los pensadores son peor que eso —dijo el Padre Apolinar Pablo—. Especialmente los que más vociferan las excelencias de la ciencia y nos llaman atrasados a los católicos creyentes. Esos obran con los métodos más anti-científicos del mundo. Les basta, como si dijéramos, saber que una droga potente es buena para el riñón y con soberbia la aplican aunque sea fatal para el paciente porque le paraliza el cerebro, digamos, o le produce algún otro efecto mortal.

“¡Si vieras— prosiguió el sacerdote— lo que me preocupa este problema del liberalismo en América!”. Una por una las ideas liberales son excelentes. Me las imagino a veces como los frascos en la estantería de la botica del doctor Briones. Específicos todos ellos, te aseguro, y algunas con un nombre nuevo, pero conocidas desde siglos por la Iglesia. No hay más que recordar las atrevidas tesis de Marsillo de Padua. Los liberales más avanzados, como se llaman, se quedan atrás del canónigo antipapista. Yo tiemblo cada vez que veo la manera irresponsable en que les aplican a los pueblos esas ideas. Tu amigo Julio murió de eso. Intoxicación ideológica.

“Créeme que la duda es admirable medicina. Es, para la Iglesia, constante medio para la resolución de problemas, hasta que se la vence de manera definitiva. El error

acerca de la duda, consiste en creer que puede ser alimento cotidiano. El buen médico sabe que hay ocasiones cuando es preciso decirle al paciente: Hoy no comés; tomás un emético. ¡Ay de quién, porque halló alivio con eso, hace dieta diaria a la medicina! Así es con las ideas liberales, y con todo género de ideas. No se las puede considerar **in vacuo** sino en relación con el desarrollo de la sociedad y sus condiciones especiales. La gente cuerda de Europa se divierte con las payasadas de Nordeau, con las salidas de Schopenhauer, con el gran estilo febril de Nietzsche, pero a ninguno de los tres lo toma en serio. La equivocación de Julio fue que los tomó en serio. Lo que deja hambriento al león, por escasez, indigesta por exceso al gato, y nosotros somos gatos en cultura; a leones no llegamos todavía.

—¿Y si Europa creyera en esos escritores? —preguntó Gonzalo.

—Te aseguro —respondió el Padre Apolinar— que se suicidaría también. Corre ese peligro.

2.

El suicidio de Julio, recordaba Gonzalo, fue un golpe demasiado rudo para que los **positivistas** pudieran seguir predicando a Nietzsche y a Schopenhauer. Los viejos profesores lo aceptaron como un fallo divino. Los estudiantes que como él, Gonzalo Quirós y como Fernando iban a misa con devoción y se confesaban y se aprendían de memoria los artículos de los códigos, trataban de armonizar la ética con las circunstancias que la anulaban en la práctica. Mejor dicho, pensaba Gonzalo en sus reminiscencias, no se preocupaba con esos problemas. Si alguien abrigaba dudas, con su pan se las comía.

En la Universidad se inició un nuevo estado de cosas, para alivio de todos. Los profesores hablaban y hablaban en clase y los estudiantes los oían sin sentirse obligados a hacerles aquellas preguntas capciosas que Julio solía lanzarles como bombas. Tácitamente habían acordado todos que existía un orden moral en el mundo, del cual era una aproximación la ciencia del Derecho; que había leyes eternas de las que las leyes temporales eran lejana copia y remedo; y que había ciertas prácticas que era peligroso mencionar, que hacían del remedo de las leyes divinas la más grande farsa posible.

En el último año de sus estudios, cuando hicieron prácticas de juzgados, a Gonzalo y a Fernando les chocó que antes que a las disposiciones clarísimas de los códigos, en que se reflejaba por vagamente que fuera la sempiterna Justicia, los jueces estuvieran atentos y acataran servilmente las insinuaciones cuando no las órdenes directas de los poderosos del gobierno. Era sólo cuando los litigantes no tenían padrinos de altura que la ley tenía oportunidad de funcionar. Los pasantes aceptaron ese estado de cosas como natural, o como irremediable, que es lo mismo. Los litigantes efectivos eran los amanuenses, que no habían pasado por la Universidad pero que sabían todas las marrullas habidas y por haber. Los abogados titulados formaban una especie de nobleza, y toda dificultad en sus asuntos, cuando no la podían resolver los amanuenses, la resolvían ellos ejerciendo su influencia social.

Pero en el último año se estudiaban también ciertas fases empíricas del Derecho que fascinaban a los jóvenes, y, sobre todo, había, dos veces por semana, certámenes de oratoria forense. Gonzalo tenía bella voz y un claro sentido de las cosas. Sus compañeros se enorgullecían de él.

Hacía brillantísimas defensas de criminales, de ladrones. En el fondo era un desquite de su parte por la amargura que llevaba en el alma.

Urgido por la necesidad, por esa deidad siniestra que hace doblar por igual la cerviz a los dioses y a los hombres —peroró una vez—, mi defendido robó. Ha cometido un crimen contra el sacrosanto derecho de la propiedad. La sociedad se lo reclama, y vosotros, señores jurados, y vos, señor Juez, representáis a la sociedad. Reconoced ese hecho.

“No soy de los anarquistas jeffersonianos que discriminan entre los derechos humanos y los derechos de la propiedad excluyendo éstos de aquellos, porque juzgo que el derecho de adquirir honestamente, de poseer y usar la propiedad, es un derecho muy humano, el derecho básico de la libertad individual, el derecho que, históricamente considerado, distinguía al amo que lo gozaba de los siervos a quienes les estaba vedado, hasta que al proclamarse la liberación del hombre se extendió el goce de ese derecho a todos por igual. Atentar contra la propiedad, pues, es atentar contra la libertad misma en su raíz. Más profundamente que vosotros, considero gravísimo el crimen que confiesa mi defendido. ¡Ahí lo tenéis! En buena hora cumplid con vuestro cometido de sentenciarlo. Pero yo me atrevo a pedir clemencia para el reo. Clemencia para un ladrón de cosas materiales, a una sociedad que, si la examináis bien, vosotros que la representáis; si la miráis con los ojos con que hasta aquí sólo a mi defendido habéis querido ver, os asombrará con los robos que comete que vosotros ni yo ni nadie puede en forma alguna remediar.

“¿No sabéis, señores jurados, cómo las bellas mujeres roban la tranquilidad de los corazones honestos? ¿No

sabéis cómo las lenguas fáciles de los murmuradores roban las honras de los buenos? ¿No sabéis cómo toda la trama de nuestra civilización, de nuestra vida social, es un teje y maneje y una urdimbre de latrocinio de las cosas incorpóreas, más valiosas que las corporales por cuanto éstas son de la Naturaleza y aquéllas de Dios?

“Confiesa mi defendido su ofensa. La ley lo condena. Pero en vuestras conciencias en vuestros corazones lo sabéis digno de la sentencia más leve que podréis dictar, porque a Dios pido que os ilumine la inteligencia y os otorgue la dicha de volver a vuestros hogares, cumplido este deber cívico, sin que allí tengáis que lamentar el robo que os hayan hecho mientras juzgabais a este infeliz, de lo incorpóreo que es vuestra vida misma”.

Así solía Gonzalo conmover a sus oyentes. Hasta el viejo bedel que tanto discurso había oído, se quedaba admirándolo. Sus compañeros lo aplaudían y le palmeteban el hombro y le decían: “¡Estuviste enorme! ¡Estuviste pencón! ¡Eres un tayacán, hermano!”.

—Este Gonzalo —dijo Fernando, contando ese triunfo de oratoria de su amigo— hasta les hizo creer a los que hacían de jurado que ellos eran peores que el ratero.

—Pues sí que lo son. Todo el mundo lo es —le respondió su novia con fogosidad—. ¿Te acuerdas cómo hablaban de la Carmencha tu prima, creyendo que le hacían el lado a la Pilar y que la adulaban porque la Carmencha le quitó al alemán? ¿Te acuerdas? Y todo porque la Pilar es hija del Presidente. Pues Gonzalo tuvo razón y les dijo la verdad. Yo, si fuera hembra...

—¿Y la Pilar qué dice? —preguntó Fernando sin darle demasiada importancia a la ira de su pelona.



—Mira, Fernando, hasta me da pesar. ¿Qué culpa tiene ella? No hace más que preguntarme qué me has dicho tú que te dice Gonzalo de ella, y por qué es tan tímido Gonzalo, y que su papá no le va a hacer mala cara, que al contrario. ¡Ya no halla cuándo se reciba Gonzalo!

Fernando se rio.

—Así es Gonzalo —dijo—. ¿Qué le vamos a hacer?

3.

Por fin llegaron para los pasantes de derecho los exámenes finales y la sustentación de las tesis, y la fiesta de graduación, sin baile, sin música, en casa de don Nando Ramírez, pero sí con discursos y con brindis, con sólo los profesores y los compañeros de año de Fernando y Gonzalo. El papá de Gonzalo había llegado de Nicaragua y estaba decaído de salud, pero se gozó en su hijo, y se alarmó de verlo tan crecido y tan adelgazado, y no halló como ponerlo al tanto de lo mal que le había ido en los negocios. ¡El maldito algodón indisciplinado! “Mejor es —se dijo el padre de Gonzalo— que se reponga. Al fin y al cabo, habiendo esperado lo más puedo esperar lo menos”.

—Nando —le dijo a su amigo— lo que necesitan estos muchachos es cambio de aire. Que se vayan a Tegucigalpa a temperar. Por dicha en Honduras todo está en santa paz.

—Sí —dijo don Nando— es buena idea.

—Quisiéramos, la última vez —dijo Gonzalo— encargarnos de la colecta y herrada de los animales y llevarlos a Guatemala, como siempre.

—No, no —dijo don Nando—. ¡Qué colecta ni qué herrada! Ya ustedes son señores abogados. El Gabriel se encarga de eso, que es cerril y de toda mi confianza. Ustedes señores, se van a Tegucigalpa a respirar aquel aire fresco y a que les crezcan las pestañas que se han quemado.

—Gonzalo, papá —dijo Fernando—. Yo casi ni estudié. Mi tesis, lo confieso, si no hubiera sido por Gonzalo, ahí estaría apenas comenzada...

El padre de Gonzalo los acompañó hasta La Unión. Gonzalo iba feliz, al parecer, recordando con su padre cada lugar por donde pasaban. En el fondo se sentía viejo y desilusionado. Se sonreía de pensar en lo cándido que había sido cuando llegó a El Salvador. Se admiraba de ver qué rápidamente se habían extendido las nuevas haciendas de café, todas de alemanes. Ya la región por San Miguel brillaba toda con la hoja verde laurel del cafeto donde le daba la luz debajo de esmirriados plátanos que lo sombreaban.

En La Unión pararon en la hostería donde Gonzalo y su padre habían tomado posada seis años antes. La hostelera no cabía en sí de contenta.

—Déjenme que les brinde una copita —dijo. Alegre que estoy de volver a ver al niño, que por aquí pasó huérfano y lampiño, recién muerta su madre que está en el Cielo, y agora güelve ya hombre. ¡Singular fójforo, plural fójforos, y tan bien que montaba el pinolerito salado! Aquí no te hemos olvidado, pinolerito. Y tan casto que era, pero ya sabe lo que son las mujeres, que si no, no estuviera tan flaco.

Fernando oía divertido.

—Mi hijo sigue siendo serio —dijo el padre de Gonzalo.

—Las mujeres viejas sabemos de eso más que todos los papás del mundo —dijo la hostelera—. ¿Verdad que ya sabes, hombre? —añadió dirigiéndose a Gonzalo.

Gonzalo estaba tosco.

—Sólo sé —dijo— que de las mujeres lo mejor es huir.

—¡Juir! ¡Ja, ja, ja! ¿Y adónde, mi lindo? Que se les meten a ustedes los jóvenes que ni gusano en la guayaba, que ay ves la guayaba en su rama que parece sana, y está llena de gusanos. ¡La guayaba podrida que te habrán hecho el corazón!

Si Gonzalo se hubiera atrevido a decir la verdad hubiera dicho que así era. Gonzalo hasta se tuvo lástima sintiéndose el corazón engusanado.

Hacia el amanecer subiría la marea, o bajaría. Gonzalo, en su casa de León, preparándose para regresar a El Salvador, no se acordaba ya si era marea baja o alta la que había esperado. Sí que la primera embarcación que salió fue la que iba derecho a Nicaragua. Gonzalo se despidió de su padre, sin saber que ya no lo volvería a ver jamás. Recordaba que todo él olía a fragante tabaco. Él, Gonzalo, jamás había aprendido a fumar, pero el olor de los puros le era grato; le recordaba a su padre. “Hombre —le decía frecuentemente a su cuñado, el Padre Apolinar Pablo—, ¿por qué no fumas puros?”. Y a los fumadores de puros les cobraba especial cariño.

El padre de Gonzalo, con el friío de la noche, después del largo trajín, y después del calor asfixiante de La

Unión hasta el anochecer, cuando refrescó, se sentía un poco reumático, dijo, con un brazo que le dolía bastante y con una especie de asfixia, y con una comezón en la mano como si se le hubiera dormido. Gonzalo, ensimismado, acariciando su corazón lleno de gusanos, tuvo, sin embargo, lugar a emocionarse despidiéndose de su papá. Sintió ganas de recordarle la conversación que había tenido, allí mismo, en La Unión, sobre las mujeres y de lo que son capaces; pero no se atrevió a mencionar el asunto. Quiso contarle todo lo que le había sucedido, pero le resultó imposible hacerlo. En sus adentros, sin embargo, volvió a jurar como había jurado antes. “Ahora si sé lo que juro —se dijo—; antes no lo sabía”. Y convencido de esto, al separarse del abrazo de su padre, sintió como si una abolución le despejara el alma de sombras y el corazón de gusanos.

De La Unión el velero de Fernando y Gonzalo hizo la travesía a Amapala, pequeño puertecito sobre la isla del Tigre, donde era fama que se había encontrado un tigre y uno solo una vez y nunca más otro. Tendido boca arriba sobre cubierta, mirando el cielo estrellado, Gonzalo se sentía como si una renovación se efectuase en él, como si saliese de una pelleja de serpiente, vieja y mellada, con lustrosa pelleja nueva; como si abriese una crisálida y de ser ente que antes se arrastraba se convirtiera ahora en ser alado. Una dulce paz le inundaba el espíritu.

—¿En qué estás pensado, Gonzalo? —le preguntó Fernando.

—En nada, ¿y tú?

—En que eres muy raro. ¿De veras, nunca te vas a casar?

—Nunca.

—Pues yo sí. Estoy echando de menos a mi pelona. Si vieras qué cabanga siento. ¿Crees que el alemán se case con la Carmencha?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque se puede echar a perder el negocio. Si mi tío nos echa pie atrás, quedamos fritos. Nos dan la gran chimada. Después de lo bien que anda todo, sería vaina y requetevaina. ¿Y la Pilar, de veras, no te podría llegar a gustar jamás?

—¡Primero la muerte!

—Pobre.

—¿Pobre quién, yo?

—Ella.

—Y ella, ¿por qué?

—Hombre, fue un abuso. Pero ni qué remedio, había que hacerlo. Había que contar contigo y contigo no se contaba.

—¿Qué patraña me estás diciendo?

—Que la Pilar cree que estás enamorado de ella.

—¡Cómo!

—Se lo hicimos creer, y que apenas te recibieras te le ibas a declarar, y ahora que te debe estar esperando, nada de Gonzalo. Es cruel, pero de otro modo ahí andaría con el alemán y no hubiéramos contado con el Presidente.

—¿Pero cómo le hicieron creer que la quería?

—Los aretes que le compraste a la Carmencha en Guatemala, se los di yo a la Pilar diciéndole a verdad jurada, que tú los habías comprado.

—¡Pero Fernando!

—¡Qué pero ni qué nada! Surtió efecto el regalo. Mandó al alemán a paseo, y el alemán entonces se puso a enamorar a la Carmencha. Y ahora quién sabe si con el alemán de yerno mi tío se eche atrás. Es lo que me preocupa. Yo no entiendo a la Carmencha.

—Ni yo —dijo Gonzalo.

—Mi pobre madre —dijo Fernando— odiaba a la Carmencha de pequeña, pero después la ha llegado a querer más que si hubiera sido su hija, y como te quiere a ti también, su sueño dorado era que ustedes se casaran. Buena pareja hubieran hecho, pero tú eres raro. ¡Caray, quién no podía enamorarse de mi prima! Porque no me vas a negar, que como linda no hay quien le gane en San Salvador.

—No, ni en ninguna parte —asintió Gonzalo con tristeza.

—¿Entonces, hombre? —le preguntó Fernando entusiasmado.

—Ya estuve enamorado de la Carmencha, y ya me pasó —dijo Gonzalo secamente.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Cuándo, Gonzalo?

—Desde que la vi. Desde que me habló Julio de ella.

—¿Y tu Claudina, entonces?

—También la amaba a la Claudina. Las amaba a las dos. Eso me hacía sufrir como no tienes idea.

—¿Y la Carmencha, lo supo?

—Lo sabía muy bien.

—Más rara se me hace. ¿No te hizo caso?

—No —dijo Gonzalo.

—Pues sería imbécil —exclamó Fernando.

—Ya no me importa ahora. Te lo juro que no me importa un bledo ni un higo ni nada. Pero al principio de eso me quería morir.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Fernando en son de queja.

—No podía —respondió Gonzalo.

—¡Cómo que no podías! Ya vez, no fallaba mi madre. “Averiguá, me decía, si el Gonzalo está prendado de la Carmencita, que yo creo que sí, y que ella de él”. Pero yo, ¡qué me lo iba a figurar! Pero ve, yo lo arreglo.

—Ya eso jamás ni nunca —dijo Gonzalo— ni Dios lo quiera ni la Divina Providencia lo permita.

“Este Gonzalo, se quedó pensando Fernando. Este Gonzalo, haberse enamorado de la Carmencha. Claro. No podía ser de otro modo. Y la Carmencha de él, seguro. Soy un estúpido de marca mayor. ¡No haberlo comprendido, pero ni adivinado! Si la Carmencha de veras lo habrá despreciado. No, ni bruta y rebruta que fuera”.

4.

A **Amapala** llegaron cuando amanecía. No tardaron mucho. Había unas cargas que dejar, que aligeraron el velero. Tomaron café en tierra, con un poco de aguardiente. Unos parranderos que iban con guitarra, subieron a bordo, y de Amapala a San Lorenzo la navegación fue con música. Eran canciones tontas pero con cierto sentimiento:

*Vamos al mar, compañeros,
vamos alegres cantando
que así se van disipando
las penas del corazón...*

Esa tonada le gustó a Gonzalo. Estaba acorde con su nuevo estado de ánimo. Se buscaba imaginativamente heridas cordiales y se las tentaba cicatrizadas. Lo de la Carmencita, estaba terminado.

*Yo naufragué en tus ojos
yo naufragué en tu amor;
por dicha hallé la playa
en otro corazón...*

Decía otro cantar con música de mazurca. “Para mí —se dijo Gonzalo— ya el amor es como la topa y como el sarampión y como la escarlatina. Ya me dio, ya me salvé, ya no me volverá a dar nunca”.

En San Lorenzo, de mañana, el estero era cosa de encantamiento y de visión. Las ramas de los árboles a veces casi se juntaban sobre la ría. El agua era tan clara que se podían ver los peces nadando en el agua. Las garzas ofrecían paisajes de biombo chino. Y a uno y a otro lado de ese angosto brazo de mar se alzaba la selva tropical, tupida de bejucos, cubierta de campánulas, llena de músicas sortílegas, de llamadas de pájaros, de susurros,

de murmullos, de voces apagadas. Habían recogido las velas de la embarcación y quitado el mástil. Fuertes zambos semidesnudos remaban lentamente el lanchón.

—¡Mirá! —dijo Fernando sacando a Gonzalo de su ensueño.

Eran unos monos de larga cola que, saltando de rama en rama a lo largo de la costa, seguían a la barca gesticulando y armando algarabía. Uno de los pasajeros disparó un tiro al aire, con escopeta estruendosa, y el monerío se internó selva adentro chillando e imprecando y maldiciendo. Más adelante un inmenso enjambre de mariposas flotaba movida levemente por el viento, y como si una divinidad guardiana hubiera soplado sobre ellas, se hizo a un lado para dejar pasar la embarcación. Eran millares y millares de mariposas blancas sostenidas en vaivén como a un metro sobre el nivel del agua.

En San Lorenzo no se detuvieron más tiempo que el que les quitó el aduanero preguntando si traían contrabando.

—No importa el sol —les dijo el alquilador de bestias— porque en un ratito llegan a lo fresco del camino.

Fernando y Gonzalo montaron mulas y comenzaron de inmediato a subir cuesta, sobre un caminillo pedregoso en el que daba gusto sentir la nitidez de cada paso que daban las acémilas. Hacía un calor sofocante, porque el camino cruzaba la selva.

—En invierno —les dijo el guía— esto es un torrente. No se puede subir porque a veces trae gran fuerza y arrastra troncos de árbol que les quiebran las patas a los animales. ¡Uy, la porción a quienes se los han llevado el diantre aquí!

A trechos, donde el terreno había sido suave, el caminitillo se ahondaba y la selva casi lo cubría abovedándolo. A uno y otro lado la selva parecía echar vaho de su aliento, se sentía que respiraba, se le olía como embriagante hálito de cosa viva.

—A veces —dijo el guía— se puede cazar un gato montés, pero lo más común es tropezar con una víbora de terciopelo. Ni son tan listas como dicen. Eso sí, si llegan a picar, no hay salvación, a menos que si le pican a uno en la pierna le corten la canilla inmediatamente. Pero yo digo, para ser renco mejor es morirse de una vez. Si a mí me pica una jodida, pues yo estaría de Dios y de la Iglesia, pero me llevo por delante docenas de terciopelos. Lo que nunca he visto es la chilillo. Es que no debe de haber por aquí sino por otras partes. Esa se encarama en un palo y se agarra por el pescuezo, y con la cola chas, chas, chas, da de chilillazos con una fuerza que dicen que quiebra la nuca como quien troncha un carrizo. Pero jamás he visto ninguna.

“Lo que sí he visto son las culebras bobas. Esas se tragan hasta a un gavilán. Les gustan los gavilanes a las jodidas, y les gustan los huevos de toda clase de pájaros, pero hay pájaros que pueden con ellas de poder a poder, y les arrancan los ojos. Yo vide una vez una culebra que estaba tuerta. ¡Ay maldita, le dije, por andar de roba nidos! Y cuando la cogimos viva, lo que hice fue sacarle el otro ojo y dejarla ciega. Ahí andará, que ni el Judío Errante, la muy jovera, que si no tiene olfato, pues quién sabe cómo hará para vivir, y si se ha muerto, también a ésa me llevo por delante”.

“De día no es gracia atravesar aquí —prosiguió, locuaz, el guía—. De noche es cuando les quisiera

ver a ustedes, a ver qué güebos tienen, porque entonces sí se ven cosas que sólo brillan en puntitos y se mueven como sombras haciendo unos ruidos que hielan la sangre. ¡A saber dónde dormirán, que de día ni las huellas se les ven!”.

Inmensos árboles elevaban troncos, casi desnudos de ramaje propio, cubiertos suntuosamente de trepadoras que dejaban colgar largos bejucos. De rato en rato un pájaro cruzaba en rápido vuelo corto y se perdía con un grito de angustia en la espesura. Con su fino paso igual las mulas ascendían y ascendían.

—Jasta aquí termina este sendero —dijo el guía—. El monte coge para allá y nosotros de este otro lado, y señaló hacia la derecha.

Lo siguieron y, a poco de andar en despejado, entraron en un bosque de pinos, raquíuticos los primeros que encontraron, grandes y más grandes a medida que avanzaban sube y sube; oloroso el aire, embalsamado, y cada vez más fresco. El suelo estaba todo cubierto de largas espigas finas, color de sarro, en las que a veces resbalaban las bestias. Iban como sobre alfombras. En un claro del pinar pudieron ver hacia abajo, sobre la selva que habían atravesado por donde se angostaba. Inmensa se extendía, espesa toda, hasta llegar al mar, y su verdor oscuro contrastaba con el azul inclinado del Golfo. Claramente se veía que la selva se deslizaba en pendiente hasta una línea a la cual el agua también bajaba como un plano oblicuo, visto desde lo alto. El frescor del aire era delicioso.

—¡Sabroso fresco! —dijo Fernando.

—Ni se crea —dijo el guía—. De noche hace un frío que rompe los güesos. Que sale el sol, ¿pues creen

ustedes? Todo está cubierto de un hielito finito como encaje blanco, hasta que arrecia el sol. Sabroso entonces el calor. Un poquito más arriba y ya estamos en **Las Mercedes**. Allí es el descansadero, y pregunten. La gente duerme con dos chamarras, por el frío. Y si se dice lluvia, pues para aguaceros, aquí. Y para rayos que caen a montones. El que no crea en Dios, que se pase una tempestad por este paraje y verá si no le sale el diablo.

—¿Tú crees en el diablo? —le preguntó Fernando.

—De día, no —respondió el guía—; pero de noche, para qué andar con cuentos.

5.

Al anochecer llegaron a Tegucigalpa. En un poblachón de casonas y tapias, con más perros que cualquier otro lugar del mundo, perros callejeros, ladradores, corredores. Por la calle que parecía la principal y en que desembocaba el camino que venía de **Las Mercedes** y de San Lorenzo, los viajeros toparon con un triste espectáculo. Dos individuos armados de clavazas, policías sin duda por el kepis azul que llevaban puesto, forcejeaban con un ebrio, hombre descalzo, del pueblo, sujeto escandaloso, y a cada insulto que el borracho les lanzaba los policías le daban de clavazos. El hombre iba sangrando.

—¡Mátenme! —gritaba—. ¡Mátenme conservadores jijos de la gran p..., que yo soy liberal colorado! ¡Ay, mi madre! ¡La p... que los parió!

“La política es lo que friega a Honduras”, se dijo Gonzalo. “La política y el guaro. Y ya veo que es cierta la fama que tienen los hondureños de peleones”.

—¡Mátenme, jijos...! —se oía todavía, allá, dos o tres cuadras atrás, la voz cuajada de sangre del bolo liberal. El gobierno de Honduras era conservador.

El hotel donde se hospedaron Fernando y Gonzalo era de un nicaragüense, emigrado, y excepto que el dueño les dijo que antes de acostarse examinaran bien las camas, por si se había metido un alacrán, y que tuvieran la precaución de sacudir la ropa y los zapatos en la mañana antes de vestirse, por lo misma razón, a Fernando y a Gonzalo les gustó el lugar y lo prefirieron al otro hotel de la ciudad, que era de un italiano y se llamaba **El Nápoles**. En el **Gran Hotel Nindirí** el corredor daba a un barranco que servía de patio. El escusado estaba al pie de un árbol de icaco, y era cuestión de hallar donde ponerse en cuclillas. El baño era mejor. Consistía en una pila de cal y canto a cuyo pie había unas tejas boca abajo, cubiertas de talayo, donde pararse para no llenarse los pies de lodo. En derredor del baño crecía una enredadera que en la mañana lucía campánulas violetas que se cerraban al subir el sol. Pero todo este primitivismo y sus inconvenientes no bastaban a robarle a Tegucigalpa la preciosidad de su aire cargado de esencias refrescantes.

Al día siguiente de su llegada presentaron los jóvenes abogados sus cartas de recomendación y amistad y comenzaron los agasajos en su honor. En su casa de León, después de la muerte de Claudina, Gonzalo recordaba las puestas de sol vistas desde la loma de la Leona. Hacia occidente las nubes se amontonaban tarde a tarde y se encendían de vivísimos colores. Hacia el oriente el cielo se teñía de tintes suavísimos. Le había gustado a Gonzalo apartarse y entregarse a la belleza efímera de esa hora que siempre comenzaba con un esplendor azul y se desleía en violetas y lilas y de pronto, como un **Magníficat** sublime,

se tornaba roja y se apagaba. Le molestaba la conversación de sus amigos hondureños a esa hora, porque sólo de política hablaban y todo lo convertían en discusión iracunda. Costaba hacerles entender que él y Fernando habían venido sólo a temperar, y que no les gustaba beber alcohol, y que no se metían en política ni sabían de eso.

—¡Pero ustedes son abogados! —alegaban los hondureños.

—Bueno —respondía Gonzalo— ¿pero qué tiene que ver la abogacía con la política?

—Todo. Los abogados hacen la política, los generales las revoluciones, y el día que haiga un abogado que sea buen abogado y se haga general, pero buen general, ya está que se vuelve a hacer la Unión de Centroamérica.

Las muchachas de Tegucigalpa, pueblerinas y hurañas, casi monengas, eran encantadoras. De hondureña es que habría dicho el Poeta haber visto en tierra tropical la sangre arder como en un vaso de cristal en la mujer. Fernando, sintiendo la tentación, suspiraba por su pelona en exceso de fidelidad. Pero Gonzalo se decía a sí mismo que ya no podía volver a amar. Lo creía a ciencia cierta. “Mi corazón —se decía a sí mismo— es una tumba en la que está enterrada viva mi alma. No puedo volver a amar”. Y si alguna hondureñita ingenua y apasionada hubo que lo mirase dulcemente y bajase los ojos para darle a entender sus sentimientos, Gonzalo, desdeñoso, sólo pensaba en que para él ya la vida sentimental había acabado. Sólo la Naturaleza podía tocarle fibras sensitivas.

Lo cual no obstante para que comiera bien, durmiera excelentemente, y probara a grandes tragos la alegría de salir en largas excursiones a caballo. A él y a Fernando

llegó a encantarles el bañarse de madrugada con el agua fría serenada de la pila del baño, y quedarse tiritando más de una hora cada mañana después del enfriamiento. ¡Qué rico entonces era el desayuno! El tiempo se les pasaba como un suspiro. Se sentían que engordaban. Algunos días dedicaban algún rato a escribir, Fernando cartas a su pelona y a su casa, Gonzalo versos. Los de Martí sobre la Niña de Guatemala se los repetía Gonzalo una y mil veces. Versos así quería hacer, y se esforzaba lo más que podía por hallar un ritmo sencillo y hondo a la vez.

—Oye, Fernando, a ver qué te parece:

*Tegucigalpa es un jardín
donde sembrar el corazón
y esperar a que florezcan
las flores de la ilusión.*

—¡Bueno, Gonzalo! Quiere decir que aquí te vas a enamorar, ¿o qué?

—No, hombre. Sigue oyendo:

*Bajo este lindo cielo
cómo ha de florecer
el amor de un hombre bueno
por una buena mujer.*

*Pero no tengo qué sembrar.
Ya el corazón perdí.
Me destrozó esa semilla
aquella a quien se lo di.*

—“Babosa la Carmencha —pensó Fernando—. Pero yo lo voy a arreglar”.

Antes de que las esperaran les llegaron cartas. Las de León, para Gonzalo, eran tristísimas. A su padre, le contaban, le había dado el primer ataque de angina de pecho a

poco de regresar de su viaje a El Salvador. No había querido que le dijese nada a Gonzalo. Al mes le dio el segundo y fue fatal. Le aconsejaban a Gonzalo que volviese pronto porque los asuntos de su papá como que habían quedado enredados. El **Burro e'Plata** Somarriba quería hacerse el lagarto.

Fernando, viendo la impresión que las cartas habían hecho en su amigo, dejó de leer las tuyas, y cuando se enteró de lo que consternaba a Gonzalo no tuvo palabras para expresar su condolencia.

—¡Cómo es uno egoísta! —dijo Gonzalo amargamente—. Piensa que siempre va a tener padre y ni caso le hace. De repente se muere el viejo de uno, y ya es tarde para demostrarle verdadero cariño, para ayudarlo, para compartir su vida. Yo en todo he pensado toda mi vida, excepto en mi padre, y era lo único que me quedaba desde que se me murió mi madrecita. ¡Y el pobre, lo solo que habrá vivido, trabajando solo; los sacrificios que habrá hecho para formarme! Me voy a Nicaragua, Fernando.

—Y yo a El Salvador —le respondió su amigo—. Aunque lo que tengo es ganas de acompañarte. Si pudiéramos llegar al entierro, me iba contigo; pero qué va, ya lo enterraron y todo y no lo volveremos a ver.

—Ni verlo morir, ni siquiera enterrarlo —dijo Gonzalo—. ¡Eso es cruel!

—Sí es cruel.

—¿Y a ti, qué te dicen? —preguntó Gonzalo.

—En otra ocasión hubieran sido noticias alegres.

—¿Están bien todos?

—Ya sabrán la muerte de tu papá —respondió Fernando— y sabes lo que mi papá lo estimaba. ¡Lástima que no vivió para gozar de nuestro triunfo!

—¿Qué triunfo?

—Lo de la compañía de luz eléctrica. Lo ganamos redondo. Bien se portó mi tío, me dice mi papá. Mirá que dice que los alemanes se han ido echando espuma por la boca y no tienen ni por dónde resollar porque todito fue legal. ¡Caramba! Qué alegres que hubiéramos estado. Nos han nombrado, a ti y a mí, abogados de la compañía, figúrate con sueldo y todo. Claro que el Presidente nos pudo haber fregado. Pero que se quisieran burlar de la Pilar, no lo aguantó.

—Yo tengo que irme a Nicaragua —dijo Gonzalo— Allí, todo anda mal, mis asuntos. ¡Mis asuntos!

—Pues nos vamos. Yo a San Salvador. Arreglas tus asuntos y yo abro el bufete y me encargo del negocio, y te espero; que me imagino que a alguien habrán dejado los cheles para que les siga el pleito, porque eso sí, los derrota uno y ellos que no se dan por vencidos. Pero les ganamos la primera mano y se las vamos a ganar todas.

Y abrazando a Gonzalo añadió:

—Te juro que cuando vuelvas a San Salvador te lo tengo arreglado todo con la Carmencha, ¿quieres?

—¡No! —dijo excitado Gonzalo.

Fernando jamás lo había visto así. “Debe de ser el dolor”, pensó Fernando. “Gonzalo debiera llorar. El dolor se le hace nudo en el corazón, lo estruja, y estalla en ira”.

—Si eres mi amigo —dijo Gonzalo—, júrame que jamás, pero jamás de los jamases, me volverás siquiera

a mencionar a esa mujer. Por ella se mató tu hermano, tú bien lo sabes. Por ella me iba a matar yo. Por ella olvidé a mi padre...

Y Gonzalo lloró.

Fernando, siempre tierno, lloró también, y se acordó de cómo Gonzalo había hecho suyo el duelo por Julio; y lo que Gonzalo decía de la Carmencita lo había sacudido. De pronto sintió Fernando como si estuviera pasando por el lecho del riachuelo que sirve de camino veraniego entre **Las Mercedes** y San Lorenzo, a través de un brazo de la selva, y como si la selva con sus ruidos alucinantes, sus murmullos, sus rumores, sus súbitos gritos de pájaros espantados, y su verdor sólido tachonado de flores de colores chillones, se hubiese cerrado sobre él. Gonzalo se había querido matar por la Carmencha, como se había matado Julio.

6.

Gonzalo, en su casa en León, recordando a la Carmencita y pensando si se había casado, se decía que si así hubiera sido Fernando se lo hubiera escrito, porque, al fin y al cabo, aquel juramento de no mencionársela nunca, era cuando Fernando sabía que ese recuerdo podía serle doloroso; pero ya Gonzalo le había escrito a su amigo, cuántas veces, que con Claudina había hallado la verdadera felicidad, el verdadero amor; que en realidad Claudina había sido no sólo su primero sino su único amor. Fernando, con eso; quedaba relevado de su juramento. Podía haber escrito simplemente, “El alemán volvió, volvió por la Carmencha y se casó con ella”, y tal vez añadir “y se la llevó a su tierra”. Pero no. Fernando jamás le había escrito

ni una palabra de eso. ¿Y él?, Gonzalo, ¿por qué jamás tampoco había preguntado por la Carmencha? ¿No sería miedo? ¿Miedo de que si la volvía a mencionar ya no podría librarse de ella?

—Apolinar Pablo —dijo Gonzalo—. ¿Qué hay en eso de que si se mienta al diablo se aparece?

—Hombre —le respondió su cuñado—, parece una vulgar superstición, ¿verdad? Pero vieras qué seriamente se estudia la teoría de que las cosas no tienen realidad más allá de sus nombres. En fin, que en los nombres hay magia. Titubeos de los esfuerzos que hace la mente humana para aprehender la realidad.

El problema, como lo planteaba el Padre Apolinar Pablo, sería interesante, pero no para Gonzalo en el estado de ánimo en que estaba. Volviendo a las soledades de su introspección Gonzalo se preguntó si acaso Fernando —porque Fernando era sutil, se decía él— no había creído en su felicidad con Claudina. ¿Pero por qué no lo iba a creer? Porque tal vez no era felicidad cierta, real. Que él, la amaba, sí; nadie podía negar eso. Dios por testigo, él la había amado. Y ella a él. Mucho, pero mucho. ¿Pero basta amar para ser feliz? No, no basta. Hay que satisfacer el amor, que no es espíritu solo, y la Claudina desde el primer momento no había hecho más que sufrir, y a él le llegó a repugnar quererla carnalmente porque la hacía sufrir en vez de hacerla gozar que era lo que él quería, con lo que su amor se había quedado trunco, baldío, estéril, burlado. Ese era el amor que él había cuidado tanto tiempo, abrigándolo en su pecho como la madre de niño monstruo ama y cuida a su niño. Gonzalo se había empeñado en espiritualizarlo todo, y se había impuesto la castidad. No le pesaba, no, no le pesaba; pero no había sido feliz.

¿Cómo que no? ¿Qué es entonces la felicidad?

Las ráfagas del olor del huele-de-noche del jardín de su casa de León evocaban en Gonzalo aquellas noches, tan pocas, en el comedor de la casa de don Pío Escorcía, en San Salvador, y la Carmencita a su lado, rozándole a él la pierna con su pierna, y él en un delirio; y aquel coloquio la noche del temblorón; y aquella noche, antes, cuando lo de Julio en **La Palestina**. Y aunque no se lo confesara a sí mismo, Gonzalo sabía que no había dejado de amar a la Carmencita. Bueno, si no de amarla, de desearla. ¿Pero un deseo tan perenne, no es amor? Del olor de ella estaba toda su carne impregnada. Del olor de ella. ¿Dios, Dios, cómo era? A veces, en una pesadilla, uno se pierde de sí mismo; al despertar se palpa, y la pesadilla deja al instante de inquietar. Pero si en vez de palpase fuese cosa de olerse uno, y si despierto, perfectamente cuerdo, de repente uno ya no pudiera olerse... ¿Cómo diablos sabe uno que es uno?

Al padre Apolinar Pablo le hubiera encantado discutir el tema. Quizá no haya tema más profundo que el mundo. Pero la instrucción que había recibido Gonzalo no había sido tal, ni la cultura que había adquirido, como para imaginarse que la discusión de eso pudiera interesar a nadie, a nadie más que a él, a quien lo torturaba, lo angustiaba. Al Padre Apolinar Pablo no se le ocultaba la inquietud espiritual de Gonzalo.

—Tú —le dijo— puedes y debes casarte. No tiene ninguna virtud quedarte viudo. Si fuese por castidad que te llenara el alma, nada sería mejor, conforme lo dice el Apóstol San Pablo, ¡el apóstol tremendo! Pero no siendo así, el no casarte no puede servirte más que de ocasión

para que peques. Y a Claudi en el Cielo y a Dios en tu conciencia no les puede agradar eso.

—“Debes casarte, formar familia, que estoy seguro que a la Claudi le alegrará eso. Es lo que ella quería para ti, la pobre. Hasta en su último momento, eso es lo que quería. Y tal vez tengas una hija mujer. A la Claudi le gustará que ella use sus joyas”.

Pero a Gonzalo le molestó que el Padre Apolinar Pablo le hurgase tan certeramente el corazón.

—¡No! —dijo—. ¿Qué clase de hombre te crees que soy que apenas al año de viudo ya ande pensando en volverme a casar?

—¡Ah, Gonzalo! —repuso el sacerdote—. Sólo Dios sabe qué clase de hombre somos todos. Él que nos hizo. Pero que somos humanos, somos humanos.

—Dame gusto, Apolinar —replicó Gonzalo—. Te encargas de hacerle una corona a la Virgen con esas joyas, o retraso mi viaje y me encargo yo...

—Despreocúpate de eso. Haré lo que tú quieras.

Gonzalo había tomado esa determinación porque se había imaginado a la Carmencita con las joyas de Claudi —a la Carmencita a quien tanto le gustaba enjoyarse. Y cuando el Padre Apolinar Pablo se hubo ido, Gonzalo se quedó pensando si la Carmencita, en caso de no haberse casado, o aún casada, conservaría todavía aquel anillito liso, aquella cadenita con el corazón, y le oía la voz que le decía **Mi amor, amor mío. Alma de mi alma, toda mi vida, más que mi vida. Corazón mío, luz de mi día, estrella de mi noche. ¡Quiéreme, ámame! Yo soy tuya.**

Yo soy sólo tuya, como en la noche del temblor cuando volvían de dejar a la Liluca.

“Tal vez, si la vuelvo a ver”, se dijo Gonzalo, consciente ya de lo que la Carmencita lo atraía, de que iba a El Salvador por ella; “tal vez, al volverla a ver, con lo que habrá cambiado, con lo que he cambiado yo, se me quita esta neurastenia que es quererla”.

TERCERA PARTE

Historia de Dionisio

CAPÍTULO VII

1.

Si la suerte lo hubiera querido el Nichito se habría criado en León, con los cuidados de los niños ricos. Hubiera pasado sus enfermedades con asistencia de médicos y preocupación de papás pudientes. Menos mal que él no se enfermaba. El Nicolasito era el descriado y a quien le daba todo —la tos ferina, el sarampión, las paperas, el dolor de oído— y para el Nicolasito la suerte no había tenido posibilidades. En Hualica los hermanos de leche crecían cada vez más desiguales.

Llegaron tiempos malos, una sequía que duró tres años. El ganadito perecía, las milpas no se daban, el río era apenas un hilito de agua chirre, las pozas se le secaron; de modo que hasta lavar la ropa, hasta bañarse, era un problema: había que sacar agua de los pozos, pero con agua de pozo no se podían regar los campos; y el ganado no era sed que tuviera sino que lo atacó la peste: a la vaca más bien cuidada se le encandilaban de súbito los ojos y echaba carreras como con rabia, y embestía por mansa que fuera, y se le espumaba la boca. No tenía remedio. Como partida por un rayo caía y se moría arrancándole lágrimas de desesperación a su dueño que doblado sobre el cadáver examinaba el pus que salía de la ubre. Se secaron hasta los campos de mala hierba. Era una secazón total. Y en el cielo ni una nube, sólo el zopiloto volando y revolando,

sin esfuerzo de alas, resbalando contra el azul espléndido, como una blasfemia.

Un día comenzó a arder la tierra inculca. A nadie conmovió el incendio. Hasta hubo quienes pensaron que, como no hay mal que por bien no venga, tal vez ahora sí se acabaría la mala hierba y se podrían usar esos campos. Lo que alarmó fue el culebrero que se echó sobre el poblado. Huyendo de la quemazón las serpientes se arrastraban ondulantes y buscaban la sombra de las chozas y el frescor de los jardines regados con agua de pozo. El Padre Fabio se acordó de San Patricio, patrón de Irlanda, e introdujo su culto en Hualica, porque San Patricio era soberano para extirpar las serpientes.

Pasaron los días y San Patricio no dejó víbora con vida, salvo una sola que, por las huellas que dejaba, debía de ser grande. Ella continuó la alarma. Hoy era aquí, mañana allá donde atacaba, siempre de noche. De día, unas cuantas plumas delataban en qué gallinero había hecho su correría. En vano se apostaron centinelas para atraparla; hubiera sido necesario que toda la población hiciera guarda toda la noche, todas las noches. En los cuentos que cuentan los hualiquenses de las cosas extraordinarias de aquel entonces, se dice que, en efecto, una noche no hubo quien durmiera, atentos todos a descubrir al enemigo, pero que la culebra no apareció sino al día siguiente, en pleno día, cuando la guarda había cesado. Los más hábiles campistas, los de fama de poder seguir la huella de determinado animal fugitivo o robado, ternero o potro o mula, fracasaron en Hualica. La huella de la culebra siempre se perdía. Se llegó a decir que era cosa del diablo.

Hasta que una mañana, en víspera de la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, en agosto, mientras la Petra

ayudaba a la Chinta, barría la iglesia parroquial y le ponía adornos a la Virgen, pobres este año por la miseria que la sequía había causado, las muchachas brincaron de las escaleras en que se habían trepado para colgar una guirnalda azul y blanco, de papel, de las que habían quedado de otras fiestas: el Nicolasito había pegado un alarido aterrador.

Corrieron adonde habían dejado a las criaturas, que ya andaban y comenzaban a hablar. El Nicolasito parecía de cera, tal era la palidez de su rostro moreno. El Nichito, al contrario, reía y decía, **ve, ve**, y se apoyaba sobre un palo de escoba pequeña, la que se usaba para barrer el altar, que le había metido en la boca a la enorme serpiente.

La serpiente trataba de librarse de esa carnada en la boca, retorciéndose o como queriendo tragarla, sin poder, y el Nichito no aflojaba y decía alegremente **ve, ve**.

La Chinta salió despavorida gritando que la culebra se comía a los pequeños. La Petra había alzado al Nicolasito y lo apretaba contra su pecho, pero no se atrevía a acercarse donde el Nichito seguía encantado conteniendo al animal.

La puerta de la iglesia estaba cerrada, trancada por dentro. Había que entrar por la sacristía. Un grupo golpeó en la puerta gritando que abrieran, pero la Petra parecía estatua. Más sensatos otros vecinos, entraron por donde debían. En la sacristía la Chinta lloraba y no se atrevía a entrar al templo por más que le preguntaban con angustia dónde estaba la fiera. Fue cosa de momento. Unos traían escopetas, otros palas y azadones, y como todos le cayeron al animal golpeándolo e hiriéndolo, el Nichito soltó la escoba y corrió a donde la Petra estaba toda temblona con el Nicolasito a quien no podía calmar.

Hualica no se cansó, no se ha cansado nunca, de comentar el suceso. La sierpe muerta recorrió el poblado de casa en casa. Todos querían tenerla un rato bajo su techo, improvisando una superstición de que de ese modo las sierpes se ahuyentaban. Todos también querían ver al Nichito, porque el Nichito había sido el héroe. Cada quien, en fin, contaba el suceso a su modo, añadiendo a lo que era cierto lo que había oído, inventado por otros, y lo que aportaba de su propia imaginación.

—La sierpe ya se lo tenía tragado hasta la cintura.

—Yo lo que sé es que estaba enrollada en el Nicolaito, estrangulándolo; tamaño se le veían los ojos al niño, y morada la carita; y que el Nichito quién sabe con qué fuerzas la desenrolló.

Hasta el Padre Fabio le sacó provecho a lo ocurrido.

—Sí —dijo en su sermón el día de la Asunción— aquí en la casa del Señor fue donde ese animal, maldito desde que sirvió para engañar a la mujer en el Paraíso, hizo su guarida. ¿Y qué significa eso?, sino que hay muchos pecadores que hacen lo mismo: vienen a la iglesia, parecen virtuosos, y no son sino culebras que aquí se esconden.

“Pero quería el Señor que para este día se entendiera que la Inmaculada Virgen María, que su Santísima Madre, quebrantó el poder de la serpiente. Por eso de nada sirvió que buscaran a la fiera ponzoñosa los hombres fuertes. Debía de ser para la fiesta de la Virgen que en vez de un pecador un niño inocente diera con el animal y con fuerzas de ángel lo venciera”.

Fue un gran sermón. Conmovió a Hualica. El Padre Fabio, que era humilde, se alarmó de su propia elocuencia,

en tal forma había sido solicitado para confesar hasta a quienes tenían años de decir que no creían en decirle sus pecados a un sotanudo. Otros querían casarse, después de vivir media vida amancebados. Otros restituir cosas que se habían **cachado**, olvidándose de devolverlas a sus dueños. El Padre Fabio creyó necesario escribir al Obispo y darle informe completo del milagro.

—Ese Nichito ¿no es el ahijado de Gonzalo Quirós, tu cuñado? —le preguntó el Obispo al Padre Apolinar Pablo.

—Sí, Su Señoría.

—Parece invención, ¿verdad?, pero debe ser cierto si el Padre Fabio lo dice.

—El Padre Fabio es muy buen sacerdote, Su Señoría, y los hualicas son gente ingenua.

—Hazme el favor tú, que conoces bien al buen padre, de escribirle para que yo lo firme, que no se preocupe de haber dicho que un ángel obró por medio del niñito, que sin duda así debe de haber sido. Y dile que el Señor, por los méritos y la intercesión de Su Santísima Madre, y por la penitencia de ese pueblo, ha de apiadarse sin duda de su situación y darles lluvia. Y ve, le dices que le envió a él muy particularmente y al niñito una bendición especial y que lo autorizo para que dé a sus feligreses mi bendición de obispo con las indulgencias del caso para quienes hayan hecho confesión y comulgado.

El Padre Apolinar Pablo agasajó al campisto que había ido a León con la carta del Padre Fabio.

—¿De qué tamaño era la sierpe? —preguntó el Padre.

—Inmensa, Padre. Nadie había visto una culebra tan grande.

—Pero ¿cuánto de grande? ¿Cómo tu brazo?

—Más, Padre. Mire que era más gruesa que mi pierna.

—Se hace difícil creerlo, pero, en fin, para quererlo Dios nada es imposible.

—Sí, Padre.

—Pero tal vez daría más pequeña la culebra, ¿no te parece?

—Tal vez, Padre.

—Y tú, ¿cuántos años tienes?

—Quién sabe, Padre.

—Y el Nichito, ¿está bueno?

—Muy bueno, Padre.

—Pues que todos ustedes en Hualica le tengan cariño al Nichito y a todos los niños. Que quienes los están criando los cuiden bien, porque son como angelitos de Dios, y donde se quiere a los niños y se les cuida, allí derrama sus bendiciones el Señor, porque Él amaba a los niños.

2.

Cuando volvió el Sinforoso a Hualica contó que el Padre Apolinar Pablo le había dicho que el Señor había mandado al Nichito para derramar bendiciones, que había que quererlo y cuidarlo, porque era un ángel.

El Padre Fabio estaba contentísimo con la carta del Obispo. Aunque era a media semana, hizo tocar la campana, y congregó a su gente y la leyó desde el púlpito. Solemnemente bendijo a su pueblo, y anunció que sin duda la sequía pronto acabaría.

Pero pasaban los días y la sequía continuaba. Entonces alguien sugirió que sacaran a Nichito en procesión de rogativa. El Padre Fabio se opuso. Eso era idolatría. No se podía consentir. Los ánimos, sin embargo, no se podían contener. La sequía estaba matando al pueblo. Ya había hambre. Y la idea de que el Nichito era un ángel del Señor tomó vuelo. En Hualica se habían concentrado gentes de otros poblados, hasta de por las Segovias, y los recién llegados eran los más insistentes. Había que sacar al Nichito para que hiciera el milagro.

—Vea, Padre, —dijo el alcalde Hualica— yo no le veo nada de tan malo, ni tampoco de tan bueno. Pero han venido a sacar al Nichito por la fuerza. La sequía los tiene así. Usted delibere lo que convenga. Piense que echarle mano a usted sería mayor pecado.

—¡Están locos!

—Están como locos, Padre. Yo le ruego a usted que reconsidere, por su mamita que está presente.

—¡Jesús, José y María! —exclamó el Padre Fabio. ¡Quién sino el diablo les habrá metido esa idea en la cabeza!

—Todos piensan igual. No hay ni una alma que no esté de acuerdo.

—Pero no puedo darles mi consentimiento. No lo puedo permitir.

—Padre ¡que se le van a echar encima!

—Aguardá. No te vayás. Déjame rezar un ratito para que Dios me ilumine.

—Rece usted, Padre, pero tenga presente que ahí están, óigalos cómo refunfuñan. ¿Los oye? Voy a contere-nerlos, que si les digo que usted se niega, echan abajo la puerta y cometen un sacrilegio con su persona y se llevan al Nichito. Así el pecado será doble.

El ruido de la turbamulta iba en creciente, y se alzó en trueno cuando salió el alcalde.

—¡Espérense —gritó el alcalde— que el Padre Fa-
bio está rezando! ¡Aguárdense un ratito, que cuando aca-
be de rezar ya verán!

—¿Pero nos va a dar al angelito?

—¿Y qué remedio? —respondió el alcalde—. Pero se están quedos. Y los que han venido con armas. ¿Es ése el modo de venir por un ángel?

—Es que si no nos da al ángel le echamos abajo la casa —gritó uno levantando una barra.

—Con Dios no se juega —dijo gravemente el alcal-
de— ni tampoco se le amenaza. Si no queremos que nos fulmine una maldición, retírense a dejar esas armas.

—Sí, que se retiren los armados —dijo alguien, y la voz corrió convincente. ¡Que se retiren los armados!

—Recemos un rosario —dijo una mujer.

—¿Quién lo enseña?

—Lo enseño yo —dijo la mujer.

Y mientras afuera las avemarías y los padrenuestros se seguían en coro y responso, el Padre Fabio, angustiado, de rodillas delante de su mesita de los santos, con su madre echada en cruz en el suelo y con la Petra y la Chinta de hinojos, rezó en alta voz. Los chorros de sudor le corrían por la cara. Las manos las tenía empapadas. En latín de su breviario vocaba el Salmo:

—Dios, Dios mío, mírame: ¿por qué me has desamparado? Las voces de mis delitos alejan de mí la salud. Dios mío, clamaré y no me oirás...

“En Ti esperaron nuestros padres; esperaron y los libraste. A Ti clamaron, y fueron hechos salvos: en Ti esperaron, y no quedaron avergonzados. Más yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe”.

“Todos los que me veían hicieron burla de mí; hablaron con los labios y menearon la cabeza...”.

“¡No te alejes de mí, porque la tribulación está cercana, pues no hay quien me ayude! Me han cercado muchos becerros, toros gordos me han sitiado. Abrieron sobre mí su boca, como león robador y rugiente... Secose como un tiesto mi vigor, y mi lengua se pegó a mis fauces, y me has conducido hasta el polvo del sepulcro!...”.

Allí no pudo más el Padre Fabio y se echó a llorar, y mientras estaba llorando el Padre Fabio, y mientras las mujeres rezaban como en agonía, el Nichito, sin ser notado, se salió por la entreabierta puerta que daba al corredor interior de la casa y dando la vuelta al jardín se presentó en el corredor del frente, y cuando lo vieron los del pueblo que estaba solo y desnudito y sonriente, se sobrecogieron. Como el Nichito alzara una manita hacia

ellos, se levantaron las mujeres que estaban arrodilladas rezando el rosario, y todos se hicieron atrás.

—¡El Nichito! —gritó la Chinta.

—¡El Nichito! —gritó también doña Jacinta.

—Petra ¿Qué se hizo el niño? —preguntó el Padre Fabio levantándose.

Salieron las mujeres al corredor interior y buscaron en el jardín, llamando **¡Nichito, Nichito, Nichito!** y el padre Fabio abrió la puerta de la calle. Allí estaba el Nichito. Lo tomó en brazos el sacerdote y vio que la gente se persignaba, y que agachaba la cabeza, y que tenían los sombreros en las manos y oyó que le decían:

—¡Padre Fabio, échenos la bendición!

—¡Que nos dé el perdón de los pecados, Padre Fabio!

El Nichito le pasaba las manitas al sacerdote por la cara, donde el sudor y las lágrimas la habían mojado, y decía **Ve, ve.**

El Padre Fabio sintió después de esa trifulca, que debía informar personalmente al Obispo.

—¿Y no llovió? —preguntó Su Señoría.

—Esa misma tarde se puso el agua, señor, y por la noche cayó un aguacero torrencial.

—También aquí llovió —dijo el Obispo—. ¿Y tú qué piensas, Fabio?

—Señor, que tal vez Su Señoría Ilustrísima quisiera mandarme a otro curato, donde el Señor se olvide de mis pecados.

—Fabio —dijo Su Señoría— tus pecados te son perdonados. Vuélvete a tu pueblo, cuida a las ovejas del Señor, y cuando reces pídele que me dé más sacerdotes como tú.

—¡Eso no! No podría, señor...

—Por supuesto que no podrías. Yo le rezaré. A mí me toca.

—¿Y el niño, el Nichito? —preguntó el Padre Fabio.

—Apolinar Pablo —dijo el Obispo— ¿estás seguro de que lo bautizaste bien?

—Sí. Su señoría —respondió el cuñado de Gonzalo Quirós.

—¿Qué dice —dijo el Obispo— si adelantamos la fecha y nos vamos a Hualica a confirmar?

3.

El **Nichito** era muy solicitado en Hualica. Quiquiera que tenía enfermo sonsacaba a la Petra o a la Chinta, pero más generalmente a la Petra, para que el Nichito, “el angelito de Dios”, hiciera curaciones con sólo su presencia o con que tocara al enfermo, sin que el pobre Padre Fabio supiera bien qué hacer cuando llegaba a enterarse. El Obispo le había dicho, cuando confirmó en Hualica, que no se preocupara, que el Nichito crecería y que cuando ya estuviera como para ir a la escuela ya verían de llevarselo a León.

El angelito de Dios creció de esa manera que era un diablillo perfecto. A los seis años montaba en pelo. A los

ocho no había rincón del Valle de Hualica que no conociera, casa a la que no entrara como a la suya propia, con aire mandón, individuo de quien no se sintiera superior, excepto sólo el Padre Fabio por quien tenía veneración absoluta.

Doña Jacinta se puso, de ancianidad, que parecía una momia, pero se consideraba vigorosa. El Nichito era su consentido, como era el consentido de todos. El muchachito era amoroso con ella, y un día le pidió dulcemente que le enseñara a leer.

—A los dos, a los dos les voy a enseñar —dijo Mama Chinta.

—A mí no —chilló el Nicolasito, y se puso a llorar.

—Baboso éste, que por todo llora —dijo la Petra.

—Es que a mí me duele —alegó lloriqueando el Nicolasito.

—¿Te duele qué?

—Que me enseñen a leer.

Y no hubo modo. El Nicolasito no hacía más que perder tiempo. El Nichito, en cambio, se puso muy orgulloso con su cartilla en un marco de hojalata con manguillo para asirlo.

Primero fueron las letras. Se le hizo difícil al Nichito acordarse bien de ellas o dejar de fantasear porque la O le parecía una tortilla, una tortillita chiquitita, o una hostia, una hostita pequeña, o un huevo, un huevito requetichito. Una noche el Nichito brincó de contento con una adivinanza suya. ¿Cuál es la O más alta del mundo? Nadie lo sabía. Era la luna, la luna llena. Y en la luna, conforme con sus fases, halló el Nichito otras letras, la D y la C.

Vivísima su inteligencia, todo el abecedario se le representaba en las cosas que le rodeaban. Las patas delanteras de un potrillo recién nacido eran la LL. El Padre Fabio le enseñó a ayudar a misa, y la voz del Nichito sonaba fresca y alegre contestando en alta voz. El Nicolasito veía con ojos tristes al Padre Fabio frente a su mesa de los santos y al Nichito ensayando y ensayando hasta que el Nichito, en vez de hacer con la mano que sonaba la campanilla, tuvo una campanilla de verdad y la sonó. Entonces el Nicolasito quiso que le dieran a él también una campanilla, y sorprendió la cólera que hizo cuando se la negaron. Se tiró al suelo, gritó hasta casi asfixiarse, aventó de patadas como un poseído, se retorció como si le hubiera dado tétano. Después de esa escena, siempre se llevaban al Nicolasito lejos, para que no molestara en los ensayos finales.

Cuando por fin el Nichito estuvo listo, el propio Padre Fabio le cortó el pelo hirsuto, la Petra le dirigió el baño, la Chinta y Doña Jacinta se encargaron de vestirlo con ropa nueva, y el Nichito, que para eso también se había preparado, hizo su primera comunión en la primera misa verdadera que ayudó a decir. Estaba de emoción que sentía como fiebre. Le ardían las mejillas y le brillaban los ojos extraordinariamente.

El Padre Fabio estaba contentísimo. El Nichito era su regalo para el Padre Apolinar Pablo que había llegado a predicar. Se celebraron los veinticinco años de haberse ordenado diácono el Padre Fabio. Pero siempre hay un contratiempo. Nunca falta algo que trastorne el orden de las cosas, por bien que se proyecten. El Padre Apolinar Pablo, camino a Hualica, se había dado la gran empapada porque le llovió una de esas lluvias que caen de repente, y no halló dónde guarecerse esquivando los árboles por el

temor a los rayos. Estaba afónico. No podía predicar. El Padre Fabio había querido tanto oírlo, oírlo en su iglesia, porque el Padre Apolinar Pablo gozaba entre el clero de fama de muy sabio.

—Van a oír al Padre Apolinar Pablo —había dicho cien veces el Padre Fabio. Para que oigan sermón. Cuando habla, dicen que casi se oyen las arpas de los ángeles, así es de sublime.

Con un gran pañuelo envuelto al cuello el Padre Apolinar Pablo asistió a la misa. Le gustó mucho ver al Nichito en su nuevo oficio. Pero la revelación más grande para él fue el sermón del Padre Fabio.

Con sorpresa de todos, que esperaban al Padre Apolinar Pablo y la música de la corte celestial, el Padre Fabio subió al púlpito.

—El Padre Apolinar Pablo —dijo el Padre Fabio— que me ha hecho el honor de venir en persona y en representación del Señor Obispo, para predicar el sermón de esta fiesta, por desgracia para nosotros se ha puesto ronco, porque le cayó el aguacero y lo resfrió. Pidamos al Señor y a Su Santísima Madre que no le dé pulmonía ni se le haga gravedad, que ya se aproximan malos tiempos, de persecución y sufrimientos, para la Iglesia. **Dios te salve María...**

Se había arrodillado el Padre Fabio, y terminada la salutación del ángel a la Virgen, comenzó de nuevo:

—Me toca a mí, que no había pensado que hoy haría sermón, decirles la palabra de Dios. ¿Pero qué les podría decir, ignorante que soy, que no les haya dicho una y mil veces? Mi voz no basta para arrancarlos a ustedes de las garras y del poder de Satanás.

“¿Qué es eso que oigo, de que unos de ustedes que están aquí andan con pleitos sobre cuestión de tierras? ¿Qué es eso que ha llegado a mis oídos antes de decir misa, y que me ha amargado este dulce día, llenándome de dolor el corazón, de que hasta han venido armados a la casa de Dios y que después de salir de la iglesia van a ajustar cuentas vertiendo sangre?”.

“Yo sé, yo lo sé muy bien. Después de misa van a salir, y sólo se van a insultar. Con las mismas bocas purificadas aquí con las oraciones, van a pronunciar palabras que desagradan al Señor, las palabras llenas de odio que regocijan a Satanás”.

“Pero el Demonio no se conformará con eso. No. Querrá él su misa, y llevarse las almas manchadas de pecados a los infiernos. Y esperará que estén llenos de guaro, que el guaro los ponga locos, para entonces que se den de machetazos y el que no salga muerto salga herido o cortado de la cara”.

“Ustedes no lo verán, pero allí estará Satanás entre ustedes. Y en cuanto al primer herido caiga, mientras agniza con lodo de sangre en la herida, el Satanás le chiflará a los diablos para que abran las puertas del Infierno. La voz de Satanás resonará en el pozo hondo del Infierno produciendo un temblor: **¡Ahí viene otro hualiqueño!**

“Y cuando el moribundo exhale el último hipo, sin quien le haga la cruz sobre la boca, el Satanás le cogerá el alma arrancándosela de los propios labios, y con el alma de ese muerto, que ahora está aquí vivo y me está oyendo, y no prepara su alma para bien morir, el Satanás se echará boca abajo al pozo del Infierno, para llevarla a la condenación eterna”.

“Y el que mate a ese muerto también se condenará. Satanás les contará a los diablos que la fiesta del Padre Fabio fue para él, porque el Padre Fabio no sirve para nada, ni ha podido mover el corazón de piedra de este pueblo y rescatar estas almas renegadas...”.

Aquí la emoción ahogó la voz del Padre Fabio, quien prorrumpió en sollozos. El Padre Apolinar Pablo se sintió profundamente conmovido. Los hombres, de pie y hacia el fondo de la iglesia, como se acostumbraba en Hualica, estaban con las cabezas agachadas, como avergonzados, hasta que uno de ellos se adelantó hacia la verja del altar y puso allí su cutacha y se volvió a su lugar. Otro hombre hizo lo mismo, y así como seis u ocho más. El Padre Fabio dejó de llorar, bajó del púlpito, y la misa siguió.

Era verdad lo que el Padre Fabio había sabido. Lo que no se esperaba era la sorpresa que el pueblo le había preparado. Cuando salió de la misa y se dirigió a su casa, se quedó el buen hombre estupefacto viéndola adornada, y las ollas de chicha en el corredor que daba a la calle, y los cohetes que se disparaban.

—Mis hijos, ve usted, Padre, mis hijos —le dijo al Padre Apolinar Pablo—. ¡Y yo pecador que tantas veces hasta he rezado para que me cambiaran de curato!

—Sí, Padre, son sus hijos —respondió luchando por hablar el Padre Apolinar Pablo.

4.

—**Dios** debe de haber oído al Padre Fabio —le dijo el Padre Apolinar Pablo al Señor Obispo, relatándole su visita a Hualica— porque viera usted, estaba yo con

miedo de una gravedad, y nada, la ronquera se me quitó sola. Eso sí, también ayudó el traguito de curado de nancite que me recetó la doña Jacintita. **Una copita de esto no le caerá mal a su reverencia** —dijo, imitando el tono zalamero de la anciana— y muy bien que me cayó.

—Debiste de haberte traído una tinajita llena —dijo con buen humor el prelado.

—Traje —le respondió el Padre.

—Ya lo probaremos. Pero ahora, dime. ¿No hubo pleito por lo de las tierras?

—No hubo, Su Señoría. ¡Qué va! El Padre Fabio los reconcilió y dividió la tierra. ¡Qué hombre! Fue él en persona, Su Señoría, con todo el pueblo, y yo, detrás, y trazó una línea, y entonó la Letanía mientras recorría la línea, muy solemne, y el Nichito sirviéndole de acólito que daba gusto verlo. Y no terminó allí la cosa sino que hizo que las dos familias afectadas se arrodillaran y le echó la bendición. ¡Ese hombre vale oro! Más curas como ése es lo que necesita Su Señoría para su labor.

—Como ése y como el Padre Chon, del Sauce.

—¿Tiene noticias de él?

—Han venido a quejarse.

—¿Y ahora, qué es?

—Que lleva lista de los que no van a misa, ni se confiesan, y de los que hacen escándalos. Si es necesario se anda tres y cuatro días buscándolos y cuando los halla les da unas sopapeadas que los acuesta. Cree que para eso le dio Dios esos puños que tiene que cada puño es como un toro.

—¿Y lo de los diezmos y primicias, Su Señoría?

—Pues lo he pensado bien, y con no publicarlo, para que no vaya a servir de mal ejemplo, basta. Abolidos se quedan. El Padre Chon tiene su finquita propia y no le hacen falta. Significa que para El Sauce siempre habrá que tener un cura que sea agricultor.

—El Padre Chon, Su Señoría, a quien me recuerda es al Cura Morelos de México. Allá en Roma leí lo que le hizo la Inquisición y otros papeles. Dígame, ¿cree usted que esa excomunión sea válida?

—Tú que has estudiado el caso lo debes saber —respondió el Obispo.

—Su Señoría, yo creo que no. Yo creo que el Cura Morelos fue un cura ejemplar y que algún día se le reconocerá como gloria de la Iglesia.

—Así debe ser —dijo el Señor Obispo—. ¡Ojalá que llegue pronto ese día! Yo también he creído que el Cura Hidalgo y el Cura Delgado y todos los curas que hicieron la Independencia, fueron buenos. ¡Si en vez de matar a los curas los españoles hubieran matado a los generales! ¡Si en vez de a Hidalgo y a Morelos matan a Iturbide y a Filí-sola y a Santa Ana! No que ahí ves, los curas nos hemos acobardado y ya no dirigimos al pueblo, y los generales como lobos se echan y se ceban en el rebaño del Señor...

—Tal vez del Nichito podamos sacar un buen cura. Su Señoría. Dijo el Padre Apolinar Pablo.

—Si Dios quiere, muchacho, —replicó el Obispo—. Yo había querido sacar un obispo de ti, mi coadjutor y luego el heredero de esta mitra, y ya ves, no eres más que un maestrucho, muy sabio pero ¡en Nicaragua! un

maestrucho. Y las monjitas habían querido sacar una santa de tu hermana, y fue una santa, pero no lo que ellas querían... ¡Ah, que tuviéramos un obispo caudillo! Yo ya estoy viejo...

—A propósito, Su Señoría, Gonzalo va a regresar a Nicaragua.

—Buena noticia, buenísima noticia —dijo el Obispo.

—Él puede acaudillar a León, y es buen cristiano. ¿Cuándo vuelve?

—Está para largo. El año entrante.

—Ojalá que para entonces sea tiempo. No se puede dejar a estos generales de la mano. Habrá que cambiar la mitra a Managua, para estar cerca de ellos y que no se descarríen. Esos emigrados colombianos y esos ecuatorianos, con su Montalvo y su liberalismo, están echando a perder al gobierno.

—Uribe y Uribe es un gran orador —dijo el Padre Apolinar Pablo— y Montalvo el mejor escritor de América. ¡Qué hubieran sido católicos!

—No sé —dijo el Obispo— por qué Montalvo y García Moreno no llegaron a comprenderse. Eran almas gemelas, y alguna vez debió de haber reconocido Montalvo que si fue su pluma la que le dio muerte a García Moreno, eso fue cainesco. Tal vez por eso pasó el resto de sus días en dolor y quejumbre.

—A Montalvo, señor, lo que le irritaba era que García Moreno, de Presidente, cargara pesada cruz y fuera penitente detrás del Santo Entierro en las procesiones de Semana Santa de Quito.

—Ahí está lo absurdo de ese gran intelecto —dijo el Obispo—. Le parecía eso superchería medieval. En cambio él fue a París, rico, se quiso echar a costas la cruz de Lamartine, que estaba pobre y a quien ofreció toda su fortuna. Ves que estaba descarriado, que echarse cruces al hombro no le era justamente desagradable. No comprendía. Nuestros intelectuales no comprenden.

CAPÍTULO VIII

1.

Cuando Gonzalo había vuelto de El Salvador, desde Honduras, después de la muerte de su padre, se había dedicado a salvar su herencia de las garras del prestamista a quien llamaban **El Burro de plata**. El Padre Apolinar Pablo, recién llegado de Italia, y dueño junto con su hermana de regular fortuna, le brindó toda ayuda. Entre los dos jóvenes, el sacerdote y el laico, se formó una estrecha amistad.

Ya eran como hermanos cuando regresó a Nicaragua Claudina, y Gonzalo, como remozado en el alma y en el corazón con sólo verla, volvió a su primer amor. Pero muerta Claudina, dejándolo en plenitud de su vida, el viudo añoró lo que el amor ofrece, lo que el amor exige, que Claudina jamás pudo brindarle. La idea de la Carmencita, la sed de la sensualidad de la novia salvadoreña a quien había creído olvidar, hicieron que Gonzalo emigrara.

El Padre Apolinar Pablo se quedó administrándole los bienes y los había hecho prosperar. La mejor ayuda a todo esto había sido, después de la voluntad del Señor —decía el Padre Apolinar Pablo—, el ferrocarril y el servicio de vapores que la Mala Real Inglesa había establecido. Gonzalo, o mejor dicho, las propiedades de Gonzalo, producían azúcar sin refinar, que se exportaba bien. Si se lograba refinarla en Nicaragua, su precio sería mejor. Para

eso necesitaba Gonzalo volver a su país, porque el trabajo que requería establecer esa industria era superior a las fuerzas del rector del Seminario. Entre el Gobierno y el Clero las cosas se agriaban, y en Nicaragua no se podía hacer ningún negocio teniendo al Gobierno en contra. Eso era doctrina del liberalismo criollo. Se atacaba al Clero, para rendirle culto al liberalismo francés, y, desvirtuando la teoría del liberalismo económico manchesteriano, los del Gobierno exigían participación en todos los negocios del país, alegando que así se había hecho grande la liberal Inglaterra. Gonzalo anunció que volvería a Nicaragua el año entrante.

Con eso pensó el Padre Apolinar Pablo que ya el Nichito, ahijado de Gonzalo que casi pudo haber sido su hijo adoptivo, estaba en edad de que se le diera un barniz de civilización, y mandó por él. Tan inteligente y tan inclinado a la mística y tan rebotante de salud física y de ingenuidad espiritual y tan dominador del pueblo le pareció el Nichito al Padre Apolinar Pablo, que no dudó de que haría un gran sacerdote. “En fin —se dijo, después del palique con su prelado cuya prudencia el Padre Apolinar Pablo admiraba cada vez más— será como Dios mande”.

De momento Dios pareció mandar que el Nichito gozara de entera libertad en León, porque —pensaba el Padre Apolinar Pablo— podría ser contraproducente restringírsela de buenas a primeras después de haberla gozado tan entera en Hualica.

El Nichito se alojó en un cuartito del edificio del Seminario, calle de por medio de Catedral, junto al cuarto del Padre Apolinar Pablo que daba a la calle. Esa pieza había sido el estudio del Padre y estaba atestada de libros. Sacando el escritorio había quedado lugar para ponerle un

catrecito de seminarista al Nichito. Aquello le encantó al muchacho medio salvaje, los libros lo fascinaron. No se cansaba de bajarlos de los altos estantes y de hojearlos, admirando sus ilustraciones, tratando de leerlos sin llegar a entender más que una que otra palabra de latín o de italiano. En los primeros días eso lo dominaba al grado de que el Padre Apolinar Pablo tenía que decirle:

—Andá a dar tu vuelta y no te vayás a perder.

Tenía que salir el Padre, y cuando volvía allí estaba el Nichito absorto sobre una ilustración de Gustavo Doré, con la **Divina Comedia** sobre las rodillas, o embebido en la lectura del **Diccionario Enciclopédico Ilustrado** de Miguel Toro y Gómez.

Poco a poco había querido el Padre Apolinar Pablo despertarle la vocación sacerdotal. No decía misa todos los días sino sólo en la Capilla de las monjas, de quienes era capellán, pero cuando decía misa en Catedral, o en La Merced, o en la Recolectión, el Nichito era quien le ayudaba. Esos días el venido de Hualica quedaba libre y, como ya se normalizaba la fascinación de los libros, se iba a recorrer las calles, a subirse a las torres de catedral y de las demás iglesias satisfaciendo un interior afán de altura del que no tenía conciencia todavía; o se asomaba a los aposentos de las casas del centro de la ciudad, las casas ricas, admirando las camas encortinadas, los biombos pintados, los lavabos de plata, los cuadros en las paredes, de bellas mujeres durmientes, medio desnudas, con cupidos que parecían hablarles al oído; o se asomaba a los jardines, desde los anchos zaguanes.

Las azoteas de catedral fueron para él un universo, con sus inmensos comales sobre las cinco naves del majestuoso templo abovedado, a los que subía trepando

a gatas para resbalarse sentado y caer parado, en juego con su propia sombra. El Puente de la Calle del Panteón le pareció, con sus anchos arcos de piedra, lo más noble que jamás había visto. Por allí se ensanchaba la corriente del río que fluía perezosamente, y el reflejo del puente en el agua tranquila le maravillaba. Río arriba se extendía, más alto que el puente colonial, el Puente Colorado, de líneas rectas, hecho de hierro pintado de rojo, sobre el que relucían las paralelas de acero de la línea férrea. Allí por primera vez en su vida vio el Nichito pasar una locomotora arrastrando ruidoso tren: era un monstruo, un monstruo inmenso, atronador, de ululante grito y de paso que hacía temblar la tierra.

En plena ciudad descubrió a San Benito, el santo negro, en la iglesia de San Francisco, de cuyos brazos extendidos con las manos juntas colgaban cintas moradas, ínfulas humildes, que las gentes del pueblo veneraban y compraban para curar a sus enfermos poniéndoselas. Cuando el santo hacía un milagro, el creyente adeudado pagaba su voto de repartir chicha en el atrio de la iglesia, y al Nichito le gustaba el refresco de maíz negro.

También le atraía el mercado, detrás de Catedral, con su afluencia de gente, sus pisos resbalosos de mugre, sus olores riquísimos y variados, de frutas de toda clase, de ajos, de pescado fresco, de carnes crudas, de dulce de rapadura, de flores, que embriagaban a las moscas y lo embriagaban a él.

Y fue atrevido al recorrer las ruinas de la Casa Quemada, la que había sido el Depósito, crecidas de monte, llenas de lagartijas cuyo verde brillante trazaba relámpagos sobre el pardo de los derruidos muros. Por San Sebastián miró las andas de los pobres, tendidas en el pequeño

atrio, pidiendo limosna. Se extasió frente al camarín de Nuestra Señora de las Mercedes, y la corona de la Virgen, y su manto, tachonado de joyas, le parecieron visión del cielo, lo más glorioso que podía haber. Un día vio la salida de los estudiantes del Instituto Central y reconoció lleno de tristeza que había una humanidad diferente de la suya.

2.

Ruidosamente, alegremente, corriendo, salían los escolares, jugando al cero tentado, persiguiéndose para tocarse y huyendo todos del tocado. El Nichito quiso sumarse a la algarabía y le sorprendió dolorosamente que alguien dijera:

—¿Y este desarrapado, qué se cree?

No entendía el Nichito lo que la palabra quería decir, pero sí que era un insulto, que significaba diferencia, inferioridad. Advirtió también que él andaba descalzo, que llevaba cotona, que sus calzones eran largos, de manta de dril, que eso, sin duda, lo convertía en paria —aunque, desde luego, la palabra no cruzó por su mente sino sólo la tragedia de su significación tanto más honda porque para él no tenía nombre. El consuelo de nombrar las cosas que duelen todavía no lo conocía.

Los del Instituto iban calzados, con medias hasta la rodilla, con pantalones cortos adornados de botones brillantes cerca del ruedo, con camisas de cuello, con corbatas de alegres colores. Se hizo a un lado el Nichito. Los chicos siguieron con su juego. Uno de ellos —el que lo había tratado despectivamente— tropezó y cayó de bruces. Se levantó llorando, con sangre de narices. El Nichito

sintió lástima de él, pero no se movió. El accidente cortó el juego, y los escolares se dispersaron.

El Nichito se quedó solo. El portal de la escuela se cerró. Era ya el mediodía y en parte alguna había sombra. El sol caía como impalpable llamarada sobre el Nichito. Como atontado el muchacho buscó abrigo en el hueco de una puerta cerrada donde se acurrucó. Le pesaba la soledad. La calle estaba desierta. Las casas a puerta cerrada. En el cielo volaba un solo zopilote, a grandes giros, muy alto. De prisa, con un trotecillo, pasó un perro callejero. Al ver al Nichito el perro se detuvo un momento, como atemorizado, como esperando golpe y alerta para capearlo. Por fin el can se convenció de que el Nichito no le haría daño, y se le acercó. El perro tenía sarna. Mostraba también, a medio sanar, una gran quemada donde le habían echado agua hirviente. Miró al Nichito y el Nichito le dijo:

—¿Y este desarrapado, qué se cree?

El perro cogió de nuevo su trotecillo y se alejó. Al llegar a la bocacalle el pobre animal aulló; un ocioso le había arrojado una piedra. El Nichito sintió como si a él le hubiera pegado la pedrada.

De pronto, de adentro de la casa a cuya puerta se había refugiado con sus pesares, el Nichito oyó música de piano, que no había oído nunca. Era una pieza melancólica. Era un desbordamiento de tristeza. Era un suave clamar de penas más elocuente que las palabras. Era un gemir y un llorar lágrima a lágrima, cada lágrima una nota, y al Nichito se le abrió la fuente del llanto, y se acordó de su hermano de leche que era tan llorón, y por primera vez en su vida sintió completamente lo que es lástima sintiéndosela a sí mismo.

Después de la música quejumbrosa oyó música alegre. Hacia el lado de enfrente observó que comenzaba a ensancharse una tira de sombra y cruzó la calle, pero como desde allí no oía la música tan bien se volvió a la acera que había abandonado.

Cesó la música y abrió la puerta una sirvienta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la mujer.

—¿Yo? Nada —respondió el Nichito.

—¿Quién es? —preguntó desde adentro una voz femenina.

—Nadie —respondió la sirvienta—. Es un pobre que estaba echando piojos en la puerta.

—¡Ya están que no se aguantan los pobres! —exclamó la voz—. Decile que no quedó comida.

El Nichito se levantó y se fue. Al llegar a la bocacalle se detuvo y miró a todos lados no fueran a apedrearlo.

3.

Cuando llegó al Seminario lo regañaron en la cocina.

—Si se creerá que es príncipe este **desarrapado** —exclamó la cocinera, vieja gorda y sudorosa, **tendiéndole** un plato de metal enchinado.

—¿Qué quiere decir **desarrapado**? —le preguntó el Nichito.

—**Desarrapado** sos vos —le respondió la **corpulenta** mujer.

El Nichito comió y la comida lo consoló bastante. No estaba en edad de que la pesadumbre le cerrara la boca del estómago. Después se retiró a su habitación y tras de hojear el grueso volumen y de volver a ver las estampas que jamás dejaban de sorprenderlo con su variedad, de demonios y de ángeles, de condenado y bienaventurados, comenzó a leer en voz alta el poema:

*Nel mezzo del camin di nostra vita
Me ritrovai per una selva oscura
Che la diritta via era smarrita...*

Leía de corrido el Nichito, con mala pronunciación pero con acierto el ritmo, y sin entender palabra. Pero la música del verso, sí. Al llegar a la palabra **paura** se estremeció. Volvió a comenzar la lectura de esa página y se la aprendió de memoria como se había aprendido varios salmos en latín que le hacía repasar el Padre Fabio.

Ya bien tarde tomó la calle recta del Seminario hasta la vía férrea, a ver pasar el tren. La tristeza se le quitó. Andando por las calles recitaba los tercetos iniciales del **Infierno** y sentía un enorme gozo. Cuando el Padre Apolinar Pablo volvió a su cuarto y encendió su lámpara y se preparó a estudiar, ya el Nichito dormía tranquilamente.

El día siguiente fue sábado. Muy temprano el Nichito acompañó al Padre Apolinar Pablo a La Merced a ayudarle a decir misa. ¡Cómo le encantaba! Desde su puesto al pie del altar se enamoraba de la Virgen, de los ojos azules de la Virgen. Detrás de él la iglesia estaba atestada de pobres que desde allí salieron a recorrer la ciudad en largas filas. El Nichito se fue con ellos.

—Una limosnita por el amor de Dios...

—Un centavito, por caridad...

—Dios se lo pague, niña...

Aquello era una especie de fiesta para el Nichito. Él no decía nada. Pero hete aquí que le tendían la mano y le daban centavos.

En algunas casas decían: **Perdone por Dios.** Allí los pobres se estaban sin moverse un rato largo, como si no hubieran oído nada, en espera de un cambio de corazón, y como el cambio no se efectuara seguían su camino.

Algunos pobres refunfuñaban. Algunos echaban maldiciones. En algunas casas se les contestaba con rudeza.

—¡Partida de vagos! Se los debiera llevar la policía y ponerlos a trabajar...

Siguiendo en la cáfila de los pobres el Nichito llegó al mercado y compró como ellos compraron, y se hizo de su círculo donde comían en cuclillas o echados en el suelo, teniendo que estar espantando a los perros que se les acercaban. Allí reconoció el Nichito al can del día anterior.

—¡Desarrapado! —le dijo llamándolo.

El perro se le acercó cojeando, lleno de mansedumbre. El Nichito le dio de su comida.

—Vos no sos de aquí —le dijo un mendigo viejo al Nichito.

—No —respondió el rapaz— soy de Hualica.

—¿Cómo andás solo? ¿No vino tu tata?

—Tata no tengo —respondió el Nichito.

—Ya sé —dijo el mendigo—. Te juiste de tu casa.

El Nichito no replicó palabra.

—¿Y te vas a quedar aquí? —preguntó el mendigo.

—¡Quién sabe! —dijo el Nichito.

—Ya León no es lo que era —suspiró el viejo—. Dicen que Managua es mejor. Pero yo soy de aquí, y aquí me quedo. Para lo que me falta de vida, desde aquí me voy al cielo lo mismo que de cualquier otra parte.

—Al cielo te vas a ir pero en buche de zopilote —comentó alguien, de lo que todos rieron.

—Pero vos sos joven —siguió diciendo el viejo, sin hacer caso de la burla que le hacían—. ¿Por qué no trabajás?

—No sé —dijo el Nichito.

—¡Trabajar! —exclamó el pordiosero de la primera burla. —¡Oigan, que tiene gracia! ¿Para qué trabajar? ¿De qué sirve trabajar? Yo era albañil hasta que me caí de un andamio y me desquebrajé. Malhaya si ahora puedo levantar un adobe. Para eso trabajé.

—Yo estaba de criada —dijo una mujer— ¿y qué me pasó? Que se perdieron unas chapas y me acusaron. Me echaron a la policía. Ay me tuvieron hasta que me dio el reumatismo, en el calabozo que chorreaba agua día y noche. Yo también digo, ¿para qué trabajar?

Se hizo una pausa llena de significación.

—Ser pobre no es tan malo —dijo sentenciosamente otro mendigo—. Lo que es de puta madre es ser loco.

—¿Loco? —preguntó el Nichito. Tantas veces le habían dicho a él ¡Pero qué loco eres o No siás loco!

—Ya los vas a conocer, chigüín —dijo el mendigo—. En cierto modo son como nosotros, sólo que peores, porque les da la luna. Porque, a nosotros ¿quién nos avienta piedras como el Batarrón, quién nos mienta la madre como a la Palaca, quién nos hace burla como a la Gabriela, quién nos baila delante como al don Goyo? Ni tampoco hay quien nos tenga miedo y se zafe corriendo apenas nos ven. Ser sólo pobre tiene sus ventajas.

—¿Y ustedes son desarrapados también? —preguntó el Nichito.

—¡Claro! —exclamó el mendigo viejo— ¿Qué otra cosa íbamos a ser?

—Yo también —dijo el Nichito con orgullo, contento de haber hallado a su gente, libre del pesar de ser solo.

El mendigo viejo se hizo su maestro y lo aleccionó mientras los demás se tendían a roncar la siesta.

—Te voy a enseñar las casas donde hay caridad —dijo el mendigo viejo— y te voy a enseñar cuándo hay fiestas en cuáles casas.

Así comenzó, así dispuso Dios que comenzara la amistad del Nichito con los pobres. Cuando despertaron los de menos dormir uno de ellos dijo que tan escasa había sido la limosna del día que, después de comer, no alcanzaba ni para dos tragos, con lo que se inició la discusión del valor del alcohol.

El mendigo viejo argüía que lo mejor era no tomar cuando se era pobre, porque se corría el riesgo de que lo confundieran a uno con los borrachitos y no había quién le diera limosna. Otro alegó que no veía la diferencia entre un pobre y un borrachín, y que si a los pobres se les iba a

quitar el trago también, pues ya la vida no valía nada. Por fin el acuerdo de todos fue que los pobres podían beber con tal de que no los vieran.

—Yo tengo guaro —anuncio el Nichito.

—¿Vos? —le preguntaron muchas voces a la vez.

—Un garrafón de cususa curada con hojas de higo y con nancites.

—¡Bah! —exclamó un escéptico—. No estás más que hablando.

—Tal vez éste —dijo un mendigo tuerto— es de esos que se hacen pobres para robar. ¿De dónde iba a sacar un garrafón de guaro si no robándoselo?

—¡Uy! —replicó el Nichito—. Si no quieren no les doy. Pero tengo. Al Padre Apolinar Pablo y a mí nos mandan garrafones.

—¿A vos?

—A mí, y curado con hojas de higo y con nancites. No arde, y es bueno para las toses y para la ronquera y por si pica un alacrán.

—Ha de ser bueno para todo —dijo el mendigo viejo—. Es guaro de cura. Éste —y señaló al Nichito— ha de ser hijo del Padre Apolinar Pablo. ¡Je, je, je! ¡Con quién se habrá metido el padrecito que le salió tan feo! ¡Je, je, je!

—Bueno, ques no lo quieren, pues ya me voy —dijo terminantemente el Nichito.

—Sentate —le dijo el mendigo tuerto—. No seas sonso. La cosa es dónde nos juntamos para chupar.

—Si nos llegan a ver —advirtió el mendigo viejo— nos friegan. ¡Vean qué vaina!

—Allá arriba, en la catedral —dicho el Nichito— nadie nos puede ver. De noche, allá arriba, podemos estar nos que nadie nos verá.

—Pero nos ven entrar —dijo el mendigo viejo.

—No si entramos uno por uno —dijo una mendiga vieja.

—¿Pero es de verdad el guaro? —preguntó el tuer to.

—Es de verdad —afirmó el Nichito.

4.

Esa noche, donde el comal de sobre la bóveda del altar mayor, que tenía proporciones de gran cúpula, hacía una oscura sombra de lunada, el garrafón que la doña Jacintita había enviado al Padre Apolinar Pablo con el campisto que había llevado al Nichito a León, pasó de boca en boca una y otra vez, de manera que los pobres se pusieron muy tristes y muy alegres y muy tristes de nuevo. Al que quería curarse la tos con el aguardiente le cogió una tos horrible y vomitó sangre. Hubo inicio de riña cuando a uno a quien le dolía el pecho quiso coger el trago con el hueco de la mano para frotarse. Una mendiga de rajada voz comenzó a cantar:

*La pobre Mama Ramona
la gran vaina le pasó.
¡Se le cayeron los dientes
cuando el diablo la besó!*



—¡Bailemos Los Diablos! —sugirió otra mendiga, y se paró a bailar cantando:

*Nosotros somos los diablos
que venimos del Infierno:
la negra es la diabla suegra
y el negro es el diablo yerno...*

Uno cantaba y los demás guardaban el ritmo con un **Ju, ju, ju** y un **Jo, jo, jo**.

Alternados, y todos daban los pasos, a derecha, a izquierda, luego media vuelta y un brinco. El Nichito, gozoso, sin haber probado ni una gota, ebrio de sólo alegría que lo inundaba, era el que mejor bailaba y el que se quedó bailando, más aprisa y más aprisa y más aprisa cuando a los demás los tumbó la borrachera y el cansancio. Allí los dejó tirados, y bajando de la torre, perfectamente calmo, se fue a su albergue.

El Padre Apolinar Pablo alzó los ojos de su lectura y le dijo:

—¿Por qué venís tan tarde? ¿Dónde has estado?

—Padre —replicó el Nichito— me dijeron que usted es mi papá.

—¿Qué cuentos son esos? —dijo el sacerdote, empujando sobre su mesa de estudio el libro en que estaba leyendo.

—Padre —prosiguió de nuevo el Nichito— ¿conoció usted a la Mama Ramona?

—Esa. ¿Y es verdad que hay una diabla suegra, negra, y un diablo yerno, negro también?

—Oye, Nicho, ¿dónde has estado?

—Me lo dijeron.

—¿Quién?

—Los desarrapados. ¿Verdad que yo soy un desarrapado?

—Nicho, andá a acostarte. Mañana tengo que mandarte a hacer ropa nueva. No les hagás caso a las gentes.

El Nichito se fue a acostar sin mayor preocupación. El Padre Apolinar Pablo, en cambio, se quedó pensativo. “Es divertido, pensó, que me achauquen la paternidad del Nichito. ¡Claro, todo el mundo ha de tener padre!”. Se acordó del bautizo de la muñeca de su hermana, cuando Gonzalo resultó papá. Juegan los chicos, pensó, y los grandes no hacen más que poner seriedad y dolor en los mismos juegos. ¡Si le iría a amargar la vida al Nichito saber cómo había nacido! Y también pensó que, en cierto modo, el Nichito era hijo suyo, y más todavía, del Padre Fabio, pero no como las gentes se lo suponía, ¡las malas lenguas! Y pasando a más serias consideraciones, se dijo que no bastaba con que hubiera sacerdotes débiles, que no cumplieran con los votos de castidad del sacerdocio, sino que hasta a quienes Dios les ha dado fuerzas para alejarse del pecado carnal las gentes les inventan cosas. “Los malos pensamientos que tendrán viendo al Nichito ayudarme a decir misa”, se dijo el Padre Apolinar Pablo. “Padre e hijo, dirán, y eso es chistoso y asqueroso a la vez”.

Amaneció el domingo y el Padre Apolinar Pablo, desvelado de preocupación, no despertó al Nichito para llevarlo a que le ayudara a decir misa. El Nichito se despertó solo, fue a la cocina a desayunarse y allí provocó la curiosidad de las sirvientas.



—¿Qué ya no le ayudás al Padre?

—Me quedé dormido —respondió el muchacho.

—Por algo será, porque es para lo único que servís.

El Nichito sintió también que algo anormal había sucedido. Preocupado regresó a su cuartito y se puso a leer. Como a las diez regresó el Padre Apolinar Pablo y lo mandó a traerle el desayuno.

—¡Qué raro que no le hubieran dado de comer!
—exclamó la cocinera.

A medio desayunarse estaba el Padre Apolinar Pablo cuando el Obispo envió a llamarlo.

En la ciudad corrían toda suerte de consejas. Las gentes formaban grupos en el Parque, principalmente los **mengalos**, de zapatos muy lustrados, pantalón oscuro muy planchado, camisa blanca de pechera dura, algunos con botón de oro al cuello, sin corbata ni saco: la clase media leonesa. En las casas principales se detenían, de vuelta de misa de diez, señores y señoras, para charlar un rato. En todas partes los cuentos eran los mismos: que en Catedral asustaban de noche, que se habían visto almas en pena, que se las había oído, que tosían, que cantaban.

La semana fue de inquietud creciente. No hubo hora del día que no trajera una alarmante nueva. Pero el lado de Laborío había aparecido el Cadejo la noche del domingo: la calavera de buey con barbas de chivo y cuerpo esquelético se había paseado, crujéndole los huesos, anunciando desgracias. Por San Felipe andaba un perro con rabia. El tren de Managua al mediodía trajo noticia de que se tramaba una revolución contra el Gobierno pero que ya se tomaban medidas conducentes a debelar la rebelión. En

Granada habían apresado hasta a señoras. Las pulperías aumentaron los precios de su mercancía, y por la noche el vecindario creyó oír movimientos de tropa.

Amanecido el martes se intensificó la zozobra. Se daba por seguro que el Seminario iba a ser clausurado. El Gobierno había descubierto que los padres hacían vida inmoral, que el Padre Apolinar Pablo tenía por lo menos una docena de hijos y hacía de Borgia tropical a escondidas de la sociedad. “Sin duda por eso han salido los muertos y ha aparecido el Cadejo”. A la hora de la bendición vespertina y de los rosarios del anochecer se anunció en los templos que el Señor Obispo predicaría el miércoles.

Fue un sermón histórico. Atacó el prelado al liberalismo. Recordó que Fray Bartolomé de las Casas se había azorado de la frondosidad de las calumnias en Nicaragua y había llamado a ese pueblo “raza de alacranes”. Al mediodía, soldados rodearon el Seminario y no dejaron entrar ni salir a nadie. Por bando se declaró que la República estaba en estado de sitio.

El jueves se promulgó el decreto del Congreso, aprobado en Managua el día anterior, prohibiendo el uso de la sotana en las calles y en todo lugar fuera de los templos. Esa tarde, desafiando al Gobierno, el Obispo y sus sacerdotes salieron a la calle. Los soldados no se atrevieron a atajarles el paso. El viernes llegaron tropas de Managua. León hervía.

—El Obispo es buen hombre, pero ¿para qué se mete en política?

—¿Quién dice que se mete en política?

—Han cogido documentos.

O en otra parte:

—El Clero anda degenerado. Una cosa es que sean ministros de Dios y otra que cuando uno menos lo piense nos engañen a las mujeres y violen a las hijas. ¡La Iglesia debiera abolir los confesionarios! Hasta el Padre Apolinar Pablo, ¡quién lo iba a creer!

El doctor Briones recogió al Nichito.

Pero llegó el sábado y el Nichito se unió a la procesión de los pordioseros. Allá iba de casa en casa, con el mendigo tuerto que decía:

—Una limosna, por el amor de Dios, para mí y para este hijo del Padre Apolinar Pablo.

Las gentes se azoraban, y el Nichito, viendo qué efecto producía, y que le daban importancia, sonreía.

El mendigo tuerto hizo una gran colecta, y después de comer en el mercado repartió guaro. En vano el mendigo viejo, que había querido aleccionar y educar al Nichito en la honorable profesión de la mendicidad, protestó y razonó. Las mendigas le hicieron callar, comenzando a cantar y a bailar. Pronto se formó tropilla de danzarines, con el Nichito, el más ágil, al frente. Entre risas de las gentes del mercado los mendigos salieron a la calle y en el atrio de catedral se dieron vuelo. Era macabro ver a los desarrapados bailar, unos con muletas, otros cojos. El Nichito al frente de ellos deleitaba a todos.

Alguien llamó a la policía y con la aparición de los hombres de clava los pordioseros se dispersaron. Al querer correr unos cayeron. Fueron los únicos apresados. El Nichito escapó metiéndose en el zaguán de una casa. Allí lo siguió un mozalbeta de brillantes ojos, de rizado pelo

largo, de manos finas, todo él con aspecto de señor, pero descalzo. Un tercer joven, rubio, vestido de señorito, siguió al que seguía al Nichito.

5.

—**Hombre**, Rubén —dijo el joven rubio—. Vos si que sos una vaina. ¿Qué tal que te hubiera cogido la policía?

—Cállate, Luis —respondió el interrogado—. Estás en presencia de seres superiores.

—Yo no hice nada —dicho el Nichito, por primera vez en su vida amedrentado.

—Yo soy Rubén Darío, poeta, y éste es mi mejor amigo —dijo el mozalbete— que hace versos también. ¿De dónde viniste? Pero por qué lo pregunto, me lo dicen tus ojos, viniste de Oriente.

—¡Que no me lleve la policía! —suplicó el Nichito.

—Es el hijo del Padre Apolinar Pablo —dijo el que se llamaba Luis.

—Tú qué sabes —afirmó imperiosamente Rubén Darío.— Si no me equivoco, vicariamente será hijo de sacerdote. ¡Este, Luisito, es hijo de un dios, del dios más grande! ¿Verdad que te dicen Nicho?

El Nichito asintió con la cabeza.

—Es que eres Dionisio —aseveró Rubén Darío—. Otras épocas te vieron coronado de pámpanos. Cuando Pan vino a América en tiempos fabulosos auguró tu venida. Hoy se cumplen profecías paganas. Mira, Luisito, ¿adónde lo escondemos?

—Es el hijo del Padre Apolinar Pablo —insistió Luis.

—No seas profano —replicó Rubén Darío.

—En mi casa fue a pedir limosna, y yo lo vi.

—Entonces, en tu casa no lo podemos esconder. ¡Sucederán cosas tremendas, y no hay Eurípides que las cante! Luisito, vámonos a Poneloya. Llevémonos a esta deidad lejos de quienes lo persiguen y calumnian, junto al mar. —Y volviéndose al Nichito: Dionisio, yo soy panida.

—Yo estaba donde el doctor Briones —quiso explicar el Nichito.

—No admito réplica —dijo Rubén Darío—. Nos vamos al mar. Asómate, Luisito, a ver si la costa está libre de bárbaros.

Se asomó Luisito y dijo que la calle estaba libre.

Los tres muchachos salieron y se dirigieron a la casa de Luisito. Allí los dos descalzos esperaron mientras el joven rubio pedía permiso a sus papás. Al cabo de un rato Luisito dijo que podía ir al mar, pero que sólo había dos caballos y un burro.

—¡No me equivoco! ¡No me desampara el numen! —exclamó Rubén Darío—. Dionisio irá en el burro, que es como debe ir.

Una luna que comenzaba a menguar les iluminó el camino. Derecho por la Calle Real tomaron hasta Subtiava, la ciudad indígena, llena de ladridos de perros, y luego siguieron el camino a Poneloya, los tres en silencio, Dionisio en el burro y los otros a caballo. La luna rielaba sobre el agua en Poneloya y abría un sendero de plata.

Los jóvenes amarraron sus cabalgaduras de un árbol de tamarindo por donde comenzaba la playa a tenderse hacia el agua. El ruido del oleaje, que desde hacía rato venían oyendo, cobraba ahora inmensa resonancia. Los tumbos, al quebrarse, se plateaban. Rubén Darío y Luisito parecían acostumbrados a ese espectáculo. El Nichito estaba embelesado.

—Que no nos vean las bestias —dijo Luisito— porque siempre hay quienes a estas horas quisieran irse a León y buscan animales prestados. Sigamos a pie.

Siguieron a pie, pisando en la arena que crujía a su paso. Bajo sus plantas sentía el Nichito la tibieza y rudeza y suavidad de la arena. La sensación era de caminar en sueño. Se dirigieron, a lo largo de la playa, hacia un grupo de enramadas. Luna con luna, en la estación seca que los nicaragüenses llaman verano, las familias iban al mar. Con candiles de aceite se iluminaban enramadas adentro. Afuera ardían los fuegos de las cocinas y, más apartado todavía, comenzaban a arden las fogatas para espantar a los coyotes.

Todo el mundo conocía a Luisito. Todo el mundo lo saludaba. Las chicas lo miraban con ternura. Los grandes lo acosaban a preguntas.

—¿Viniste solo?

—Vine con dos amigos.

—Contanos, ¿es verdad que va a haber revolución?

—Habladurías, nada más.

—¿Te querés quedar aquí? Hay lugar para vos.

Así cumplió con lo que le habían ordenado en su casa, de dar saludes y decir que nada extraordinario

sucedía en León. Su madre le había dicho que quienes iban al mar iban por descansar y que era grosería llevarles malas noticias.

Volvieron los amigos sobre sus pasos y desempacaron sus alforjas. Rubén Darío dio un grito de contento al ver que el Luisito había traído vino.

—Comemos a la hora que digan —dijo Luisito.

—Para comer hay sus horas —observó Rubén Darío—, pero para beber se hizo la eternidad. Bebamos y vivamos.

Botella en mano Rubén Darío condujo a sus amigos hacia donde las olas salpicaban. La marea iba saliendo. Al borde seco de donde la playa se mojaba, se echaron de lado y bebieron. Darío insistió en brindar:

—Pronto —dijo— hermano mío, Luis, que han de compartir mi gloria, hemos de decirte adiós al despedirte. Pronto surcarás este mar y el otro, rumbo a la dulce Francia de tus abuelos. He ahí la nueva ruta hacia Citeres. Este momento es de feliz augurio para ti, porque has tenido la ventura de conocer a Dionisio. ¡Felices quienes saben reconocer en facha de mortales a los inmortales dioses!

Luego, volviéndose hacia el Nichito, le dijo:

—Luisito, caro Dionisio, es un amable bárbaro. Algo tiene que le rescata el alma. Sus ancestros amasaron la blanca harina y el pan que se dora en los hornos, y de pan es el alma suya, blanca. Otros antepasados suyos fueron atrevidos como Ícaro. Me refiero a los Montgolfier que ascendieron en globo. Ya lo conoces, pues. Va a Francia, va a París, a estudiar medicina, y volverá con el caduceo a derramar salud. Y yo también estoy pronto a partir. Mi

sangre de sátiro me llama a recorrer los países de América. Llegaré hasta a Chile, por el sur, donde la tierra se afila como monstruosa daga para contener las antárticas embestidas de hielo, y llegaré hasta el norte, donde Calibán construye sus ciudades de acero. El norte y el sur habrán de oír mi canto para que tengan una sola alma.

Luis sonreía de todo esto. Le divertía su Rubén Darío. Medio le creía todo lo que decía. El Nichito, en cambio, se sentía como fuera de lugar.

—Yo soy un desarrapado —dijo el Nichito, queriendo explicarse.

—Así suelen presentarse los dioses —le interrumpió diciendo Rubén Darío—. Tú eres Dionisio, y yo sátiro, soy de tu séquito, hoy y siempre jamás.

—¿Sátiro? —preguntó el Nichito.

—Este Rubén —explicó Luisito— está lleno de mitología. Todo lo cambia, todo lo transforma, es genial. Él se cree sátiro. Verás mañana cuando las muchachas estén bañándose cómo las verá convertidas en sirenas.

—¿Pero qué es sátiro? —insistió el Nichito.

—Los sátiros. Respondió Luisito —son monstruos que habían en Grecia, con forma de gente hasta la cintura, y de allí para abajo como chivos, con las piernas peludas y los pies como pezuñas de cabra.

El Nichito le miró los pies descalzos a Rubén Darío y se sonrió.

—Ustedes —dijo— dicen muchas sonseras.

—Afirmo —replicó Darío— que ha habido sátiros. Yo siento su sangre en mis venas.

—Dionisio dice la verdad —aseveró Luisito—. Si alguna vez hubo sátiros, ya no los hay. Desaparecieron.

—Sufrieron metamorfosis —dijo Darío.

—¿Qué es eso? —preguntó el Nichito.

—Fue —dijo Rubén Darío—, efecto del Cristianismo. Pan murió. Voces de desolación gritaron ¡**Pan ha muerto!** Pero los sátiros sólo cambiaron de apariencia. Se lo voy a contar.

“Había nacido el Niño Dios. La estrella había señalado el lugar. Los ángeles habían cantado de alegría y la voz de Dios Padre había anunciado Paz a los hombres de Buena Voluntad. Llegaron los pastores, quien con quesos frescos, quien con natas, quien con dulces cubiertos de hojas, todos con regalos. Y luego llegaron los Reyes Magos...

—Melchor, Gaspar y Baltasar —dijo el Nichito.

—Melchor, Gaspar y Baltasar —asintió Rubén Darío— con sus ofrendas de incienso y oro y mirra. Pero por fin se fueron todos, y San José acudió a su trabajo, que hacía días no lo atendía. La Virgen se quedó sola con su Hijo.

“Es de imaginarse —prosiguió Rubén Darío— que estuviera cansada. Dormía el Niño glorioso, y ella también tenía ganas de dormir. ¡Ah, pero el quehacer la detenía! Los muchos dones abrumaban a los pobres. ¿Qué hacer con tanto queso y mantequilla? Los dulces atraían el mosquito. Las leches amenazaban con agriarse. Las frutas iban a podrirse. Se comprende la preocupación de la Santísima Virgen.

“Acongojada estaba, y con sueño, cuando de pronto oyó como que garuaba, como que caía una garúa de Primavera, de gotas gruesas que rebotan en el suelo y donde caen levantan pringue como si fuese un parajito que volase. Siempre le había gustado a la Virgen mirar ese revuelo de efímeros pájaros, y luego alzar los ojos y buscar en el cielo el arco iris porque cuando llueve así siempre hay arco iris.

“Se dirigió a la puerta de su casa y quedó asombrada de ver allí, bajo esplendente sol, que no llovía, sino que un grupo de jóvenes sátiros corrían y saltaban.

“Eran sátiros niños, apenas con dorado vello en las piernas; sus cuernecillos en la frente brillantes y sin punta aguzada. Francos de sonrisa y de mirada franca. La Virgen les sonrió”.

“La Virgen les sonrió y en sus adentros reconoció que así debían de ser, que algún día vendrían los sátiros por su Hijo, los deseos humanos infinitos que son deseos animales. Y se alegró de que fuese ahora, cuando aún eran deseos inocentes.

“—Su mamá ¿no vino con ustedes? —les dijo, por decirles”.

“Los sátiros infantes la miraron”.

“—Bueno —dijo la Virgen—. Si es que han venido a ver al Niño, pasen”.

“Se alegró también la Virgen dándose cuenta en ese instante de para qué habían sido los presentes de los pastores ingenuos. “¡No haberlo comprendido antes!” se dijo la Virgen comprendiéndolo ahora”.

“—Pasen —repitió— que hay dulces y natillas, que hay naranjas y mangos, que hay higos y ciruelas, que hay leche fresca y agua de color...”.

—A mí me gusta la chicha de maíz. ¿Había? —interrumpió el Nichito.

—Había —dijo Rubén Darío—. ¿Qué no había? Había de todo. Había manzanas y peras, melocotones y fresas, melones de Castilla y plátanos y guineos; había nueces y atolillos, había dátiles y uvas...”.

—¡Uvas! —exclamó el Nichito.

—Uvas, Dionisio, —dijo Rubén Darío—. Y los sátiros niños comieron y bebieron. Comían y bebían con todos los sentidos. ¡Cómo acariciaban cada fruta, cómo sorbían los líquidos, qué ruidos hacían y cómo se chorreaban y relamían! Era de verlos comiendo, era de oírlos. Comían y reían.

“Y cuando ya estuvieron satisfechos, hablaron con la Virgen”.

“—Sabíamos que había nacido —le dijeron”.

“—Yo —dijo uno— sentí olor de fruta en el aire y olor de flores. Se me hizo agua la boca”.

“—A mí —también me dio como hambre —dijo otro— y como sed”.

“¡Cómo se alegraba la Virgen de la abundancia de cosas de comer y de beber que ella tenía! ¡Cómo comprendía que de otro modo le hubiesen querido devorar al Hijo! Cuando se convenció de que estaban hartos, tomó al Niño, que ya había despertado y alzaba las manitas queriendo que lo levantaran, y con él en el regazo lo sintió seguro, sin peligro”.

“A su redor se agruparon los niños sátiros, admirando a la Criatura, y, claro, lo que más les sorprendía y les encantaba eran sus pies, rosados como capullos de rosa, con los deditos móviles. Un instante apenas la Virgen se asustó, cuando un pequeño sátiro le tomó un piecito al Niño para besarlo”.

“Así se pasaron la santa tarde, divertidos todos, y la Virgen contenta de que aquello fuera así, así y no de otro modo, porque la mayor preocupación de las madres es cuando los sátiros descubren a sus hijos”.

“Ya que se acercaba el anochecer, la Virgen les dijo que era hora de que se fueran yendo, y los condujo a la puerta, y les dijo adiós, y el Niño en sus brazos, como en las imágenes...”.

—¿Cómo la Virgen de las Mercedes? —preguntó el Nichito.

—Como esa Virgen —dijo Darío—. Y los niños sátiros se fueron, y el Niño hizo la señal de la Cruz y los bendijo. Y se alejaron y se alejaron y allá lejos, que ya no se veían porque era la hora cuando todas las cosas se esfuman, se fueron deteniendo.

“Las piernas se les ponían tiesas, las pezuñas se los hundían y echaban raíces, y ellos alzaron los brazos, y se retorcían para mirar hacia donde habían dejado al Niño Dios, y sus brazos se transformaron en ramas, y todos ellos se convirtieron en una huerta de olivos, en un olivar”.

“Allí, treinta y tres años después, cuando Jesús sintió dolor de hombre, de morir, su naturaleza mortal en agonia, y sudó sangre, y clamó a Su Padre, buscó a los sátiros y los sátiros lo consolaron cuando el Ángel bajó con el

cáliz amargo y Jesús lloró y pidió que se lo apartaran de sus labios”.

La marea había bajado, con la luna. Parecían de plata los cangrejillos húmedos que se deslizaban sobre la arena mojada.

—¡Qué dicen —dijo Darío— si nos bañamos!

6.

Cuando volvieron del mar los tres amigos, tostados de sol, ardidos de sal los cuerpos, jubilosos creyéndose dioses, en León habían sucedido trascendentales cosas.

El Seminario estaba cerrado y las puertas las aguardaban soldados. El Obispo y su clero habían sido expulsados del país; el doctor Briones estaba preso en Managua, con otros leoneses amigos del Obispo. A Corinto había llegado, con su esposa y su hija, Gonzalo Quirós, y a él lo habían apresado también. La señora y la niña habían llegado a León solas y en lágrimas.

La Petra, la Chinta y el Nicolasito estaban en León. doña Jacinta se había quedado en Hualica, no sintiéndose capaz de acompañar al Padre Fabio cuando lo habían traído preso para expulsarlo con los demás sacerdotes. Al Nichito lo daba por perdido todo el mundo. Como lo quería la suerte, la Petra que se puso a buscar casa donde servir, halló acomodo para ella y la Chinta.

El Nichito halló a la Petra en el mercado.

—¡Nichito! ¿Dónde te habías perdido?

—Andaba en el mar —dijo el Nichito.

—¡Caramba con vos! ¡Como locos nos has tenido a todos! Andá, cargame esta batea y te venís conmigo.

El Nichito la siguió lleno de mansedumbre.

—¡Aquí está el perdido! —anunció la Petra.

—¡Con que vos sos el Nichito! —dijo la señora.

Y una niña vino corriendo y gritando:

—¡Enséñamelo a mí! ¡Enséñamelo a mí!

—¡Adriana! —le dijo su mamá— ¡domínate!

El Nichito estaba humildoso, con la cabeza baja, mirando el suelo. Cuando alzó los ojos se le quedaron prendidos de los de la chiquilla que lo estaba examinando. En esos ojos se le hundió el alma. Sintió todo lo que el mar le había impresionado, lo que había sentido cuando por primera vez había oído tocar piano. Se quedó respirando largo. Las narices se le movían con el resuello.

—Doña Conchi —dijo la Petra— mande al Nichito al otro patio.

—Es mío, es mío —gritó voluntariosamente la pequeña—. Mi papá me dijo que era mío. Lo mando yo.

—Sí —le dijo su mamá— pero la Petra tiene razón. El Nichito se tiene que bañar y poner ropa limpia, y por favor, que le corten el pelo. ¡Qué hubiera dicho Gonzalo si lo llega a ver así!

El Nichito comenzó a moverse. Le pesaban las piernas. ¡Si acaso él también sería sátiro —pensó— y fuera a quedarse allí sembrado, convertido en árbol! Entonces echó a correr.

¡Mamacita, si es un salvaje! —dijo Adriana— ¿No te parece un mono? ¿Me dejas que lo vista de colorado?

Oyola el Nicolasito, que allí estaba, parado como un bobo, y se escurrió adonde la Petra le preparaba el baño al Nichito.

—¡Ujú! ¡Ujú! —exclamó el Nicolasito— La niña dice que parecés un mono. ¡Ujú!

El Nichito sintió entonces que el cielo se desplomaba.

El Nicolasito hizo bien en escabullirse en seguida, porque con el calor le sobrevino al Nichito una especie de furia. Se llevó un brazo a la boca y se mordió hasta sacarse sangre. Jamás se había sentido así.

Pensando qué mal hacer, el Nicolasito tomó una gallina grande, una gallina blanca, de raza, y la echó al pozo, y comenzó a gritar. A sus gritos acudió la Chinta.

—¡La gallina de la señora! —exclamó la muchacha. Y también se puso a dar berridos.

Los gritos del Nicolasito eran terribles. La señora seguida de la pequeña Adriana se llegó a ver qué era.

—Su gallina, señora, —explicó la Chinta entre sollozos— la que usted trajo del Salvador, se fue al pozo.

Alrededor del pozo todos se embrocaban sobre el brocal y miraban abajo, viendo como una pequeña mancha blanca, la gallina.

—Yo sé cómo sacarla —dijo la Petra—. Hay que bajar una canasta con maíces y una vela de cebo prendida, para que la gallina vea los maíces y se encarama en la canasta y entonces la subimos.

El plan se intentó y fracasó. La gallina no subía.

A todo esto, el Nichito estaba serio. Miró abajo y vio luces en el agua del pozo. El reflejo de los que estaban asomados hacía sombras movibles.

—¡Mi gallina! —dijo la pequeña Adriana—. ¿Verdad, mamita, que me la habías ofrecido?

—Sí, sí —dijo la mamá—. ¡Pobre animal! ¿No habrá un hombre que se baje y la saque?

—La voy a sacar yo —dijo el Nichito—. Que me bajen a mí.

—¿No tenés miedo? —le preguntó la pequeña Adriana.

—El Nichito no sabe lo que es miedo —respondió por él la Chinta.

—Vean bien si el mecate aguanta —dijo la señora.

La Petra tiró del mecate.

—Vaya si aguanta —dijo—. Más gordo y grande que fuera, aguanta.

El Nichito se amarró la cintura. La Petra vio que el nudo estuviera bien hecho. La pequeña Adriana estaba temblorosa de excitación.

—Que no te vaya a pasar nada —le dijo—. ¡Ay, mamacita, si le pasa algo!, ¿qué hago yo?

Parecía querer llorar.

—A mí no me pasa nada —dijo secamente el Nichito; pero quería que le pasara algo, cualquier cosa, para ver qué sentiría por él la pequeña Adriana.

La Petra y la Chinta tomaron el brazo del malacate para ir haciendo contrapeso al Nichito que ya estaba pozo

adentro, agarrado con las manos de la cuerda y con los pies contra el muro del pozo. Así fue bajando, poco a poco. La señora y la pequeña Adriana estaban asomadas. El Nichito, con la cara hacia el cielo, les veía las siluetas, pero no las facciones. A veces donde apoyaba el pie, resbalaba. Una vez miró hacia abajo y le pareció inmensamente profundo el pozo, inmensamente oscuro. Y de súbito se acordó del sermón del Padre Fabio el día de la ronquera del Padre Apolinar Pablo, en el que habló del pozo del Infierno. ¡Si sería éste el pozo del Infierno! Si abajo habría llamas. Si no sería mejor gritar que lo sacaran. Pero miró arriba y vio las siluetas. Y lentamente siguió bajando a medida que desde arriba le iban soltando cuerda. Por fin dio con el agua. Se hundió en ella. No le llegaba ni a la cintura. La gallina estaba aterida. Le fue fácil cogerla. Desde abajo gritó “¡Súbanme!” y su voz hizo un eco largo, largo.

Mirando hacia arriba, de subida, el Nichito vio el cielo como nunca lo había visto. ¡Qué azul! ¡Qué lejano y azul! Y ya que se acercaba al brocal, todo el mundo le pareció untado de azul maravilloso. La pequeña Adriana se le acercó y lo tocó.

—Mojado —dijo— mojado y requetemojado. ¡Mamacita, cuidado le da calentura!

—Sí —dijo la señora—. Que se bañe a prisa y se acueste.

Pero no se estuvo acostado largo tiempo el Nichito. Trató de dormir, pero la cabeza le zumbaba. Veía el mar, veía el fondo del pozo, veía el azul de milagro con que se había vestido el mundo cuando salía de la hondura. Veía el rostro de la pequeña Adriana, su pequeño cuerpo, sus piernecillas rosadas, sus zapatitos blancos, sus manitas

regordetas, sus ojos, en lo que él se hundía hasta que del fondo de ellos el mundo se le ponía azul, azul, azul.

Además, un zancudo lo fastidiaba. ¡Qué zumbido! Y cuando callaba el zancudo era que le había picado, siempre en la nuca. Ya era de noche. Estaba oscuro el cuarto donde la Petra le había tendido el petate. Se movió y extrañó la suavidad de la arena de la playa. Le dolía donde se había mordido. ¿Por qué se había dado ese mordisco? ¡Ah, por lo que el Nicolasito le había dicho que había dicho ella! ¡Oh, dolor más hondo que el dolor de la carne magullada! Con que le había parecido un mono, ¿ah? ¿por qué no? ¿Y bajando al pozo y subiendo, no había sido más como un mono que nunca? ¿Por qué no se habría roto el mecate y caído él y ahogado? ¿Por qué no habría sido el pozo de veras el pozo del Infierno? Sentía el piquete del zancudo y se daba recio en la nuca por ver si lo aplastaba. Y nada. Otra vez el zumbido.

Entonces se levantó. Se puso sus harapos. Salió al patio. No había luna, estaba oscuro. Por el pasadizo miró que había luces en los corredores del patio del jardín. Allá se fue. Al acercarse oyó voces. Oyó la voz de Luisito, el amigo de Rubén Darío. Se acercó el Nichito y se acurrucó detrás de la frondosa mata de jazmín del Cabo.

—En París voy a estudiar para médico —oía decir al Luisito— que es lo que quiere mi papá que sea. Pero yo quisiera ser poeta como Rubén Darío. ¡Pobre que tenga que andar descalzo, aunque si él quisiera podría ser del Centro! Le voy a pedir que te haga unos versos, y entonces ya estás inmortalizada.

—Luisito adora a su Rubén Darío —dijo una señora en quien el Nichito reconoció a la mamá del joven—. Jamás se ha visto una amistad así.

—¿Cómo la amistad del pobre en el libro de Manti-lla, mamacita? —preguntó la pequeña Adriana.

—¿Quién sabe! —dijo la mamá de Luis—. Pero no es sólo Luisito el que cree al Rubén un genio, sino que todo el mundo. Lo van a mandar a estudiar a Chile, digo yo que a echarlo a perder, porque ya a veces no se le entiende lo que escribe, y si llega a saber más, no lo entenderá nadie.

—Mamá —dijo Luisito— ¡si lo hubieras oído en el mar! Dijo las más bellas cosas que se pueden oír, porque como él se cree sátiro y cree que el Dionisio es un dios...

—¿Qué Dionisio? —preguntó la señora de la casa— ¿No será el Nichito de Gonzalo?

—El mismísimo —respondió Luis.

Al Nichito se le apretaba un nudo a la garganta.

—Y de veras que es extraordinario ese muchacho —prosiguió Luisito—. Si lo pudieran mandar a educar al exterior, ya lo verían venir hecho una lumbrera, no que se va a quedar aquí y a volverse nadie. ¿Pues no les digo que Rubén le tiene veneración? Lo vieran que parece que no sabe nada, ¡y lo que sabe! Sabe latín y sabe italiano.

—¡No! —dijo la señora— ¿Pues dónde lo habrá aprendido?

—No necesita aprender —dijo el Luisito—. Los dioses lo saben todo y lo pueden todo.

—Pues ese dios es mío —aseveró la pequeña Adriana—. ¿Verdad, mamacita, que a mí me pertenece?

—Tendrías que ser diosa —le dijo Luisito.

—¿Ya ves? —dijo la mamá de la niña— Te va a creer una vanidosa Luisito. Mejor vamos a la sala y le muestras que sabes tocar piano, para que te crea mejor de lo que te cree.

CAPÍTULO IX

1.

Aquel régimen liberal fue largo. Se reformó la Constitución. Se estableció la escuela laica. Se permitió la libertad de cultos. Año con año se hablaba de que ya lo del Canal era cosa cierta. Un Ministro de los Estados Unidos llegó y por todo el país se habló de que los yanquis querían dar sólo cuatro millones de dólares, pero que el Presidente era “muy gallo” y pedía ocho.

Nunca llegó un centavo. Llegaron sacerdotes católicos mexicanos y de otras partes, y llegaron pastores protestantes. Estos se compraron, por el lado de la estación, una casona que pintaron de blanco y en cuyos muros escribieron versículos de la Biblia. Hubo tormenta en contra de ellos. Una vez les lajearon la casa. Muchas mañanas aparecían los muros con figuras del diablo. Pero los misioneros protestantes persistían. Había uno, que era cojo, que se dejó pegar en la cara en plena calle. El que le había pegado no osó darle otra bofetada. Poco a poco se les fue tolerando.

Los pobres hallaban cada vez más dura la vida. Los leoneses no gastaban caridad. Entre los pobres abundaban los beodos consuetudinarios, los rateros. El mendigo tuerco se murió y en ninguna casa lo extrañaron. El mendigo viejo que había querido aleccionar al Nichito todavía vivía. A éste daba lástima verle, con su cuerpo tembloroso,

y su voz temblona, y todo él como suspendido de la vida por un hilo que se balanceaba y lo estremecía todo. Cuando Nicho lo encontraba lo tomaba del brazo y lo ayudaba a cruzar la calle.

—Los malos, los malos —decíale el mendigo— esos echaron a perder a la pobrería. En un tiempo no había casa en León donde no se ayudara a los pobres. Todos nos querían, todos nos ayudaban. Pobre fue mi madre, y cuando Dios la llamó a mejor vida y yo que era muchacho llorando iba pidiendo mi limosnita, todos me daban mi centavito y hasta echaban una lágrima por mi dolor. ¡Pero ahora! ¡Váyanse de aquí, andrajientos, cogedores de lo ajeno, vagos! Así nos dicen. Nichito, Nichito, si no fuera por esos benditos protestantes ya nos hubiéramos muerto de hambre los pobres de verdad...

Así, con esas confidencias del mendigo viejo, día tras otro, pasando muchos días, Nicho fue cobrándoles cierto cariño, cierta buena voluntad, a los protestantes. Un domingo pasó por su capilla, sin entrar, y oyó desde afuera que cantaban. Escuchó atentamente y no le pareció que blasfemaban. Luego, muchas veces, oyó los sermones, siempre desde afuera, y tampoco le pareció que blasfemaban. La primera vez había visto salir a los feligreses de este templo: todos pobres, y el cura protestante, el cojo, a la puerta, les daba la mano y les decía adiós, muy cariñosamente, y les daba una limosna. Allí vio Nicho a su viejo mendigo amigo.

Un día no lo vio más. Ni días después. Tuvo gran curiosidad por saber de él, y se acercó al cura protestante y le preguntó si no sabía qué había sido de un pobrecito viejo, muy viejo, todo temblón.

—¡Ah! —dijo el cura protestante— ya lo llamó el Señor! No ha muerto sino que aguarda en el más allá.

—¿Se murió el viejecito? —preguntó Nicho.

—Sí —dijo el cura protestante.— Y lo enterramos.

Nicho había entrado a trabajar, de aprendiz, en una imprenta. Conforme iba creciendo se formalizaba más. En la casa de Gonzalo Quirós —siempre ausente en el destierro— Nicho era hijo de casa; más que sirviente, desde luego, pero mucho menos que hijo. Servía a la señora y a la señorita, pero mandaba a la servidumbre. Y como no iba a servir, decidió aprender un oficio. El de impresor le gustó. Como tres años fue aprendiz, corto tiempo para esa artesanía. Ahora era oficial y para cuando don Gonzalo volviera —su padrino— sería maestro, tendría taller propio.

Mucho tiempo vivió halagado con la esperanza de que si llegaba a ser dueño de taller podría aspirar a la mano de Adriana, de Adriana que lo esclavizaba.

Por Adriana se moría Nicho. Desde pequeño él y sólo él debía darle betún a sus zapatos. A medida que crecía veía tender en el traspatio la ropa íntima de ella, y se halagaba con eso. Él supo cuando ella vino a ser mujer, por la ropa manchada de sangre. Él supo cuando se enamoró ella la primera vez, y cuando olvidó ese amor. Él la vio ir a su primer baile, en el Club Social, y la miró, él desde fuera, bailar y sonreír y coquetear. Lo que le sorprendió fue que ella se negara a bailar con el hijo del dueño de la imprenta, y saber después que el joven había cometido un atrevimiento.

—¡No sé en lo que vamos a parar, mamá! —Adriana le había dicho a su madre— Creerse ése que podía bailar conmigo.

—La culpa la tiene el Club —respondió doña Conchi—. Dejar que sean socios esos mengalos.

Nicho meditó largo y amargamente. En su posición de hijo de casa de la casa de los Quirós, él era mengalo. Lo decía claramente su vestimenta, sus zapatos brillantes, su pantalón oscuro bien planchado, su camisa blanca, reluciente de almidón, su botón de oro al cuello. ¡Feliz él que había subido tan alto, de descalzo que había sido, de desarrapado que era cuando vino a León! El Nicolasito, por ejemplo, no había salido nunca de ser **pueblo**. Seguía descalzo, y era albañil de los que enjalbegaban y ponían adobes y siempre andaban lodosos y manchados de cal. Y se había dado al guaro. La Petra le tenía prohibido llegar a verla cuando se emborrachaba, y cuantas veces el Nicolás había quebrantado la prohibición, su propia madre no había tenido empacho en llamar a la policía y pedir que se lo llevaran preso.

La Chinta había subido también en posición social. doña Conchi la había enviado a la escuela donde las Hermanas de la Caridad, pegado al Templo de la Recolección, y la Chinta se había puesto bonita y aprendido a bordar y a hacer primores en la cocina. Le salió un novio, un buen novio, que sin embargo no se casó con ella. ¿Para qué? Una noche la Chinta no volvió más. Luego se supo que vivía por el lado de San Felipe, con su hombre, mengalo, oficial de sastre en todos, y no fue hasta como al año que la Chinta se apareció la mejor sastrería de León, un buen muchacho como decían en la casa de los Quirós, con su bebé, orgullosa de enseñarlo. Se había puesto delgada y se veía muy bonita la Chinta. La pena que le dio cuando el niño lloró y ella pidió que no la vieran mientras le daba de mamar, y la alegría que demostró cuando la niña Adrianita aceptó ser la madrina del bautizo.

Nicho, con toda la seguridad del mundo, creía que él llegaría a más, que llegaría a echarse el saco, como su patrón del taller, y ser señor. Por eso asumía ciertos aires. No que en las retretas se atreviera a pasearse del lado de adentro de la pequeña barda del Parque, donde sólo se paseaban los señores y las señoritas, pero tampoco se paseaba por la acera de afuera, donde correspondía, por tradición que no por ley, a los mengalos, sino que se quedaba jardín adentro, en una banca, solitario, oyendo la música y siguiendo a la Adriana con los ojos. Y cuando la retreta ya iba a terminar, se acercaba al borde del paseo donde la Adriana lo pudiera ver y decirle:

—Dionisio, acompáñanos a casa.

Entonces la seguía, sin atreverse a emparejarse con ella, sirviéndole de guarda, mirando cómo los señoritos y las señoritas que la acompañaban mostraban cierta deferencia que era sólo para ella.

Tan de confianza era Nicho que cuando alguna señora se quedaba hasta tarde de visita, doña Conchi decía:

—No se apuren. Quédense un ratito más. El Nicho las llevará a casa.

Con eso todo León conocía al Nicho por persona correctísima. Mengalo, sí. Pero el Nicho nunca quiso ser miembro de la Sociedad del Círculo de Obreros. Ni cuando alcanzó que lo nombraran jefe de taller en la imprenta y una comisión del Círculo llegó a pedirle que aceptara.

2.

En León había noticias constantes del exterior. Gonzalo Quirós había ido hasta Inglaterra a estudiar la

elaboración del algodón. Luego había estado en Egipto. El Padre Apolinar Pablo era famoso maestro en el Pío Latino, en Roma. El Señor Obispo residía en Guatemala, obcecado en no aceptar más condiciones para volver a su diócesis que las suyas, lo que significaba un retorno a la Constitución antigua, que el Gobierno no podía permitir. El Padre Fabio estaba en Bolivia, en una misión de indios caníbales por el rumbo del Amazonas. El doctor Briones se había establecido en Costa Rica.

Y también había noticias de Rubén Darío. Había publicado *Azul...*, su primer gran libro, en Chile. Los críticos de todo el mundo lo llamaban ya el primer poeta de habla castellana. Se habían reproducido juicios críticos de su obra, colmándolo de elogios y llamándolo **don** Rubén Darío. Su tía abuela enseñaba retratos de él, de altiva expresión, con gran cuello y gran corbata y en la corbata una perla, y perilla en la barba y señoriales bigotes. Después se supo que la República de Colombia lo había nombrado cónsul en París.

Cuando Luisito vino, todo León fue a encontrarlo a la estación. Medio León había ido hasta Corinto a verlo desembarcar. Habían corrido dos trenes especiales. En su casa hubo banquete, hubo baile. ¡Qué guapo estaba! Nicho no se atrevió a presumir de su vieja amistad. Fue días después cuando Luis, el doctor que venía con fama, encontró a Nicho en la calle y lo reconoció y se bajó del hermoso caballo en que, como todo doctor en León andaba, y le dio la mano.

—¡Cuánto me alegro de verte, hombre, Nichito! ¡Lo que hablamos de vos, en París, Rubén y yo! Lo que nos acordamos de aquel viaje al mar. Si vieras qué versos más

soberanos ha escrito Darío sobre el mar, y todo reminiscencia de esa vez.

—¿Y él, cómo está?

—¡Ah! Es el príncipe de la poesía castellana. Lo dice Rémy de Gourmont, con lo que basta. Verás cuando se publique su próximo libro, que se llamará **Prosas Profanas**. Tenés que venir a verme para que te lea esos versos, porque me traje copia. Nicaragua tiene que hacer ministro suyo a Rubén, para gloria de Nicaragua. Será el más agasajado de los diplomáticos. Se lo he oído decir a don Justo Sierra, que es el Ministro de Educación en México y se hace lenguas alabando a Darío, porque así lo llaman, Darío, como al rey persa. Le han sacado hasta anagrama: Rubén Darío, **Un Bardo Rey**. Él comparte la corona hispana con Alfonso XIII...

Iban caminando, Luis del lado de afuera, Nicho del lado de adentro, porque Luis llevaba las riendas del caballo. Así llegaron a la puerta de una casa.

—Ve —dijo Luis— aquí venía. Teneme el caballo. No te me vayás a ir.

Y fue sólo cuando se vio teniendo las riendas del caballo del famoso doctor recién llegado de París que Dionisio se dio cuenta de que un momento había soñado, oyendo hablar de la gloria de Rubén Darío, creyéndose él también glorioso.

Rumiando su indignación Dionisio se estuvo allí más de dos horas, hasta que salió el doctor de su larga visita. Luis hubiera querido seguir conversándole. Dionisio se excusó y con herida en el corazón se echó a caminar por esas calles. Así andando pasó por la casa de los protestantes.

El cojo lo había divisado y salió a su encuentro.

—Buenas tardes, señor —le dijo el cura protestante cojo.

—Buenas tardes —contestó secamente Dionisio.

—Perdóneme, señor —le dijo el cojo—, ¿no se siente usted bien?

—No —dijo Dionisio— no me siento bien.

—Ah —exclamó el cojo—. ¡Cuánto lo siento! Tanto tiempo que he deseado esta oportunidad de hablar con usted.

Dionisio no respondió nada, pero tampoco hizo que se marchaba.

—Nos gusta —le dijo el cojo— el trabajo de ustedes. Ya sé que nadie nos quería imprimir nada, y que sólo por la bondad de usted, su personal bondad, su imprenta nos imprimió el folletito sobre **La luz del mundo**. Yo quería darle las gracias, de algún modo. Y hablar con usted. Hay tantas cosas que convendría imprimir, y quisiera yo que se imprimieran aquí, en vez de venir impresas de los Estados Unidos.

—Lo que usted quiera, señor.

—Desde luego, eso había sido imposible hasta que hallamos un impresor. ¿Usted leyó el folletito?

El tratamiento que este hombre le daba, de **señor**, ponía bálsamo en el dolor de Dionisio. Bien pudo haberlo llamado **maestro**, como le decían todos, pero que significaba maestro de artesanía, siempre de la clase inferior, de la clase de los mengalos. La primera vez que le habían llamado **maestro**, lo contento que se había sentido. ¡Si

llegarían a llamarlo **señor**, señor de veras, todo el mundo, y a no importarle nada a él! ¿Por qué no? De todos modos, era muy bondadoso este hombre cojo que, como era extranjero, tenía más que nadie derecho a saber quién era y quién no era señor de veras en Nicaragua.

—Lo leí —dijo afablemente— y me gustó mucho.

—¡Qué alegría! ¡Qué dicha! —exclamó el cojo con visible sinceridad de júbilo— Le contaré, don Dionisio; lo escribí yo, yo mismo. Por eso me satisface tanto que le gustara a usted.

—Me gustó mucho —dijo Dionisio, dejándose llevar de su generosidad—. Me gustó tanto que lo sé de memoria.

—¡No! —gritó de alegría el cojo cogiéndole la mano— Usted me lo dice, señor, por cortesía.

—Oiga si no —dijo Dionisio, y como poseía una memoria extraordinaria comenzó a repetir:

—Brilla el sol, no todas las horas del santo día, sino sólo sus horas de brillar, largas de verano, cortas de invierno, y en algunas latitudes su luz es sólo una sombra de luz. Pero hasta donde es más intenso el brillo del sol, no llega a iluminarlo todo. El mundo exterior sí, o casi sí; pero el mundo de las conciencias, el mundo donde el alma reside, en ¡cuántas sombras se ve envuelto, a veces la vida entera!

“¿Qué luz podrá penetrar allí?...” —¿No va así, señor?

—Así, palabra por palabra, hasta la puntuación, porque usted le da a sus pausas el valor exacto que tienen las comas y los puntos. ¡Ah, éste es un gran día para mí! ¿No

quisiera usted pasar adelante? Tal vez le guste el té, ¿no? En mi país tomamos el té a estas horas. Somos bárbaros, ¿es verdad?

Y de la amistad así comenzada se llegó a la intimidad. Un día Dionisio aceptó hablar desde el púlpito de la capilla protestante. El Reverendo Hyman Parker escribió a su casa matriz que había hallado en Nicaragua la mejor madera nativa —the best native timber— para pastor protestante.

3.

El halago para Dionisio era, cuando se enteró de todo, que se le enviaría a los Estados Unidos, a un gran colegio teológico en una universidad famosa, a estudiar. Desde luego que se echaría el saco. Desde luego que, con el grado de reverendo, sería enteramente un señor en todas partes del mundo. “Ninguna profesión es más estimable en mi país que la del ministro del Señor”, le había asegurado el Reverendo Hyman Parker. Y otra cosa —lo más importante— no había que tomar voto, ni ser célibe. Al contrario, a los reverendos les convenía casarse y dar ejemplo con su propio hogar a los hogares de las familias cristianas.

Poco a poco fue descubriendo Dionisio que no se necesitaba saber mucho, como para ser cura católico. Bastaba hablar dentro de ciertos límites, cultivando una gangosidad de voz que se creía agradable a la Divinidad. Bastaba cantar, sin grandes esfuerzos por dominar la gran música de las misas cantadas. Todo era cuestión de unos sonecitos un poquillo pegajosos, un poquillo tontos, a veces preciosos de puro ingenuos, en nada de lo cual halló

Dionisio blasfemia. Lo sorprendente era que esta gente, tan buena, tan buena en el fondo, tuvieran en desdén la confesión y la comunión, y las imágenes santas, y el agua bendita... Allá ellos. La cosa no rezaba con él.

El Reverendo Hyman Parker leía con él La Biblia y le hacía comentarios simplistas. Dionisio se aprendía las largas páginas a columna doble, de memoria, versículo tras versículo y dejaba maravillado a su maestro. *La Biblia* le gustaba a Dionisio. Mucho de *Jeremías*, mucho de *Isaías*, todo el *Eclesiastés*, muchos de los *Salmos*, todo el *Cantar de los Cantares*. En su casa leía los santos libros en latín. En latín sonaba todo mejor. *Negra sum, atque pulcra...* ¡Qué precioso eso! Pero era él, no ella, en su idilio interior, el negro. Adriana era más bien rubia, casi rubia. Se parecía —le había oído decir a doña Conchi— a su tía Carmen cuando su tía Carmen era de su edad.

—Es asombroso —decía doña Conchi—. La Adriana sacó hasta el carácter de la Carmencha. ¿Que no ven cómo le gusta el lujo? Pues así era mi hermana. A mi tía Nanda la Carmencha le sacaba de quicio. Y luego, de repente, cambió la Carmencha. Se casó con su alemán, y se volvió seria, y ya no le gustó nada, y se echó encima la charpa de hijos... ¡A ver cómo me va a salir ésta!

No era con él la conversación, pero Dionisio la había oído y ya veía a la Adriana, coqueta como era, que le hacía sufrir hasta sangrarle el alma, volverse, como se había vuelto su tía carmen, callada y buena esposa. Su esposa, su hermana, como en el *Cantar de los Cantares*. Su reina de Saba. ¡Cómo se aplicaba Dionisio en sus lecciones!

El Reverendo Hyman Parker le había dicho que debía hacer una magnífica impresión en el sínodo que se

celebraría en Costa Rica. Allí se escogería a quienes debían ir a estudiar en el **Theological Seminary**. Y ya que se aproximaba la fecha de salir para Corinto a embarcarse a Puntarenas, Dionisio se dio a hacer un traje severo, de paño negro, y unas camisas de alto cuello tieso y redondo, partido por detrás, y un chaleco alto, de seda negra, sin bolsillos, en suma, el hábito de los pastores protestantes.

Doña Conchi lo quería demasiado para tomarle a mal la determinación de hacerse hereje.

—Nicho —le dijo— no sé cómo podrías renegar de tu fe, pero será cosa de Dios. Tal vez te haya escogido para que los guíes a ellos otra vez al seno de la verdadera Iglesia.

—No porque te creás protestante —le dijo Adriana— te vayás a pensar que dejás de ser mío. Tomá para que te cuide de todo mal —y le dio una cadenita con la medallita de la Virgen de las Mercedes.

A Dionisio se le salieron las lágrimas. Salió a la calle y se dirigió a La Merced. En la iglesia había sólo unos cuantos pobres, de los de la antigua categoría, pobres, rezadores, iglesieros. Dionisio se arrodilló frente al camarín alto de la Virgen, y alzó los ojos, y miró serenamente los ojos claros, los ojos zarcos, de la Virgen, y no dijo palabra pero con el alma le expuso su caso, seguro de que ella le entendería. Así se estuvo hasta que el templo se llenó de sombras y el sacristán vino y le dijo:

—Perdóneme, señor, que ya voy a cerrar.

Vestido de cura protestante, resintiendo bastante el calor, Dionisio, llegado el día de partir, salió de la casa de su padrino y se dirigió a la estación. La Petra iba con él, muy fiero la negra, dispuesta a defenderlo. No fue

necesario. En la estación ya estaba el Reverendo Hyman Parker, y con él Luis.

—Nicho, me tenés resentido, —dijo el doctor— te ibas sin decirme adiós. Pero aquí estoy, para darte un abrazo de despedida. ¡Te ves bien, ve! Te luce. Y te vas a lucir en Costa Rica, y después de triunfo en triunfo, hasta la cúspide. ¡Claro que tenías que seguir el camino de la religión! Pero no vayás a ser obsceno como Lutero ni cruel como Calvino. Enséñales, ve, a que se civilicen...

Se oyó el pito del tren, que siempre pitaba al pasar por el Puente Colorado, unos dos minutos antes de llegar a la estación. Las vendedoras de frutas, que estaban echadas sobre la vía férrea, alzaron sus canastas y se hicieron a un lado. Bufando y con movimiento contenido y sonando la campana de sonoro bronce brillante, echando humo por la ancha chimenea, la locomotora avanzó, soltó un chorro de vapor de sus costados, y el tren se detuvo. Al rato emprendió la marcha hacia Corinto, y antes del anochecer zarpaba el **City of San Juan** saliendo cuidadosamente del estrecho entre tierra firme y la isla del Cardón, y dándose al océano con temblor de su máquina y temblor de las ondas que lo mecían.

Sobre la baranda del puente de cubierta, Dionisio, mirando alzarse la estrella de la tarde, se persignó a escondidas y contando con los dedos rezó el rosario.

CAPÍTULO X

1.

Puntarenas era como todos los demás puertos centroamericanos. Estaba casi abierto al mar y la tumbazón no permitía acercarse los buques a la playa. Las embarcaciones tenían que echar ancla lejos de tierra y quedarse meciéndose lentamente en el oleaje, virando con la corriente. Grandes lanchones se acercaban al bajel anclado, y la tarea de descargar y de cargar era lenta y difícil, levantando las grúas los grandes bultos en redes a propósito. A veces alguna ola súbita separaba al lanchón en el instante en que el bulto de descarga iba a caerle, y éste daba al agua y había que volver nuevamente a la maniobra, todo entre gritos de selva africana y órdenes a grandes voces de un inglés de ladridos. Se esperaba la calma del atardecer para bajar a los pasajeros, cambiándose la red de la grúa por una jaula; y como siempre había tímidos, siempre se daban incidentes chuscos. A Dionisio la jaula le recordó dolorosamente que Adriana, cuando lo había conocido, lo había llamado un mono. Desde cubierta espizó el momento en que el lanchón estaba más cerca, y el lugar en el lanchón en que debía caer, y de un salto dejó el buque; pero la fuerza de su impacto empujó al lanchón, y la jaula, llena de pasajeros, dio en el agua provocando una inmensa gritería. En derredor del lanchón iban y venían, casi a flor de mar, los tiburones de espantables cuerpos, deslizándose como sombras. Como si él nada hubiera

tenido que ver con la alharaca Dionisio se embrocó a mirarlos. Eran inmensos. Se les podría montar y cabalgar, pensó Dionisio. Si los hombres los domesticaran, podría formarse una caballería marina; y con el vaivén del lanchón, que le turbaba un poco el pensamiento, sintió como si un recuerdo dormido en su memoria tuviera pesadilla y se agitara queriendo despertar. Los lancheros empuñaron los remos y doblándose prodigiosamente y halando con un fuerte resuello, impelieron el lanchón hacia la playa. Unas mujeres se marearon, poniéndose lívidas y entornando los ojos como en desesperación agónica. Los más de los pasajeros chupaban limones verdes. Dionisio tenía fija la mirada en los cocoteros pandos que parecían, con sus florones de palmas, inclinarse como en un rito muy antiguo. Los lancheros encallaron el lanchón y hombres de tierra colocaron largas tablas para que los pasajeros bajaran. A poco andar de ese apeadero comenzaban las calles arenosas de la población.

Puntarenas olía a mar, a marisco. Dionisio respiró aquel aire inflándosele las alas de la nariz. Así que anocheció, salió a recorrer el puerto. Se había hospedado en un hotelucho de madera, mal alumbrado, donde comió una pésima sopa y un magnífico pescado. En la sala del hotel un gramófono chirrión, de gran cuerno pintado con enormes flores, tocaba discos gastados que a veces se quedaban repite que repite la misma frase musical, cogida la aguja en ranura de círculo vicioso. Dionisio sintió un gran aburrimiento y al mismo tiempo una gran inquietud. El ambiente le pesaba, pero algo había en el ambiente que lo impulsaba. Así movido se puso a recorrer calles. Pasó por donde velaban un muerto. La puerta de la casa estaba tupida de gente, pero por el ventanón de la siguiente pieza pudo ver la silueta del que estaba tendido, y su sensorio

fino captó, además del olor de la cera quemada y el de las flores, un dulce apestor de descomposición. Más allá vio mujeres asomadas a las ventanas y hombres que se agarraban de los barrotes de las rejas, y hablaban y hablaban en cuchicheo. En algunas casas mujeres flacas se doblaban sobre máquinas de coser, pedaleando con finura, halando sus largos dedos la tela que cosían y ladeando las cabezas a uno y a otro lado. En una casa una mujer trataba de retener a un hombre, esposa sin duda que luchaba para que el marido no fuera a derrochar la ganancia del día. En otra casa una pequeña como de ocho años, sentada en mecedora, procuraba dormir a un bebé, canturreándole con delgadita voz cansada. Las piernecitas flacas de la niña colgaban lastimosamente y la punta de su pie descalzo apenas alcanzaba el suelo para darse impulso. El bebé sufría y gritaba y gritaba.

Pasó Dionisio frente a la parroquia. Estaba ya cerrada. Más allá le atrajo la mucha luz de la **Farmacia Francesa** con sus bolas sobre bolas, de vidrio, llenas de aceites de color, amarillo y rojo y verde. La botica estaba adornada sin ton ni son con tricromías de anuncio, el de la emulsión de Scott, con su pescador nórdico de gran capa hulada y con un inmenso bacalao a la espalda; el del vino tónico de Wintersmith, y los de perfumes, de mujeres rubias éstos, en coquetas posiciones. Había una banca en la botica donde estaba sentada una muchacha negricilla. Detrás del largo mostrador no se veía a nadie. Dionisio se divertía mirando. Por fin apareció un negro de gran sonrisa blanca sobre una boca oscura y le habló a Dionisio en idioma extranjero. Dionisio dijo no entender. Dionisio charló un rato con el boticario. Dijo el negro ser súbdito de Su Majestad la reina Victoria, dijo ser doctor en farmacia, dijo que en el pueblo había un médico nativo y que

entre los dos hacían buen negocio, dijo que la gente moría de malaria y de vicio, dijo que si se gastara en comer lo que se gastaba en beber la población estaría floreciente, aconsejó a Dionisio a tomar una buena dosis de quinina.

—Mi medicina —dijo la negricilla interrumpiendo el palique.

—Esperá que hierba bien el agua —replicó el boticario, y a Dionisio le explicó que se trataba de un menjurje inocente. —De mi parte —dijo el boticario— satisfago la conciencia dando agua hervida. Los nativos ven arder la llama azul de la estufilla de alcohol, y quedan satisfechos.

—Con que usted es reverendo —dijo el boticario cuando después de despachar a la negricilla y de tomarle las míseras monedas quedó solo con Dionisio. —Pues viera que no me lo parece. Reverendo que no sepa inglés, vamos, señor, yo he vivido mucho para creer en tales cosas. Pero convengo en que el traje de reverendo es el que mejor cuadra a un buen jugador de póker. O a quien sabe algún secreto que aprendió, siendo misionero en Asia, para volver el cobre en oro puro ¿no? En resumidas cuentas, usted no ha venido aquí para nada ni me ha visitado por tomar aire. ¿A quién le debo su visita?

Dionisio se quedó pensativo.

—Pero me doy al diablo —dijo el boticario— con eso de que usted no sabe inglés. Para que lo hubieran enviado mis amigos era necesario que supiera inglés. A ver, suelte esa lengua.

Dionisio abrió la boca y sacó la lengua.

—¡Tiene gracia! —exclamó riendo el boticario— Bueno, tómese su tiempo. Ande por ahí, cerciórese. Verá

que todo el mundo le dice que el boticario Johnson es persona de bien. Pero, por las dudas, le advierto que debe cuidarse del chino Song-Chang. Me consta que es delator. Esa es medicina gratis que le doy para el mal de su lengua muda.

—Gracias —dijo Dionisio.

—Y oiga —le dijo el boticario—. Acérquese. En ese barco que lo trajo despacharemos las sardinas para Panamá, preciosidades, si Song-Chang no logra delatarnos primero.

—¿Por qué iba a delatarlos el chino? —preguntó indolentemente Dionisio.

—¡Ahjá! —repuso el boticario— Comienzo a ver. ¿Con que por allá no creen lo que les he dicho del chino Song-Chang, eh? Pero es cierto. El Tiburón felizmente lo tiene bajo llave y no lo suelta hasta que el vapor haya zarpado. Si no, le aseguro que el chino nos delata y adiós sardinas.

—Yo —dijo Dionisio— le tendría más miedo al tiburón con las sardinas que a ese chino.

—El Tiburón —dijo el boticario— es duro, no lo niego, y para mí que es él el que les pega la enfermedad a las sardinas que cuando llegan a Panamá ya no sirven para maldita la cosa. Eso es aparte. Pero el chino si pudiera nos mandarían a todos a chirona. Oiga. Yo estoy bien aquí con las autoridades. Pues le digo que el jefe político dice que como agarre a los sardineros nos fusila. Ya ve lo grave que es la cosa.

—¿Y por qué?

—Pues vaya usted a saber. A lo mejor es alguna pariente que le han llevado, alguna jalona. El caso es que lo han mandado adrede, lo puedo casi jurar, y hay que andarse muy precavido.

—¿Cómo? —preguntó Dionisio.

—Pues espérese que den las nueve. Cierro la botica y ya tengo invitado al jefe político a una parrandita, que le he dado aviso de una medicinita de cinco estrellas que me llegó por este vapor, ¿comienza a comprender? Y bueno, si mientras acabamos una botella no han llevado a las sardinas a bordo, digamos que el Tiburón ya no sirve para nada.

—Me gustaría ver —dijo Dionisio.

—Hombre —replicó el boticario—. Con ese vestido, no; francamente, no. El jefe político diz que es católico, y de todos modos los reverendos deben guardarse de tomar. No se puede.

—Yo digo las sardinas —repuso Dionisio.

—Esa es otra cosa —dijo el boticario—. Si se le llega a antojar probar a alguna, está bueno, pero cuidado con la que le dicen **La Duquesa**, porque a esa ya el Tiburón la pasó por las armas, y es lo que digo, que era la mejor de todas y en llegando a Panamá que tal vez ni la dejan entrar, y si la dejan entrar sólo será para que luego vaya al hospital. Ya al Tiburón debemos cambiarlo. Mire, vestido de otro modo, usted sería ideal. Más que se las dan de blancos estos ticos, pero a las muchachas les gustamos los de color, ¡ja, ja, ja!

Terminó de reír el boticario y guiñando el ojo le dijo a Dionisio:

—Ya va a ver qué redada, señor. Y le repito, cuidado con **La Duquesa**, y tampoco se vaya a aquerenciar con ninguna. No vale la pena. Allá arriba las hay mejores, que, claro, no son para exportar, pero que para quedarse aquí no las hay que se les acerquen en ninguna parte. Lo digo yo, y ya usted sabrá que de esas cosas algo entiendo.

Dionisio comenzó a comprender. El boticario se fue a la trastienda y se le oyó chiflar. A poco se presentó un hombrazo de cara cruzada por una honda cicatriz. Tenía una pierna de palo. Al abrir la boca para saludar dejó ver que la cortada que le había señalado la cara le había arrancado varios dientes también.

—Este es el Renco —dijo el boticario—. Es de toda confianza. Oye, Renco, llevas al señor a ver a las sardinas, y la que le guste, ya sabes, no se le cobra nada.

2.

El Renco saludó llevándose la mano al ala del sombrero de palma que llevaba puesto, y haciéndole una seña con la cabeza a Dionisio le indicó que lo siguiera.

Tomaron por esa calle, el Renco con su paso de ritmo difícil para Dionisio, y Dionisio tratando de seguirle el compás. Después de varias calles oscuras llegaron a una barriada de grandes candiles, de mucha guitarrería, y cantinas en serie. Era temprano pero ya los porteños, a quienes habían pagado la jornada, se gastaban el dinero. Todo era a puertas abiertas. En algunas cantinas se jugaba a los naipes, en otras al dominó. En todas iban y venían las mujeres pintadas de colorete, con rosas o azucenas en el pelo, o con ringleras de níveos jazmines prendidos en las

peinetas. Algunas, más presumidas, lucían peinetas altas, de carey color de miel oscura, con incrustaciones de oro relucientes.

—Ya vamos a llegar —dijo el Renco—. Si tiene antojo, lo mejor es que se dé prisa, porque no habrá mucho tiempo. Yo las conozco, y a última hora todas tienen que desempacar y volver a empacar, y es la perdedera de tiempo. Pero usted que venía embarcado no necesitará preliminares, creo. El mar siempre pone así. Yo he viajado, ¿sabe?

—El mar hace muchas cosas —respondió Dionisio. Iba tratando de ajustarse al ritmo del andando del Renco, y sentía también el meneo del barco, el meneo del lanchón.

—Aquí estamos —dijo el Renco y llamó a un portón.

Abrieron una ventanilla y se asomaron.

—¡Ah, es el Renco! —dijo una voz.

Había varias llaves que abrir. Abrieron y el Renco introdujo a Dionisio a un jardín y lo condujo a lo largo de un caminito de polvo de ladrillo, rojo oscuro bajo la linterna de un acompañante del portero, hasta una casa grande, de madera, de un piso, con patio en el centro cubierto por levantado techo. A los corredores abrían muchos cuartos. Algunas chicas estaban sentadas junto a mesitas en los corredores; otras se veían en los cuartos, en paños menores, atareadas.

—Dése su vuelta y escoja la que le plazca —dijo el Renco.

—Aquella —y señaló a una rubia alta de largos brazos blancos pero de manos grandes y vulgares— es La

Duquesa. ¡Ya oyó lo que le dijo el negro, que el Tiburón la debe de haber contagiado! Pero allá usted.

—¿Y el Tiburón, dónde está? —preguntó Dionisio.

—Allá detrás. Dijo el Renco —hay un chalecito y está con el contador del barco que diz que le tiene colchón nuevo; pero que me ahorquen si es nuevo. Ninguna de ésta es nueva, todas estrenadas y requetestrenadas. Lo que le pasa es que unas ya quieren verse en otros climas, con más libertad, por eso de las familias aquí y de las viejas amistades, ¿sabe?, y otras tienen una vergüenza que ocultar; pero para qué le digo, si así son en todas partes. Se pasa uno los días viendo de quién se han aburrido los señores, a quién han burlado los estudiantes, y no tiene más que decirles Panamá y que en Panamá corre el oro a chorros, y ya está, las junta uno aquí y en el primer barco, ¡arriba y a la vela! Sólo que después descubren sus parientes adonde se han ido, y ya comienzan a saber que solas ni modo, que alguien las sonsacó, y ay vienen las vainas. Y con eso de la Cucaracha, ya está todo dicho.

—¿La Cucaracha? —preguntó Dionisio.

—Así le dicen, por lo bajo, su antiguo nombre de batalla, pero en la sociedad la llaman doña Emilia María, que es su verdadero nombre.

—¿Y esa quién es?

—Sentémonos y se lo cuento —dijo el Renco— porque no es para galillo seco —y rio con su risa siniestra. —Además, si es que va a San José, mejor es que lo sepa.

—A ver, pues, qué tomás.

Y mientras tomaban ginebra se soltó a hablar el Renco.

—Diz que era escultor, y que la enamoró, y ella blanca como una paloma, e inocente como una paloma; y que la embobó con esculpirla y que pasó lo que tenía que pasar, y que la dejó, y ella rodando y rodando, y como era tan blanca y tan inocentona, pues la explotaban de lo lindo, y llegó hasta a ser de los estudiantes y de los policías. Cómo aguantó, sépalo Dios, que ella siempre tan blanca y tan inocentona, y lo daba hasta fiado. Y por entonces que viene don Juan Bautista, que ya sabrá usted cómo vino.

—No —dijo Dionisio— no sé.

—¡Qué extranjero que es usted, cáspita! —exclamó el Renco, con su sonrisa de demonio— todo hay que contárselo, pues se lo cuento, pero que me sirvan otro vaso.

Y servido el otro vaso el Renco prosiguió.

—Pues don Juan Bautista, nació descalzo, como quien dice, que era del pueblo, y la sangre india que no la puede negar, y pobre, por supuesto; pero ay tiene que era más inteligente que ni que hubiera nacido ya yendo a la escuela, y abogado y joven, que le daban un buen güeso en el gobierno, y muy de saco y muy amanerado y que enamora a la hija del Presidente y que le corresponde la niña Chayo, porque se llamaba Rosario, y que bailan aquí y nadie lo nota porque, claro, él, como del gobierno, tenía que bailar con la hija del Presidente, pero que se cambian cartitas, que ella le da un gajo de su pelo, que se hacen novios, ¿y cómo evitarlo?

“Escándalo no iba a haber. Eso sí que no. El Presidente, al contrario, porque de Cartago debía ser, que allí hasta al Credo le untan saliva, muy zalamero con Juan Bautista, y que un día le dice: me tenés que hacer un volado en los Estados Unidos, y llevá bastantes reales porque

se te puede ofrecer hacer ciertas compras, y cuando vuelvas serás muy importante. Y el Juan Bautista se traga el anzuelo, y cree comprender, y hasta se enjarana y le dice a la niña Chayo, y ella le da las medidas, y llegando llegando a los Nueva Yores que él se gasta casi todos sus reales comprando el vestido de novia y las donas, y todas esas majaderías, ¡y todavía esperando las instrucciones que el Presidente le iba a mandar! Pues vea, las instrucciones que le llegaron fueron que se bajara a México, y que en México iba a ser la cosa, y que ay le iban a mandar las credenciales; y para México que coge Juan Bautista, a hacerse importante, y ay que las credenciales van más tarde, y que están estudiando el problema, y que espere, y nada de mandárselas, y él que dicen que se volvía loco, escríbele y escríbele a la niña Chayo, dicen que unas cartas, pero qué cartas, y ella nada que le contestaba.

“Claro, qué iba a contestar si no recibió pero ni una, al contrario, cansada ella también de escribirle, sin que él recibiera nada, porque era lo más chiche que no salieran las cartas de ella y que no le entregaran a ella las cartas de él; pero en cambio, unas cartas supuestas contaban que se había enamorado de una ricachona, que la había seguido a México; y el Presidente diciendo que lo había mandado a cosa importante y que todo lo estaba echando a perder por ligero de cascos y las ganas de casarse con pura plata y puro oro.

“¿Para qué sigo? La niña Chayo echaría sus lloraditas, que así son todas, y como no hay caldo que no se enfríe, pues con el que le metieron por los ojos se fue olvidando del ingrato, y se enamoró del nuevo, y que la casan. Y ya que estuvo casada, entonces le dicen a Juan Bautista que era importante que volviera, y le mandaron para el pasaje. Con que se vino, se puede imaginar

cómo. Y entonces que sabe que la más popular era la que le decían la Cucaracha, y que se mete con la Cucaracha, y cuando dan un baile en la casa presidencial, que la lleva; y todos allí con ganas de encolerizarse y de sentirse ofendidos, pero ni modo, por miedo que Juan Bautista estallara.

“Y así y así, lo que es al pueblo le gustó la cosa, y primero diputado, y después gobernador de Cartago, y ay está de Presidente de la República.

—¿Y la Cucaracha? —preguntó Dionisio.

—Esa es la cosa, ay está el cuento. Que don Juan Bautista le sirvió de maestro y que le enseñó que parece extranjera, hasta a ser lo más elegante, y que ella es la que manda. Pues ay verá que le comienza a don Juan Bautista la oposición en el Congreso, y que para herirlo hondo que vienen y que proponen que a todas las notorias conocidas las concentren en un solo barrio, todo para que la Cucaracha, que el Presidente tenía en una casa del centro con grandes cortinas y escupideras de porcelana, tuviera que irse con las demás aunque ya hacía vida correcta. Y entonces el Presidente que va al Congreso en persona y echa un discurso, pero qué discurso, diciendo cómo andaban las cuentas del fisco, y que no era posible subir los impuestos, y que las entradas mejor era bajarlas para quitarle al pueblo pobre semejante carga, y por fin, que era imposible que se aprobara la proposición de establecer una zona de tolerancia porque costaría demasiado ponerle un techo a todo San José.

“Nadie se atrevió a replicarle. Todos haciéndose los desentendidos, menos sus partidarios, porque los tenía, que se arrieron las manos aplaudiéndole. Y el pueblo, no se diga. A ver quién lo toca. Pero nos tiene que a la Cucaracha le ha de venir de noche la pesadilla de cuando era

del oficio, y a las del oficio las quiere ayudar, pero guay de los que nos metemos a administrarlas. Y en cuanto supo que teníamos el negocito de Panamá, pues nos manda a Padilla de jefe político y no quiere saber más sino que en agarrándonos nos fusile. Eso es todito, y se me secó el gaznate”.

—Yo nunca he visto fusilar —dijo Dionisio.

—No tiene nada —dijo el Renco—. Mi tata fue del pelotón que fusiló a Morazán, y las veces que le oí decir que no es nada, que se ponen en fila, que dan la orden de levanten armas, de apunten, de ruego, y ¡pún!, que el reo se cae de boca y que el cabo se acerca y le da el tiro de gracia. Total, una descarga, como cuando se dispara al aire en los entierros.

—Me gustaría ver —dijo Dionisio.

—De repente —respondió el Renco—. Por ejemplo, si se nos suelta el chino, que tenemos las pruebas de que quiere denunciarnos. Le voy a decir por qué, porque el Negro le hizo una trampa. Ya verá.

—No me interesa —dijo Dionisio.

—Claro que no —dijo el Renco—. Laje, a lo que te traje, Luje, a lo que te truje. Pues ay vea a quién escoge. Y ya le digo, no se dilate. Que yo si fuera usted, con ninguna. Me aguantaría hasta llegar a San José y que están bañaditas, no que éstas tienen el día de sudar.

El tren salía de Puntarenas a las seis de la mañana. La salida era puntual, la llegada a San José era lo que cambiaba. A las cinco y media ya estaban los pasajeros en la estación, contando sus bultos, tomando asiento, y el cielo aclarando del lado de tierra y unas luces finas, tenues,



delicadas por el lado del mar, enmarcándolo todo. Esta vez, mientras el pasaje esperaba, se oyó una descarga nutrida de fusilería, y otra, y otra, y hombres del pueblo desvelados corrieron a ver qué era, y al rato volvió un gentío a la estación y traían seis cadáveres chorreando sangre, y entre el gentío venía Dionisio, y subió al coche de primera como gran señor, mientras a los cadáveres lo levantaban y los metían en un vagón de carga, y en otro vagón iban hasta veinte muchachas con sus maletas, y las caras pintadas, aterrorizadas.

—¡Café, el cafecito caliente! —preguntó una mujer— ¡El cafecito con quesadilla!

—A ver —dijo Dionisio, y tomó sencillamente su desayuno.

—Yo vide el afusilamento —dijo la mujer.

—Yo también —dijo Dionisio. Y luego, en sus adentros: el Renco tenía razón. Es sencillo. Es más fácil que matar ratas. Para matar las ratas se pone la trampa, y cuando ha caído en la trampa todavía está viva, y eso sí es feo, tener que rematarla.

El jefe político subió al coche donde ya estaba Dionisio. Iba muy serio. Al mirar a Dionisio se cuadró y lo saludó. El tren dio el último pitazo y comenzó a bufar y a andar. Dionisio se recostó sobre un bulto que llevaba y apenas habría llegado el tren adonde cruzaba sobre un puentecito por una hondonada llena de zopilotes, porque allí era donde el pueblo botaba su basura y siempre había animales muertos, cuando se quedó profundamente dormido. Como era lampiño, parecía muchacho.

El jefe político Padilla entró en conversación con unos señores, hablándoles quedito. Señalando a Dionisio, dijo:



—Ese es el hombre más hombre que jamás he visto. Íngrimo y solo, sin siquiera un cortaplumas, los desarmó a todos y los capturó. ¡Esos nicas son gallos de pelea!

3.

Los encargados del sínodo lo declararon todo un éxito. El protestantismo tenía puesto firme un pie en la América Central. Hacia estas tierras se desplazaba el exceso de población de las Antillas inglesas, negros protestantes que venían a trabajar por los salarios más míseros del mundo en las plantaciones de banano que se extendían en la faja de suelo húmedo entre la costa rocosa y la selva tropical a lo largo del Caribe. La negrada ocupaba tierras inhabitadas. Los indios ribereños hacía tiempo que habían desaparecido, o que se habían mezclado con negros fugados, siglos atrás, de la esclavitud a que habían sido traídos a América. El mestizaje produjo al zambo, de cuya barbarie se contaban historias terribles. En el fondo y en realidad eran gentes pacíficas, tímidas, de dulce índole. En cepa indígena habían injertado supersticiones africanas. Su vudó, empero, era de un misticismo extraordinario. Su capacidad imaginativa excedía toda ponderación. Les bastaba imaginarse un sacrificio para que éste se consumara como si en realidad hubieran clavado un cuchillo mágico en la víctima. Sobre sus ritos y costumbres hicieron largas explicaciones los misioneros que habían ido entre ellos, y corroboraron su decir tres jóvenes zambos que deleitaron a la asamblea con largos y monótonos sermones en su lengua salvaje. Había placido a Dios, declaró el sínodo, proveer para negros y zambos. La tarea más difícil era, empero, desarraigar la superstición del “papismo”. Apenas en Nicaragua se había logrado abrir brecha en ese



campo. Se hizo el elogio de Dionisio, y al tocarle hablar a éste, electrizó a los ingenuos protestantes con retazos magníficos de sermones del Padre Fabio y sermones del Padre Apolinar Pablo. Alma de salamandra, interiormente gozó como danzando entre llamas al hablar del infierno. Aquí Dante y Gustavo Doré fueron su inspiración. Tan elocuentemente habló que hubo quienes dijeron haber sentido la presencia misma del demonio.

Además de asambleas hubo exámenes en los que se procuraba determinar las capacidades de los candidatos a becas en los Estados Unidos. Fue unánime opinión que Dionisio era incomparablemente el mejor elemento para el pastorado. Si se tratara ya de organización y administración eclesiástica, se convino sería necesario quizás dar entrenamiento al joven. Pero se estaba en época de apostolado, en el que lo valioso era el ardor que conquista prosélitos. Al joven Dionisio quizás le apagarían la fogosidad si lo sacaban de su medio. Acordose que regresara al lado del doctor Hyman Parker a actuar como su coadjutor y que en el sínodo que se celebraría al año siguiente, en Colombia o en Venezuela, se le ordenaría diácono.

Todos creyeron que se hacían honores extraordinarios a Dionisio, que se le distinguía excepcionalmente; pero a Dionisio se le cayeron las alas, y cuando escuchó la determinación del sínodo y se le alargó la cara, de desilusión, le celebraron la modestia.

—Señor —le dijo el encargado del escritorio.

—No quiero ser señor —respondió Dionisio con enojo.

No, a Nicaragua no volvería Dionisio. Lo que había oído de los zambos caribeños lo atraía. Pidió que lo

mandaran allí y le negaron el ruego. Alegaron que desconocía el idioma, que le serían raras las costumbres, que su lugar estaba donde podía hacer el mayor bien. Con lo que Dionisio llegó a su hotel cariacontecido, lleno de tristeza.

No quería ser señor. Mejor era ser salvaje. Mejor treparse a los árboles como los zambos y dar gritos ululantes, y manejar el arco y las flechas, y saber de venenos secretos extraídos de las glándulas de las víboras, y cazar el manatí marino, y seguirle la pista al jaguar y vencerlo en lucha, y en el fondo de la selva, al conjunto de tambores y con danzas endiabladas, llamar a los espíritus de los muertos y aún a los de los vivos para someterlos a su voluntad.

—Es de parte del Coronel Padilla —insistió el hombre del hotel—. Que se le avisara en cuanto usted llegara para venir a verlo.

—Y entonces —dijo Dionisio— ¿por qué no le avisás?

Cuando Padilla llegó ya Dionisio estaba reposado. Dominaría la magia de los zambos. Sería sacerdote del vudú. Vestiría larga túnica roja, de largas mangas que le cubrieran las manos; se dejaría crecer largo y liso el cabello; hablaría con cavernosa voz; danzaría, danzaría hasta enloquecer de danza, y el tanto girar le daría una fuerza sobrenatural para dominar a los espíritus quietos. Inventaría una danza cósmica. Con hordas de zambos recorrería el mundo, danzando y dominando espíritus. Cuando Padilla llegó todavía le brillaban los ojos a Dionisio con brillo felino.

—Señor —le dijo Padilla— que doña Emilia María quiere tener el gusto de hablar con usted. Ya está enterada.



—Bueno, mañana —replicó Dionisio.

—Señor —dijo Padilla—, que todo el día ha estado pendiente. Lo está esperando. ¡Le tiene unas noticias!

—¿A mí?

—Para muestra un botón —dijo Padilla—. ¿Usted sabe quién es el doctor Briones?

—¿El doctor Briones? —interrogó Dionisio con azoro.

—¿Y sabrá quién es don Gonzalo Quirós, el abogado?

—¡Mi padrino! —exclamó Dionisio.

—Pues ya ve si la señora está enterada o no está enterada. Le quiere hablar. Le quiere dar las gracias, pero como la da ella, que ya verá usted.

4.

En el salón de doña Emilia María los muebles eran dorados, con tapicería de gobelinos. Los altos espejos eran delgados, con corona de flores y cupidillos que sostenían guirnaldas. Las consolas de los espejos, así como las sillas y sillones, tenían patas briosamente curvas, de extrema esbeltez. Había alfombras de galanos colores. Había un piano de larga cola sobre el que se extendía un regio mantón de Manila y altos jarrones con rosas de papel. Las cortinas y los cortinones estaban a medio tender y daban una penumbra en la que todos los colores se teñían de oro y se fundían gratamente. Parecía que, en cualquier momento, todo se iba a poner de un color de rosa viejo, y que el

milagro se tardaba en producirse conteniéndose sólo merced a una voluntad de que dependía.

Cuando doña Emilia entró todos los colores parecieron rendirle homenaje. Vestía un malva claro que tomaba del oro y del rosa Dionisio no sabía qué valor, qué calidad, excepto que todo el salón parecía parte de ella y que ella no era solamente una persona sino la voluntad que daba vida hasta a lo más inanimado de la decoración de ese aposento.

—¡Déjame verte, déjame verte bien! —dijo doña Emilia María, y acercándose a un balcón recogió la cortina para que la luz entrara más plenamente y diera sobre Dionisio. Dionisio la miraba sin inmutarse.

—Tienes buena cara —le dijo doña Emilia María—. Pareces franco. Hablemos con franqueza, ¿quieres?

Dionisio no respondió nada.

—¿Qué son esas mamarrachadas que me han contado —siguió diciendo doña Emilia María, nada sorprendida de la mudez de Dionisio— de que andas metido con los protestantes? Si no te viera con esa ropa puesta, no lo hubiera creído. Pero conmigo debes ser franco. Te has disfrazado para poder salir sin trabas, ¿verdad? Pues lo primero que te digo es que conmigo no rezan esas maromas. Al pan, pan, y al vino, vino. ¿Qué has venido a hacer a Costa Rica?

—Vine —le repuso Dionisio— a ganarme una beca para ir a estudiar a los Estados Unidos, con los protestantes, y volver a Nicaragua a ser señor.

—¿Y a qué más?

—A nada más.

—¿No venías a engancharte en la revolución?

—No, señora.

—¿No sabías que el doctor Briones llega cualquier día a encabezar la junta de gobierno para Nicaragua y que Gonzalo Quirós, vuelve de Europa para asumir la jefatura del movimiento armado?

—No, señora.

—Entonces ¿sólo el protestantismo te interesa?

—Ya no.

—¿Cómo que ya no?

—No me dieron la beca. Quieren que me vaya otra vez a Nicaragua. Y no me voy.

—¿No? ¿Qué piensas hacer?

—Me voy a la Costa Atlántica a buscar a los zambos. Me voy a hacer un zambo.

—Padilla —dijo doña Emilia María— hazme el favor de retirarte. Don Dionisio y yo tenemos que hablar muy privadamente. Y ve, dile a Jiménez que me haga el favor de traerme unas muestras de casimires y que venga a tomarle a don Dionisio las medidas para unos cuantos trajes.

Cuando Padilla se hubo retirado doña Emilia se inclinó hacia Dionisio, donde éste estaba sentado en una de esas sillitas frágiles junto al sofá donde ella parecía como reina en su trono.

—Dionisio —dijo ella— hagamos un trato. Nos vamos a decir la verdad, ahora y siempre. Es más difícil que mentir, ¡si lo sabré yo!, pero entre personas como nosotros

es mejor a la postre. El doctor Briones dice que eres un buen muchacho, te cree todavía un muchacho, que a sus años no se da cuenta de que ya eres todo un hombre, y dice que eres ahijado de Gonzalo Quirós.

—Así me han dicho —dijo Dionisio.

—Bueno, ¿pues quién es ella?

—¿Ella?

—Tu novia.

—No tengo.

—Dije mal. Claro que dije mal. ¿Quién es de quien estás enamorado?

Dionisio se puso rojo como una brasa.

—Si no quieres, no me lo digas. Pero habías venido a hacerte señor, y hecho señor te ibas a tu tierra para pretenderla —dijo doña Emilia María—. Está bien —prosiguió ella—, como idea, está buena. Pero te negaron la beca. ¡Qué brutos son! Eso quiere decir que te han perdido. Y tú, derrotado, ya ibas a huir, a volverte salvaje. ¡No me canso de ver cómo los valientes para luchar con los demás se acobardan cuando tienen que luchar consigo mismo! Pero ésas son tonterías. ¿Ya sabes que se fragua una revolución en Nicaragua?

—Usted decía.

—Pues sin rodeos, se fragua la gran revolución liberadora. Habrá que tener paciencia, porque es cuestión de meses. Mientras tanto, ya eres señor. Y te vuelves a Nicaragua.

—No podría.

—No es cuestión de si podrías o no. Alguien tiene que estar allí y preparar que reciban a la expedición. Es el asunto más delicado que puede haber. Hay que escoger el lugar de desembarque, hay que tener partidarios apostados en los cuarteles, el golpe debe ser súbito y cualquier contratiempo puede echar a perderlo todo. Si se fracasa, Costa Rica se lava las manos del asunto. Se puede ayudar a los hábiles y decididos, pero no a los torpes. ¿Por dónde te parece que deberían desembarcar los expedicionarios?

—No sé, señora.

—Así me gusta. Cansada estoy de preguntar eso mismo, y todos me espetan lo que primero se les viene a la cabeza. Por supuesto que no sabes. Nadie lo sabe. Hay que buscar un lugar de fácil desembarco, difícil de ataque de parte del gobierno y que dé tiempo a los patriotas a sentir que ha llegado la hora. ¿Por el golfo de Fonseca, te parece?

—No, señora.

—¿No? Pues es el lugar que todos dicen.

—Allí mete el gobierno unas pocas fuerzas y contíene la avanzada. No me parece aparente el lugar.

—¿Pues, por dónde dirías tú?

—Yo, si pensara en eso, diría por el Atlántico. Me metería por el Atlántico con la expedición y cuando el gobierno me viniera a atacar, bueno, pues si lo derroto mejor, pero si me derrota, no importa; la cosa es que por el Pacífico se habrían levantado otros, y cuando el gobierno volviera para lidiar con éstos, pues otra vez me levanto en el Atlántico. Pero para eso, vea, lo principal es que si me derrotan, no me capturen. Al contrario, que el gobierno,

teniendo que seguirme, aunque yo vaya en retirada, se aleje más y más y se le haga más difícil volver para atacar a los otros.

—Está bueno el plan, pero tiene una falla.

—Claro, ya sé: que necesita dos jefes por lo menos, uno de cada lado, y que trabajen juntos, no que cada uno espere que el otro sea derrotado para comerse él el mandado.

—Sí, Dionisio. Eso es lo que estaba viendo. Y es tan difícil eso, que mejor es no intentar nada. Mejor es que las cosas se queden como están. Pero si hubiera quien hiciera esa campaña por el Atlántico, dándole tiempo a Gonzalo Quirós para presentarse por el Pacífico, y que no le importara que lo derrotara, con tal de hacer valer su derrota, entonces sí que valdría la pena. Pero no hay nadie.

—¿Nadie?

—Nadie en absoluto. Una pandilla de habladores, nada más. Bueno, ya hemos hablado bastante de eso. Ahora, una cosa: ni una palabra a nadie. Pasemos a otro asunto. Hay una pequeña deuda que te tengo que pagar, por la captura de los fusilados. Eso también es cuestión puramente entre nosotros. Ve pensando lo que les vas a decir a los protestantes, pero no lo pienses aquí. Aquí, si ya me tienes un poco de confianza, me puedes decir quién es la joven.

—Adriana —dijo Dionisio.

—Adriana. Está bien. ¿Te corresponde?

—No.

—No te corresponde. Bueno, será como lo mande el destino. Hay que creer en el destino, pero dándole su

ayudadita. Por ejemplo, un muchachón prieto, vestido de cura protestante, es una cosa, y otra cosa es un general joven, arrogante que ha ganado batallas y que llega victorioso a que el Presidente de la República lo sienta a su lado y lo haga su brazo derecho.

—La cosa es ser señor —dijo Dionisio.

—¡Señor! —replicó doña Emilia María—. ¿Pero qué más señor quieres que un general? Sólo en este paisecito los generales se han quedado atrás. En el resto del mundo, no. Me extraña que teniendo tan clara inteligencia no lo hayas comprendido. Al que es general le sobra y le basta. Velo pensando.

Y cuando llegó Jiménez el sastre:

—Dos vestidos de casimir, maestro, y dos uniformes de campaña, de general.

CAPÍTULO XI

1.

Las revoluciones que se fraguan en territorio extraño, al amparo de un gobierno amigo, siempre son alegres. Se está en fiesta diaria. Los ánimos, vibrantes, hacen música. Se celebran bailes y veladas, se dan banquetes, se organizan paseos campestres. Los idilios surgen fáciles. No falta el compositor que ensaya la marcha de la victoria, el pasodoble del triunfo, el himno del éxito. Los planes y programas de gobierno asumen exaltada retórica. Los cuerpos mismos caminan erectos, los ojos brillan, los apetitos adquieren gracia e intensidad a la vez. En toda Hispanoamérica los emigrados tristes han conocido en toda época este influjo primaveral. Entonces se vuelven locuaces los callados; las risas y las lágrimas vienen prontas; se estrechan las amistades, y el heroísmo en ciernes como que aumenta la estatura de los hombres, como que les da maneras que se ajustan al ritmo grandioso del hexámetro, como que les infunde algo de la calidad del mármol y del bronce conmemorativos. Nada hay tan vívido de gloria como los exiliados que aguardan el momento ya seguro para volver con las armas victoriosas a la patria.

Dionisio era apuesto, era gentil, era donoso. Las mujeres lo encontraban fascinador, los hombres admirable. Sus compatriotas sencillamente lo adoraban ya. Por su parte se envolvía en una calma que casi se podía ver y

tocar, y que parecía como virtuosa toga patricia. A caballo por esas calles de San José de Costa Rica gustaba de ir pausadamente, conteniendo con facilidad consumada de jinete el ímpetu arrogante de la bestia, y se paseaba como un emperador. Los viejos recordaban que cuando el cubano Maceo había vivido en el país, así era, pero Dionisio más bello y más joven que aquel magnífico negro libertador. En los saraos nadie bailaba con la agilidad y la gracia que fluían de él, y tenía esto más, que parecía siempre como si bailara solo, sin compañera, de tal modo era él quien se poseía de la música y la encarnaba. Las mujeres le seguían en el baile como si de súbito se hubieran vuelto livianas como una hoja y un viento las llevara girando y girando sin esfuerzo. Al final de la pieza era como si el viento hubiera cesado y la hoja cayera lentamente, suavemente, sobre césped y se quedara ya sin movimiento.

La exquisitez de los modales de Dionisio subyugaban. Se le declaró el caballero perfecto. Los que sabían francés, por poco de francés que supieran, lo declaraban el Bayardo centroamericano, el gentil hombre *sans tache et sans reproche*. Y sobre su persona se urdían leyendas fantásticas. Alguien de buen ojo le advirtió alguna vez en la mirada la profundidad y la tristeza de los ojos de Lincoln, y se propaló la historia de los amores del emancipador a quien toda la humanidad venera, con una bella esclava. En Centroamérica no se iba a creer en la continencia extraordinaria del más grande de los hombres del Norte. Lincoln había enviado a su secreta Sulamita a México, pero durante la guerra de Maximiliano la bella negra se había ido a Nicaragua. Otros le inventaron a Dionisio descender de Morelos, el mestizo mexicano. Y una cosa era cierta, que todos le adivinaban el extraño exotismo de su ser.

El tuerto Basurto —Coronel Basurto ahora— podía haber recordado el nacimiento de Dionisio, pero no lo recordaba. El doctor Briones, presidente de la junta provisional de gobierno de la Revolución, sólo afirmaba que Dionisio era algo extraordinario, y de ahí no lo sacaba nadie. Con doña Emilia María había tenido confidencias, quizás; en ese caso la señora había demostrado una vez más su magnánima prudencia.

En secreto, por las tardes hasta el anochecer, en las noches hasta aclarar el día, se celebraban serias reuniones en las que se trazaban mapas, se planeaban campañas, se inventaban estrategias, se disponía de antemano el movimiento de tropas, se efectuaban retiradas, se dirigían ataques de sorpresa, se cruzaban montañas épicamente, a lo Aníbal y a lo Napoleón, se cruzaban ríos, se vencía, por fin, al enemigo.

El Coronel Basurto —el tuerto Basurto que había sido— no se cansaba de afirmar que ahora sí le pagarían la tuertez los granadinos. Ni se cansaba de adiestrar a sus reclutas. A veces le daban bromas.

—Con ese ejército, tuertó, te va a llevar la trampa. Se te van a quedar en el camino.

—¡Quedarse! —exclamaba el tuerto— ¡Quedármeme a mí! ¿Y para qué llevo pistola? Al primero que dé un paso atrás, lo ajusticio ay no más. Que la cosa comience, eso es todo. Que comience y éstos entran, y ay está, que no nos van a aguantar ni la arrancada.

Para su general el tuerto Basurto tenía un cariño que no se lo explicaba. Hubiera querido dar la vida por él.

—¡A ver, a ver! —les decía a sus soldados— Que los va a ver mi general. Y los ojos se le humedecían



cuando Dionisio, pasando revista, le decía, “Mis felicitaciones, coronel Basurto”.

A la tropa descalza le dieron **caites**, a los calzados unos zapatos de cuero amarillo, a todos, el mismo uniforme de dril azul burdo con guarniciones rojas, el mismo sombrero de paja con un cordón negro para sujetarlo bien debajo de la barba, con la misma cinta roja.

—Si don Gonzalo Quirós tiene una tropa la mitad de buena que ésta, en El Salvador, no hay de qué preocuparse —decía doña Emilia María.

Don Gonzalo Quirós había regresado a San Salvador y por el lado de Poneloya debía desembarcar su gente y atacar a León, cuyo pueblo lo aclamaría, en cuanto las tropas de Dionisio hubieran amagado Managua en larga campaña desde la Costa Atlántica. El doctor Briones, mientras tanto, desembarcaría por San Juan del Sur y desde allí, terminada la guerra, avanzaría triunfalmente hasta la capital a asumir la jefatura del gobierno.

El plan no podía fallar. Lo importante era que la campaña del Atlántico fuese llevada con tal inteligencia que el gobierno destacara por ese lado todos sus contingentes. Hacia las postrimerías de la formulación de planes Dionisio tuvo largas consultas con el coronel Basurto. Basurto debía mandar una ala que ascendiendo por el río San Juan atacara la costa de Chontales, sobre el lago Cocibolca. No debía hacer más que atacar población tras población, cada dos días una diferente, sin quedarse en ninguna. La suya debía ser una columna volante, para distraer a las fuerzas del gobierno. Y en cuanto éstas fueran lo bastante fuertes como para que él no pudiera batirlas, debía emprender una serie de retiradas hacia el Norte de manera que el gobierno lo siguiera. Entonces avanzaría por la misma

ruta que él había tomado primero, la columna que comandaría Dionisio. Las fuerzas del gobierno se encontrarían entre dos fuerzas revolucionarias. Basurto se enfrentaría con sus perseguidores y Dionisio haría lo mismo al mismo tiempo. ¿Qué si no rendirse le quedaría al ejército rodeado? Entonces don Gonzalo Quirós desembarcaría por Poneloya, marcharía sobre León, y allí se juntaría con el ejército triunfante de Dionisio.

2.

El plan se desarrolló a las mil maravillas. El gobierno de Managua tuvo amplias noticias de la revolución que se armaba. Envió espías a Costa Rica. Y cuando el coronel Basurto —el tuerto Basurto— apareció sobre Las Cruces, al sur de Chontales, los de Managua enviaron sobre el lago una barca llena de tropa que sufrió la rotura del timón y que el tuerto Basurto tranquilamente esperó en la costa y capturó. El comandante del barco logró escaparse en una lancha e informó optimistamente que se trataba de un manojo apenas de rebeldes. Logró que le dieran nuevas tropas y desembarcó sin novedad en Las Cruces. De allí ya Basurto había salido para El Polvón, costa arriba. El comandante del gobierno oyó que su gente del barco averiado se había unido a los “invasores” y que éstos eran miles. Se lo decían sinceramente. Unos pocos centenares de tropas alegres siempre dan la impresión de ser numerosas.

No se atrevió el del gobierno a atacar a los rebeldes en tales circunstancias, y mandando un despacho escrito exageró la situación. El grueso del ejército costarricense —dijo— había invadido al país. Si le mandaban refuerzos

podría asegurar el éxito. En Managua se imprimieron bellas proclamas: el sacrosanto suelo de la patria había sido hollado por planta extranjera. Mientras que en León comenzaron a circular, al impulso de las mismas noticias, hojas volantes con la buena nueva de que “nuestros hermanos de la heroica Costa Rica, dolidos de la servidumbre a que nos ha reducido la tiranía granadina, se aprestan valerosos a salvarnos. ¡No estamos solos!”.

Cuando grandemente reforzado el comandante del gobierno salió hacia El Polvón, ya Basurto había abandonado esa plaza, y ocupado La Libertad. El decir de la gente polvonesa era tal que el comandante de las fuerzas “leales” pidió mayor contingente, redactando en tal forma su informe que dio a entender que había conquistado El Polvón con grandes sacrificios. En Managua se publicó que el Supremo Gobierno había alcanzado la primera victoria. El enemigo huía hacia el interior del país habiéndose derrotado en El Polvón y cortado la retirada hacia el sur. Lo cual consternó a León.

Basurto no esperó al enemigo en La Libertad. Siempre atrayéndolo más y más lejos de su base, lo llevó a Boaco, lo llevó a Los Tres Pinos, lo llevó a Pozo del Muerto, dejándole haciendas sin ganado, sin maíz, sin caballos. Y a cada plaza vacía que las fuerzas del gobierno llegaban, en Managua se apuntaban una victoria.

La Revolución llevaba ya dos meses. Conforme con sus planes debía Dionisio comenzar con tropas frescas por donde Basurto había comenzado. Apareció en Las Cruces, siguió a El Polvón, pasó a La Libertad, llegó a Boaco, en Los Tres Pinos tuvo que descansar. Si Basurto había arrasado casi con todo, por donde pasaba, las fuerzas del gobierno que iban a su zaga se habían llevado lo demás. Las

milpas destruidas, los platanares hechos trizas, las trojas desmanteladas, apenas aquí y allá reses pudriéndose, que no se daban abasto los zopilotes para acabarlas, mostraban desolación. Hambrientos los soldados, espantaron a los pajarracos negros y asaron ansiosos la carne hedionda. Sin tortillas, sin sal, la carne fea a muchos les dio basca. Dionisio ordenó destazar los caballos en que iban él y sus oficiales, pero fue medida tardía. Buena parte de la tropa cayó enferma. Él mismo resintió las penalidades de su aventura. “Otra vez que me meta en guerras —se dijo— esto de la comida va a ser lo primero en que me voy a fijar”. La guerra le mostró una cara que él jamás esperaba. Guerrear no era sólo batirse con el enemigo. Tenía aspectos de un terror nada sublime, de un horror asqueroso. Su tropa no había disparado un solo tiro. De nada había servido todavía aquel diario ejercicio para que tuvieran buena puntería. No habían ni siquiera visto al enemigo, y ya todos sentían en la boca el sabor de la derrota.

Reconoció Dionisio, pues era obvio, la urgencia de apresurar la marcha. Había que dar alcance a los del gobierno y derrotarlos; encarrilar los sucesos dentro del plan tan estudiado en San José; o se haría necesario volver, volver con su ejército diezmado, cansado, enfermo, sin haber peleado. Y como eso no podía ser, Dionisio obligó a los suyos a sacar fuerzas de flaquezas, a hacer de tripas corazón, y seguir adelante así fuera tambaleándose.

Cuando más allá del Pozo del Muerto sus avanzadas tomaron contacto con el enemigo, éste tenía la superioridad. Si los del gobierno se hubieran atrevido a batirse campalmente, los de Dionisio no hubieran podido resistirlos. Pero determinaron, como que así se exponían lo menos posible, atrincherarse detrás de las largas cercas de piedra volcánica de la hacienda de El Oro y allí esperar a

los “invasores”. Los del gobierno fijaron las condiciones del combate, y cuando éste comenzó, medio de improviso, Dionisio tuvo los primeros muertos y él mismo salió herido.

La lucha fue fiera. Se alargaban las filas de uno y otro lado, tratando de flanquearse, sin atreverse los del gobierno a abandonar lo que creían su ventaja, ni los de la revolución tomar las cercas por asalto. Menudeaban los gritos insultantes. El tiroteo era sorprendente. Silbaban las balas, detonando con debilidad. Parecían hipócritas. Faltaban el noble estruendo de la artillería que enardece los ánimos, el relinchar de los caballos, la humareda de pólvora, lo que, en fin, en la fantasía de los pueblos es la grandiosidad de la guerra. Sin enardecerse, los soldados no podían superarse. Ni estaban los del gobierno en mejores ánimos, ni en mejor salud que los de Dionisio. Eran todos hombres, meros hombres, hombres con hambre, con dolor de estómago, cansados. Olían la pólvora de sus propios disparos sin que les encendiera el coraje. Oían las balas, cada bala individual, con un silbido traicionero. Veían caer a algunos y oíanlos quejarse. Se sentían burlados. Y Basurto no aparecía. No habían dado con él los que Dionisio destacó para que le avisaran que apresurara el venir a reforzarlo. A Basurto no le fallaba la memoria. El día fijado para atacar, atacaría, y antes no. Tenía sus órdenes y se las repetía a sí mismo a cada instante. “Aguárdense no más —se decía el coronel Basurto— llegado el momento, a entrar, y el que no quiera entrar se las ve conmigo. Ya verán esos granadinos rechochos quién es el tuerto Basurto”. En su imaginación veía claramente cómo estaría la cosa; los del gobierno enfrentados contra los de su general, y su general en hermoso caballo diciéndole a sus soldados, “¡Síganle, muchachos, que ay, va a venir el coronel Basurto!”



y los del gobierno, creyéndose los más fuertes, sin cejar, todos enfrentados contra los de Dionisio. Entonces él atacaría la retaguardia de los granadinos, sorprendiéndolos, confundiéndolos, derrotándolos. Y mientras sus pelotones perseguían a los fugitivos, él se cuadraría ante su general, y Dionisio le diría, “¡Lo felicito, coronel Basurto, usted es un bravo entre los bravos!” y Basurto entregaría a su general el mando de todas las tropas y su general le diría, “Usted, Coronel, cabalga aquí, a mi lado”.

Los del gobierno, mientras tanto, pudieron flanquear a los de Dionisio y salir de la trampa que se les había fraguado y que no había podido funcionar. A grandes marchas, espoleados más que todo por el miedo, se replegaron hacia el oeste. Dionisio dejó que su gente descansara, y los del gobierno, cayendo sobre haciendas que nadie había tocado, se refocilaron y sintieron que habían ganado una gran victoria. Desde el lugar llamado El Espino Negro, en el istmo entre los dos grandes lagos nicaragüenses, el comandante de los del gobierno mandó un propio a la capital a avisar que había derrotado al enemigo.

3.

Los civiles de León, mientras tanto, se habían levantado, sorprendido a la pequeña guarnición que tenía el gobierno y obrado conforme con las instrucciones que habían recibido en espera inmediata de la llegada de don Gonzalo Quirós. Contra León entonces envió el gobierno todo el grueso de las fuerzas que habían peleado contra Dionisio en Chontales. De El Espino Negro a Managua era corto trecho. En Managua se quedaron los heridos. Los demás tomaron el tren y cayeron de improviso sobre León.

Los leoneses levantados se hicieron fuertes en la casa de los protestantes, cerca de la estación. El reverendo Hyman Parker les abrió cuando se batían en retirada. El que hacía de jefe de los levantados le dijo al misionero cojo:

—Vea, señor. Usted es extranjero. En cuanto haiga una oportunidad, sálgase, por favorcito, que con su país no queremos dificultad.

—No, no, no —replicó el pastor protestante—. De mi parte no hay dificultad. ¿Pero no decían que venían las fuerzas del general Dionisio? Él es mi amigo, y no abandonaré a mi amigo jamás.

—Lo habrán derrotado, señor. Y aquí nos tiene usted que estamos cercados. Pero que nos maten a todos primero, no nos rendimos.

Los del gobierno, empero, no mostraban intenciones de acabar con nadie. Apostaron pequeños pelotones para sitiar la casa de los protestantes, sin intentar tomarla por asalto. Desde dentro de la casa, a ratos, alguien ensayaba hacer blanco en los de afuera, pero éstos estaban a salvo sin asomar ni la punta de la nariz. Sólo los cañones de sus fusiles se veían, saliendo de las esquinas cercanas.

Por lo demás, la población parecía tranquila. Las fuerzas del gobierno se apoderaron de las torres de las iglesias y dejaron en cada torre un oficial con su grupo de tiradores. En las torres de Catedral montaron unos cañones pequeños. Lo mismo hicieron en la cumbre de El Fortín, de que hubieron podido apoderarse los levantados leoneses si hubieran tenido la menor malicia de cómo se iban a desarrollar las cosas. Las calles se veían desiertas y reinaba en ellas un silencio pesado.

Las familias leonesas, la mayoría de ellas con sus hombres fuera, bien con la revolución desde el principio, bien con los más recientemente alzados, se habían atrancado en sus casas. Sobre los techos de rojizas tejas se levantaban en muchas casas las columnas de humo que señalaban dónde se cocinaba. Desde las torres de las iglesias los del gobierno tomaban nota. A la hora del saqueo, las casas más fáciles serían aquellas donde no se había visto humo. Estarían desalojadas. No habría más que echar las puertas abajo, entrar, y a ver qué es lo que habían dejado. Otros argüían que el mejor botín era el de las casas ocupadas. Habría que pelear, pero, y eso, ¿qué? Allí habría, además de reales y cosas de plata y joyas, muchachas.

—Si al general Dionisio de veras lo han derrotado, ¿Qué va a hacer el gobierno? —preguntó el reverendo Hyman Parker.

—El gobierno está esperando que llegue don Gonzalo Quirós —le dijeron— para batirlo. Entonces entran a saqueo. ¿Qué vaina habrá pasado? Pero don Gonzalo no puede ser tan chocho que no venga con gran fuerza.

—¿Y si no sabe? —preguntó el reverendo Hyman Parker— ¿Si cree que ya el general Dionisio ha ocupado la plaza y que no tiene más que entrar? ¿No habrá que avisarle?

—Tal vez alguien haya podido coger para PoneLOYa y ponerle sobre aviso.

—¿Pero si no?

—Será lo que Dios quiera.

Y quien así le contestó al reverendo Hyman Parker se sintió sorprendido de estarle hablando.

—¿Usted cree en Dios? —le preguntó.

—Sí, por supuesto que creo en Dios.

—Pues perdone. Como usted es protestante, no sabía.

—Si creo en Dios —afirmó el reverendo Hyman Parker— y le ruego que me ayude. Voy a salir de aquí y voy a ir a avisarle a don Gonzalo Quirós.

—¿Usted?

—Con la ayuda de Dios.

Cojo y todo el reverendo Hyman Parker mostró una agilidad sorprendente. Por una escalera subió al tejado de la casa, y resbalando hacia la calle se dejó caer. Tranquilamente se dirigió hacia el pelotón que lo cubría con sus rifles.

—*¡Hello, boys!* —dijo en inglés.

—¡Alto ahí! —le gritaron— ¡Avance con las manos arriba!

El reverendo Hyman Parker hizo como le ordenaron.

—¡Dése preso! —le dijeron.

—¡Oh, no! —respondió él— Soy extranjero. Los de allá —señaló su casa— me dejaron salir.

—Regístrenlo —dijo el cabo del pelotón.

—Anda desarmado —dijeron los soldados que habían manoseado al protestante.

—Pues puede irse —le dijo el cabo.

—¿Para qué lo dejas ir? —dijo uno de los soldados.
—Nos lo hubiéramos echado al plato.

—¿Sí? —repuso el cabo— ¿Y luego que se queja su gobierno y que a nosotros nos fusilen? Las órdenes son que con los extranjeros no nos metamos.

—¿Pues adónde irá ese chocho, si los revoltosos le han cogido su casa?

—Su conocencia tendrá, su queridita, que así son todos los cheles. Muy que raza superior, pero por las afueras tienen quien les quite el frito de la noche.

El reverendo Hyman Parker pasó por la casa de don Gonzalo Quirós. “Tal vez —pensó— ya le han mandado a avisar y no necesito exponerme”.

La casa estaba abierta. Entró el reverendo Hyman Parker. Un individuo flaco salió a su encuentro.

—¿Con quién puedo hablar? —preguntó el reverendo.

—Sólo conmigo —respondió el individuo flaco.

—¿Usted es de la casa?

—Mi mamá es la criada de aquí. Yo soy Nicolás.

—¡Ah! ¿Y la señora, y la niña?

—Se jueron a Hualica. De allá es mi mama y de allá soy yo. Y también se jué la Chinta con ellas, todas las cuatro mujeres, a donde mama Chinta, que es la agüela de la Chinta. A mí me dejaron, que en cuanto llegue don Gonzalo, o el Nicho, que les mande a avisar para que güelvan.

—¿Y a don Gonzalo nadie ha ido a PoneLOYa a darle aviso?



—No sé, señor.

El reverendo Hyman Parker iba a salir de la casa y ver cómo ir a cumplir la misión que se había impuesto, cuando al Nicolás le cogió un ataque de tos que alarmó al protestante.

—Usted está muy mal —dijo.

—Tísico —respondió Nicolás, pudiendo apenas pronunciar palabra.

Con un nuevo acceso de tos le sobrevino la hemorragia. El reverendo Hyman Parker no halló qué hacer. “Este hombre está moribundo —se dijo—. No lo puedo dejar”.

El Nicolás se había sentado al borde del patio, por el lado de la mata de jazmín del Cabo. Se había doblado sobre sus rodillas, pero en el paroxismo de la tos había levantado el cuerpo y luego se había desplomado para atrás. “Este hombre se está muriendo —se dijo el reverendo Hyman Parker— necesita los auxilios de la religión”.

—Me quiero confesar —le dijo Nicolás.

—¿Confesar?

—Tráigame un padre, por favorcito. Ayúdeme a per-sinarme.

El reverendo Hyman Parker le ayudó a hacer la señal de la cruz con los dedos de la mano derecha, y le llevó la mano a la frente y a la boca y al pecho.

La respiración de Nicolás era cavernosa. Le sonaba el pecho como si fuese una caja de madera en la que se hubiera metido un ratón. Revolvía los ojos lastimeramente. Se moría.

—Yo he sido muy malo —dijo, y cada sílaba le costó trabajo indecible—. Que me perdone Dios.

—Dios te perdona —le dijo el reverendo Hyman Parker—. Tus pecados te son perdonados.

—La ausolución, padre...

Y el reverendo Hyman Parker hizo lo que jamás había pensado hacer en su vida, lo que siempre había creído que era estulto y contrario a la verdadera religión. Se acordó de la frase sacramental latina, y despacio la pronunció.

—Ego te absolvo...

La agonía de Nicolás fue larga. Ya parecía que había llegado al fin, y volvía en sí, casi se animaba. Estaba delirante y quería hablar y sólo sílabas incoherentes le salían. La respiración a veces se le apagaba enteramente, y el reverendo Hyman Parker se acercaba para ver si había muerto, pero el corazón le seguía palpitando. A ratos palpitaba con gran fuerza.

El reverendo Hyman Parker sufría agonía también. Si avisaba a don Gonzalo Quirós, si dejaba a este moribundo y avisaba a don Gonzalo, tal vez podría salvar la vida de muchos. ¿Pero cómo dejar a éste que muriese como un perro? Para él, la cosa era Dios. ¿Debía un ministro del Evangelio meterse en cuestiones de guerra? ¿Sabía él, acaso, y ciertamente, por qué peleaban conservadores y liberales? No había escrito, en su informe a Filadelfia, que las revoluciones eran como una enfermedad, como una epidemia, como la malaria, como la fiebre amarilla? ¿No había tenido seguridad de que era como cuestión de higiene? ¿No había pensado que la iglesia protestante debía idear manera de librar a los países tropicales de América

de ese azote? ¿Y que, mientras no diera con el específico para ese mal, los misioneros debían abstenerse en absoluto de meterse en esos movimientos? Si él iba a avisar a don Gonzalo Quirós, por humanitario que fuera su propósito en el fondo se habría metido en la revolución, porque en su conciencia él bien sabía que ya había tomado partido en esta revuelta, el partido de Dionisio, su Dionisio, convertido en todo un general. “Dios me ha atajado aquí”, se dijo el reverendo Hyman Parker. Y velaba sobre el moribundo, y vio anochecer, y le cogió la noche.

Por fin, se le ocurrió levantar a Nicolás, y llevarlo a un aposento. ¡No pesaba nada! El aposento más cercano era el de Adriana. En la cama de Adriana colocó el reverendo Hyman Parker al moribundo, y lo cubrió con la colcha y la sobrecama de ella. Y por más que se sorprendió de haber oído una confesión y de haber dado una absolución —¡y en latín, como cura papista!— no le desagradaba. En su conciencia asintió que había sido un acto eminentemente cristiano. Y ahora, viendo colgado un Crucifijo sobre el espaldar de la cama de Adriana, lo descolgó, y quiso que lo viera Nicolás, y lamentó que Nicolás ya no pudiera ver. Pero se lo puso entre las manos, y advirtió como que el Nicolás reconocía el Crucifijo, y como que sonreía. El Nicolás sonrió, y se quedó muerto.

Le cerró los ojos el Reverendo Hyman Parker y se quedó largo rato con sus dedos sosteniendo los párpados del muerto para que no se volvieran a abrir, y en voz baja, amorosamente, recitó el oficio de los muertos de su secta. **El Señor da, el Señor quita... Él es mi pastor. Me llevará a pastar en prados bellos de verdor... No ha muerto, duerme...**

4.

El reverendo Hyman Parker había prendido una lamparita que vio sobre la mesa de noche de Adriana. Su débil luz le satisfacía. Meditaba, oraba, hacía examen de conciencia. De su ensimismamiento salió cuando oyó fuerte tiroteo. Por el lado de la Calle Real se oía la balacera, nutrida. De más allá retumbaban los cañones de El Fortín. Las primeras fueron descargas cerradas, seguidas. Luego se hicieron más pausadas, como si tuviesen que buscar bien la puntería. “Debe de ser don Gonzalo Quirós que no tuvo quien le avisara”, se dijo el reverendo Hyman Parker, y se retorció las manos, y se puso a pasearse en el corredor, atento a si la balacera se oía más cerca. Le pareció que sí. A lo mejor don Gonzalo trae fuerte contingente y la batalla no es desigual”, pensó, y se acordó de la frase que había oído: no debe de ser tan chocho. Y se preguntó si esa frase sería, podría ser considerada, **profanidad**, mala palabra, ofensa contra el Señor.

Se detuvo en su paseo. Le pareció oír otra balacera, por el lado de Guadalupe. Sí, por allí, y más fuerte que la otra. Y ahora eran los cañoncitos de Catedral los que disparaban. ¡Pero qué bárbaros, disparaban sobre la ciudad! La pelea debía de ser muy recia. Se oía el sordo tronar de la batalla. Y como si desde lejos voces gritara en gentío. Una granada cayó en la casa donde estaba el reverendo Hyman Parker, sobre la sala, y rompió los espejos y abrió un gran boquete en el techo y descascaró las paredes y tumbó los muebles. Toda la casa se sacudió y el reverendo Hyman Parker se llevó las manos a los oídos, cerró los ojos.

Cuando bajó las manos, sintió que los oídos todavía le zumbaban. El fragor de la pelea parecía llenar toda la

ciudad. En la calle se oía ruido de multitud. El reverendo Hyman Parker salió al zaguán a cerciorarse. Soldados del gobierno iban a la desbandada.

—¿Qué es? —preguntó el reverendo Hyman Parker.

—Es el general Dionisio que ya se tomó Catedral... ¡No tarda en comenzar a fusilar!

—¿Y don Gonzalo Quirós?

—Dicen que lo mataron por Subtiava, pero ganó El Fortín...

5.

En Hualica la anciana niña Chinta enseñó el rosario. Y después del rosario doña Conchi dijo que debían acostarse, que a lo mejor las llamaban de madrugada, que tenían que estar descansadas. La Chinta y la Petra estaban en la cocina, preparando unos pinolitos tibios para la señora y la niña. La Adriana, pegada a la viejita, le decía:

—No. Yo no me quiero acostar... ¡Por favor, cuénteme más del Nichito, mi Nicho, mama Chinta!

FIN